

*reír*  
es tan eficaz  
como una crema  
antiarrugas

*Treintañera*  
(y a mucha honra)

AMABILE GIUSTI

se

*A quien sabe reconocer el amor,  
donde sea que se encuentre.  
«Solo por usted pienso y hago proyectos.  
¿Acaso no lo ve? ¿No ha comprendido mis deseos?».*

JANE AUSTEN, *Persuación*

# 1



La chica tiene un culo que parece una mandolina de madera de teca y lleva un microtanga de seda estampado a modo de ropa interior.

Está hurgando en la nevera, detrás de un pedazo de queso no muy fresco y un puñado de tomates, a la caza de una lata de cerveza pegada a la pared cubierta de escarcha.

La miro y me tiembla un párpado por la rabia. Habría hecho mejor quedándome en la cama, pero ¿cómo se puede dormir cuando hay gente en la otra habitación dale que te pego hasta hacer temblar las paredes? Con todo ese ruido, puertas que se cierran, risas groseras, el rechinar de los muelles de la cama y el carrusel de aullidos en do de pecho, me ha entrado un hambre de leona. Lo cierto es que no esperaba encontrarme en presencia de la aulladora, parada frente a mi nevera, enseñando el culo, con piernas de jirafa y mi goma rosa en el pelo.

Sí, ahí está, una belleza audaz de no más de veinticinco años, luchando con la hostilidad de la lata aprisionada y murmurando con malhumor algo acerca de la necesidad de descongelar ese maldito trasto antediluviano.

Querría decirle, entrometida de las narices, soy yo quien decide cuándo y cómo procedo a hacer el mantenimiento de mis electrodomésticos. Y añadir que, tratándose de mi casa, mi suelo, mi frigorífico y mi goma de Peppa Pig, tendría todo el derecho de agarrarme un cabreo mortal, cogerla por las

solapas y echarla de una patada. Bueno, a lo mejor de las solapas no, puesto que solo lleva un tanga. Pero, en fin, creo que se entiende la idea. En lugar de eso, me quedo callada, tragándome los improperios, observándola como si estuviera hecha de abono orgánico y sintiendo una cólera sorda. Una cólera que no se atreve a salir, superada por una emoción todavía más fuerte: soy desesperadamente celosa.

En ese momento, la señorita «voy con el culo al aire y me la suda» se da cuenta de que no está sola en la estancia y se da la vuelta. Tiene un par de tetas de cemento, tan altas que casi le tocan el cuello.

Por desgracia, es bastante hermosa también por delante. Tiene el pelo rojo llameante y esculpido en un casco perfecto, ojos verdes, labios carnosos y dientes blanquísimos, como en un anuncio de dentífrico blanqueador.

No cabe duda alguna: la odio.

La odio, odio que haya hecho el amor con Luca, odio que critique mi nevera, que vaya desnuda por la casa y, lo más importante, odio a Luca.

No es que me sorprenda su éxito: es un tipo que no pasa desapercibido. Todas las mujeres querrían tirárselo y todos los hombres lo odian, a menos que sean gays; en ese caso, también se lo tirarían con mucho gusto.

Tiene unos hombros como armarios de caoba, una cereza confitada en lugar de boca, la espalda de una estatua griega y ojos un poco verdes y un poco negros, dependiendo de su humor y de cómo le da la luz. Se ríe mucho, de manera sensual, echando la cabeza hacia atrás, mirando el mundo entre sus pestañas, pasándose las manos por el pelo castaño, alborotado, largo hasta la nuca, tan espeso que, haciendo un estudio estadístico, en el mundo debe de haber al menos quinientos hombres calvos por su culpa. En pocas palabras, Luca es esplendoroso.

Al principio, mis amigas estaban convencidas de que entre nosotros tendrían lugar rocambolescos encuentros de pasión. En realidad, la cosa más íntima que sucedió en nuestra convivencia (seis meses, y no han sido precisamente pan comido) fue aquel día en que, cansada de ver cómo se acumulaban en la cesta del baño sus calzoncillos sucios, tuve el valor de recogerlos uno por uno con unas pinzas de ensalada y lanzarlos dentro de la lavadora.

Mientras tanto, la señorita intenta mirar con disimulo, pero sin

conseguirlo, el ridículo pijama rojo que me regaló por Navidad mi tía Porzia y mi pelo de estropajo.

—¿No *tendväs otva cevveza*? —me pregunta, con una hilarante ausencia de erres, apuntando con el dedo a la lata cautiva del iceberg que vive en mi nevera.

—¡Un placer, me llamo Carlotta! —le espeto de golpe, con un tono que roza la histeria.

En ese momento llega Luca, prácticamente desnudo, llevando solo un par de calzoncillos que le sientan como un guante, cuyo contenido es muy explícito respecto a sus intenciones de representar otra ópera lírica.

Pienso que merezco un poco de consideración y lo taladro con la mirada. Pero Luca me ignora, le sonrío a la tipa y le hace un gesto con la mano como diciendo «Ven, chavalita, que no hemos terminado de divertirnos».

Ella ríe, se troncha, parece una gallina, parece una hiena, finge resistirse, finge huir de él y, acto seguido, le pone una mano justo *ahí*, como si agarrara el micrófono en un bar de karaoke.

Si tuviera una bola de bolos, les daría a los dos y haría *strike*. Los odio, y probablemente he empezado a emitir ondas radiactivas, porque Luca da un respingo, se vuelve hacia mí, con la mano de la chica todavía asiéndole el micrófono, y exclama:

—¿Qué haces despierta?

¿Cómo osa preguntarme eso? Quiero fulminarlos, a él y a su guarrilla en tanga... y, efectivamente, lo fulmino cuando se agacha para liberar la lata del hielo, pero sigo callada. Ella suelta su presa y se sienta en la mesa. Deja colgar sus piernas kilométricas y estira un pie de forma erótica, indiferente por completo a mi presencia.

—A lo mejor en el bloque de al lado aún no os han oído —comento entre dientes—. Y tú, ¿podrías quitar el pandero de la mesa? Ahí es donde desayuno por las mañanas y no tengo suficiente ácido sulfúrico como para desinfectarla.

La perra gangosa continúa sin dignarse tenerme la más mínima consideración. Se ríe, intentando hacer un juegucito con el pie. Ahora voy y se lo corto con un cuchillo de carnicero.

Luca le da la lata y luego se frota la mano congelada.

—Pobre Carlotta —murmura—, debes levantarte pronto por la mañana y nosotros te tenemos aquí despierta.

Se acerca y me abraza, como suele hacer cuando quiere tomarme el pelo. Me aprieta los hombros y me levanta un poco del suelo, cosa fácil, considerando que no soy gigante ni un peso pesado.

Se olvida de que está un tanto animado en su parte baja y me presiona las piernas con una turgencia embarazosa. Un escalofrío me recorre el cuerpo. Pero no cedo. Me protejo tras una máscara de reproche y le doy un puñetazo para que me suelte. Luca me besa, un besito en la boca, pero leve, seco, infantil, y la joven desconocida se pone rígida y me observa con ojos homicidas.

Ahora casi me da pena.

Me gustaría advertirle de que Luca no es de su propiedad y hacerle saber que, después del segundo polvo de la noche, quizá le permitirá que use rápidamente el bidé, para luego echarla de la casa como quien sacude un mantel lleno de migas.

Desde ese punto de vista, Luca es asqueroso. Tiene una colección de condones multicolores y de distintos sabores en la mesilla de noche y nunca da una segunda oportunidad a sus conquistas. Mañana no recordará siquiera la cara de esta pescadilla pelirroja, no la llamará por teléfono, no la buscará y me obligará a inventarme una sarta de mentiras cuando ella llame intentando tener una segunda cita.

Luca es una especie de Paganini del sexo. Nunca repite, por lo menos no con la misma mujer, se entiende.

Cuando me deja de nuevo en el suelo, ya está blandito del todo y ya lo quiero otra vez. La verdad es que siempre lo quiero. De hecho, adoro a Luca. Pero es un secreto que no tengo intención de revelar. Finjo que su presencia me interesa tanto como el querubín de mármol de la fuente que hay en el jardín de mi madre. Nunca sabrá que llamo Luca a mi almohada y que la besuqueo y la acaricio y la aprieto como hace una niña con un peluche. Ignorará para siempre que cuando, como ahora, me muestro furiosa porque me han despertado, en realidad me devora el tormento y me irrita mortalmente pensar que el hombre de mis sueños rueda por una cama de matrimonio con una mujer a la que acaba de conocer.

Prefiero presentar mi cara alegre, cómica, malhumorada, habladora y un poco loca. Así lo confundo y lo distraigo de la atroz realidad: lo deseo como si él fuera un manantial de agua fresca y yo una plantita deshidratada. Cuando está, me siento plena. Llena mi vida con su desorden infernal, con su risa, con el olor de sus cigarrillos, con el rítmico repiqueteo de su teclado y con la visión prodigiosa de un conjunto de músculos esculpidos en granito. Se exhibe ante mí sin ningún pudor, como si yo fuera un cachorro de cocker spaniel y no una mujer provista de ojos, hormonas y un corazón. El sexo entre nosotros está prohibido, pero eso no significa nada, porque lo amo con locura.

Probablemente, mi furia de esta noche también tenga que ver con la frustración sexual. Hace toda una vida que no hago el amor.

Mi madre dice que soy demasiado pava, que debería darme una alegría, acortar mis faldones de monja, decidirme por fin a abrirme, y si pienso que me lo dice alguien que, después de veinticinco años de matrimonio, ha tenido una aventura con su profesor de salsa, me parece un consejo de experta.

Pero ¿qué puedo hacer si otros hombres con los que me he animado a salir no despiertan en mí el más mínimo sentimiento picante? ¿Qué puedo hacer si cuando me besan mi mente deambula pensando en la factura del teléfono y cuando me tocan, mi única reacción instintiva es propinarles un rodillazo en las pelotas?

Luca me da una palmadita en la mejilla, pero inmediatamente la gata lo agarra por las caderas. Él se retuerce como un perro que se sacude la lluvia.

—Me portaré bien. Duérmete, mariposita —me dice.

Nos queremos mucho, no cabe duda. Simplemente no nos acostamos juntos.

Se aleja, con su espalda suntuosa y con esos slips que están, pero como si no estuvieran.

Mientras tanto, la chica se ha dado cuenta de que algo no marcha, no es completamente estúpida. Vacila y, cuando él le aparta la mano, hace un gesto de fastidio.

Los veo desaparecer en la habitación y, aunque tengo la certeza de que hará todo lo posible para mantener su palabra, me siento perdida, estoy furiosa, los celos me trituran, me colapsan, me vuelven ácida y amargada.

Revuelvo en la despensa y solo encuentro una barrita de chocolate Ritter Sport. Calculando así, a ojo, creo que lleva en la casa desde que me mudé hace cinco años, pero no importa, me la comería aunque estuviera rellena de yeso. Me encierro en la habitación con mi botín. Devoro el chocolate con rabia, como si quisiera aplicarle un correctivo. Lo trago con desprecio, sometiéndolo al castigo de la digestión. No está descartado que en un par de horas yo sea a mi vez castigada con un formidable ataque de colitis.

Me siento en el borde de la cama, frente al espejo del armario, y me observo. Aquí estoy, Carlotta Lieti. Insegura crónica. Sarcástica compulsiva. Especializada en mala suerte & similares.

Cumpliré treinta años dentro de pocos meses, no tengo novio, ni siquiera un amigo con derecho a roce, acabo de perder un trabajo con el que ganaba menos que si me dedicara a mendigar, mañana debo ir a una entrevista como si acabara de graduarme y además me ha salido un grano en la nariz.

Mi reacción es comerme otro trozo de chocolate. Los granos son síntomas de juventud, así que con gusto me aseguraré de que me salgan un par más. Mejor una colección de granos que de patas de gallo.

Me dedico una sonrisa y dos docenas de arrugas se amontonan alrededor de los ojos. Maldita sea. No me falta de nada. Creo que tengo algunos pelos dentro de la nariz. ¿Y las orejas? ¿No se están haciendo cada vez más grandes? Dicen que aumentan de tamaño al envejecer. Mi único consuelo es que, al tener dos albaricoques verdes en lugar de tetas, resistirán más tiempo a la fuerza de la gravedad. Pero al final también se derrumbarán. Todo caerá y me encontraré el culo a la altura de los tobillos.

Lo cierto es que el tiempo es un cabrón. No me da miedo que los años se acumulen, siempre he sido una ferviente defensora de la teoría de que para vivir mucho tiempo es necesario envejecer.

No temo al tiempo en sí: lo que me aterroriza es que sea un tiempo vacío. Cuando pasa y no tienes nada, cuando no has hecho nada que deje huella. En resumen, cuando vas a cumplir treinta años y estás comiendo una barrita de chocolate caducada, embutida en un pijama ridículo, observando cómo se derrumba tu expresión mientras el hombre al que amas te trata como si fueras una planta de interior.

El intento de sonrisa se me queda lacio.

¡Ojalá se me quedara lacio también el pelo! Tengo un cabello lleno de rizos delirantes, de un color incierto entre el castaño y el naranja, que han dado un golpe de Estado en mi cabeza. La única ventaja es que me hace parecer más alta. Si también me pusiera una chistera, llegaría a la barbilla de Naomi Campbell.

Engullo el último cuadradito de chocolate y me chupo la punta del dedo. Una punzada, como si me hubiera tomado un sorbo de lava, me hace arder el estómago durante un momento.

Y así es como paso todas las noches.

Por otra parte, en respuesta a mi anuncio en el periódico se presentaron solo tres: tampoco es que tuviese mucho donde elegir.

La primera fue una chica vestida como una hippy, que a los tres segundos de entrar ya criticaba la forma de los muebles y la orientación de la cama, que, según ella, era peligrosamente contraria a los dictámenes del *feng shui*. Durante la media hora escasa que estuvo en casa, antes de que la invitase a marcharse por donde había venido, estuvo farfullando sobre dragones verdes, tigres blancos, fénix rosa y tortugas.

El segundo era un cuarentón que apestaba a hierba podrida y me miraba insistentemente el culo, a la vez que me hablaba de su pasión por el arte topiario. No me cabe duda de que sus podas tendrían todas forma de culo.

El tercero fue Luca.

Recuerdo muy bien la maravillosa y maldita mañana en que él entró en mi vida. Era verano y el calor ablandaba hasta los pensamientos. Yo me encontraba en modo depresión andante, sin un céntimo, sin trabajo y sin hombre. No muy diferente de hoy, la verdad. Mis mejores amigas estaban de vacaciones, la ciudad entera estaba de vacaciones y yo era la única en toda Roma que languidecía en un apartamento en el último piso, donde el sol pega más fuerte y desconcha los muros. En la televisión emitían una reposición, recuerdo vagamente unas tipas en biquini y un presentador con el pelo planchado, que no daba un palo al agua. No es que estuviera viendo el programa, más que nada estaba interpretando el papel de espinaca hervida tirada en el sofá. Hay quien ahoga su dolor con Nutella, quien lo ahoga con

nata de espray, quien se atiborra de galletas: yo, cuando estoy muy desmoralizada, les pego a las aceitunas sin hueso. Tenía bien agarrado un frasquito de aceitunas Saclà, en pantaloncitos y camiseta, pensando en lo muy inútil que era mi vida, cuando Luca hizo su aparición.

Entendámonos, no es que se materializara en la estancia. Llamó al telefonillo y luego a la puerta, y dijo «Buenos días, he leído el anuncio en el periódico; ¿debo hablar contigo?». Pero «aparición» continúa siendo la palabra justa.

Apareció en efecto, en aquella aburrida puerta, convirtiéndola en el lugar más exuberante del universo. Juro que por un instante vi una planta de hibisco germinar en el rellano, una cascada de orquídeas llover del techo y un ave del paraíso entonar una exótica melodía. Estaba bronceado, mientras que yo estaba pálida, llevaba unos vaqueros cortados por las rodillas, una camiseta blanca, una mochila verde militar a la espalda y deportivas de tela sin cordones. Me dedicó una sonrisa para comérselo a bocados.

Me lo quedé mirando como si fuera deficiente, estupefacta, con una aceituna medio metida en la boca, los labios formando una «o» de sorpresa y turbación, y un único pensamiento en medio de aquella confusión mental: «¿Me habré depilado las ingles?».

—¿Todo OK? ¿Estás bien? —me preguntó, después de medio minuto, pronunciando las sílabas lentamente, como si hablase con una vieja sorda.

No pude responder, porque aquella aceituna funesta, tan confusa como yo, tuvo a bien dejarse caer en mi garganta para luego irse por la bifurcación equivocada y asfixiarme. Empecé a rebuznar como un asno, mientras Luca dejaba la mochila en el suelo, me cogía por la espalda, me apretaba los brazos alrededor del pecho y me sacudía como a una muñeca de trapo.

En resumen, nuestro primer encuentro pasará a la historia como el momento en que estuve a punto de morir asfixiada por una aceituna y Luca me hizo escupirla sobre la alfombra.

—Has tenido suerte de que conozca la maniobra de Heimlich —comentó, mientras me observaba como un abogado de empresa (que nunca ha tocado nada que no sea un iPad) observa a un granjero que acaba de ordeñar una vaca.

—¿Heimlich? ¿El flautista mágico? —murmuré, masajeándome el

abdomen, dolorido tras dos golpes de tos y un jadeo, y con un hilillo de baba colgándome de la barbilla.

—Aquel era Hamelin. Será mejor que te sientes. ¿Dónde tienes los vasos? ¿Quieres un poco de agua?

Luego me dio unas palmaditas en la espalda, me ofreció bebida como si yo fuera su invitada, miró un poco la casa, hizo un comentario divertido sobre una pera mohosa que llevaba una semana en el frutero y me preguntó si la habitación estaba libre.

—Librísima —respondí con la voz todavía ronca.

—¿Me la quieres ofrecer a mí?

—¡Te la ofrezco ya mismo!

—Muy bien. ¿Y el contrato?

—¿Contrato? ¿Qué contrato?

—Para el alquiler, ¿no?

—Ah, el alquiler, cierto.

—¿No me pides referencias? Podría ser un maníaco, un ladrón, qué sé yo.

Quise responderle que sus antebrazos dorados eran referencia suficiente, y que con aquella sonrisa y aquellos ojos y aquellas manos y aquellas rodillas no necesitaba ninguna otra recomendación, pero tenía miedo de parecerle una oca pervertida. Mejor contenerse. Mejor aparentar ser una casera profesional a la que no le importa un pimiento que su nuevo inquilino esté como un tren.

—Sí, cierto. Estaba a punto de prepararlo —dije, con aire de importancia no muy creíble, ya que todavía estaba tosiendo y me dolían las costillas.

Descubrí que trabajaba en un disco *pub*, que sus cócteles eran los mejores de Roma, que había tenido muchos otros trabajos antes que ese, que había viajado mucho y que en sus ratos libres escribía. Libros. Cosas serias. Quería ser novelista. Famoso, a ser posible.

Improvizamos una especie de contrato, me dio a tocateja tres meses de anticipo y nos estrechamos la mano. Desde entonces, nos hicimos buenos amigos. Solo amigos, por desgracia.

Es un hombre agradable, divertido, brillante. De acuerdo, parece que se esfuerza en personificar la idea refrida del macho depredador, pero tengo la certeza de que en el fondo posee un alma sensible. Solo tiene un defecto: usa a las mujeres como pañuelos desechables. Más allá de esta pésima costumbre

(y del caos postatómico que tiene en su cuarto) es un compañero de piso perfecto.

Así que sufro, casi todas las noches, mientras él se divierte en el otro cuarto. En una ocasión le dije:

—¡Tienes treinta y dos años! ¿No piensas que ya ha llegado el momento de comportarte como un adulto e intentar enamorarte? Por lo menos, así veré siempre el mismo culo paseándose por casa.

Me respondió con una sonrisa y encogiéndose de hombros:

—El amor no existe, Carlotta. Es una chorrada para adolescentes o, como mucho, una enfermedad perfectamente curable. Como ya no soy un chiquillo, puedo asegurártelo: he conocido a muchas mujeres, pero mi corazón nunca se ha vuelto loco, ni he tenido el deseo de ver a una durmiendo a mi lado, o de escuchar cómo cuenta cualquier cosa. Yo solo quiero follar. Y luego, cada uno a su casa.

Luca es siempre muy explícito. Jamás le he oído decir «hacer el amor».

Al cabo de un rato, me parece oír el eco de una discusión tras la puerta de la habitación y entiendo que se trata de un monólogo irritado por parte de la chica, que acaba de ser despedida sin miramientos. Oigo sus pasos sobre el parquet y algún comentario sobre lo *impvesentables* que son *cievtos hombves*. Desde luego, estoy de *acuevdo* con el *avgumento*. Tiene razón de sentirse mortificada, pero egoístamente me alegro de esta expulsión. Le permito incluso que se lleve mi goma del pelo, con tal de que se esfume lo antes posible junto con su tanga de hilo dental.

Luca deja correr el agua de la ducha, y ya me imagino la piscinita que formará al lado y las huellas de sus pies mojados por toda la casa. Pero no me importa. Ahora podré dormir, y el bloque entero también.

Mientras me tumbo y cierro los ojos, oigo una llamada a la puerta. Tras un segundo, entra Luca con una toallita en torno a las caderas. ¿Este tío es tonto o se lo hace? ¿Realmente me considera el equivalente de un chifonier? Con solo ver sus muñecas ya me empiezo a sonrojar, y con sus codos, y con los lóbulos de sus orejas y...

—¿Duermes? —me pregunta en un tono de voz tan alto que si por un

casual hubiese estado en brazos de Morfeo, me habría caído al suelo de golpe. No espera una respuesta mía, entra y ya está, goteando como un Pulgarcito que dejara un reguero de agua en lugar de migas de pan—. Quería desearte mucha suerte para tu entrevista de mañana, porque puede que no nos veamos. Voy a intentar dormir un poco, para escribir luego.

—Gracias —le digo, mientras me empapa la cama.

—Perdona por el escándalo, pero ya sabes cómo es...

—No, no sé cómo es —le replico, a la vista de que soy casi virgen, después de más de un año de abstinencia integral.

—Eres demasiado rígida. Deberías salir con alguien.

Me mira con una luz extraña en las pupilas; los cabellos le gotean sobre la almohada, arriesgándose a causar un cortocircuito en el cable de la lamparita.

—¿Para que luego me echen de casa como has hecho tú con *Miss Culo Perfecto*? No, gracias. No me apetece nada.

—Podrías invitar a alguno aquí, así serías tú la que le daría la patada.

—Para ti no existe la posibilidad de permitir que alguna se quede a dormir, ¿verdad?

—¡No! —exclama alterado—. ¡No me ha pasado nunca! —Lo dice con disgusto, creo que estaría más dispuesto a ingerir una cucaracha viva—. Si das espacio a las mujeres, se expanden, comienzan a no conformarse con el sexo y pretenden que les hagas caso.

—Te recuerdo que yo también soy una mujer.

Sueno un poco irritada, no tanto porque haya ofendido a la categoría a la cual declaro pertenecer, sino porque me habla como si yo fuera un amigote suyo del bar. Dentro de poco haremos una competición sobre quién tiene la pilila más larga y puede que empecemos un concurso de eructos.

—No, tú no eres una mujer. No en ese sentido.

—Gracias por el cumplido.

—¡Tonta!

Se me acerca y se le cae la toallita, dejando al descubierto sus tristemente famosas partes pudendas y un fragmento de sus nalgas. Se cubre riéndose y me abraza, y no sabe cuánto me duele y cuánto querría demostrarle que soy mujer, de hecho, en todos los sentidos.

El corazón me va a mil y toso para impedir que Luca lo oiga y se dé

cuenta de que pertenezco a la categoría de *criaturas sentimentaloides* que no se contentarían con el sexo y pretenderían un millón de atenciones, en lugar de bajar corriendo y furiosas la escalera de casa soltando tacos.

Lo miro, lo huelo a distancia, parezco un perro que olisquea en busca de una trufa enterrada, el perfume de jabón es húmedo como un alga. Qué contrariedad, creo que lo amo: quizá sería mejor que lo echara de aquí.

Espero que mañana me rapten, que me manden a dar la vuelta al mundo o que me hagan trabajar de noche, así no estaré en casa durante la próxima cabalgada. Quizá podría insonorizar mi habitación. No, moriría igual aunque no lo oyese: me bastaría con imaginarlo.

Lo miro por enésima vez, fingiéndome fastidiada mientras me consumo de amor y remordimiento. Luca se levanta, se estira, parece que tiene sueño. Se marcha canturreando en voz baja. Suspiro y apago las luces. Tardo en dormirme, con el sabor del chocolate en la lengua.

## 2



**M**ientras voy hacia allí a pie me repito sin cesar: «Puedo conseguirlo, puedo conseguirlo, puedo conseguirlo». He estudiado en la Academia de Bellas Artes, no es precisamente un curso de corte y confección. Es cierto que no tengo un *curriculum* prestigioso y durante años he salido adelante organizando escenografías para recitales escolares y decorados para teletiempos, videoclips y servicios de moda locales. En la práctica, yo soy la que busca los objetos del escenario o identifica los lugares apropiados para tomar fotografías y grabar. Hasta ahora solo he tenido experiencias de poca monta, pero es justamente cuando tienes que arreglártelas con poco presupuesto que se puede demostrar inventiva y capacidad de adaptación. Nadie me gana en cuanto a buena voluntad, fantasía, capacidad para resolver problemas y cumplir deseos y saciar hambres. Sobre todo hambres, en estos momentos. Necesito este trabajo, no pudo permitirme dejarlo escapar. Aunque no es algo que esté en mi naturaleza, estoy dispuesta a dar codazos, a poner zancadillas y a apartar a quien sea.

Pero cuando entro en la sala de espera, me doy cuenta de que la competencia dista mucho de ser feroz. De hecho, no hay ninguna competencia. Soy la única y casi me siento como una bola de hierbajos rodando por un desierto de arena.

Tras el escritorio, una secretaria atractiva, con un pelo platino a lo

Marilyn Monroe, toquetea su teléfono móvil. Me acerco y me doy cuenta de que está jugando a «Candy Crush». Toso, reclamando su atención. Levanta la vista y me observa con dos ojos azules y contrariados.

—Estoy aquí para el puesto de *art buyer*.

Continúa escrutándome de arriba abajo y finalmente niega con la cabeza.

—Me parece un poco debilucha —me espeta con poco tacto.

—¿Hay que mover objetos muy grandes? —pregunto, recordando aquella vez en que tuve que buscar una morsa de tamaño gigante y la quilla de un barco para un desfile de una peletería ecológica. Ambos de pesado cartón piedra. Me tocó transportarlos prácticamente sola hasta la pasarela. Solo con recordarlo, incluso hoy, me sobreviene un ataque de ciática.

—No, no es por eso —explica, sin explicar nada. Se inclina un poco hacia mí y me susurra en tono conspiratorio—: Es por el director. Es muy pesado.

Por un segundo, me imagino una especie de Lincoln Rhyme sentado en una silla giratoria, pero obeso.

—Lo siento mucho, pero yo, a decir verdad, quiero encargarme del atrezo, no hacer de cuidadora.

—Ah, no, el cabrón está bien, demasiado bien, diría yo. Es pesado, pero en otro sentido. Tiene unos modos, cómo decir, antipáticos.

Dicho por una que no destaca por su afabilidad que digamos, la noticia es en todo caso alarmante.

—¿En qué sentido?

Pero la tipa no parece querer hacer muchos esfuerzos más. Como si ya me hubiera hecho demasiadas confianzas, se limita a sacar una hoja de una caja y la rellena, sometiéndome a una batería de preguntas, algunas decididamente indiscretas. Por lo visto no quiere saber solo mi experiencia laboral previa, sino también si estoy casada, si tengo hijos y otras curiosidades impertinentes.

El deseo de decirle que se meta en sus asuntos me bailotea por dentro peligrosamente, pero la tentación se transforma enseguida en un rescoldo. Esta noche he dormido poco más de dos horas, me he levantado tarde, he tenido que prepararme en diez minutos, maldiciendo porque el café estaba demasiado caliente, y ahora lo único que quiero es que esta entrometida se dé prisa. Así que evito protestar y respondo de forma automática.

Después me pregunta:

—¿Número de móvil?

—Pues la verdad es que no tengo.

—¿No tiene móvil? —Me mira como si tuviera seis ojos y una cola de asno colgando de la frente.

—Pues verá, después de haberme cargado tres, he comprendido que para mí son como la hierba para Atila. Por donde paso, los pobrecillos se extinguen. El primero lo fundí metiéndolo en el horno en lugar de una pizza congelada. Me di cuenta demasiado tarde, cuando intenté llamar a una amiga con una loncha de cuatro estaciones. El segundo se me cayó en el retrete y acto seguido tiré de la cadena. El tercero, a decir verdad, no sé si lo perdí, si me lo robaron o si el pobre huyó, temeroso de estirar la pata demasiado joven. Por lo tanto, he decidido dejar de sembrar la muerte entre los inocentes telefonitos.

—¿Y cómo se las arregla si está en la calle y debe llamar a alguien por una urgencia?

—Bueno, lo cierto es que no suelo tener estas necesidades imperiosas. En cualquier caso, supongo que en esa situación buscaría una cabina. Como alternativa, mandaría un mensaje telepático o me lo montaría como pudiera.

—Debe usted conseguir uno, es indispensable estar localizable las veinticuatro horas del día.

—Ni que yo fuera un cardiocirujano.

—Haga lo que le parezca, pero sin teléfono móvil no se puede ser competitivo y profesional.

—¿No se puede jugar a «Candy Crush», por ejemplo?

La joven secretaria demuestra no captar la ironía y me hace un gesto para que me acomode y espere mi turno. Me vuelvo y observo la sala desierta, los asientos de plástico imitación madera, adosados a una pared, y una mosca que traza un largo e incansable ocho en el aire, buscando una vía de escape de la sala. Quisiera protestar, pero el hecho es que la mosca estaba ahí antes de que yo llegara.

Me siento a esperar. Tras un rato, la mosca descubre la ventana e intenta un ataque frontal contra el cristal. Lo golpea siempre en el mismo punto, con una obstinación que me resulta simpática. Me recuerda a mí misma cuando

me empeño en hacer las cosas equivocadas y, aunque sé que sufriré, meto la directa y me lanzo de cabeza contra un muro. Lo siento por ella, por su encierro impuesto y, ante la mirada perpleja de la secretaria, que se dedica a alinear caramelos, intento guiarla hacia el aire fresco que se filtra por la ventana. Tras otra media docena de golpetazos, el insecto encara con fortuna la salida.

En ese preciso instante, la señorita me comunica que puedo entrar y me indica una puerta.

—Tenga esto y que lo lean —me exige, dándome el cuestionario.

Mientras abro la puerta, pienso en la situación: el director es un imbécil y si no ha encontrado a otros aspirantes será por algo; quizá debería largarme de aquí, la mosca ha sido más astuta que yo.

Pero otros pensamientos terminan siendo más persuasivos: necesito el trabajo. Además, estoy acostumbrada a lidiar con sujetos difíciles; vivir con mi familia ha sido una experiencia formidable, que me ha dotado de una piel muy gruesa. Alguien que ha resistido durante casi treinta años los ataques de la tía Porzia, no debe temer ni siquiera al feroz Saladino.

Así que entro en la habitación.

Esperaba encontrarme frente a una auténtica milicia en formación de tortuga y en cambio solo veo a dos hombres, uno sentado en el borde de un escritorio, el otro de pie frente a una ventana, mirando fuera y dándome la espalda.

El que está sentado es tan atractivo que por un momento mi miedo se escapa como la mosca por la grieta. Tan rubio como si fuera un extranjero del norte de Europa, con cejas que parecen suaves plumas de cisne. Los iris son del mismo color que las joyas de Tiffany. Su nariz es afilada, elegante, la piel casi diáfana. Lleva un traje gris sobre una camiseta con un dibujo de una rana y tiene algo de angelical, de respetable, de eficiente y amistoso todo a la vez. Me invita a entrar, me sonrío, se acerca y me estrecha la mano. Un apretón enérgico, pero no demasiado. Su italiano es impecable, pero está claro que su lengua materna es otra. Alemán tal vez. Se llama Franz Eisner y es el productor ejecutivo. Le doy la hoja y la lee con interés.

Mientras tanto, el otro examinador continúa mirando por la ventana hacia el más allá, ofreciéndome el panorama de una espalda huesuda y de un culo

seco como una ciruela de California. Lleva unos vaqueros negros como el petróleo, una camisa larguísima y zapatos blancos a lo Pavarotti.

El joven rubio me formula alguna pregunta, al hilo de la información que lee. Embellezco un poco mi pasado laboral, transformando pequeñas verdades en grandes mentirijillas. Al cabo de un rato, pregunto yo a mi vez:

—¿De qué espectáculo se trata?

Franz vacila un instante antes de responder:

—Es un *remake* de *El zoo de cristal* de Tennessee Williams. ¿Conoce la obra?

Claro que la conozco, siempre me ha encantado. Ya me imagino yendo en busca de los objetos de la escena, en particular de esos pequeños y delicados animalitos de vidrio que la tímida Laura colecciona. Y, quién sabe, quizá también discos de la época y un tocadiscos de los años cuarenta. La idea de esta producción me fascina. Quiero este trabajo. Lo quiero con todo el corazón.

Pero Franz añade un comentario que me alarma.

—Obviamente, tratándose de una reelaboración, ejem, harán falta una serie de modificaciones para ajustarlas al nuevo estilo deseado, ejem, por el director y adaptador del texto.

Todos esos «ejem» no pueden presagiar nada bueno.

En ese momento, como si hubiera sido llamado por Dios en persona, el hombre de espaldas se da la vuelta. Estaba a punto de decir que «por fin se da la vuelta», pero tras verlo, me corrijo: «desgraciadamente se da la vuelta».

Es tan chupado como su culo dejaba adivinar. Todo ángulos, como si hubiese sido tallado con un cincel en un bloque de cemento. Tiene los ojos hundidos en las órbitas, que semejan pozos, y tres quintales de lápiz negro en los párpados. Quizá su intención era obtener una intrigante mirada *smokey eyes*, pero a mí se me antoja uno de esos antifaces de los cacos. O quizá un oso panda con cara de pocos amigos.

Avanza despacio, como si fuese a romperse a cada paso. Sospecho que no lo hace porque sea incapaz de moverse más rápido, sino porque esta calma perezosa le confiere un aire de estar artísticamente exhausto. Y, sin embargo, yo no me dejo engañar: sus ojos confirman el inesperado comentario de la secretaria. Tiene los iris oscuros, pero de hielo.

—Se ha abusado demasiado de la versión original de la obra —comenta con frialdad—. La mía es más estimulante y acorde con los tiempos. El arte es renovación y no obediencia servil al pasado.

Me gustaría decirle que no soy partidaria de las reinterpretaciones de obras famosas, pero esto no es una conversación, no es cuestión de empuñar ya la escoba con los ojos desorbitados.

—Muy interesante —replico, fingiendo una actitud pensativa—. ¿Quiere decirme algo más?

Él se pone rígido, se chupa las mejillas, coge un extremo del foulard y lo sostiene entre los dedos, en una pose estudiada.

—Franz, ¿estás seguro de que no es una espía de la competencia?

—No lo creo, Rocky —responde el otro, guiñándome un ojo de manera confidencial—. Y, después de todo, salimos a escena en abril y no será fácil encontrar en tan poco tiempo objetos tan... originales como los que quieres. Considerando que las referencias de la señorita Carlotta son buenas y que los candidatos no hacen cola, yo me inclino por confiar en ella.

—No sé —insiste el director disgustado—. No lo tengo claro. No me gusta.

Quisiera decirle que la aversión es totalmente recíproca. En ese momento, coge el cuestionario con mis datos y le echa una ojeada. Durante toda la lectura, frunce el cejo aristocráticamente.

—Es que de verdad no lo veo claro —insiste, como si hubiese encontrado algo que confirmara su teoría—. A mí me hace falta alguien que brille por su genialidad y sus experiencias precedentes son ínfimas. ¿Qué es este horror? No está a la altura de la misión, y además es de Calabria, y los calabreses son perezosos por naturaleza. Estaría bien si estuviéramos buscando un kilo de salami picante, pero por el resto se puede ver que es una incompetente —sentencia, echando mano de los tópicos regionales.

A medida que habla, el fastidio genérico que he sentido al principio se convierte en una necesidad específica de cantarle las cuarenta. Bullo de cólera, me pican las manos y mi paciencia se esfuma.

—Eh, tú, Rocky Balboa —exclamo exasperada, con los puños a los costados y una expresión de sureña cabreada. Le hablo de tú con voluntario desprecio—. Como poco, tu nombre verdadero será Rocco, por lo que, en

cuanto a orígenes, somos vecinos. Por lo demás, sospecho que tu reinterpretación de la obra será una chorrada como un piano, pero en todo caso yo habría hecho bien mi trabajo. En una ocasión, para un vídeo musical, tuve que encargar la fabricación de un candado de tres metros de alto, y te puedo asegurar que lo hice del mejor modo posible, ¡aunque a mi parecer era una gran cagada! Y, tranquilo, no soy Mata Hari, no trabajo para la CIA ni practico el espionaje industrial. Sea como sea, yo me marchó, si me quedo otro minuto me van a dar ganas de coger una ristra de salamis picantes y metértela entera por el gaznate.

Hablo con fogosidad y gesticulo como un pulpo. Acto seguido, salgo sin saludar siquiera.

Estoy furiosa, y pensando que tendré que telefonar a mi padre para pedirle el enésimo préstamo. Ya hace demasiados meses que no trabajo. Abandono el edificio de los tubos, seguida por la mirada suspicaz de la atractiva secretaria, y me encuentro de nuevo en la calle.

Empieza a llover, una lluvia leve pero insistente, que transforma mi chaqueta de paño avellana en un trapo y atraviesa mis rizos como alambres de púas.

Camino, mientras la ciudad discurre a mi alrededor, con los cláxones sonando, brillante de llovizna y levemente ventosa. En este marco, entre hordas de japoneses que fotografían el adoquinado de *sampietrini*, chicos que aceleran sus pequeñas motos de colores, tranvías que parecen acordeones gigantes y el Tíber que corre perezoso y lleno de fango bajo el puente, pienso en mi incapacidad crónica de que me salga algo a derechas aunque sea una vez entre un millón. Continúo viviendo tal como lo hacían los antiguos, que se comían la piel y tiraban el higo.

Quién sabe por qué, justo en medio de esta penosa reflexión, me viene a la mente mi madre. ¿Cómo puedo ser su hija, diminuta y flacucha como soy, mientras ella parece un cruce entre Venus, Juno y Monica Bellucci? Luego recuerdo a mi padre y comprendo que la sangre no es agua: él es el artífice de mi apariencia insignificante. Un hombre enclenque, silencioso, cuya única palabra pronunciada con desagrado, tras una vida plácida y comedida, fue el lánguido «Caramba» que exclamó hace cuatro años, cuando descubrió que su mujer se entendía con un tal Gonzalo, con quien se marchó de crucero por el

Mediterráneo.

Al volver, mamá esperaba que su ausencia hubiese pasado desapercibida. Se quedó estupefacta cuando papá le pidió el divorcio, casi sin entender cómo podía habersele ocurrido una idea semejante.

Mamá es una figura. Irritante, pero incapaz de darse cuenta de cuánto daño hace al prójimo, sobre todo a su ex marido y a su hija mayor, porque con la pequeña es en cambio muy afectuosa.

Cierto, me olvidaba de hablar de Erika. Es cinco años menor que yo y lo ha heredado todo de mamá: su belleza, su figura escultural, sus senos sólidos, sus piernas largas, su cabello liso y esa obstinada tendencia a que le resbalen las opiniones de los demás. Para situarla mejor, os bastará con saber que mientras yo a los veinte años aún no había perdido la virginidad, ofrecida luego con resignación a un compañero de universidad del cual solo me queda el recuerdo de una ráfaga de gruñidos y un dolor lacerante, Erika se pasaba a todo el mundo por la piedra con gran maestría. En la práctica, es una versión de Luca en femenino, que además me desprecia profundamente.

Me considera una pobre desgraciada, socialmente inútil, mientras ella ejerce la importante profesión de modelo fotográfica. No es que sea la nueva Claudia Schiffer, no desfila por las pasarelas de alta costura y nunca ha sido elegida para decir «Porque yo lo valgo», pero aparece a menudo en los catálogos de lencería íntima, de cosmética, joyería y hasta de mobiliario de jardín. Es esa tipa que posa, metiendo barriga y sacando pecho, con sujetadores que cuestan la mitad del salario de un albañil; es esa que se viste como una princesa, con pomposos vestidos blancos que ninguna mortal podría ponerse nunca sin parecer una tarta de varios pisos; sus labios muestran la última tonalidad de rosa carnoso, sus dedos exhiben solitarios con diamantes y es ella la que, ataviada con cómodos vaqueros y camiseta, se arrodilla en medio de la hierba fingiendo recoger margaritas o se tumba en una hamaca cerca de un caserón rústico, para anunciar muebles de exterior, parasoles y lujosas pérgolas.

A Erika le gusta exhibirse. Se lo puede permitir, no cabe duda. Cada Navidad se presenta con un maromo nuevo... y, con frecuencia, para fin de año ha cambiado de chico, con gran confusión de la tía Porzia, que le cogió cierto afecto a un tal Dammler, aunque Erika jura no haber conocido nunca a

alguien con un nombre tan ridículo. Yo creo que la pobre tía, octogenaria y un poco sorda, se refiere a la Nochevieja de hace tres años, cuando mi querida hermanita pasó las campanadas de medianoche encerrada en el cuarto de baño del primer piso, trajinándose a un tipo con el cabello teñido de violeta, al tiempo que le gritaba con fuerza algo parecido a «¡Dámelo, dámelo!».

En resumen, Erika es una pederza. Un poco puta, si se me permite decirlo. En cierto modo es una putita despampanante que vive en Parioli y tiene las paredes de su casa cubiertas de imágenes en sepia de su propio cuerpo. Una visión del seno, el ombligo, la espalda adornada con un collar de perlas, los pies desnudos dentro de un cubo de vidrio.

Hace meses que no nos vemos, y cuando hablamos por teléfono solo habla de ella, concluyendo la conversación con un compasivo y transparente «Ninguna novedad, ¿verdad?», que es su modo elegante de dar a entender que nunca encontraré un hombre decente, y, que si lo encontrara, ella tardaría poco en comérselo con una guarnición de caracoles.

Debo dar con un trabajo cueste lo que cueste. Tengo un título, soy creativa, mis ganas de aportar son desbordantes, pero tengo la perenne sensación de que las buenas ocasiones se me escurren entre los dedos como anguilas.

Camino deprisa, mientras la llovizna escampa y un sol cianótico asoma tras unas pinceladas de contaminación. Llego a destino una hora después, destrozada y muerta de hambre.

Vivo en el Trastévere, en el último piso de un edificio de fachada rosa y ventanas verde brillante. Entro en casa, tiro la chaqueta sobre el sofá y pulso el botón del contestador.

Sigue una retahíla de llamadas de la señorita de anoche (cuyo nombre descubro que es Sandra, por tanto *Sandva*), todas en un período de pocos minutos, en el cual la pobre chica, olvidando convenientemente que fue despachada al rellano, solicita otro encuentro y repite su número cien veces.

Tuerzo la boca y escucho los otros mensajes. Cuando oigo la voz de mi madre me estremezco.

Me siento en el sofá y espero algún golpe bajo. Sin embargo, mi querida mamá se limita a decir que me llamará luego, que tiene una noticia importante que comunicarme. «Espero que estés haciendo alguna cosa de provecho», concluye. Me da vueltas la cabeza, tengo los pies en llamas y un vago pero creciente deseo de echarme a llorar.

Me levanto en busca de cualquier cosa que echarme a la boca. Espero que quede algún *pretzel* con sésamo. Todavía no estoy en modo aceitunas, pero me queda poco. Sin embargo, en la despensa no hay nada.

En la puerta de la cocina, un trampantojo que pinté hace un par de años más o menos, un poco dañado por la humedad, muestra un cerezo lleno de frutos. Qué pena que no sean comestibles.

Luca entra en casa justo en ese momento, con una bolsa de plástico de la que sobresale la punta dorada de una baguette. Noto cómo de repente se me hace la boca agua. No puedo negar que es un hombre sensible, cuando no hay por aquí ninguna tía en pelotas llamando su atención. Deja la bolsa sobre la mesa y viene a mi encuentro.

—¿Qué hay, mariposita? —pregunta—. ¿No ha ido bien? No me digas que has hecho un comentario fuera de lugar sobre el ojo de cristal del director.

—Casi —respondo, encogiéndome de hombros.

—Menudo desastre estás hecha. Hace unos meses, mandaste al garete el encargo de publicidad de aquel perfume francés porque no supiste tener la boca cerrada.

—Más que nada, no supe tener la nariz cerrada. ¡Estarás de acuerdo conmigo en que no se puede vender un perfume y apestar a sardinas maceradas en sudor de mofeta! Tuve que suplicarle que se lavara, y él se ofendió y me puso de patitas en la calle. Cambiando de tema: ¿has hecho la compra?

—He comprado pasta, unos tomates sin mohos, una botella de vino y naranjas. Y pan, naturalmente. Espero no haberte ofendido, pero he limpiado la nevera —me informa, señalando el viejo dinosaurio de acero, salpicado de imanes en forma de búho.

—¡Eres estupendo! —digo, pensando en cuánto lo es de verdad y en que pasaría mis siete vidas con él si fuera un gato—. ¡Eres un hombre como para casarse contigo!

—Ni muerto —se horroriza—. El matrimonio no es para mí. La sola idea de tirarme siempre a la misma mujer es, por decir poco, espeluznante.

—Si continúas cambiando de pareja cada noche, deberás revisar tu hermosa filosofía.

Luca deja correr el agua del grifo, enjuaga los tomates y llena una olla.

—¿Qué quieres decir? —pregunta distraído, mientras enciende el gas.

—Visto que te tiras a una diferente cada noche; si excluimos a las que son demasiado jóvenes, demasiado viejas, ya están emparejadas o son lesbianas, llegará un punto en que se te acabará la reserva. Tendrás que empezar desde el principio.

—A las que ya están emparejadas no las excluiría. En todo caso, considerando que al día siguiente ni siquiera me acuerdo de sus caras, no me importaría dar la vuelta entera y, mientras tanto, las que son demasiado jóvenes crecerían.

—Eres asqueroso, ¿lo sabías? Espero que encuentres pronto a quien sepa tratarte del mismo modo... quiero ver al Luca que suplica y se desespera por amor.

—Resignate, no lo verás nunca.

—Quién sabe. Por cierto, te ha llamado la señorita tanga de leopardo.

—¿Quién?

—Venga, un esfuerquito... la de ayer, la tipa gangosa, ¿te acuerdas?

—¿Era gangosa? —Se ríe, echa los tomates en una sartén y abre el vino —. No presté mucha atención a cómo hablaba.

—En efecto, no pudiste darte cuenta, porque gemía con vocales. Total, que se llama Sandra y *quieve quedav puonto pava vevte*. —Le repito el número y Luca exclama:

—¡Así se llamaba! Ayer por la noche, mientras me despedía de...

—Mientras la echabas de casa.

—... ella en la puerta, me estuve rompiendo la cabeza para recordarlo. Quería ser amable, para no decirle solamente «Chao, cosita, que duermas bien», y al final creo que la llamé Rebecca ¿De dónde sacaría ese nombre?

—Fácil, la de hace tres noches se llamaba Rebecca.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—¡Por el contestador, Luca! Como nunca les das el número del móvil,

¡las pobres criaturas, seducidas y abandonadas, ocupan toda la memoria del aparato con sus llantos y sus insultos!

Luca se sienta en el sofá, riendo, y es tan hermoso que me lo quedo mirando con una expresión obtusa, atontada.

En ese momento suena el teléfono y del contestador surge la voz de mi madre, insinuante, ya crítica con tan solo pronunciar un inocente «Hola».

—Carlotta, cariño, si estás en casa contesta. —Parece una invitación, pero en realidad es una orden. Solo le falta decir «*Achtung*, levanten la *cabecen* cuando suene la *corneten*, *ja!*».

—Mamá... —susurro al aparato, con voz de medio ocupada, medio distraída.

—¡Sabía que estabas! No eres una mujer de carrera, de las que comen fuera.

—¿Qué quieres?

—No hagas planes para dentro de dos semanas, que se casa Beatrice.

Los ojos me hacen chiribitas... debo de haber oído mal. Por lo que recuerdo, Beatrice es una prima mía que quería ser carmelita, con el firme empeño de ofrecerle su virginidad al Señor. Me acuerdo de que era reservada, aterrorizada, monja desde pequeña, con los dientes saltones y sonrisa sacrificada. Seguro que mamá se refiere a otra persona.

—¿Quién, perdona?

—¡Tu prima Beatrice! ¿Ya te falla la memoria?

—Pero ¿no estaba en un convento?

—Sí, es verdad, pero solo durante muy poco tiempo. No estás nada informada de las cosas que pasan en nuestra familia. Luego se operó la nariz y los dientes, se gastó los ahorros en una depilación láser, ha conocido a un chico español y va a casarse.

Estoy consternada. Beatrice se ha hecho un cambio de piezas. Me pregunto si le quedará alguna cosa original en la carrocería, alguna pieza natural modelo letrina.

—No debe de tenerme muy en cuenta, para no haberme dicho nada de eso.

—¡Mira que eres quisquillosa! ¡Intenta entenderla, la pobre con esa barriga!

—¿Barriga? ¿Qué barriga? No me digas que también se ha hecho la liposucción.

—¡Hablo de los gemelos! Carlotta, pareces tonta. ¿Has bebido quizá?

—¿Qué dices? ¿Gemelos? Mamá, no entiendo de lo que hablas...

—Está ya en el sexto mes y parece una tinaja. No tenía claro lo de casarse antes de dar a luz, pero la tía Palma ha insistido tanto... No soportaba que la prima Pamela le pasase por delante.

—Ah...

—Ha hecho bien en quedarse embarazada. ¡El tiempo pasa y la menopausia llega en un abrir y cerrar de ojos! Por cierto, ¿tú no piensas dejarte preñar por algún jovencito atractivo?

—¡Mamá! —Me ruborizo y los ojos se me disparan sin querer hacia Luca, que está escurriendo los espaguetis y, afortunadamente, no puede oír ni una palabra de las delirantes barbaridades de mi madre.

—¡Tú no eres del todo fea, cariño mío! —me dice, en un arrebato de generosidad materna—. Si pusieras un poco de empeño... Sea como sea, te he encontrado un chico guapo para la boda.

Tiemblo, me da un ataque de úlcera y se me revuelve el estómago.

Recuerdo una escena idéntica, cuando tenía dieciocho años. Se iba a celebrar una fiesta en el instituto y yo carecía de acompañante. Aquel estúpido baile que imitaba las fiestas de fin de curso de las películas estadounidenses no me importaba nada, pero la señora Lieti opinaba que tenía que ir por fuerza, y me impuso al hijo de diecisiete años de su amiga del gimnasio, un tipo aparentemente inocuo, que estuvo todo el rato intentando mirar bajo mi falda.

La idea de que un tipo similar, pero más mayor, se me pegue como una lapa durante la boda de mi prima Beatrice, mientras trata de dejarme preñada al seguir el consejo de mi madre, me hace arder de furia y me abanico con la mano procurando refrescarme un poco.

Luca me pasa cerca y me acaricia el pelo. Señala la pasta, dándome a entender que ya está casi lista. Le dirijo un gesto desesperado, alargo los brazos y digo algo en voz baja sobre la verborrea de mi madre. Ella, mientras tanto, animada por mi silencio, que confunde con una respetuosa atención, diserta sobre la importancia de tener progenie cuando todavía se es joven.

—¡Yo te tuve a los veintiséis años! Dentro de poco, tendrás un tres en tu edad, ¿lo sabes? ¿Quieres que tus hijos te llamen abuela? —insiste.

—Adiós, mamá —le digo, cortando la conversación, mientras Luca condimenta los espaguetis.

Cuelgo el auricular toda sudada. Me siento como cuando vi por primera vez *El exorcista*.

Estoy yendo al baño a refrescarme la cara con agua helada, cuando el teléfono suena de nuevo. La certeza de que es otra vez mi madre me tienta a ignorarlo, pero ante el temor de que empiece a desbarrar en el contestador y de que Luca pueda oírla, respondo. Estoy furiosa y pecho de intempestiva. Respondo gritando:

—¡Cuando me quede embarazada, ya te avisaré, pero seré yo la que decida quién me deja preñada!

Y me doy cuenta demasiado tarde de que la persona que ha llamado no es mi madre. Una voz de hombre dice:

—¿Hola? ¿Casa de Lieti? ¿Es la casa de la señorita Carlotta Lieti?

—Sí... soy yo. ¿Quién es?

—Soy Franz Eisner.

El productor ejecutivo. El rubio amable que me ha guiñado un ojo.

—Dígame... —le contesto, mientras Luca me observa con curiosidad.

—Nos hemos conocido esta mañana, ¿se acuerda?

—Naturalmente.

Estoy con la boca abierta, parezco un pez a punto de exhalar su último y acuoso aliento. Ahora me dirá que el director quiere querellarse conmigo por injurias. No tengo dinero para pagar un abogado y, ya puestos, tampoco tengo un abogado.

—Debería pasarse por aquí. Si todavía le interesa, el puesto es suyo.

—¿Quéééé?

Estoy tan aturdida, que el señor Eisner se debe de estar preguntando si estaré borracha. Pensará que no es cuestión de contratar a alguien que ya va pedo a la una del mediodía.

—Como le decía, su *curriculum* es interesante, y sé cómo convencer a Rocky. Quien, que quede entre nosotros, es de origen pullés, por lo que realmente es vecino de Calabria. ¿Podría venir a echarle un ojo al contrato,

digamos la semana próxima?

En silencio, hago un ridículo paso de zumba con el teléfono encajado entre el hombro y la oreja. Y luego un recuerdo vuelve a atormentarme como una piedrecita metida en el zapato.

—Iré sin duda. Pero antes... ¿qué quería decir con lo de una reinterpretación de la obra y de ciertos objetos insólitos que habría que buscar?

Del otro extremo de la línea me llega una risa serena.

—Aunque tiene modales más que discutibles, Rocky es a su manera un genio —explica—. Como le ha dicho, ha reelaborado el texto íntegramente, ambientando los hechos en nuestra época. Por tanto, es inevitable que algunas cosas hayan cambiado. Por ejemplo, aunque Laura sigue siendo una chica tímida y romántica, no colecciona animales de cristal.

—¿No colecciona animales de cristal? ¿Ni siquiera el unicornio?

—No. Colecciona Barbies.

—¿Cómo?

—Tiene una colección de ejemplares muy raros y originales. Es su pequeño zoo, su refugio.

Por un segundo me quedo ida. El unicornio se evapora de mis pensamientos, sustituido por un recuerdo remoto. Tengo nueve años y el espejo me mira sin amor, igual que mi madre. Durante una mañana entera ha intentado desesperadamente alisarme el pelo, usando pinzas de todas las formas y tamaños, cremas, bálsamos y plegarias a la santa patrona Phoebe Cates. Sin resultados. Mis rizos no han atendido a razones. Pobre mamá, en el fondo la entiendo. Todas las primas de mi edad parecen hadas, con el pelo suave como sábanas de seda, y a ella le ha tocado una hija con un estropajo en la cabeza, pecas en la nariz y una tendencia preocupante a propinarles puñetazos a todos los machitos que se ríen de ella. Aún no sabe que sus esfuerzos serán ampliamente recompensados dentro de poco, cuando la pequeña Erika se manifieste en todo su esplendor; de momento, tiene que contentarse con esa hija mediocre.

Al rato me deja ahí, delante del espejo, y se marcha desesperada, como si fuese culpa mía y hubiese urdido un complot con mis cabellos para darle un disgusto. Me observo y no consigo retener dos lágrimas, solo dos, una por

ojo. Y entonces llega papá:

—Estás guapísima, pastelito mío —me dice—. Vamos a pasear, ¿vale? Hace sol y el sol borra los pensamientos malos.

Cogemos el coche y vamos al centro. Mientras camino de su mano, un escaparate me llama la atención. Es una tienda de juguetes y en un expositor giratorio que parece un frutero, un pequeño ejército de Barbies se muestra al mundo. Son hermosas, mejor dicho, hermosísimas. Elegantes, con sofisticados vestidos de color melocotón y azul marino, y con el pelo que le gusta a mi madre. Las miro girar con las manos y la nariz pegadas al cristal. Y en cierto momento, mientras sigo con los ojos aquel soñoliento tiovivo, mi corazón se detiene. Una Barbie morena, con pelo corto y rizado, me sonrío y parece guiñarme un ojo. De hecho, lleva un vestido rojo fresa con adornos dorados y es espléndida. Me vuelvo hacia papá y no me hace falta decir nada, porque él ya lo ha entendido. Esa Barbie tiene que ser mía. Esa Barbie soy yo. Diferente y especial.

Todavía la conservo como una reliquia y jamás, jamás he intentado alisarle el pelo. Le estoy agradecida por haberme hecho comprender que hay sitio para todas.

Por eso, pensándolo mejor, la idea del director no me desagrada. Seguramente es un maleducado, pero su reinterpretación del texto me intriga. Es un poco loca, pero yo me llevo bien con la locura. Ya sabía que este trabajo era perfecto para mí...

—Cuando venga, le pasaré el libreto, para que pueda leérselo con calma. Estrenamos en poco menos de dos meses. ¿Piensa aceptar?

—¡Por supuesto que voy a aceptar! —exclamo con total convicción.

Concertamos una cita para el lunes siguiente y cuelgo radiante.

Luca tiene una expresión interrogativa. Corro a abrazarlo, aprovechando la justificable euforia del momento, y disfruto del contacto con sus tremendos abdominales. Me basta eso para sentirme trastornada, como si alguien me estuviese levantando por los pies, y el tibio calor de su esternón no es nada comparado con el fuego que siento un poco más abajo, en mi amiguito jubilado.

—¡No puedo creerlo, me han cogido! —exclamo, contándoselo todo, mientras salto por la habitación sin poder parar.

Corro a lavarme las manos y, todavía saltando, me reúno con Luca en la mesa. Él sonríe, contento por mí. Me olvido hasta de mi madre y de la próxima boda de la prima Beatrice. No me importa tener casi el tres en mi edad y que mis hijos vayan a llamarme abuela. ¡Tengo trabajo! Podré comprarme aquellos comodísimos zapatos de verano con tacón de doce centímetros que he visto en un escaparate, que no me pondré nunca, pero que quedarán fabulosos en mi armario. Como con gusto, llenándome la copa de vino hasta que no cabe ni una gota.

—¿Qué es lo que más te alegra? —me pregunta Luca, observándome con curiosidad—. ¿Ir a la caza de objetos por ahí o tirarte al productor?

—¡Eh! —replico, lo bastante achispada como para sentir que me tambaleo un poco en la silla. Finjo ofenderme y luego me echo a reír—. Ambas cosas, supongo. —Miento, porque aún no había pensado en coquetear con el guapo Franz de pómulos altos.

—¿Cuánto hace que no practicas sexo? —me pregunta directo, cruel, chupando una naranja.

Me mira, despiadado como solo un hombre que hace el amor todas las noches es capaz de serlo. Está inesperadamente serio, como si estuviésemos hablando de una enfermedad. Se traga el zumo y su garganta vibra. Luego juguetea con una miga que hay sobre la mesa.

—Eso es asunto mío —le respondo, y añado, intentando cambiar de tema—: Pero basta de hablar de mí. ¿No has escrito nada esta mañana?

—No deberías dejar pasar tanto tiempo, no es sano. Y además, corres el riesgo de caer en brazos del primero que venga. La abstinencia excesiva hace a la gente poco selectiva, ¿lo sabías?

—Habló el selectivo —replico—. ¡No me hagas reír!

—No conoces la diferencia, ¿verdad? —Parece vagamente irritado. Es raro verlo así: con el cejo fruncido me parece todavía más guapo. Sigue jugando con la miga de pan y no me mira a la cara.

—No existe ninguna diferencia, a menos que le echas la culpa al machismo.

—El machismo no tiene nada que ver. —Levanta los ojos y me mira con una neblina de rabia—. La diferencia es que tú eres una chiquilla estúpida en busca del hombre de tu vida y eso te expone al riesgo de pegarte la hostia

padre. Crees en la teoría del amor eterno y te conservas como un frasco de tomates secos, con la esperanza de que, tarde o temprano, un hermoso príncipe te folle hasta hacerte llorar y finalmente te ponga un anillo en el dedo. Yo no espero nada de las mujeres con las que me entretengo; como mucho, aspiro a que se diviertan conmigo. Y si alguna no responde a las expectativas, ¡puedes estar segura de que no me voy a llorar a la cocina! No pienso en ello más tiempo del estrictamente necesario.

—¡Yo no lloro en la cocina!

—Carlotta... —Se calla, me mira, niega con la cabeza—. ¿Crees que no te conozco lo suficiente para saber que suspiras como una princesita en búsqueda de consuelo? Para ti el sexo no es solo un instrumento de placer. Siempre ansías dormirte sobre el pecho de tu caballero. ¿O no?

—Bueno, sí, pero...

—El mundo está lleno a reventar de gente como yo, recuérdalo, está lleno de machitos esperando darte una patada escaleras abajo un segundo después de que les hayas hecho gozar. Lleno de tíos que por la mañana no escucharán ni siquiera tus mensajes en el contestador y no recordarán tu cara o tu voz gangosa.

Suena severo y, aunque está intentando ponerme en guardia, deja entrever ráfagas de amargura que no le son habituales. No sé qué decir, el suyo es un discurso derrotista.

—Te equivocas —exclamo, tratando de parecer convencida, mientras en realidad me tiemblan las piernas bajo la mesa—. El mundo también está lleno de hombres dispuestos a ofrecerme su pecho para dormir. No sé dónde están, y desde luego no se parecen a ti, pero antes o después encontraré a uno, tenlo por seguro. No soy un hadita totalmente indefensa y aunque no haya hecho el amor durante un año, no significa que me vaya a abrir de piernas ante el primer rubio que se me cruce por delante.

¡Eso es hablar claro!

Debo de estar beoda, o puede que solo esté herida al pensar que el fantástico príncipe que me estrechará entre sus brazos tras una noche de sexo salvaje nunca será él.

Luca sonrío, y vuelve a ser el de siempre. Me ha comparado con un bote de tomates secos, lo cual no es precisamente muy halagador, pero estoy muy

contenta con el trabajo y lo exhorto amablemente a que vuelva a escribir. Se aleja hacia su habitación, dándome una palmadita de broma en una mejilla. Antes de irse, me dice:

—Considérame como un hermano mayor que se preocupa por ti. Siento que debo abrirte los ojos, porque a veces me pareces demasiado soñadora. El mundo es repugnante, Carlotta.

—Lo sé muy bien. En parte gracias a ti y tu claro ejemplo.

—Bueno, al menos sirvo de algo. Me voy ya a escribir, si alguien me busca, les dices que me he muerto.

Su obra es un gran misterio. La tiene guardada en secreto, con las páginas ya escritas en una cajita cerrada con llave, y me ha prohibido curiosear en su ordenador. Supongo que será algo fuerte, violento y pasional, y seguramente también erótico. Lo sé no porque haya leído en secreto su trabajo, sino porque de vez en cuando sale del cuarto, me mira como si estuviera hecho de metadona, se pasa la mano por el pelo y me sale con alguna pregunta absurda. Me ha elegido como consultora especial sobre el universo femenino, lástima que su enigmática protagonista sobre la que escribe sea un cruce entre una mujer fatal al estilo de *L. A. Confidential* y la esposa salpicada de sangre de Quentin Tarantino.

La mayoría de las veces me limito a mirarlo impertérrita. Encuentro ofensivo que no me considere como un individuo perteneciente al género femenino y que sin embargo me pregunte cómo actuaría a mi parecer una mujer que no se me parece en nada, metida en situaciones entre *Grand Guignol* y *Cincuenta sombras de Grey*.

—¿Me dejas leer alguna página? —le pregunto, un segundo antes de que la habitación vuelva a engullirlo.

—Aún no —replica, como el otro millón de veces que le he pedido lo mismo—. Cuando termine. Por cierto, ¿puedo preguntarte una cosa?

Nos reímos. Luego se pone serio. Me preparo para la enésima pregunta sobre qué haría una tipa que está medio loca, que folla sin parar y que expresa el afecto que siente por sus amantes con un sable oriental.

—¿Es más erógeno el pecho o el ombligo?

—¿Eh?

—Durante los preliminares, ¿dónde siente más placer una mujer?

—¿Eh?

—Mi experiencia me dice que el pecho, pero hay mujeres que prefieren las orejas, la parte posterior de las rodillas, incluso los talones.

—¿Eh?

—Me gustaría que mi protagonista tuviese una característica totalmente original. ¿Qué sugieres?

—¿Eh?

Lo sé, me repito como un disco rayado. Pero no consigo formular un concepto más articulado.

—¿Por qué puñetas me preguntas estas cosas? —murmuro, cuando consigo decir algo—. ¿No puedes hacer un sondeo nocturno con las tipas que te llevas a la cama? Cuando terminéis con el apareamiento, les pides que rellenen un cuestionario y a mí me dejas en paz.

Luca se ríe y se dirige a su cuarto, con sus dudas sin resolver. Lo oigo teclear mientras meto los platos en el lavavajillas. Respiro hondo, intento borrar de mi mente la imagen de Sandra derritiéndose mientras Luca le chupa las rodillas y, por un breve instante, soy feliz. Bebo otro sorbo de vino directamente de la botella y brindo por mi larga vida de tomate seco.

### 3



Llevo toda la mañana dándome tantos aires como Gloria Swanson en *Sunset Boulevard*, mientras baja la famosa escalinata. Y para obtener fama y fortuna yo no he tenido que asesinar a Luca, dejándolo tendido en la bañera.

Pero ahora debo decirle a todo el mundo que tengo trabajo, ¡o si no, exploto! Bueno, si lo supiese mamá, me diría que ir en busca de baratijas no puede considerarse un trabajo de verdad, que me pagarán una miseria, que a mi edad debería buscarme un marido y parir varios críos, en vez de hacer la estúpida dando vueltas por ahí. Si lo supiese Erika, callaría y sonreiría como al parecer sonríen los gatos mientras miran a un gorrión antes de abalanzarse sobre él.

Mejor dejen estar lo de informarlas.

Entonces llamo por teléfono a Giovanna, una de mis mejores amigas, la chica más guapa que conozco, incluso más guapa que Erika, porque su aspecto encantador no está estropeado por una estupidez congénita. Tiene un par de años menos que yo, es *make-up artist* para los estilistas más famosos y no pierde ocasión de regalarme cremas antiarrugas, máscaras con colágeno y fango de algas.

Por desgracia, la pillo trabajando y me responde de modo apresurado, susurrando: «Estoy maquillando a una modelo y no puedo distraerme. La muy pectorra tiene más pijadas que un armario de Ikea. Está histérica por

culpa de un grano, no le gusta el agua sin gas, dice que llevo un perfume demasiado fuerte y pretende que haya un silencio absoluto a su alrededor».

Lara, la segunda y última amiga que tengo, comunica todo el rato, cosa no muy infrecuente visto lo mucho que trabaja: es una exitosa agente inmobiliaria, una madre ansiosa y una ex esposa constantemente cabreada. El móvil me transmite el consabido aviso de que el teléfono al que llama no está disponible en este momento.

La lista de mis amistades ya se ha terminado, no se puede decir que tenga una abundante vida social. Qué rabia y qué pena... ¡Tengo una noticia tan importante y nadie a quien valga la pena confiársela! Recuerdo un viejo listín telefónico que uso como sujetapuertas y decido llamar a una persona al azar con los ojos cerrados. Cuando el índice me cae sobre una empresa de pompas fúnebres, pienso que sería mejor no seguir adelante. Nunca se sabe, con lo entusiasta que estoy, podría dejarme convencer para comprar un féretro *deluxe* a plazos.

Miro el reloj y me viene a la mente papá. Es cierto que ha estado fuera varios días, en una feria de floristería, pero ya debería haber vuelto. Él pertenece sin duda al grupo de los que se pondrán contentos de saber que soy feliz. Me escuchará y estará orgulloso de mí.

Pero no encuentro a nadie, el teléfono suena en vano. La verdad es que sucede a menudo que papá esté en casa y no responda: sumergido como se halla en el paraíso vegetal que se ha creado en la terraza, tras rosas, cosmos, perifollos, palmas, plantas de anís estrellado y orquídeas *Aspasia* que capturan toda su atención, el riiinng del aparato le debe de llegar como el zumbido de una galaxia lejana. Pero visto que si sigo hablando conmigo misma y gesticulando como una loca rabiosa, me arriesgo a terminarme los pastelitos rellenos de crema que he comprado, llamo a un taxi y decido ir a verlo.

Papá vive en Prati, en el último piso de un edificio antiguo y muy cuidado. La fachada oscura lo hace parecer un enorme bizcocho chamuscado y la terraza que corona su bonito apartamento podría competir sin ningún problema con los jardines colgantes de Babilonia. A Papá le entusiasma la

jardinería, y cuando vivía junto con mamá tenía un invernadero que atendía con un amor fervoroso e inocente. Tras la separación mamá se deshizo absolutamente de todo. En el lugar del vivero se hizo construir una fuente tocada de un querubín desnudo y un mirador de mármol blanco (muy similar a un mausoleo en memoria de los caídos en la guerra), arrancó de raíz todos los maceteros y relleno la balsa de carpas japonesas, que murieron de disentería casi al instante.

Cuando salgo del ascensor y toco el timbre, tengo un instante de sobresalto, porque la puerta se abre y aparece tras ella una mujer. ¿Una mujer? Pero ¿esta quién es? No tiene pinta de ser la mujer de la limpieza, no lleva un trapo en la mano ni le cuelga una tela de araña de una oreja. En lugar de eso, la señora es una cincuentona con los ojos azules, las mejillas sonrosadas como si fuera una *matrioska*, un aire tímido, un vestido de lana tejido con motivos de espigas y los pies descalzos. ¿Descalza? ¿Qué hace una *matrioska* descalza en casa de mi padre? ¿Acaso me he equivocado de apartamento?

Balbuceo alguna cosa y miro alrededor, para convencerme de que he acertado con la puerta. Sí, es esta, en el último piso.

—Eh... yo... —digo, con un tono inseguro.

—Tú debes de ser Carlotta —murmura la mujer.

Al instante, a su derecha, aparece papá, con los guantes de jardinería puestos y una sonrisa de niño en los labios. Se sonroja, como avergonzado, y sus mofletes también parecen dos pomelos en flor. La mujer susurra alguna cosa, se mueve dando pasitos, me estrecha la mano y se marcha, descalza y sonriente como toda despedida.

—Es una vecina mía —se apresura a aclarar papá—. De vez en cuando me ayuda con las plantas.

Querría preguntarle más, especialmente cuando observo en la cocina una cazuela con un estofado jugoso y una bandeja con gambitas que sin duda no ha preparado él, que es un mago con las flores, pero cuando se trata de cocinar viandas se queda bloqueado. Pero por el momento no parece inclinado a contar más. Y en cualquier caso, a mí me basta con saber que es feliz, ver en sus ojos una lucecita que habla de cosas buenas, de flores frescas, de un prado recién cortado y lleno de gotas de rocío. De serenidad y

gratitud. Me basta verlo un poco más rellenito, lo que, dada la fragilidad que compartimos, equivale a una promesa de esplendor, y acepto su voluntad de no dar más explicaciones, suponiendo que haya explicaciones que dar.

En la terraza me envuelve el vigor de la naturaleza. El apartamento en el que vive es sobrio, sin cuadros, sin alfombras, con pocos muebles, pero el jardín rebosa de vegetación. Allí papá abandona toda modestia y se vuelve barroco. Las plantas parecen reír, están húmedas y cálidas. El sol llena la puerta batiente que se ha hecho construir y casi parece verano, aunque estemos prácticamente en invierno.

Abro una tumbona un poco estropeada y me siento, y cuando estoy a punto de contarle mis éxitos laborales, él exclama:

—¡Erika estará contenta de verte!

Doy un leve respingo. Lo sé, nunca seré candidata al primer premio en el campeonato «Hermana mayor con corazón de oro», pero por su parte, Erika tampoco estará entre las finalistas del concurso «Hermana menor ejemplar».

No consigo fingir. Mi boca se cierra en una sonrisa pavorosa, como en una pintura flamenca. Menos mal que papá está demasiado ocupado tratando amablemente a un mandarino chino como para darse cuenta de lo poco amable que soy yo.

No es que odie a mi hermana, diría más bien que el pensamiento de verla me hace maldecir el momento en que me he olvidado los Xanax en casa, y no solo eso; a decir verdad, también maldigo el momento en que me he olvidado de quedarme yo misma en casa.

—Qué alegría, mis dos chicas juntas —continúa papá, mientras rodea una kentia.

Estoy a punto de contarle lo de mi nuevo trabajo, mi maravillosa noticia, cuando suena el timbre. Hum... este anuncio empieza a tener demasiado suspense para mi gusto. Voy a abrir, caminando de nuevo como Gloria Swanson.

Erika me observa como si yo fuera un alienígena queapestase a azufre. Entra sin decir siquiera «Hola», se limita a hacer un movimiento con la barbilla. Huele más a perfume que todo el vivero de papá. Avanza con parsimonia, como una gata perezosa, con los cabellos sueltos, largos hasta la cintura, una chaqueta de cachemira tan suave que parece hecha de chicle, y

guantes de piel que no se quita ni siquiera dentro de casa.

Papá se ha sacado los suyos, todos enfangados, y la saluda alegre. Ella tiene cuidado de que no la manche. Acepta su beso a distancia, como ciertas señoras que acercan las mejillas con afectación.

Me parece raro que Erika haya venido a visitarlo, ella que solo le hace una llamada breve cada dos meses. Pero el motivo de su llegada se aclara con rapidez.

Entre las pocas cosas que papá se quedó tras el divorcio, hay unos tapices antiguos heredados de su abuela. Yo, francamente, los encuentro horribles: cuando era pequeña y los veía colgados de las paredes, iba con cuidado de no tocarlos por miedo a que la tela pintada me capturase como la lengua de un camaleón. No quería acabar dentro de aquel grupo de niños comidos, de mujeres vestidas de rojo oscuro sentadas en la hierba como en un *picnic*, pero rígidas como si estuvieran en el retrete pasando un mal rato, y de hombres glaciales, de pie, apuntando con los mosquetes, dispuestos a dispararme a quemarropa.

Incluso ahora, mientras papá los saca, enrollados como papiros, me siento mal al verlos. Pero a Erika le gustan. O puede ser que le guste el hecho de haber descubierto que valen más de lo que creía, y le ha preguntado a papá si puede regalarle uno. Y él, que debe de odiarlos tanto como yo y los ha guardado solo por respeto a su abuela, ha asentido con entusiasmo.

Erika los observa y elige el que más miedo me daba de pequeña.

Charlamos un poco los tres, mientras mi hermana mete el tapiz en un tubo de cartón, todo eso sin quitarse los guantes, como un ladrón que no quiere dejar huellas dactilares.

Al poco, papá me pregunta:

—¿Cuál era esa magnífica noticia que me ibas a anunciar?

Uff, ¿justo ahora? Me sonrojo y Erika me observa de refilón, con una mirada curiosa y un poco contrariada. ¿Me desafías, hermanita perfecta? ¿Qué hay en mí que te molesta tanto? ¿Qué es lo que te he hecho?

Para fastidiarla, me invento un montón de tonterías. Adorno el trabajo, menciono una paga de vértigo, contratos ya firmados, promesas de gratificación y así sucesivamente: ¡Carlotta Lieti a la conquista del mundo! Exagero de tal manera que de ahí ya podría ir directamente a la Casa Blanca,

para dirigir la pintura de un fresco en el techo del Despacho Oval. Papá se lo cree y es feliz, Erika tiene su eterna sonrisita sardónica.

De repente tengo ganas de marcharme. Estoy cansada de hacer de Gloria Swanson y me esperan unos pastelitos que me comeré frente a una maratón de *Anatomía de Grey*. Pero como Erika ha venido en coche y yo a pie, la hija guapa se ofrece a llevar a la hija fea.

Antes de irme, papá me regala un pequeño tronco del Brasil, me pide que lo cuide y me lo coloca en las manos como si fuera una joya.

El coche de Erika es un Mini Cooper cupé de color ultramar, con asientos de piel. Del espejito no cuelga un asfixiante Árbol Mágico al pino silvestre, no hay ni una miga en las rendijas y los cinturones de seguridad están cubiertos de un cuero suavísimo.

Partimos y, al cabo de un rato, mi «amable» hermanita exclama con sosiego:

—Entonces, dentro de poco serás candidata a la presidencia de la República.

—Digamos que tengo las mismas posibilidades que tú de convertirme en jefe del Estado. Tu trabajo es tan importante que recibirás el Nobel de la Paz, de Medicina y de Literatura todos juntos.

—Al menos dejarás de vivir a expensas de papá. Además, podrás pedirle el sueldo directamente a Obama.

—Oye, que yo he trabajado. Es solo en este último período que...

—Para eso no te hacía falta estudiar tanto, ¿no? ¿A ti te ha servido de algo?

Mientras habla no me mira, conduce con ligereza, mete las marchas sin hacer ruido y la única cosa que se mueve son sus miles de cabellos cada vez que se vuelve un poco para mirar por el espejo retrovisor.

—No todos tenemos la suerte de encontrar un trabajo en el que no cuenta si sabes o no trazar una línea recta —rebato, rígida en mi asiento de piel de color petróleo.

Erika se contrae, sus manos aprietan el volante con más fuerza. Durante unos minutos impera el silencio y yo continuo preguntándome por qué, por qué, por qué tenemos que hablarnos así, por qué nuestra sangre se ha vuelto agua.

—¿Cómo va tu vida sentimental? —me pregunta tras un rato, mientras esperamos frente a un semáforo.

Es casi la puesta de sol, las calles se han llenado de luces de coches, el tráfico ruge como un leviatán de metal.

—Genial —replico con seguridad.

—Así a ojo y aplicando el mismo criterio de tu éxito laboral, diría que te has ligado a Johnny Depp.

—Mejor aún.

—Dime, dime, soy toda oídos —ríe esta vez, burlona.

Ya casi estamos en mi casa.

—Estoy prometida con un chico tan guapo que Johnny Depp a su lado es un macaco. Pronto nos casaremos. Cuando ocurra, recibirás la invitación.

—¿Cómo se llama?

—Luca —contesto espontáneamente.

¡No! ¡No he debido hacerlo! Erika siempre me lo ha robado todo...

Desde la adolescencia, si yo tenía un vestido nuevo o un libro, ella también lo quería, y tenía que insistir bien poco, porque a mamá le faltaba tiempo para cubrir a su princesa de cosas bellas, más bellas que las de la ranita. Así que le llegaban dos vestidos y una suscripción a *Top Girl*. Más tarde, empezó a robarme a los chicos si se enteraba de que me gustaban de verdad. Bastaba que dejara escapar un comentario sobre que me interesaba alguno, un vago parloteo cohibido y romántico, para que ella se abalanzara sobre el tipo como una graciosa muñeca, toda garras y curvas, y el chico terminaba en su estómago insaciable.

Si supiese de Luca, haría lo que fuera con tal de pescarlo, incluso convertirse en sirena, para poder merendárselo golosamente mientras yo continuo con mi férrea dieta. Y él, que practica el culto del «No sé decirle que no a una chica guapa que se me ofrece», participaría en el banquete con apetito.

¡No, no, no! ¡Luca es mío, vade retro, hermana caníbal y ladrona!

Para evitar más comentarios y preguntas, bajo del coche conteniendo el llanto. Erika me mira y por fortuna no comprende, cree que huyo para no tener que revelarle que he mentado. He mentado, sí, en parte, porque Luca es para mí solo una alucinación seductora, una esperanza asesinada, un sueño

que podrá realizarse el día que vea en el cielo a un bacalao jugando a las cartas con un pez martillo. Pero es verdad que existe, y que lo amo y es verdad que debo protegerlo de sus garras.

Me voy sin despedirme y por primera vez estoy contenta de haber visto en sus ojos una sarcástica suspicacia.

¡No me creas, desaparece!

Pero mientras subo la escalera sigo preguntándome por qué. Por qué somos tan diferentes y nos separa un abismo sin puentes. De pequeñas estábamos unidas, eramos como gemelas siamesas. Recuerdo que me seguía a todas partes, primero gateando, luego con los pasos excitados de los niños pequeños. Dibujaba para ella historias con dragones y magos, creaba espectáculos de marionetas y Erika reía aplaudiendo. Luego perdimos la inocencia. Algo sucedió y el encantamiento se rompió. Con el paso del tiempo, a medida que ella crecía haciéndose cada vez más guapa y yo cada vez más grotesca, entre nosotras se formó una verdadera brecha.

Mamá la acogió bajo su ala, mientras papá y yo nos quedábamos fuera, mirando el teatrillo del que estábamos excluidos, porque cualquier cosa que tuviera que ver con nosotros no estaba a la altura. De lo que fuimos solo me queda esta triste competencia. Confieso que en una cajita de la cómoda conservo todavía nuestras fotografías de aquella época, de aquellos años sencillos. No las miro mucho, pero las tengo allí, sé que están, que lo que cuentan existió, que no fue un sueño. Y que quizá un día volverá.

Abro la puerta de la calle con una sensación extraña en el pecho, un sentimiento de derrota, y casi tengo la tentación de darme la vuelta, llamarla y decirle:

—Quédate, hablemos, dime qué ha sucedido y de quién ha sido la culpa.

Pero luego, al entrar en casa, me encuentro a Luca. Va por ahí con una toalla de manos alrededor de la cintura, fresco y recién salido de la ducha. El cabello le cae por la espalda, cuando lo tiene mojado parece larguísimo. Su tórax es como el del *David* de Miguel Ángel. Medio desnudo, habla por el móvil con no sé quién. Me sonrío y mis vísceras dan una voltereta y dicen olé.

No tengo dudas. Erika, mantente alejada. Hínchate de tus hombrecitos de paso. Pero solo con que intentes poner la sombra de la uña de uno de tus

dedos sobre Luca, te pasaré la mano por la picadora. Nunca será mío, pero mucho menos tuyo.

Y con este pacto aceptable, sigo adelante.

## 4



**E**s sábado por la tarde y, para celebrar mi nuevo trabajo, Lara y Giovanna me han organizado una cita a ciegas, de esas que normalmente se revelan tan agradables como un alud de nieve. Conocer a un tal Tony Boni no es exactamente mi idea de un fin de semana ideal. Habría preferido ver un documental sobre el apareamiento de los ungulados, en vez de tener que preocuparme de qué ponerme para darle gusto a un desconocido que no ha tenido siquiera la decencia de cambiar de nombre.

Luca ha salido hace horas. De viernes a domingo trabaja hasta tarde en la coctelería y no vuelve a casa hasta el amanecer.

Me miro al espejo y resoplo. Nada ha cambiado. La misma Carlotta para la que no vale, no valdrá nunca eso de «Estás bien aunque te pongas un saco». Llevo una falda de lana de color *camel*, botas negras con cremallera, un jersey de angora que sin duda me tendrá escupiendo bolitas de pelo durante toda la cena y mi chaquetita de paño, alrededor de la cual me he puesto una bufanda a rayas, estilo Gryffindor. Es un atuendo de todo menos sexy. No es que me importe ser sexy, entendámonos, pero me pregunto si alguna vez me he gustado a mí misma.

Hurgo en mi mente buscando un momento cualquiera, una ocasión cualquiera en que me haya mirado con aprobación. No me acuerdo de ninguno. Hace tres años, en las fotografías de mi cumpleaños, con un vestido

verde esmeralda de cuello amplio, estilo marinero, y falda con volantes de tul, estaba pasable. Si obviamos el mausoleo de mis parientes al fondo, obviamente.

Cuando Giovanna llama al telefonillo, bajo corriendo.

Mi amiga está empezando una relación romántica y vive en el séptimo cielo. No le son extraños esos sentimientos. Desde el punto de vista práctico, no lleva una vida mucho más comedida que la de mi hermana. La gran diferencia es el desprendimiento con que Erika afronta sus cambios de pareja y cómo Giovanna siempre espera haber encontrado al hombre adecuado. Sus enamoramientos son como un reloj suizo, duran una media de veinte días y la llevan de las estrellas a las cloacas con una rapidez vertiginosa. Al cabo de un tiempo, impepinablemente, descubre que se entregó por completo a un imbécil, se pasa una semana llorando y luego cae en brazos del siguiente príncipe azul.

En esta fase está enamoradísima de un joven arquitecto de interiores que adora las casas minimalistas y la ha convencido para que se desprenda de todos los muebles viejos de su abuela y los sustituya por otros más a la moda.

El lecho consiste en un colchón en el suelo y parece que también le ha hecho desmontar el bidét del baño, por ser contrario a la tendencia europea. Las habitaciones se han quedado al descubierto, las ventanas no tienen cortinas y los únicos cuadros admitidos en las paredes son diseños abstractos con puntos, como el juego Unir los puntos de las revistas de pasatiempos. Hasta ha intentado hacerle cambiar de perro: un chihuahua o, como mucho un whippet, en lugar de su gordo y engorroso bobtail, *Orso*. Por fortuna, Giovanna ha cedido en todo menos en esto.

Cuando se le haya pasado, preveo que echará de menos la vajilla antigua de la abuela Clelia, el armario lacado y espacioso, capaz de ocultar su desorden, y aquellas bonitas y tupidas cortinas que impedían a sus vecinos mirones espiarla. Y, sobre todo, le faltará el bidé. De momento, sin embargo, con bidé o sin él Giovanna está feliz y me recibe con un abrazo.

Está sola, la cita con los demás es en el restaurante. Lleva unos pantalones entallados, una blusa blanca y transparente, tacones altísimos con los que camina prácticamente sobre la punta del pie y una chaqueta de piel fucsia sin botones. Es muy hermosa, de una belleza llamativa que no pasa

desapercibida. Si llevara sujetador y no se le notaran los pezones por debajo de la camisa, afilados como clavos, los hombres la mirarían igual. Tiene un pelo fabuloso, larguísimo y muy negro, liso como el agua, los ojos azules, es alta incluso sin tacones y nunca le sobran admiradores ni ropa extravagante.

Mientras caminamos me habla de Tony.

—Es un tipo interesante. Es pintor, por lo que tenéis mucho en común.

Una sacudida de pánico me surge del coxis y se propaga hasta mi cerebro.

—Estoy segura de que es espantoso. Cuando se dice de alguien que es interesante, es porque su cara parece un orinal.

—En ese caso no te habría organizado una cita.

La miro con una media sonrisa de perplejidad.

—Te has olvidado de Eusebio. ¿Te acuerdas? ¿El que llevaba chanclas hasta en diciembre? Él también era interesante...

Nos miramos y estallamos en una carcajada imposible de contener.

—¡Interesante sí que lo era! ¿Recuerdas todos los chistes que se sabía?

—Sí, todos verdes. Y para que no le faltara nada, bebía la cerveza directamente de la lata después de haberla agitado. Criticaba a todo el que pasaba diciendo «Mira qué raro», sin darse cuenta de que el más raro de todos era él. Y se reía como si se estuviera tirando pedos.

—Pero admítelo, ¡esa noche te divertiste!

—Me lo pasé de muerte. Solo con ver aquella chaqueta de punto a cuadros, habría querido huir por la ventana del servicio del restaurante; lástima que tuviera reja. Si Tony es así, te estrangulo.

Buscamos El Buceo, un restaurante tranquilo, casi monástico, y esa elección, que me parecería tolerable si viniese a cenar con el hombre a quien amo, ya me está incomodando ahora al pensar que no sabré qué decir o qué hacer frente a un desconocido que me dejará cohibida con su silencio o me avergonzará con su cháchara. Ocurra lo que ocurra, la tranquilidad de El Buceo no será un buen marco.

Entramos. El pequeño comedor se encuentra lleno, pero la gente está callada y tengo la sensación de que todos nos miran. Un cementerio en Alaska estaría más animado. Veo a Lara en la mesa del fondo y junto a ella a los tres hombres. Uno es el prometido provisional de Giovanna, el otro es el prometido provisional de Lara y el tercero creo que será mi, mucho más que

provisional, cita de esta noche.

A medida que me acerco, me doy cuenta de que Tony Boni, al menos a primera vista, no es tan desagradable como me lo imaginaba durante la espera: de hecho, mirándolo en conjunto es bastante agradable. Es alto, va vestido de oscuro y lleva gafas. No tiene tics extraños y no me recibe como si fuera la última mujer frígida cuyo marido se acostaba con un termo; diría incluso que parece bastante considerado. Me presento y nos sentamos.

Lara tiene el móvil sobre la mesa y lo mira constantemente, temerosa de no oír la posible llamada de la canguro que está cuidando a Emma. Tras el borrascoso final de su matrimonio, echa pestes de los hombres y solo sale por contentar a Giovanna, para usar de vez en cuando la vagina y para sufrir todo el rato, pensando que le podría ocurrir cualquier cosa a la niña mientras ella se entrega a orgías. Es una mujer agradable, morena como un caramelo caliente, con casquito de cabello a lo Valentina, de Guido Crepax, pero su desagradable experiencia con su ex marido la ha dejado gruñona las veinticuatro horas del día. El mal humor la empuja a comer como si no hubiese mañana, por lo que ahora pesa casi ochenta kilos, está más enfadada que nunca y, cuanto más enfadada está, más come.

Lleva pocos días viendo a Filippo, un tipo bastante robusto que la hace parecer delgada, uno que, rompiendo la regla que dice que los gordos siempre son alegres, exhibe una perenne cara de funeral. No durará; muy pronto Filippo dirá o hará o incluso pensará algo equivocado y ella podrá volver a repetirse «Lo sabía, los hombres son todos idiotas. No quiero volver a saber nada de ninguno. Tengo que buscar en Google un modo de volverme lesbiana».

—Estaba pensando que la decoración de este local es un poco demasiado recargada —declara Armando, el arquitecto minimalista, mientras escruta las paredes casi vacías de El Buco; las pocas mesas en silencio sepulcral hacen que sus palabras retumben.

—¡Es verdad! —exclama Giovanna—. ¿Qué arreglos crees que serían oportunos para ponerlo más a la moda?

—Yo quitaría algunas luces y reduciría el número de mesas, así

podríamos atenuar todo este vocerío.

Me pregunto si nos está tomando el pelo como a gilipollas. Quisiera decirle que un cuarteto de salmos sería mucho más ruidoso, pero Armando es un tipo susceptible y existe el riesgo de que se ofenda. Así que me callo, mientras él diserta en tono pomposo y Lara trastea con el teléfono, segura de haber perdido una llamada, aunque dudo que una llamada en el tono de su móvil, clamoroso como la megafonía de un aeropuerto internacional, pueda habersele pasado por alto. Tony Boni me dirige la palabra y descubro que su nombre verdadero es Antonio.

—Me han contado que tú también pintas —me dice con entusiasmo.

—Sí, pero lo hago solo para mí... no soy Caravaggio, vaya.

—¿Y quién lo es? Yo ni siquiera estoy seguro de saber pintar, no tengo estudios específicos, soy un autodidacta —me explica—. Mis obras no son para todos los gustos. Me encanta la naturaleza viva, la gente, y me gusta representarlo en las poses más genuinas y espontáneas de la vida cotidiana. ¿Y tú? Giovanna me ha dicho que trabajas para el teatro.

Le explico con detalle lo que hago y me escucha con interés.

En el curso de la cena, me doy cuenta de que Tony realmente es mucho más agradable de lo previsto. Mientras Filippo y Lara, taciturnos, se hinchan a comer y Armando molesta a todo el mundo con sus maníacas teorías sobre cualquier cosa, Tony me rellena la copa y me hace un cumplido inesperado sobre mis cabellos.

—Son muy vitales y sinuosos. Me gustaría pintarte. Eres muy guapa.

¿Guapa? Me río, quisiera hacerle notar que soy la caricatura de un conejo, pero Tony sostiene que no ha visto nunca una cara como la mía.

—Me sorprende que no te hayas dado cuenta de ciertos detalles particulares que como artista deberías haber percibido. Tu labio superior es sublime. Tiene una curva particular, parece una pequeña onda espumosa.

Lo miro por un instante como si estuviese loco. Y me siento estúpidamente entusiasmada.

Me pregunto por qué las mujeres estamos tan poco acostumbradas a los cumplidos que cuando recibimos alguno, incluso sabiendo que se trata de mentiras descaradas dichas con la única intención de meterse entre nuestras piernas a las pocas horas, caemos como peras. Puede que en mi caso sea

porque nadie me admira de verdad desde hace un siglo, porque esta mañana mi madre me ha llamado de nuevo para recordarme lo de la boda de Beatrice, porque pienso en Luca en la barra del bar, echando alcohol en el vaso de cualquier fémina con la que luego seguramente se acostará..., puede que por todo eso esta noche sea bonito hacerme la ilusión de que no soy la feísima copia de mi hermanita pequeña. Por otra parte, el vino tinto, con cuerpo y afrutado, me hace sentir eufórica. Estoy contenta de haber salido y el modo en que Tony me mira no me desagrade.

Cuando le sirven los pichones rellenos, él deja el tenedor y los abre con la mano, desmembrando el pecho con cuatro toques, los meñiques curvados educadamente hacia abajo, y me parece extraño verlo luchar con una presa de caza vestido así, arreglado y de oscuro como si fuera a ir a una ceremonia solemne. Luego coge un bocado de carne blanca, brillante y jugosa, empapada en una salsa de color girasol e, inesperadamente, me lo ofrece.

Ahí está, con un trozo de carne entre los dedos pulgar, índice y medio de la mano izquierda, mirándome con ojos invitadores, alusivos.

No acepto. Digo que soy vegetariana, quizá me paso, pero tengo la impresión de que morder esa carne sería como aceptar una propuesta indecente, admitir que sí, que me gustaría que él y su pincel trazaran algún garabato artístico sobre mi lienzo prácticamente en blanco. No soy del todo desconsiderada. En realidad me halaga que me encuentre deseable, pero tengo la sospecha de que habría reservado el mismo tratamiento a cualquier propietaria de órganos genitales femeninos con quien se hubiera visto emparejado esta noche.

Cuando salimos del restaurante, la llovizna vuelve a caer y Lara se va en un taxi junto con Filippo, mientras Armando propone una última copa en un local cuyo nombre, Tabula Rasa, unido al conocimiento de sus extraños gustos, me hace pensar en un lugar de encuentro para tipos aristocráticos depresivos, en el que un grupito de radicales chic beben y languidecen, quizá soñando con escritorios polvorientos y recargados, bidés llenos de espuma y un rumor de estadio en los oídos. Afortunadamente, Tony no tiene la cabeza llena de las ideas de Armando y hace una contrapropuesta.

—Conozco un sitio muy animado por la Cassia, se llama Chiodo scaccia Chiodo, lo han abierto hace unos pocos meses. Hacen unos cócteles estupendos y ponen buena música.

Siento un estremecimiento justo debajo del esternón: ahí es donde trabaja Luca. No he estado nunca, porque no me pilla cerca y, a decir verdad, porque tampoco nadie ha tenido nunca la bondad de invitarme. Giovanna acepta con un entusiasmo impropio que Armando aplaca rápidamente, pero Tony y yo estamos decididos y finalmente al mortífero arquitecto no le queda otra que ceder. Yo voy en el coche de Tony y él aprovecha el trayecto para pedirme permiso para hacerme un retrato.

—Te juro que tienes una cara de alucine —insiste.

—La idea de estar inmóvil mientras alguien me observa descubriendo mis defectos me da algo de corte.

—Te equivocas, ¿sabes? Con una cara como la tuya, mirar con atención lleva a olvidar los defectos. Tienes el problema exactamente opuesto: un rostro que a primera vista parece imperfecto, extraño, anguloso, lleno de pecas, pero un ojo atento puede ver el resto, el tesoro escondido tras la cortina. Puede ver tus grandes ojos y se da cuenta de que son de color de miel de castaño, se fija en las cejas, tan largas que proyectan sombras sobre las mejillas, y la barbilla... Podrías probar a copiar la curva sin conseguirlo nunca. Y el cuello, ¿sabes, Carlotta?, un cisne se moriría de envidia.

Debería pedirle que pare, pero me estoy divirtiendo. Estoy vagamente excitada, lo confieso. No sexualmente, se entiende. Emocionalmente. Me siento como una quinceañera patosa que se deja engatusar por un puñado de embustes.

Del Chiodo scaccia Chiodo salen unos haces de luces intermitentes que se cruzan en el cielo. Armando está confuso, parece que esté a punto de tener un ataque de histeria. Yo estoy igual, aunque por otros motivos. Enseguida veo el coche de Luca fuera y el estómago se me encoge más todavía.

Entramos, observados por un portero que parece una secuoya. El local es amplio, subdividido en numerosas salitas separadas por arcos de piedra, algunas llenas de mesas, otras de sofás y una dedicada al baile. Dejamos las

chaquetas en el guardarropa y nos acercamos al bar.

No cabe duda de que soy retrasada mental. Veo a Luca todos los días y ahora voy y me comporto como si no coincidiésemos hace un siglo. Nos hemos despedido hace unas pocas horas y ha salido de casa con su bonita camisa blanca, pantalones oscuros y barba de dos días, no afeitada por exigencias del guion. Mientras me acerco, con Tony sujetándome gentilmente un codo con una mano y Giovanna y Armando caminando con aire abatido, como si acompañasen a unos cadáveres, veo el mostrador de madera pulidísima frente al cual los bebedores se hacinan como hormigas.

Encontramos un sitio, nos acomodamos en cuatro taburetes de cuero y mis ojos van en busca de Luca. Dos jóvenes altos agitan sendas cocteleras, pero ninguno de ellos es Luca. Van vestidos como él: camisa blanca, pantalones oscuros, una sombra de barba y tienen un aire de bribones. Vierten el líquido con habilidad de equilibristas, haciendo volar las cocteleras sobre el mostrador, sonriendo, guiñando un ojo y deteniéndose a veces ante algún cliente que quiere una dosis más generosa de alcohol. Finalmente lo veo.

Está al fondo y me parece que ríe, desde luego, hace gestos de que ha entendido lo que le dice un grupo de gallináceas de mediana edad privadas de acompañante, pero sin muchos aspavientos que denoten un interés especial, el mínimo que requiere la profesión. De repente tengo calor. Tony nos pregunta a todos qué queremos beber: opto por un Cosmopolitan. El vino que he bebido en la cena me bastaría para siete vidas, pero quiero darme aires mundanos, como la Carrie de *Sexo en Nueva York*. Tony toma un gin seco y le hace el pedido a un barman que no es Luca.

En ese momento, los chicos se intercambian, casi parece un cambio de turno. Puede que Luca esté cansado de darles cuerda a ese grupo de cincuentonas diabólicas que lo escrutan como si pudieran arrancarle los pantalones con los ojos y le pasa el testigo a un colega. Se acerca y responde al reclamo de una rubia espléndida que parece que haya salido de casa llevando puesta solo una servilleta. La chica se acomoda en el taburete, cruza las piernas y por un instante le muestra el equipamiento que tiene entre los muslos. Él le llena una copa, meditando quizá si llenarla a ella de algún otro modo después del trabajo. Giovanna y Armando se alejan hacia los sofás con

sus vasos de no sé qué cosa y Tony me susurra al oído si quiero bailar. Le digo que sí en el momento exacto en que Luca se vuelve hacia donde estoy yo.

Puedo estar satisfecha, al menos me ha reconocido y ha desviado un momento la atención de la clon de Scarlett Johansson. Tiene una expresión extraña, como si fuera la última persona del mundo a quien esperara ver. Le hago un gesto, él me sonrío y soy feliz: no ha sido una sonrisa de circunstancias. Luego se pone serio, frunce el cejo y todo el cansancio de la noche se refleja en su cara.

La sala de baile es muy tranquila y se puede hablar. La música es lenta, un atormentador solo de saxofón. Tony me abraza con discreta energía, hablándome de él y de su arte, mientras yo me obstino en mirar en dirección al bar, escuchando bien poco de lo que dice y asintiendo solamente por educación.

Al cabo de un rato Giovanna emerge entre dos alas de gentío y me arrastra hasta el servicio. Está nerviosa, como si hubiese discutido con Armando.

—Nunca le gusta la ropa que me pongo —me suelta—. Dice que es muy osada y que antes un tío me estaba mirando las tetas.

—Me parece raro que no le guste esta blusa —observo—. Creía que era partidario del estilo minimalista.

—¿Tú también me tomas el pelo? —Resopla, se empolva la nariz y se mira el escote en el espejo—. ¡No se ve nada!

—No, nada que no sean las glándulas mamarias. Mira, sabes que Armando me gusta tanto como una limonada con laxante, pero no puedes negar que vas desnuda. Eres muy guapa, pero vas desnuda y eso es indiscutible.

—¡Mira quién habla, que llevas toda la noche haciendo la guarrilla con Tony! —dice, fingiéndose enfadada, pero en realidad se divierte—. ¿Te lo piensas llevar a la cama?

—¡Oye! ¡Eres tan delicada como un hipopótamo!

—Entonces te lo pregunto de un modo más fino: ¿piensas interrumpir tu prolongada castidad permitiéndole que te ofrezca su piruleta? Y deja de mirarme con esa cara. Es evidente que le gustas.

—Yo no creo que...

—¡No me digas que sigues suspirando por el macizorro de tu compañero de piso! ¡No te quiere, querida mía! De otro modo, después de seis meses paseando por casa con el rabo al aire ya habríais hecho algo. Si le gustaras, habría encontrado el modo de hacértelo saber. Ahora que se vaya a nadar a otra piscina.

—Eres demasiado... demasiado...

—Soy sincera, solo sincera, Carlotta. Tienes que aprender a superarlo. No te quiere. Es un hecho. Notequiere. Olvídate ya de él. Vale, está bueno como pocos, pero el mar está lleno de peces.

—Y a mí me tocará un calamar —murmuro con tristeza.

Miro mi imagen reflejada, mientras una señora con un ajustado vestido de leopardo se enciende un cigarrillo. Giovanna no está del todo equivocada, lo sé muy bien, pero podría decírmelo de un modo menos drástico. Se empolva la nariz y continúa:

—He sido brusca, pero si te digo las cosas con delicadeza, continúas montándote el cuento de la princesita y el guisante, y además sin comerte una rosca, visto que no echas un polvo desde hace siglos. En cualquier caso, Luca no es el hombre adecuado para ti.

Suspiro hondo y me siento en el suelo. Estoy casi tentada de decirle que Armando tampoco es un hombre adecuado para ella, pero a la postre no creo que sea necesario, lo comprenderá muy pronto.

—Será mejor que salgamos de aquí —digo con una vocecita apagada.

Es verdad. A Luca no le gusto. Me entran ganas de llorar, mientras Giovanna me llena de besitos y me anima a olvidarme de esecretinoquerosa bloquesepierde.

La dejo y me escurro hacia el bar, y me siento ofendida, me siento fea, me siento sola. Trepo a uno de los taburetes, pido otro Cosmopolitan, luego otro, y me los bebo en dos sorbos. Me quemán la garganta, el estómago, las vísceras. Miro la copa vacía, pensando que soy una pobre idiota, ni joven ni vieja, ni virgen ni puta, ni abstemia ni alcohólica, un mediocre amasijo de células. Mi madre tiene razón: la avergonzaré en la boda de Beatrice. Imagino la mirada ambigua de Erika, el modo en que me insultará tácitamente con una sonrisa hipócrita.

—Eh, sin exagerar, que eso es mucho para una que con una copa de vino ya se tambalea.

La voz de Luca, levemente brusca, sale de alguna parte, de entre los rumores de mis pensamientos. Levanto los ojos y me lo encuentro delante, con los codos sobre el mostrador, mirando mi tercera copa vacía de vodka y de no sé qué otra cosa, trasegadas por mi garganta de mujer fracasada, hacia mi estómago en llamas.

—¿Me traes otra? —le pido, ignorando su consejo.

—A mí me parece que ya vas pedo. Para lo que acostumbras, ya has bebido bastante.

—Tengo veintinueve años, casi treinta, no tengo que conducir y puedo beber cuanto me parezca y me apetezca.

—¿Qué te pasa? ¿Tu caballero te ha dejado tirada?

No le respondo. En ese momento lo detesto porque las quiere a todas menos a mí.

—No sabía que salías esta noche —insiste.

—Pues ya ves, he salido. No creas que te digo todo lo que hago. He conocido a un tipo simpático que es pintor. Me ha dicho que soy guapa.

—Me parece un buen comienzo. —Se aleja y lo veo verter rápidamente algo en las copas de algunos hombres de negocios, que brindan quién sabe por qué éxito. Cuando vuelve, me sonrío, pero quizá por culpa del alcohol, o tal vez porque nubes de lágrimas me alteran la vista, haciéndome ver un mundo deforme, como a través de una lente graduada, me parece tener delante de mí a un extraño. Hay algo anómalo en su sonrisa, algo que no sé descifrar.

»Los cumplidos son un atajo rápido y gratuito hasta tus bragas —añade y luego se aleja definitivamente.

Se queda allí, al otro lado de la barra, haciendo malabarismos con la botella mientras la clon de Scarlett Johansson le pasa un papelito. Imagino que ella será la afortunada de esta noche. Están muy cerca, él lee el papel y le dice algo al oído.

Le pido otro cóctel al barman, pero este, un joven con facciones de piel roja y larguísimos cabellos que yo me trasplantaría sin vacilar en lugar de mis rizos de frenopático, me mira como disculpándose y luego encoge sus

hombros musculosos:

—No puedo. Órdenes de arriba.

Le lanzo una aviesa mirada.

—¿Qué quieres decir? ¡Dame de beber!

La voz me sale confusa, como si gritase dentro de un vaso lleno de agua. El barman le echa una ojeada a Luca y entonces lo comprendo: ha sido él quien le ha dicho que no me sirva más. Eso me pone furiosa y mientras considero subirme a la barra para pronunciar un discurso sobre mi legítimo derecho a cogerme una melopea, oigo una voz a mi espalda. Me vuelvo. Es Tony Boni, que me sonrío.

—¡Estabas aquí! Armando y Giovanna se han marchado —me informa—. Estaban discutiendo de lo lindo.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé, creo que ha sido por causa de sus pezones. De los de Giovanna, quiero decir.

—Ah...

—Parece que había un tipo que se los estaba mirando con mucha insistencia.

—¿Y qué iba a hacer? Estaban ahí, tan bonitos, en su punto, hablaban, ¿no te parece? Responder a dos pezones tan locuaces era cuestión de pura cortesía. Armando no debería haberse ofendido.

—¿Nos vamos? —me pregunta Tony, cogiéndome del brazo.

—¡Sí! —respondo de repente, con entusiasmo, saltando desde del taburete como un mico. Tropiezo y me voy de cabeza contra Tony, que me sujeta, exclamando un «hoplá» de trapecista circense. Nos vamos hacia el guardarropa y yo no me aguanto derecha.

Fuera hace frío, un frío terrible. Las calles nocturnas están como embadurnadas con una pátina brillante que cruje bajo mis tacones. Tony me coge la mano y a mí me va bien, porque tengo miedo de caerme. Caminamos hasta el aparcamiento. Me enrolló la bufanda y respiro, respiro, respiro sintiendo el hielo que sale por mi nariz y me lava el cerebro.

—¿Te parece si nos quedamos un rato más juntos? —me pregunta Tony

—. ¿Si no te acompaño enseguida a casa?

—Claro... ¡la noche es joven! —Hablo como en una obra de teatro, pero él no parece darse cuenta.

El aparcamiento no se halla muy concurrido y los coches están muy quietos, con los vidrios empañados y con hielo. Tony continúa hablando pero no escucho una sola sílaba de lo que dice. De repente, sucede algo imprevisto. Se acerca, justo en el centro del aparcamiento, y, abrazándome como un pulpo, me da un beso en la boca.

No se puede decir que sea un beso fraternal. Su lengua con sabor a ginebra perfora la barrera bajada de mis labios, traspasa la fortaleza de mis dientes y finalmente llega, húmeda y pesada, a frotar mi lengua, en un rápido giro en el sentido de las manecillas del reloj y viceversa.

No tengo un recuerdo claro de haber participado de buen grado en esta exhibición. Pero no tengo un recuerdo claro de nada en este momento. Lo único de lo que estoy segura es que justo después he vomitado. Por culpa del beso, supongo, pero también por el vodka y por el vino de la cena y puede que asimismo por el espumoso del último fin de año, que se han terminado mezclando todos en este preciso instante.

No es una escena muy bonita. Empujo a Tony de malas maneras y el vómito salpica en el suelo, manchándole un poco los zapatos.

Él es muy amable, dada la situación: me ofrece su pañuelo y luego me ayuda a subir al coche. No recuerdo muy bien la fase siguiente. Tengo fognazos intercalados con la percepción del viento que entra por la ventana abierta y la embarazosa certeza del silencio, extraño y por ello terrible, de Tony. Imagino que me lleva a casa y dudo que pruebe a acercar un solo dedo en mi dirección.

Subo la escalera con la agilidad de un matorral y vomito de nuevo en el váter, mientras lloro desconsolada. Me lavo la cara con agua helada y salgo con los pelos empapados. Tengo el rímel corrido y parezco un payaso triste, y siento la infelicidad palpitándome hasta en los dedos de los pies. Me desnudo, dejo mi ropa por la casa, y me siento. Y, como final de una noche inolvidable, me duermo con la cabeza apoyada en la mesa de la cocina, en el

punto exacto donde Sandra plantificó el culo hace unas cuantas noches. Mientras el cansancio se apodera de mí, me pregunto si me acordé de desinfectar.

Me despierta un ruido de pasos en la escalera. Una mirada al reloj de la pared me informa de que son las cinco y media de la mañana.

¡Maldita sea! Es Luca, que vuelve con la tipa del bar, puede que incluso ya la esté desnudando frente a la puerta: no es cuestión de que me encuentren aquí, medio desnuda yo también, pero solo por rabia, con una cara como la del monstruo de la laguna negra. Corro a mi habitación con el cuello dolorido y el corazón galopando, un corazón de centauro, que intento calmar apretándome las manos contra las costillas. Me tiendo en la cama con las orejas tiasas, segura de que oiré los aullidos de la chica que le ha pasado a Luca el papelito en el bar. Percibo un ruido en el recibidor, pasos que vienen y van, pero nada que evoque la pasión desenfrenada de dos amantes que se aparean. Me pongo de lado y me doy cuenta de que tengo frío. Al fin y al cabo, solamente llevo puestas las bragas.

En el momento exacto en el que me retuerzo para meterme dentro de la colcha sin tener que levantarme, Luca abre la puerta. Esta tampoco es una escena bonita. Entra y yo estoy aquí, desnuda, con piel de gallina, mis tetitas aturcidas mirándolo y la boca medio abierta, lo justo para intentar una débil protesta. Luego me colapso, porque la cabeza de nuevo me baila la rumba.

Luca está de pie, con mis medias en una mano, arrugadas como una bola de papel, y su mirada no es precisamente amable. Se me acerca, huele a mundo exterior y a frío. Me mira, pero solo un segundo. Después me ayuda a meterme dentro del edredón. Se sienta en la cama con mis medias todavía en la mano.

—¿Me explicas qué porras ha pasado? —pregunta.

Qué raro, la chavala está ahí dentro, esperándolo, y él se entretiene con esta mona que huele a vómito y que no rige del todo.

—¿Dónde está el tipo de los cumplidos? —añade.

—¡Y yo qué sé! ¡Le he vomitado encima!

—¿Qué?

—Me ha besado y yo le he vomitado encima. Creo que ya no me dirá más lo guapa que soy.

—Ya —comenta frío.

—Puedes irte, todo va bien, conservo las facultades... —Alargo una mano, como una reina dando permiso.

El sentido está claro, no quiero que se sienta obligado a escuchar mis penosas confesiones, en vez de dedicarse a la rubísima fémina que ya estará esperándolo ansiosa.

—¿Me estás echando?

—No, quería decir que puedes irte, pero no armes mucho jaleo, que tengo la cabeza fatal.

—¿Quieres una manzanilla?

—¡No! —Empiezo a ponerme nerviosa y no sé ni siquiera por qué razón.

Quizá quiero que folle lo más rápido posible y eche a esa mujer, porque esta noche el pensamiento del inminente coito salvaje me hace sentir más sucia y desesperada de lo normal.

—¿Has bebido más?

—No, o sea, sí. Agua del grifo.

—¿Qué hace tu sostén en la nevera?

—¡No lo sé! ¡Nolosé!

—Nerviosa, ¿eh, mariposita?

No añade nada más; se va, silencioso y lento sobre el parqué, llevándose su sombra, que desaparece por detrás de la puerta. Qué extraño, el silencio continúa. Oigo el rumor de la ducha y ninguna imprecación por la escalera. No lo entiendo.

En alguna parte, en la calle, un reloj, suena seis veces con tono cansado. Por la ventana se filtra la primera luz del alba. Luca va a su cuarto, cierra la puerta y luego ya no ocurre nada más.



La primera voz del domingo es la de mi madre, que brama en el contestador. No oigo lo que dice, pero me horroriza cómo lo está diciendo. Es casi mediodía, el reloj de la cómoda me acecha como si fuera un foco. Me levanto y el mundo me concede un último baile. Luca está en pie, en la cocina, con una taza de café en la mano. Seguro que ha ido a correr, como hace todas las mañanas, pero aparece perfecto, fresco como una flor. Me lanza una mirada divertida.

—¿Es una moda nueva? —me pregunta—. ¿Naturismo festivo?

—¿Qué? —Miro abajo y me acuerdo de que estoy desnuda. Me cubro, dándome la vuelta, y huyo hacia el baño.

La ducha dura quince minutos. Agua casi hirviendo, rizos untados con un mejunje que debería convertirlos en algo menos indomables, espuma que se va por el desagüe, albornoz. Y con él puesto me dirijo a la cocina. Allí me encuentro una taza de café formato gigante y me la bebo, quemándome ligeramente la lengua. De repente pienso en lo que pasó ayer, en el beso de Tony y en el vómito en sus zapatos. Me estremezco de horror.

—¿Cómo te encuentras? —me pregunta Luca.

—Superbién, como una mierda seca. Una señora mierda.

—¿De verdad vomitaste encima de aquel tío o lo dijiste porque estabas borracha?

—Tenía la lengua un poco... cómo lo diría, húmeda, y, junto con el vodka, se formó una mezcla indigesta que no pude resistir.

—Nunca he conocido a una tía más loca que tú. ¿Sabes?, en general, las lenguas tienden a estar húmedas.

—Lo sé, pero ¡no tan húmedas! —replico—. Yo también he besado a alguno y sé que Tony era decididamente más húmedo que la media. Y además hacía aquel movimiento...

—¿Qué movimiento?

—Bueno, dentro y fuera, alrededor, delante y detrás, todo así, de repente, ¡parecía una coreografía!

—¿Y tú qué hiciste?

—¡Ya te lo he dicho, vomitar!

—Digo antes, mientras te la metía hasta la garganta.

—¡Qué sé yo! Creo... creo que me quedé paralizada. Menudo cuadro...

Se ríe y está a punto de escupir su segunda taza de café. No puedo evitar reírme con él. Según cómo, la verdad es que la cosa tiene algo de cómica. Desde luego, si pienso que la pasmada ante la húmeda lengua era yo, que me quedé con la boca abierta sin reaccionar y que, finalmente, para demostrarle mi gratitud, le ofrecí el viscoso contenido de mi estómago, vuelvo a horrorizarme y me dan ganas de cubrirme la cara con un almohadón lleno de cianuro. Pero si finjo que esta desventura le ha pasado a otra, a una pardilla patética que ya ni siquiera sabe besar, entonces me río con ganas, llena de compasión por esa pobre tonta.

—Sea como sea, no fue culpa mía, yo sé besar muy bien.

—Sobre eso tengo mis dudas.

—¿Por qué no hablas de ti? Serás un gran experto del sexo, pero en cuanto a besos, seguro que das pena.

—¿Y tú qué sabes?

—Estás siempre tan ocupado aullando, que es imposible que puedas dedicar el tiempo necesario a los besos.

—Yo beso exactamente igual que follo, a lo grande.

—¿Te has ofendido?

—No, solo digo que una pardilla como tú no puede permitirse discutir eso.

—Pues yo digo que eres un presuntuoso.

—Ven aquí, pedorrilla impertinente.

En un instante, se pone en pie, me coge por las solapas del albornoz y me besa. OhDiosmío. Me sacude por dentro, pero su beso es leve, perfumado de café, lento y no se limita a un vaivén inexorable de la lengua, sino que se detiene, me muerde los labios, me los acaricia, luego vuelve, se sumerge, me atrapa en un bucle. Aleja la cara y me mira con aire desafiante... y con su sonrisa más insolente.

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Bueno... —Finjo cierto desapego, finjo que las piernas no se me han convertido en plastilina y que no me tiemblan bajo el albornoz—. No sé, nada del otro mundo...

—¿Quieres guerra?

Ríe y me besa de nuevo. Esta vez me abraza y, levantándose, me sienta en la mesa y me besa mientras me sujeta la cabeza con las manos. Me tiembla todo, dentro y fuera, creo que tiembla hasta el techo.

Una voz inesperada me devuelve a la Tierra. Detrás de nosotros, en el recibidor, con un llavero tintineante en la mano, está la pelmaza de mi madre, vestida de forma sublime y pomposamente cubierta de pieles. Se habrá teñido hace poco, porque exhibe un *shatush* en delicados matices coñac. Parpadea suavemente, como una muñeca de porcelana. Nos observa de forma maliciosa bajo dos kilómetros de pestañas. Luca la ve y da un respingo.

—No, queridos —trina ella sin pudor—. ¡Seguid, seguid tranquilos! Llevo toda la mañana llamándote por teléfono, Carlotta, y he pasado para ver cómo estabas. Tengo tus llaves, ¿recuerdas?

Me he quedado muda. Abro y cierro la boca, pero solamente oigo el ruido amplificado de mis labios que se abren. Sé lo que mi madre está pensando y es difícil explicarle que Luca y yo solo estábamos bromeando, que no hay nada entre nosotros, y el hecho de que yo esté con las piernas abiertas sobre la mesa no tiene ninguna implicación de naturaleza sexual.

Bajo de un salto, me recoloco el albornoz y maldigo el desdichado momento en que le di las llaves. Mamá se acerca a Luca, le estrecha la mano, lo calibra: está satisfecha. Yo diría que incluso más que eso: intrigada.

Se quedan en la cocina mientras yo me visto y oigo que hablan; él

bromea, ríe, la fascina. Ahora tengo un dolor de cabeza mayúsculo, pero estoy demasiado aterrorizada como para prestarle atención. Debo deshacerme de ella enseguida, antes de que Luca decida buscarse otro apartamento y dejarme como único recuerdo suyo el sabor de ese beso inmensamente excitante. Me pongo cualquier cosa, puede que un par de vaqueros y una camiseta, puede que un casco de alabardero, no lo sé, estoy tan confusa que no veo nada.

Cuando vuelvo a la cocina, mamá está informando a Luca de lo fea que era de pequeña: es muy campechana, no tiene reparo en contarle que a los dieciocho aún iba a la desesperada búsqueda de mis tetas y que envidiaba las de Erika, quien a los trece ya exhibía una prominente delantera. Luca escucha, conteniendo la risa, con una ceja levantada y las manos en los bolsillos.

—Ejem... mamá, creo que deberías devolverme las llaves.

—Ah, claro, claro, ten, tesoro mío. Eso es, ahora que sé que estás bien, ya no me preocuparé más. —Subraya el «bien», dando a entender que, ahora que sabe que soy capaz de montármelo con un macho que no estaría ni siquiera al alcance de Erika, dormirá tranquila.

—¿No tienes compromisos esta mañana? —le pregunto, y es un modo de decirle que se vaya por donde ha venido, ¡cruelísima madre de ideas fijas!

No sé cómo no me echo a llorar. Puede que sea porque Luca no parece enfadado, incluso se lo ve divertido, como si estuviese en el teatro o en un partido de tenis, mirándome primero a mí y luego a mi madre, con la espalda apoyada en el fregadero y los brazos cruzados sobre el pecho.

Finalmente, consigo convencerla de que se marche. Le doy un empujoncito no demasiado leve en la espalda, abro la puerta y me encuentro con algo ante la nariz. Mejor dicho, alguien.

Es la tipa del tanga de hilo dental en el culo, la que habla sin erres y critica mi nevera. O al menos creo que es ella, porque vestida parece otra: la reconozco por los ojos y por los morros en forma de barca hinchable, porque el cuerpo no me dice nada, sepultado dentro de un chaquetón de plumas. Mamá se detiene, advierte mi tensión, percibe el fulgor lagrimoso/enfadado en los ojos de la jovencita y no se mueve de la puerta. Tiene un sexto sentido, algo le dice que la tipa no es una vendedora a domicilio. La recién llegada

mira tras nuestras espaldas hacia Luca. Imagino que él estará irritado, siempre lo está cuando sus señoritas se permiten esperar algo más que una memorable galopada nocturna.

Sandra, furiosa tras tres días de mensajes sin respuestas, entra, mientras nos aparta como si fuésemos dos figuras de papel maché. Mi madre me mira, sus ojos me preguntan cómo este pendón se permite contemplar a mi hombre con tanta desfachatez. No me da tiempo siquiera de intentar dar una explicación cuando Sandra grita:

—¡Maldito *cabvón*, ¿te pasas una *hova* follándome la *otva* noche y *ahova quieves* *hacev* como si no me *conociev*as?! ¡Me debes un poco más de *considevación*! ¡¿Qué te *cvvees* que soy, una *guavva* estúpida?!

La respuesta de Luca no tiene mucho de críptica.

—Sí —contesta, plácido y bastardísimo, sin despeinarse—. Te diré que eso es lo que había pensado.

Ella lo mira confusa y temo que en cualquier momento saque un revólver de su bolso y se lo ponga en la sien. No sé qué hacer. Mamá está fascinada, le falta poco para sentarse cómodamente y pedir un cubo de palomitas para disfrutar del espectáculo mientras se las come.

La empujo de nuevo y salgo con ella, cerrando la puerta a nuestra espalda. Bajamos la escalera y la acompaño resuelta hacia fuera, hasta la mismísima acera.

—No deberías dejarlo con esa chica —me advierte—. Tiene un culo bonito y usa un perfume buenísimo, puede que Guerlain.

—No te preocupes, Luca sabrá qué hacer.

—Justamente ese es el problema.

—¿Cuál?

—Esa señorita parecía dispuesta a acaparar a tu pretendiente y, si no tienes cuidado, te lo robará en los morros. Supongo que será buena en la cama, pero no soy tan optimista en lo que a ti respecta.

—¡Mamá! ¡Siempre estás pensando en lo mismo!

—¡El sexo es importante! Si lo practicas más, no tendrías todas estas espinillas en la barbilla, ¿ves? —Me echa la cabeza hacia atrás, como si fuera una yegua a la que tuviera que evaluar la dentadura, y luego, en voz alta, comenta—: ¡Erika tiene una piel de albaricoque!

—¡Por supuesto, no tenía ninguna duda! —exclamo, humillada por la perenne comparación con mi hermana.

—Volvamos, a ver qué pasa.

—¡Volveré yo, mamá, tú te vas! —Lo digo en voz muy alta y un par de transeúntes me miran con horror, pensando que se han tropezado con el enésimo ejemplo de hija desnaturalizada.

—Podría serte de ayuda.

No me interesa averiguar qué tipo de ayuda me daría y la exhorto de nuevo a volver a casa, que yo sabré cuidar de mí misma.

—¡Tienes que venir a la boda y traerte a Luca! Tus tías tienen que conocerlo.

Habla de él como si fuera el ganador de un concurso de lucios de piscifactoría.

—No sé si iré y, en cualquier caso, no llevaré a Luca.

—¿Por qué?

—No puede, ya tiene un compromiso.

Si intentara decirle la verdad, que Luca y yo vivimos juntos desde hace meses y que me trata como si fuera un compañero de universidad, que no me querrá nunca, ni siquiera a la fuerza, porque no le intereso, punto final, y que él solo desea a chicas como esa Sandra que ahora ladra en el piso de arriba, me soltaría uno de sus sermones. Si luego le dijera que no me gustaría lo más mínimo ser Sandra o ninguna de sus efímeras colegas, porque lo amo hasta quedarme sin aliento y no soportaría la vergüenza y la desazón que se crearía después, y que yo quiero de él no solo su sexo, sino su cabeza, su alma, su respiración, sus recuerdos y su futuro, se convencería de que soy una presuntuosa y una loca.

La gente pasa, oye fragmentos de la conversación y me miran siempre a mí... muy mal. Estoy a punto de darme por vencida y meterla en un taxi, cuando en ese momento aparece la mismísima Giovanna, que me abraza como si fuera una piraña.

—¡Armando, maldito impotente, lo he mandado a freír espárragos! Me ha dicho un montón de cosas horribles, que iba enseñando las tetas, que el del bar no dejaba de mirarme... ¡y luego ha insistido en que tengo que librarme de Orso porque hace demasiado ruido cuando mueve la cola! ¡Y entonces,

para hacer las paces, se lo ha montado en cuatro, repito, cuatro patéticos minutos de sexo, con preliminares incluidos! ¡Basta! No he podido más y le he dicho «¡Adiós, ve a comprarte una caja extragrande de Viagra y búscate a cualquier tipa que no se lave el culo!». Me ha acusado de ir desnuda; pero ¿cómo se atreve?

Se abre la chaqueta y me doy cuenta de que lleva la misma ropa de anoche.

—¿A ti te parece que voy desnuda? —me pregunta, sacudiendo las tetas y mostrándoselas a toda la gente que pasa por la acera.

Un corredor con barba se acerca, las mira y de repente parece que lleve un conejito debajo del chándal. Giovanna se cierra la chaqueta, mira al joven atleta con los ojos muy abiertos y se echa a llorar.

Mi madre, por el contrario, parece muy satisfecha. Está disfrutando esta extraordinaria mañana, se ríe sola, y el frío le solidifica el aliento en bocadillos de tebeo sin palabras, mientras memoriza chismorreos para retransmitírselos luego a mis tías.

Finalmente, la abrazo (a Giovanna, quiero decir), para acelerar su salida de escena, porque me estoy congelando y estoy preocupada, a la vista de que Sandra todavía no ha bajado y la cosa pinta realmente mal. Giovanna se marcha, llama un taxi con el brazo extendido, la chaqueta sin botones se le abre y un taxista se para y les pregunta a sus pezones congelados adónde quieren ir. Mi madre, protegida con su exuberante abrigo de piel de lo que sea, no piensa olvidar el tema de conversación que más le preocupa.

—Volviendo a lo de tu Luca, es evidente que es un chico muy guapo. No sé si conseguirás conservarlo. Deberías ser un poco más picante. ¿Por qué no te compras un conjunto bonito como el que llevaba Giovanna? ¿O un sujetador con relleno de esos que realzan el pecho? Una amiga mía ha probado unas medias que levantan los glúteos, el efecto es extraordinario.

—Te lo agradezco, como siempre, dices cosas muy atinadas, pero no quisiera que luego, a la hora de desnudarme, se me cayeran todas las piezas al suelo con estrépito. ¿Sabes?, las normativas de la finca no permiten los ruidos molestos.

—Deberías maquillarte más, tienes una boca demasiado discreta, y estos pelos... ¿por qué no vas a que te los planchen?

—Justamente ya tengo cita con mi lavandería de confianza. ¡Dos pasadas con la plancha de vapor y lista!

Estoy cansada, hastiada, el frío ha penetrado en todos los recovecos de mi cuerpo y no cabe descartar que en breve me cuelgue una gruesa estalactita de la nariz. Cuando por fin se para un taxi, espero con fervor que no salga Tony de dentro, con la intención de que le pague los daños sufridos tras haberle vomitado en sus zapatos buenos. El taxi está vacío, pero mi madre todavía no parece dispuesta a librarme de su presencia.

—Ah, se me olvidaba. También he venido para decirte una cosa de parte de tu prima Beatrice. Quiere que seas dama de honor.

—Ah... —Me limito a responder, y sé que esta reacción la irrita, porque, según ella, debería dar saltos de alegría como si fuera un batracio y deleitar a los transeúntes haciendo volatines y cabriolas en la acera—. Dale las gracias a Beatrice, pero dile que no puedo aceptar.

—Pero ¡si ya has aceptado!

—¿Cómo? ¿Cuándo he aceptado? ¿Tú me has oído decir que sí? ¡Me parece a mí que no!

—He aceptado yo por ti, le he dicho que estarías contentísima de serlo.

—¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Ahora no puedes echarte atrás. Ya le he pedido a la modista que te confeccione el vestido y le he comunicado tu nombre al tipógrafo.

Quisiera levantar de un talonazo la tapa de una alcantarilla y dejarme caer dentro como si nada. Contengo un grito, y una salva de perdigonazos de infelicidad comienza a acribillarme los ojos y el corazón mientras el taxista pregunta impaciente si la señora desea subir. Mi madre lo despide y yo continúo siendo su prisionera.

—¿Cuándo ibas a decírmelo? —repito—. Supongo que habrías preferido esperar al día de la boda, en caso de que vaya, para hacerme saber que mi querida prima, ex monja reformada y embarazada, exige que yo desfile como una cretina, vestida como una tarta de nata, mientras las tías me compadecen pensando: «Pobre Carlotta, ella no se casará nunca, es tan insignificante y tiene un sueldo tan mísero...».

—Eres injusta, como de costumbre —me replica, porque no quiere que tenga la última palabra—. Serás dama de honor y harás que me sienta

orgullosa aunque sea una vez en la vida. El vestido ya está casi listo, te lo enviaré dentro de una semana. Seguro que te sentará bien, lo hemos hecho con las medidas de Lisa.

—¿Lisa? ¿Lisa?

—Lisa Lisa no, cariño. Solo Lisa. La hermana de Beatrice. Carlotta, necesitas una dieta rica en fósforo.

—¡Ya sé quién es Lisa! Pero... ¡si tiene doce años!

—Y un pecho más abundante que el tuyo. Pero seguro que te irá bien.

Estoy a punto de decirle algo más, pero siento que me cogen por el hombro.

—¡*Pevvevtida!* —me grita Sandra en la oreja.

Me doy la vuelta, mientras mi madre parece a punto de tener un orgasmo. Demasiadas emociones juntas en la misma mañana.

—¿Qué? —Lo digo como una gallina, casi cacareando.

—¡*Guavva*, mamona! —No comprendo bien el último epíteto y lo repito, perpleja, mientras Sandra me mira con mala uva y las mejillas congestionadas.

—¿Cómo te *atveves* a *sev* tan *cevda*, con esa *cava* de *inodovo* que tienes?

—¿Mamona? —vuelvo a repetir, mientras una familia de viandantes me mira como si fuera una camella que pasa costo a los niños.

—¡*Guavva!* —insiste Sandra.

Luego llama a un taxi y mi madre, que arde en deseos de saber más de esta nueva hija suya cerda y mamona, se mete en el coche con ella y desaparece sin despedirse.

Me quedo paralizada en la acera, con una aureola de aliento helado alrededor de la cara. Vuelvo a entrar en el edificio y subo la escalera a toda prisa. Algo no marcha, algo no va bien. Luca está todavía en la cocina, metiendo un pollo congelado en el microondas. Parece pensativo, enjuaga una patata con piel con la mirada perdida en los azulejos a rombos, en un tenedor de acero que hay allí colgado.

—Eh —le digo, entrando.

—Eh —replica—. ¿Te apetece pollo con guarnición de patatitas? Por

supuesto, las pelas tú.

Me acerco, cojo un cuchillo y pelo las patatas en una atmósfera confusamente cargada de ansiedad.

—Espero que mi madre no te haya asustado —digo—. Siempre va por ahí contando un montón de chorradas sobre mí.

—¿Ha pensado que somos pareja?

—Bueno, debes admitir que...

—Por supuesto.

—Tengo la sensación de que Sandra la ha tomado conmigo —comento, observándolo con el rabillo del ojo.

—No me extraña. —Se vuelve y me mira divertido y culpable.

—¿Qué le has dicho?

Alarmas, campanas, sirenas y las palabras «guarra» y «mamona» giran dentro de mi mente como canicas.

—Si hay algo que no tolero son las mujeres lloronas. Y encima, una a la que ni siquiera conozco, entra en mi casa acusándome de...

—A Sandra la conoces. Es la de hace tres noches.

—... no sé qué infidelidad —continúa impertérrito, como si no lo hubiese interrumpido—. ¡No aguanto a las mujeres que, después de habernos topado en un bar y haberse ofrecido sin demasiadas presentaciones, se comportan como si estuviéramos prometidos! ¡Los acuerdos eran claros! No esperaba que llorase como si la estuvieran degollando. Así que le he dicho que...

—¿Qué le has dicho? —lo apremio, mirándolo quieta, con una patata en la mano izquierda y el cuchillo de cuyo filo pende un trozo de piel de patata en la otra.

—Que soy prisionero de tu depravación, que estamos juntos y me obligas a traer a otras mujeres a casa porque te excitas escuchando. Que estoy enamorado de ti y que tú me tratas como a un felpudo, sometiéndome a extrañas prácticas. Por eso voy al psiquiatra, para intentar salir de esta situación. Y que si lo consigo, ella será la primera a la que llame.

No me lo puedo creer, lo miro incrédula y le espeto:

—Eres un... un maldito cabrón... ¡un maldito cabroncísimo cabrón! —La

patata rueda por el suelo con un sonido acuoso y una oleada fucsia me enciende la cara—. ¡Podrías... podrías arreglártelas tú solo de otra manera! ¿Sabes que me ha llamado guarra mamona delante de mi madre? Por cierto, ¿por qué mamona?

—A lo mejor se refería al trabajito que haces cuando...

—¡Luca! —Ahora se me cae el cuchillo y no descarto dentro de poco caerme yo también—. ¿Te das cuenta de lo que le diré a mi madre? ¡Se han ido juntas en taxi!

—Yo que tú no me preocuparía, tengo la impresión de que para ella será un alivio, me ha hecho muchas sugerencias para que te espabile. Tranquila, le he dicho que no lo necesitas y acto seguido me ha preguntado si todavía besas como cuando tenías dieciséis años. Al parecer, tu novio de entonces, un tal Umberto, se lamentaba en público de tu total ausencia de lengua.

—Esto ya es la repanocha... —No digo nada más, repito la misma frase ocho veces, una avalancha de repanochas, mientras me siento en una silla, porque corro el riesgo de licuarme en el pavimento de la cocina.

—Le he dicho que ahora tu lengua responde a la llamada.

Lo miro y, si todavía tuviera el cuchillo, improvisaría una sesión de lanzamiento y puntería, usando su espalda marmórea como blanco.

—Por cierto, se han acabado las tonterías entre tú y yo. —Cierra la boca e imita el recorrido de una cremallera encima de sus labios—. Me refiero a lo de besarnos.

—¿Tanto asco doy?

—No, no das asco, mariposita. Pero la verdad es que no deberíamos tontear con cosas que podrían prestarse a equívoco. Lo sé, he empezado yo, y me daría de cabezazos contra la nevera para castigarme por mi estupidez. Sea como sea, no quiero que vuelva a ocurrir. Entre tú y yo, el sexo o cualquier otra cosa que se le parezca, tiene que estar descartado. Somos amigos, joder, y si empezáramos a dar cabida a otras pulsiones, aunque solo sea para echar unas risas, a la larga podríamos perder de vista la perspectiva correcta.

—De acuerdo, tienes razón —susurro, y me siento como un pez crudo atravesado por los tajos histéricos de un cocinero samurái.

Hablamos de otras cosas y ponemos la mesa, mientras el pollo se asa y las patatas se doran. Luca enciende la radio, escucha un poco de música, llama a

un amigo, se mete en su cuarto durante media hora y luego vuelve. Comemos, pero tengo el estómago encogido, Como sea, espero a que se marche a teclear en su ordenador antes de permitir que nada parecido al pánico altere mi expresión. Lo ha dicho claramente, más que claro, transparente. Nada de sexo entre nosotros, nada de amor, solo amistad, solo charla, solo tú y yo, uno aquí y otro allí, y nunca «nosotros». Es lo mejor, lo sé. Me lo ha dicho porque me quiere.

Siento una pizquita de felicidad, porque, después de todo, no le doy asco, y al mismo tiempo soy infeliz, porque no tengo treinta años, pero tampoco tengo quince, y esta es la primera vez que de verdad amo a alguien. ¡Aún soy virgen en cierto sentido! La historia del himen es una trola. La virginidad está dentro de las costillas, la virginidad es una emoción. Lo amo y tengo miedo.

Mientras lleno el lavavajillas, el tecleo cesa y al cabo de un segundo, Luca asoma la cabeza, con las gafas que usa para leer, y señala el contestador automático.

—Se me olvidaba decirte que mientras estabas abajo con tu madre ha llamado Michelangelo.

—¿Quién?

—El que te centrifugó la lengua ayer por la noche, ese al que después le ofreciste tu estómago. Ha dejado un mensaje.

Luego desaparece y cierra la puerta, pero el repiqueteo del teclado no retorna. Me seco las manos, aturdida, y pulso el botón parpadeante.

Es Tony y suena contento, lo que aumenta mi desconcierto. Asegura que no está enfadado: ha sabido por Giovanna que soy casi abstemia y ha comprendido que vomité por culpa de todo el alcohol que bebí. Lo que no ha entendido es que fue su saliva lo que desencadenó el vómito. Y sigue queriendo hacerme un retrato, repite que tengo una cara interesantísima y me pide que lo llame a un número que apunto rápidamente en un papelito.

Me siento en el sofá y me da por reírme. No sé si lo llamaré: si intentara besarme y vomitara incluso sin haber bebido ni una gota, sería un gran problema. Me acuesto con la cabeza sobre el brazo, mientras fuera cae una ligera nevada, gráciles espirales de hielo contra un fondo gris polvo, y me duermo.

Creo que un rato después Luca me tapa, porque siento una oleada cálida

en las mejillas e inmediatamente después una manta ligera que se ciñe a mi cuerpo de rana acurrucada.

## 6



**E**l Teatro dei Cavalieri es poco más que un trastero que lleva por lo menos treinta años sin utilizarse. El polvo que lo cubre me provoca picor en la nariz y en la garganta y el telón parece una bayeta vieja. Entre las butacas de la platea, no más de unas cuarenta, alguna que otra araña duerme una siesta. Decididamente, la nuestra no es una producción de Broadway.

Y, sin embargo, este cuchitril me gusta. Lo imagino después de una vigorosa limpieza: el suelo de un granito que tira a verde pistacho, las butacas rojas, las ventanas de caoba, ahora grises por la suciedad, todo listo para resplandecer en la penumbra como llamas. Oigo los pasos del público que entra, voces difusas como en una iglesia, el telón que se desliza y se abre del todo, una lluvia de aplausos. Siempre me ha gustado este mundo. Cuando, durante el espectáculo, preparo entre bastidores los objetos que se usarán en las escenas siguientes, se me para el corazón por la emoción, todas las veces. Prefiero los teatros pequeños, los que parecen barcos de botellas, a las salas colosales en las que te sientes tan minúscula como el puntito de una «i».

Sin embargo, el que no tiene esperanza alguna de mejorar es el director. El lunes volví a la sede de Art Production para firmar el contrato y me enteré de que cobraré un sueldo con el que podré permitirme banquetes de pan seco y agua del grifo. Afortunadamente, Rocky no estaba.

Solo estaba Franz, que me estrechó la mano con su vigor habitual y me

sonrió como sonríen los buenos chicos. Decidimos tutearnos. Me dio el libreto, que devoré en una sola noche. Me quedé muy sorprendida de ver cómo, a pesar de las sustanciales modificaciones, la historia se ha mantenido inalterada. El ambiente contemporáneo no ha cambiado la atmósfera dura y melancólica. La soledad de Laura, la invasión de Amanda, la intolerancia de Tom son las mismas. Aunque la colección es diferente. Nada de animales de vidrio.

Las muñecas que tendré que buscar son mucho más acordes con los tiempos modernos. Al leer la lista, me quedo atónita. Soy lo bastante experta en Barbies como para darme cuenta de que los modelos más demandados por Rocky son como el Gronchi rosa tan buscado por los filatélicos. Espero que se dé cuenta de que necesitaré una fortuna para conseguir las.

Mientras recorro uno de los pasillos laterales, lo veo sentado en la primera fila, vestido de blanco, con una camisa a lo coreano que le llega hasta las pantorrillas, el foulard alrededor del cuello y una diadema en la cabeza. Una diadema, lo juro. Apartarse el pelo de la cara no lo favorece: le resalta brutalmente los pómulos, la nariz en forma de aleta de tiburón, los ojos carentes de amabilidad pero bien delineados con *kohl*.

Da instrucciones a todos, técnicos y actores, gesticulando como lo haría el director de una orquesta, pero sin levantarse de la silla. En cuanto me ve, frunce el cejo y sus ojos se hunden en las profundidades de sus órbitas.

—Aquí está ella —murmura—. Con retraso. Profesionalidad cero.

Me contengo para no responderle mal. Había preparado un pequeño discurso sobre la imposibilidad material de encontrar toda la colección de muñecas con solo quinientos euros de presupuesto, pero si me dejo llevar por la lengua me voy a la calle. Mejor lo pospongo. No quiero que nuestro segundo encuentro también acabe mal... ni siquiera está Franz aquí para evitar que nos devoremos.

A Rocky, que seguramente está teniendo el mismo tipo de pensamientos poco idílicos que tengo yo, no se le ocurre presentarme a la compañía. Se limita a reprocharme mi mera existencia con una sola mirada. Tiene el guion en la mano, de vez en cuando lo lee, lo subraya y le dice algo a un hombre sentado a su lado, que asiente enfáticamente.

Reconozco que me siento incómoda. No conozco a nadie, aparte del

pajarraco del foulard, y no tengo ganas de subirme al escenario y presentarme en voz alta, como un nuevo alumno en una clase de primaria.

Mientras medito sobre lo que debo hacer, un tramoyista con bata de trabajo emerge de las bambalinas, agita un brazo y me llama por mi nombre. Necesito unos segundos para darme cuenta de que es Franz. Sin el traje y con el pelo revuelto tiene una apariencia completamente diferente. No desagradable, definitivamente en absoluto desagradable. Junto a él hay una chica incluso más baja que yo, pero muy exuberante, con el pelo rojo fuego recogido en dos trenzas al estilo indio y la nariz salpicada de pecas. Muy guapa, pero ¿qué hace un adolescente en el teatro?

—¡Carlotta, bienvenida! —dice Franz, asomándose al escenario para estrecharme la mano. Tiene los dedos un poco sucios de cemento y una pincelada de pintura negra en la nariz—. Perdóname por las pintas, pero cuando una producción es pequeña, no se puede ser escrupuloso y hay que estar dispuesto a hacer de todo. Ella es Iriza, la arquitecta responsable de la escenografía. Iriza, te presento a Carlotta, nos será de mucha ayuda.

¿Iriza? ¿Cómo la mala de *Candy Candy*?

—Ya sé lo que vas a decir —comenta la chica con una sonrisa que no se parece en nada a la de una torturadora de huérfanitas—. Todo el mundo tiene la misma reacción cuando me presento. Pero ¿qué puedo hacer si tengo una madre sádica? Le gustó el nombre y me lo puso. En el futuro, dijo hace treinta y dos años, nadie se acordará de esos dibujos animados. Sin embargo, la gente aún me mira como si fuera una bruja.

La contemplo atónita. ¿Esta chica de las trenzas tiene treinta y dos años...? Pero ¡si aparenta dieciséis! ¿Y las primeras arrugas? ¿Dónde están esas arrugas traicioneras que comienzan a aparecer alrededor de los ojos cuando te estás acercando a los treinta? Aunque se ríe intensamente, su piel es tan lisa como la porcelana. Tampoco me parece esclava del *bótox*... puede que a la hora del reparto de arrugas, yo me quedara con las suyas.

Una cosa sin embargo está clara. Iriza está colada por Franz. Lo mira como yo miraba a Luke Perry a los trece años. Él parece no percatarse, se comporta con ella con compañerismo, fraternal, básicamente indiferente. Tengo cierta experiencia en sentimientos unilaterales y reconozco enseguida las señales de «Somos amigos, pero no te tocaría ni con una pértiga de dos

metros». Iriza enseguida me resulta aún más simpática. Nos une una dolencia común: querer a alguien que no te hace el menor caso.

Rocky, en cambio, sigue siendo un pesado. Interrumpe nuestras formalidades y dice:

—No estamos en una fiesta de pueblo, aquí se viene a trabajar.

Franz vuelve a sus tareas manuales e Iriza me invita a que la siga al escenario. Me explica con entusiasmo sus ideas para la escenografía. Contra un fondo pintado con detalles de la casa, los pocos muebles serán de plexiglás, de manera que parezcan de cristal. Los actores llevarán un maquillaje palidísimo y casi fosforescente para sugerir una idea de fragilidad. Al final de la obra, justo en el momento en que se cierre del telón, los bastidores se partirán con un efecto de terremoto, para expresar la fractura que se crea en la vida de los protagonistas entre el antes y el después de los acontecimientos relatados. Al fin y al cabo, por bien cuidado y protegido que esté, un mundo de cristal está destinado a romperse.

Mientras hablamos, procurando que Rocky no nos llame la atención y nos insulte, una nueva voz irrumpe y del susto doy un salto de medio metro.

—¡Holaaa!

Detrás de mí se perfila una silueta ciclópea. Con el rabillo del ojo, entreveo a una mujerona alta y corpulenta que, acercándose a un centímetro de mi oreja izquierda, casi como si quisiera arrancármela de un mordisco, dice:

—¡Qué culo tan bonito tiene Franz! ¿A que sí?

Supongo que la habrán oído incluso en la Scala de Milán, si no en el Bolshoi. Sin embargo, nadie parece alterarse, ni el director con su chulería ni el mismo Franz con su bonito culo. Lo que es cierto es que la mujerona no se equivoca. Mi mirada, impulsada por su comentario, se lanza involuntariamente hacia el trasero de nuestro productor ejecutivo degradado a carpintero adjunto y no puedo evitar constatar que la anciana a lo mejor está sorda, pero no está ciega en absoluto.

Iriza me habla en voz baja de la señora de modales demasiado francos. Es la estilista, se llama Ortensia, pero no tiene nada de la gracia de una flor. Mientras tanto, la mujer sigue haciendo comentarios picantes sobre cada uno de los hombres presentes en el escenario. Llega incluso a aventurar las

dimensiones de las pollas de este y de aquel. Todo eso en voz alta, sin ningún asomo de sonrojo, y —cosa aún más increíble— sin que el director se solivianta y la mande a freír espárragos. Yo quisiera desaparecer cuando ella comenta con aire experto:

—Ya se sabe, quien tiene la nariz larga, es largo también al sur del ecuador —afirma—. El técnico de sonido debe de tenerla pequeña, porque tiene una naricita que se parece a una patatita nueva.

Me doy la vuelta para mirarla mejor y casi grito: ¡debe de ser la tía abuela de Matusalén! Solo le falta el ojo en la frente para ser la copia exacta de Polifemo con doscientos años. Con el agravante de que Polifemo no era un depravado. Un caníbal a lo mejor, pero no me consta que hiciera comentarios soeces sobre el culo de Ulises o de doble sentido acerca del tamaño de su nariz...

Ortensia, mientras tanto, sigue carcajeándose y hace otros comentarios guarros, siempre sin que Rocky abra la boca. Iriza parece leerme el pensamiento:

—Es la abuela del director. —Y añade—: Y el único ser humano sobre la Tierra por el que Rocky siente cariño, e incluso un poco de sumisión. Todos están acostumbrados a sus modales y pasan de ella. Dale tiempo y te preguntará cuáles son tus posturas favoritas del *Kamasutra*, por lo que prepárate una respuesta o te perseguirá sin parar con la misma pregunta.

Temo que la abuelita se quede decepcionada conmigo. No es solo que lleve siglos sin practicar artes amatorias sino que durante el poco tiempo que lo hice, nunca me alejé de la coreografía clásica. Ella debajo y él encima, unos minutos de excitado vaivén, adiós, gracias, te llamo yo, me llamas tú, y si te he visto, no me acuerdo.

De repente, Rocky se acuerda de que estamos en un teatro y no en un desfile de moda de verano para hombres. Ordena a los actores que salgan al escenario y a nosotras nos grita que nos apartemos. Iriza y yo nos acercamos a Franz, que está enmasillando un bastidor dañado, y seguimos nuestra conversación en susurros.

Los actores son el resumen de las ideas de Rocky sobre el artista perfecto. Delgados, exhaustos, aburridos. Parecen estar todos en ayunas desde hace un mes, pálidos como cáscaras de huevo.

La mujer que interpreta a Amanda se parece a Sigourney Weaver con treinta kilos menos. Para la joven Laura de corazón delicado se ha escogido a una chica muy rubia, altísima y con pómulos de esclava. Una versión nacionalpopular de Cate Blanchett. El que interpreta a Jim, el huésped de la familia del que Laura está secretamente enamorada, es el joven doble de un esqueleto; si yo fuera él, me encerraría en mi habitación a ver *Iron Man* hasta nueva orden. Pero es el tipo que tiene el papel de Tom el que más me desconcierta: según el nuevo guion, el hermano de Laura es un aspirante a músico de *heavy metal* obligado a trabajar en un banco y oprimido por una madre omnipresente. No veo a este tipo de mirada ingenua soñando con destrozarse guitarras y copular con micrófonos.

Mientras los actores declaman, deteniéndose con frecuencia, moviéndose a la izquierda y luego a la derecha al tiempo que siguen las indicaciones de Rocky, que se siente como Kasparov frente a un tablero de ajedrez humano, me voy a pasear por detrás de los bastidores.

El mundo más allá del escenario es mi jardín secreto. Aquí, donde todo está todavía por organizar, donde todo aún es posible, surge la fascinación de los tesoros por descubrir, de los misterios por revelar. Mientras lo atravieso, me siento como si rebuscase en un desván escondido. Por un instante, me imagino al Fantasma de la Ópera, con el rostro desfigurado, que sale de un túnel y me rapta.

Estoy tan concentrada fantaseando con pasajes ocultos tras los paneles antiguos y con hombres con cara de calavera, que no me doy cuenta de una irregularidad en el suelo y doy un paso adelante. Un tablón de madera cede bajo mi peso sin demasiado ruido, justo como el de una nuez al romperse... y me encuentro con la cara en el suelo, las piernas atrapadas en un agujero y el culo en pompa, con la falda totalmente levantada por encima del cinturón.

Antes de darme cuenta de la situación, tengo un par de instantes de vacío. Después empiezo a hilvanar un pensamiento y me asalta el pánico. No hay nadie, nadie me ha visto caer y es inútil que intente arreglarme la falda, porque se me ha quedado enganchada a un saliente como si fuera una bandera. Me agito como si estuviese bajo el agua y me entran en la nariz dos bolas de polvo. Ann Darrow capturada por King Kong debió de sentirse más o menos así.

¿Y ahora qué? ¿Espero a que vengan a buscarme? ¿Y si no lo hacen? ¿Y si piensan que me he marchado? ¡¿Pero por qué me meto siempre en situaciones tan absurdas?! ¡¿Por qué no me sucede nunca nada normal?!

Oigo en la distancia las voces de los actores y de vez en cuando un martillazo. No me queda otra que pedir ayuda.

Entonces, muerta de vergüenza, empiezo a llamar. Al principio en voz tan baja que a duras penas me oigo yo misma y tal vez alguna cucaracha. Luego más fuerte.

Nunca me han gustado esos programas en los que la gente se cae, se hace un traumatismo craneal como mínimo y todos se mondan de risa. Pero mucho menos aún me gustan ahora, ya que la que está con las partes bajas expuestas al público burlón soy yo. Noto un fuerte dolor en las piernas y no me he roto la nariz de milagro, pero el pensamiento que más me atormenta cuando poco a poco empieza a venir gente es que ¡justamente hoy llevo unas bragas descoloridas por la lejía!

Llegan con cuentagotas, intrigados, alarmados. En cuanto se dan cuenta de lo que ha pasado, percibo risitas cada vez más intensas. Franz e Irina no se ríen y corren a ayudarme. Ni siquiera Rocky se ríe, pero no es por compasión: tiene una expresión de asesino en serie que parece tatuada en su cara. He interrumpido su ensayo y, si pudiese, me reduciría a serrín.

Consigo salir del agujero con esfuerzo, reprimiendo un montón de palabrotas que harían enrojecer a un marino veterano y, una vez fuera, veo que tengo las medias desgarradas, la falda hecha jirones y un arañazo en una rodilla. Estoy roja de vergüenza, tiemblo como una hoja y estornudo una media docena de veces antes de volver a respirar con un poco de regularidad.

—¿Cómo estás? ¿Todo bien? —Me pregunta Franz con dulce solidaridad.

La abuela Ortensia se acerca y exclama:

—¡Felicidades, tú también tienes un buen culito!

Hurra, ahora todos se acordarán de mí por esta entrada triunfal. No importará lo bien que haga mi trabajo, ya estoy marcada por los siglos de los siglos.

»—¿Carlotta? ¿Quién es? Me parece que no la conozco.

»—Ha hecho un trabajo estupendo para los mejores directores de Europa, se graduó con honores en la Academia de Bellas Artes, con una tesis acerca

de la escena teatral del diecinueve, incluso Woody Allen la quería para una película suya ambientada en Roma. ¿Cómo es posible que no te acuerdes de ella?

»—Te juro que no la recuerdo.

»—Aquella que el primer día de trabajo se coló por un agujero y se le quedó el culo al aire.

»—¡Es verdad, ahora caigo!».

Según avanzo cojeando, Franz, que mientras tanto me ha echado un abrigo sobre los hombros, me coge de la mano e insiste en ir a urgencias, pero yo me niego.

—No hace falta, de verdad. Solo tengo la dignidad por los suelos, pero para eso supongo que no hay medicinas.

—Al menos permíteme que te acompañe a casa. Tienes la falda desgarrada, no te resultaría agradable ir por ahí en estas condiciones.

—No tienes ni idea de lo desgarrado que está mi humor —replico, aceptando su oferta misericordiosa.

En el coche, permanezco en silencio mucho rato, agitándome en mi lúgubre pozo privado. Que no está hecho de victimismo, como se podría pensar, sino de afilada autocrítica.

Un poco después, mientras se vuelve hacia mí, Franz me sonrío con aire indulgente y me dice:

—Venga, que no ha pasado nada grave. No pongas esa cara.

—Cierto, nada grave. Habría podido hacerme daño de verdad y en vez de eso estoy lo bastante bien como para tener la fuerza de pensar en lo imbécil que soy.

—¿Qué culpa tienes tú si ese teatro está sembrado de trampas?

—¿Te consta que alguien se haya caído alguna vez de la misma forma?

—Bueno, no, la verdad es que no —se ve obligado a admitir.

—Porque me estaba esperando a mí. Me he equivocado al vagar por ahí. Sabía que la cosa acabaría así. Hace casi treinta años que me meto en situaciones que parecen sacadas de una película de risa. Me ha pasado de todo: una vez, incluso me agredieron las palomas de la plaza San Marcos.

¡Me siguieron como los pájaros de Hitchcock! De joven no perdía ocasión de rodar escaleras abajo en el colegio, de llamar a una amiga y contarle un secreto a toda prisa, para darme cuenta después de que me había equivocado de número, de meter cartas de amor en el bolsillo del chico que no era y de atraer a abejas enloquecidas si me daba por ponerme una flor recién cogida en el pelo.

»Y de adulta ya ni hablemos. ¿Me creerás si te digo que incluso he llegado a cambiar los destinatarios de dos telegramas? ¡Mandé uno de pésame a un amigo que se iba a casar y otro de felicitación a la recién enviudada! Por todas estas catástrofes tendría que saber que me sucedería algo. Quizá en mi vida anterior fui una torturadora de ángeles y ahora el karma se venga con ganas. Tal vez me convendría añadir estas experiencias maravillosas a mi *curriculum*, nunca se sabe. Cualquier director más simpático que Rocky podría apreciarlo.

—Al menos contigo uno no se aburre.

—La alegría está sobrevalorada. Un poco de sana monotonía es buena para la salud y la reputación.

—¿Y qué dice tu novio?

Me encojo de hombros y admito que no tengo novio.

—Me había parecido oír que vivías con un hombre, pero tal vez me haya equivocado.

Lo miro fijamente. ¿«Me había parecido oír»? ¿Qué sucede en Roma, la gente va por ahí difundiendo noticias a mi costa? No lo entiendo y estoy vagamente irritada. Franz comprende mi aspereza y se apresura a darle un sentido un poco más lógico a la cosa.

—En tu ficha personal... estaba escrito allí. Deben de haberlo cogido de tus respuestas del cuestionario inicial.

—El cuestionario inicial. ¡Ya! Esa selección discreta y educadísima de preguntas muy relevantes para la profesión de utilera, a las que además respondí como un soldadito. De todas maneras no mentí, vivo con un hombre, sí... y si la cosa ofende el sentido del pudor del director o de esa santa mujer que es su abuela... si así fuera, diles que el hombre con el que vivo me paga alquiler, y que no hago ascos a esos ingresos, teniendo en cuenta el mísero salario que recibiré.

—No... ¿era yo el que tenía curiosidad! Era un modo como cualquier otro de saber si tenías novio. —Se calla y cambia de marcha, tiene un perfil bonito y los labios le sobresalen levemente, como si estuviese enfurruñado.

Balbuceo algo, le indico la curva donde debe girar y me siento como una tonta. No soy tan presuntuosa como para creer que le gusto, pero si así fuese, estaría tentada de explicarle que mi vida sentimental es un lío, que sueño con tener relaciones sexuales con mi inquilino, que un joven pintor con gafas me ha vuelto a llamar esta mañana y que mamá está planeando que a la boda me acompañe un tal Catello si no llevo conmigo a Luca, lo cual es una especie de amenaza terrorífica, considerando los tipos con los que tiende a emparejarme.

Querría aclararle a Franz que soy una solterona un poco loca, que digo despropósitos, que aguanto fatal la bebida y que me acuerdo de cómo se hace el amor solo porque hago ensayos generales en sueños.

Naturalmente, no le digo nada, estoy loca, pero no soy idiota del todo.

Hemos llegado, le doy las gracias y bajo con un salto de todo menos atlético. Nos decimos adiós, dos adioses algo intimidados, que no parecen los de una pareja de adultos, uno de los cuales se ha quedado cinco minutos largos con el culo al aire.

En el rellano, delante de la puerta de casa aún cerrada, oigo la voz de Luca. Que no sea mamá, por favor, que no esté hablando con mamá.

Rezo, suplico, estoy tentada de refugiarme en la terraza comunitaria hasta que ese incordio se haya marchado. Pero solo me llega la voz de él, extraña, grotesca, como en falsete, y me pregunto si se habrá metido una raya de coca y ahora está volando hacia algún paraíso artificial para escritores frustrados. Habla arrastrando las palabras, dice cosas insensatas, diserta sobre abejorros y conejos, tal vez sea un oscuro lenguaje de los toxicómanos. Al final intuyo que no está solo. ¡Juro que si lo encuentro en cualquier posición de sándwich mientras susurra obscenidades al oído de la enésima zorra, lo capo al instante!

Abro la puerta de golpe y ahí está él, sentado en el sofá junto a la pequeña Emma, que escucha atentamente la lectura de una fábula de un libro ilustrado más grande que ella. Se sobresaltan al verme y Emma tiene un momento de confusión. Estaba absorta, metida en un mundo de abejorros y conejitos de patas veloces cuando yo he irrumpido como la brigada antivicio. Luca me

mira y la niña exclama:

—¡¡¡Tía Carlotta!!! Entra, pero quédate calladita.

—¡Entra y quédate calladita, sí! —Le hace eco Luca—. Hay un abejorro regordete que tiene miedo de volar y por eso siempre acaba cayéndose al suelo, y un conejito desagradable que tiene en vela a todo el bosque tamborileando con una pata como loco...

¡Es absurdo! Me explica la historia para que yo pueda seguir el hilo: a lo mejor está drogado de verdad, con esa extraña droga que flota alrededor de los niños, esa purpurina brillante que vuelve pequeños incluso a los jovencitos de treinta y dos años que escriben crudas historias de asesinatos.

Escucho sentada en un sillón hasta que queda claro que el abejorro ha alzado el vuelo y el conejo ha aprendido un poco de disciplina. Cuando termina la historia, Emma salta del sofá y corre a abrazarme. No tengo la más remota idea de qué hace aquí con su libro de cuentos, pero su aroma de vainilla me embriaga y la achucho como si fuese un cojín de plumas.

—¿Qué te has puesto, tía Carlotta? —me pregunta, mirándome las medias y la falda, y una telaraña que, solamente ahora me doy cuenta, me cuelga de un rizo.

Por fin, también Luca se da cuenta de mi pésimo estado, se me acerca y me hace la misma pregunta, solo que un poco más colorida:

—¿Qué te ha pasado, mariposita? ¿Tengo que ir a partirle la cara a alguien?

—Nada grave, solo me he caído en el trabajo —explico rápidamente, abrazando a la niña—. Pero y tú, bollito, ¿cómo es que estás aquí?

—La ha traído Lara hace una hora —me informa Luca—; tenía una cita repentina no sé con quién y no sé dónde y necesitaba a alguien que la cuidase. Parece ser que la niñera de la otra noche era una incompetente.

Verlo así de paternal, así de paciente, tan extrañamente cómodo con una niña a la que ha visto unas tres veces, me produce un efecto enloquecedor. Bueno, demasiado bueno, peligrosamente bueno. Es más fácil odiarlo o, mejor dicho, intentar odiarlo, mientras interpreta el papel de macho viril en la habitación de al lado, pero de este modo la cosa se complica, porque me obliga a dar un salto de calidad: ya no me basta con hacer el amor con él y despertarme por la mañana en su misma cama, quiero que sea el padre de mis

hijos. No me basta la idea de quedarme dormida sobre su pecho tras una noche de sexo desinhibido, quiero que se case conmigo en una ceremonia con poca gente y elegante, exijo que envejezca a mi lado, reclamo que esté unido a mí incluso en la sepultura.

Del todo ignorante de mis proyectos mortuorios, Luca me dice en voz baja:

—Cuando se haya ido Emma, me cuentas qué te ha pasado. De momento, ¿te importaría ocuparte de ella? Le he leído dos cuentos, le he hablado del hada Mohosita, que vive en la nevera, y le he dado un vaso de leche caliente, pero ahora me gustaría escribir.

—Ya la cuido yo —contesto comprensiva. Ha hecho de tío una hora, con suma bondad, pero su teclado lo llama.

Emma acapara mi atención, le doy una galleta, le hago dibujos, la peino. Es divertido hacer de mamá un rato. Creo que se me dan bien los niños. No soy mucho más alta que ellos, sé imitar a todos los animales del bosque, e incluso veo cosas que muchas otras mujeres de mi edad ni siquiera llegan a vislumbrar. Monstruos debajo de la cama cuando fuera estalla la tormenta, fantasmas detrás de las sábanas infladas por el viento y nubes hechas de algodón y merengue.

Creo que sería una madre excelente. Pero eso no sucederá nunca, lo sé, lo siento. No quiero hijos solo para contentar a mi reloj biológico o para no sentirme inferior en una sociedad en la que la maternidad vuelve a estar de moda. Quiero tener hijos dando y recibiendo amor. Soy una persona que se contenta y se adapta a muchas cosas, pero a esto no: o todo o nada. De momento, el nada me parece la meta más probable.

¡Basta! Detesto lamentarme. Soy afortunada: a fin de cuentas, no soy fea, trabajo en el mundo del espectáculo, convivo con un tío bueno, tengo algún pretendiente que me ronda y el próximo sábado seré dama de honor en una boda. De acuerdo, acabo de poner cara de demente, estoy segura de que alguien me ha sacado una foto con el móvil y la ha compartido en Facebook y Twitter, pero no importa, no es nada, es el habitual viento burlón que silba cerca de mí. Estoy acostumbrada y, como dice Franz, al menos quien está conmigo no se aburre. Sigo peinando a Emma, mientras me consuelo con estas penosísimas mentiras.

—¿Luca es tu novio? —Me pregunta la niña de repente, cuando le hago una trenza.

—No, es un amigo mío, como tu mamá —digo, evitando especificarle que a su mamá no le chuparía el labio inferior como si fuera un polo.

—Entonces ¿puede ser mi novio?

Cuatro años de edad no es demasiado pronto para empezar a desconfiar de estas cabronas. Afortunadamente, su madre la desilusionará tan pronto como sea posible. Charlamos, la llevo a mi habitación y le permito echar una ojeada mientras me cambio.

Cuando suena el teléfono, estamos rodando por la alfombra, jugando a ser sumergidas por las olas. Mi madre. Últimamente me llama sin parar. Tal vez debería cambiar de número. Mientras tanto, dejo que se ocupe el contestador.

—¡Erika se muere de ganas de conocer a Luca! Te aconsejo que lo lleses a la boda, de lo contrario, irás con Catello.

Me pregunto si tiene intención de mantenerlo en fresco dentro de una bolsa de nevera, y sacarlo cuando sea necesario. Aun así, tengo una razón más para ir sola: evitar que Erika se encuentre con Luca. Mamá debe de haberlo descrito muy bien y mi atenta hermanita ya se muere solo con pensar en quitármelo delante de mis narices. Esto quiere decir que tendré que soportar a Catello... me sería útil recordar algo de él. Mamá cree que lo conozco, pero no me acuerdo de nadie con un nombre tan absurdo.

Cuando Lara pasa a recoger a Emma ya es de noche. Luca se ducha, se viste, tiene una cita no sé dónde y, sobre todo, no sé con quién. Mientras se ata los zapatos, me pregunta por mi jornada laboral. Le cuento las últimas aventuras vividas y él me mira un momento como si acabase de recibir un *electroshock*. Inmediatamente después se ríe, se ríe de mí, luego se ríe conmigo, dejándose caer con todo su peso en la cama.

—Eres una calamidad —exclama, mientras se pasa una mano por el pelo y me ofrece el panorama de su magnífico cuello apenas adornado con barba de un día—. No sé qué haría sin ti. He tenido una mañana horrible, pero tú siempre consigues hacerme sonreír.

—¿Por qué? ¿Qué te ha pasado?

Se encoge de hombros y sonrío, pero siento que no está contento, le pasa algo que escapa a mi comprensión. De repente, me siento preocupada por él.

Creo que esta preocupación también tiene que ver con el amor: no soporto verlo así de melancólico. No es habitual verlo así, lo hace parecer diferente y más distante.

—Si tienes algún problema, sabes que puedes hablar conmigo, ¿verdad? —insisto.

—Lo sé, mariposita. Estoy seguro de que sabrías darme algunos consejos muy sensatos.

—Así es.

Me mira un momento y luego me pregunta:

—En tu opinión, una persona que ha cerrado su corazón y se resiste a los sentimientos, ¿es capaz de manejar una emoción repentina y muy fuerte?

Me quedo un momento con la boca abierta. El corazón me hace una cabriola como un trapecista de circo. Preferiría que me preguntara sobre los pezones y los talones.

—¿Te... te refieres a una... cosa personal... o a tu novela?

—A mi novela, por supuesto —contesta, tras un instante de silencio—. Las escenas de sexo y venganza me salen bien, pero ahora que ella, a pesar de todo, se enamora, me veo en dificultades. Tengo que transmitir de una manera realista, sin caer en el ridículo, el enamoramiento de una mujer asesina.

Aunque he alardeado de mis méritos como consejera, no consigo decir nada. Por algún motivo, tengo la sensación de que no está en absoluto hablando de la novela. Mi lengua se anuda tres veces sobre sí misma y me explota el corazón; dentro de nada, las costillas se me agrietarán y saldrá una mezcla de color rojo oscuro.

Él no se da cuenta de mi silencio, porque el suyo es más ruidoso. Parece perdido en mil pensamientos. Está tenso, distraído, impaciente.

Se va vestido muy elegante pero sencillo: chaqueta, vaqueros, camisa blanca y una gabardina forrada. Se comporta como si tuviera una cita amorosa, no muestra el desinterés con el que normalmente despacha a sus señoritas de paso. Creía que estaba celosa, pero no era cierto: el tormento sufrido mientras lo oigo gemir durante el orgasmo no tiene nada que ver con el dolor que siento ahora. Un monstruo juega con mi estómago, me tiemblan las manos y es como si el suelo fuese una trampa gigantesca que me

arrastrase hacia su vientre asqueroso.

No puedo resistir la tentación de mirarlo por la ventana cuando llega a la calle. Está de pie en la acera, muerto de frío, lo cual le forma una corona gris alrededor, hasta que se detiene un coche. Veo una mano en el volante y es la mano alargada de una mujer. Él sube y se van, el aguanieve se los traga.

Paso la noche dibujando y comiendo galletitas Mini Ritz.

Para variar, retrato el rostro de Luca. Tengo un álbum lleno de imágenes similares: siempre el mismo sujeto, trazado a lápiz, carboncillo, tiza, pastel... imágenes robadas a través de estrechas rendijas. Luca pensativo, mientras está sentado delante del ordenador y mira la pantalla, releyendo las últimas líneas que ha escrito, con un brazo apoyado en el codo y la mejilla sobre la palma. Luca durmiendo solo, con las sábanas que lo envuelven como las piernas de una mujer. Luca bajo la ducha, detrás del cristal que deja entrever la sombra de sus músculos, el movimiento de su cabello. Lo sé, a mi manera soy una acechadora. Él no sabe nada de estas poses robadas. Pero necesito hacerlo, y no solo para reproducir la belleza de sus rasgos, que nunca, nunca conseguiré describir con eficacia, sino por la belleza de las emociones que revelan.

Mientras escribe, parece una estrella, mientras duerme, un niño, mientras el agua le cae encima, un hombre.

Esta noche lo dibujó con los ojos tristes, la mirada que tenía antes de salir.

Alrededor de la medianoche, oigo el sonido de un coche en la calle y me asomo de nuevo con cautela. Es el mismo coche de antes y Luca sale de él junto con una mujer. Ha parado de nevar, la luz de una farola ilumina sus cabezas. Es una chica joven y, por lo que puedo ver desde aquí, hermosa. Pero no como las guarrillas con las que suele quedar. Esta es elegante, agraciada.

Un pañuelo de seda verde le cubre el pelo, que intuyo de un color miel caliente. Hablan entre ellos de manera confidencial. Él le coge la mano y se la aprieta, la sujeta entre las suyas como si quisiera darle calor. Luego la abraza. Por un momento, mi corazón se detiene. Quisiera morirme, en serio. Me gustaría tirarme por la ventana y quedar aplastada contra la acera helada. Pero antes desearía tener orejas biónicas para escuchar lo que se están diciendo.

Hay algo dulce en su manera de permanecer cerca, algo infinitamente más terrible que los encuentros salvajes a los que estoy acostumbrada.

Me alejo de la ventana en cuanto Luca entra por el portal. La chica no lo sigue, se sube al coche y desaparece. Oculto el álbum y me precipito hacia el sofá tumbándome como si me hubiera quedado dormida. Cuando abre la puerta, finjo despertarme con el ruido. Él está distraído, todavía tiene la mente en otro lado, tal vez con la hermosa chica del foulard y las delicadas manos.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunto, con un desapego hipócrita.

—Bueno, nada especial.

—¿Has hecho algunos nuevos amigos?

No me responde, dice que tiene sueño y se marcha sin despedirse siquiera. Me quedo sola frente al murmullo del televisor y de repente imagino cómo estaré cuando Luca se vaya; porque se va a ir, sin duda. Se enamorará y se marchará, olvidando todas sus teorías sobre el amor como ilusoria quimera. Se enamorará y permitirá a alguien dormir a su lado. El peso de esta certeza hace que mi espalda se curve.

¿Quién es esa chica misteriosa que consigue sacar su ternura? Ayer ese sentimiento no estaba aquí, ayer Luca era el mujeriego habitual sin escrúpulos. ¿Qué ha ocurrido y cuándo? ¿Esta mañana, mientras yo no estaba? ¿Un flechazo? ¿Un desgarró en el centro del pecho? ¿Mientras yo estaba dando el espectáculo ante unos desconocidos, Luca sentía un torbellino en el estómago y se enamoraba?

Me parece haberlo perdido. Pero no, me equivoco... nunca ha sido mío.

Percibo el sonido de sus pasos sobre el parqué, primero decididos, luego amortiguados, pasos descalzos, y, por un momento, me asalta la tentación de entrar en su habitación para decirle que lo amo.

Pero la sabiduría me lleva a mi cuarto.



Últimamente, Luca está cada vez más raro. Habla poco, se pasa horas escribiendo sin parar y desaparece todas las noches, hasta cuando no trabaja. Una ni siquiera volvió a casa. Llegó a las ocho de la mañana, mientras yo tomaba un café quíntuple con las manos temblorosas, y parecía cansado, apenas sonreía. Me dio un beso en la punta de la nariz y se marchó a toda prisa a la ducha.

Afortunadamente, el trabajo me tiene absorbida. Después de la primera semana con la Compagnia dei Cavalieri, Iriza me invita a un bar donde hacen el chocolate caliente más delicioso del mundo.

Mientras bebemos a sorbitos la paradisíaca bebida, me da un cuaderno que contiene todas las indicaciones de escenografía, hasta los más mínimos detalles, incluidos los que apenas están insinuados en el guion. Encontrar los elementos pequeños no será difícil, son bastante normales y, sobre todo, son tan pocos que el escenario parecerá una estancia después de una mudanza, pero me temo que me volveré loca con los personajes de la colección de Laura.

Por otra parte, el sádico de Rocky pretende seguir el camino de la versión original. Pero ya solo la Barbie número uno, fabricada en la década de 1960, la del traje gris a rayas blancas y negras, que lleva una cola de caballo saltarina y tiene una mirada seductora, está tan extinguida como una foca

monje.

Iriza me ha parecido muy simpática desde que la conocí, a pesar de su desafortunado nombre. Al poco comenzamos a hablar de nosotras y de nuestra vida privada.

Me cuenta que se casó y que su marido murió de cáncer. Al verla no me parece posible asociar su rostro fresco y sus maneras confiadas a semejante pasado lleno de dolor. Me hace sentir infantil y llorica, yo que me preocupo de cosas fútiles como un corazón destrozado y algunos parientes que no llegan al mínimo.

—No pongas esa cara —me dice con suavidad, dándose cuenta de mi desolación—. Ya ha pasado mucho tiempo y el tiempo es un buen amigo. Además, mi trabajo me entusiasma de tal manera que no tengo espacio para nada más. A propósito, siento informarte de que tu tarea no va a ser tan fácil como parece.

—No parece fácil en absoluto. Quiero hablar con Rocky, pero cada vez que nos encontramos me dan ganas de estrangularlo con su foulard, y me olvido de lo que quería decirle. Huy, discúlpame, a lo mejor sois amigos y...

Ella sonrío encogiéndose de hombros.

—Rocky no es amigo de nadie. Vive en un mundo completamente suyo, hecho de manías y antipatías instintivas. En tu caso te detesta porque hace tiempo estaba con una mujer que lo abandonó. Era de Siderno y desde entonces les tiene un odio visceral a todas las personas que le recuerdan aquella tierra. No es nada personal.

—Entonces ¿la toma conmigo porque soy calabresa, como su ex novia?

—Sí, pero te habría cogido manía igualmente si hubieras sido de Umbría, como el fontanero que le reparó mal el aspersor del jardín, o filipina, como la asistente que se ha marchado a su país sin siquiera avisarlo. Es así, temperamental, neurótico, convencido de que es un genio incomprendido.

»Pero al fin y al cabo, sus ideas funcionan. Yo ya he trabajado con él y los espectáculos no eran malos. En una ocasión, reelaboró la *Historia de una muñeca abandonada*, solo que en lugar de dos niñas que compiten dentro de un círculo de tiza por una muñeca, son dos mujeres que compiten por un hombre. Gana la que lo deja marchar. Los hombres son así, no quieren sentirse aprisionados. Es mejor mostrarse como amigas en lugar de como

compañeras posesivas. Luego te das cuenta de que puede existir la esperanza.

Supongo que está hablando de Franz: mi sexto sentido se lo lee nítidamente en los ojos. Pero también está hablando de mí, aunque no lo sepa. Le devuelvo la sonrisa.

—También hay imbéciles que eligen a la mujer que les tira del brazo hasta que se lo arranca —observo—. Los masoquistas que si no sienten el tacón en la nuca no están contentos. Pero esos, más que hombres son lombrices.

—¿Tú tienes pareja?

—No, de momento estoy fuera del círculo de tiza; esperando que el hombre que amo se dé cuenta de que soy la mujer apropiada para él.

Iriza estalla en una risa argentina. Le hace un gesto al camarero para que traiga la cuenta, que insiste en pagar. Finalmente, añade:

—Entonces, tú también perteneces a la categoría de mujeres Penélope. Las que esperan confiadas. Confiemos en que esa espera dé sus frutos.

—Siempre me he preguntado si será verdad que al final vence Penélope. Al fin y al cabo, Ulises vuelve a partir al cabo de poco tiempo. Los hombres no se suelen quedar demasiado. Te lo hacen creer durante un tiempo, pero llega un momento en que el mar los llama. Y, quién sabe, quizá aprovechan para darle un repasito a Circe.

—¡Vaya, espero que no! —dice Iriza con un divertido gesto de terror.

—No te preocupes —declaro con el tono de un gurú—. Puede que haya una solución.

—Lo deseo de todo corazón.

—Penélope sola ve gravemente amenazada su salud mental, y hasta Circe, una vez agotadas todas las técnicas de seducción, puede llegar a aburrirse. Creo que se impone ser un poco más difusa. Ni mucho de la una y ni mucho de la otra. Un poco mujercita y un poco guarrilla, ¿entiendes?

—¿Y dices que funciona?

—Ah, eso no lo sé, aún debo poner en práctica mis propios consejos. Pero lo probaré y te diré qué tal, ¿vale?

Mi vida social avanza en formación cerrada. Tony me ha llamado de

nuevo y, considerando el modo reprobable en que me comporté, comienzo a pensar que: o bien ha descubierto que le excitan los vómitos o le gusto de verdad. Yo no lo he llamado, del mismo modo que tampoco he llamado a Giovanna ni a mi madre, que me han dejado ristas de mensajes delirantes para informarme, respectivamente, una de que ha conocido a un hombre maravilloso y la otra de que me ha enviado el vestido de dama de honor, que me llegará junto con un cariñoso mensaje de parte de Catello.

Es extraño, pero una tarde también me llama Erika. Por desgracia responde Luca mientras yo estoy en el cuarto de baño haciéndome la cera.

De golpe, a través de la puerta lo oigo hablar con una amabilidad exagerada, y cuando un comentario sobre el nombre de ella me hace comprender con quién está charlando, todas mis alarmas antiintrusos me sueltan una gran descarga eléctrica en el cerebro. Salgo del baño corriendo, ligera como un acorazado, grito un «NOOOO» digno de Renata Tebaldi y me lanzo sobre el sofá, al tiempo que le arranco el auricular de las manos. Parezco un portero de fútbol parando un chute con una palomita de manual.

Considerando que llevo cera debajo de la nariz tipo bigote de Groucho Marx, el cabello recogido con una pinza, un vestido un poco gastado que uso para andar por casa y mis chanclas de plástico, parezco talmente una mendiga. Luca me observa pasmado, lo he interrumpido justamente mientras decía «Sí, vivimos juntos», y la mirada que le lanzo está entre la de Freddy Krueger y la de un cervatillo. Despiadada y suplicante a la vez. Mientras hablo con Erika, en cambio, me sale voz de hombre del saco.

—Qué quieres —le pregunto, sin la más mínima tonalidad interrogativa.

—Vaya, qué educada, tienes la delicadeza de un camionero. ¿Estabas cantando o es que no querías que Luca y yo nos presentáramos?

Siento en mi interior un gruñido, puede que sea el estómago, que me ruge, o puede que sea mi alma que se convulsiona de rabia.

—¿Cómo es que me telefoneas? —insisto—. No es mi cumpleaños y mucho menos mi funeral.

—Me he enterado de que has sido elegida como dama de honor —dice ella—. ¡Enhorabuena! —Su voz vibra con disimulado desprecio.

Es evidente que para ella esto supone una pequeña tortura china.

—¿Acaso querías desfilas tú en mi lugar?

—Nunca te privaría de un momento de gloria semejante.

—¿Y bien?

—Carlotta, estás un poco tensa, relájate, ¿vale?

—¡Estoy relajada! ¡Relajadísima! —respondo, gritando como una que no quiere que le pongan la inyección letal y se retuerce entre dos guardias.

—Luca es un tío simpático, tiene una voz bonita.

—Pero ¡si habla como si tuviese tres patatas en la boca!

—Mamá ha dicho que es muy interesante —añade sin vacilar.

—A mamá le parece fascinante Fabio, esa especie de melencólico de culebrón, encuentra elegante la fuente del meoncito que tiene en el jardín y le encanta el pastel de coles de la tía Porzia.

—Lo comprobaré en la boda. Porque te acompañaré, ¿verdad?

—Me tengo que ir ya —le suelto, sin contestar a la pregunta.

—No estés siempre tan de uñas, hermanita, que la irritación hace que salgan arrugas.

—Y la hipocresía hemorroides.

Con este lírico broche corto la conversación, lanzando el teléfono sobre el sofá.

Respiro entrecortadamente, mientras Luca, que se está preparando para salir, me mira de reojo.

—¿Qué pasa? —Me pregunta. Se acerca y me acaricia la mejilla.

Quisiera explicárselo, contarle, abrirle mi alma. Hablarle de la lucha insensata que tengo con mi hermana, de nuestra estúpida competición para ver quién gana picando más a la otra, una competición que yo nunca he ganado, no hace falta decirlo. Quisiera arrancarle la promesa de que la ignorará, de que, si vuelve a llamar, la atenderá con la frialdad de un mayordomo, y que si diera la casualidad de que se encontrara con ella, la mirará como un leñador barbudo mira unos calzoncillos de Jean Paul Gaultier.

Pero una promesa de ese tipo, en el supuesto de que fuera tan magnánimo de concederla, carecería en absoluto de sentido. No estamos juntos, él no es mi hombre y yo no tengo derecho a pedirle semejantes cosas. Además, el problema no es él, ni tampoco lo que a Erika le ronda por la cabeza: el problema soy yo. Mientras lo que tenga sea tan frágil que baste con que el

mero espectro de Erika haga su aparición para que me llene del temor de perder a Luca, nunca podré ser feliz y la relación entre nosotras consistirá siempre en este fatigoso juego bélico.

No sé muchas cosas, pero sí tengo una certeza: la batalla dará un giro en cuanto yo obtenga algo inexpugnable. Un trabajo que me permita ganar un sueldo respetable, un amor absoluto y, por encima de todo, alguien que desee mi bien profundamente. Hasta ese momento, me sentiré siempre como una cretina haciendo equilibristas. Cuando sea más fuerte y, conmigo todo lo que forma parte de mi vida, será Erika la que titubee y por primera vez se cambiarán las tornas.

Así que me callo, no quiero de él garantías tan escuálidas.

Le digo solamente que a veces la familia me pone de los nervios. Luego me voy al baño, con la cera convertida en cola para papel pintado.

El viernes por la mañana llega el paquete con el vestido que tendré que ponerme en la boda. Es aún más horripilante de lo que esperaba.

Un sayo de tafetán de un color indescriptible, entre oro y bronce, pero según se mueve podría ser marrón estiércol. Junto con el vestido viene el mensaje prometido, redactado con letra de parvulario en la parte de atrás de la tarjeta de invitación.

*Tengo muchas ganas de volver a berte.*

¿¿¿Berte??? Me he esforzado todo lo posible para recordar quién puede ser este imbécil, y poco a poco me han venido a la mente dos chicos con los que mi madre trató de emparejarme hace ya unos años, durante una fiesta de fin de año en casa de la tía Ermellina. Dos caras se me aparecen vagamente en la memoria, dos fisonomías y dos voces... pero no sé bien cuál se corresponde con el horrible nombre. Uno de ellos era un discreto guapete, alto y moreno, con una larga melena, en aquella época llevaba un pequeño pendiente en la nariz y fumaba como cuatro turcos. No estaba mal, aparte de las manos largas. Largas no en el sentido de alargadas, sino que estaban siempre intentando palparme a traición.

El otro, en cambio, me llenaba de gotitas de saliva cada vez que abría la boca. Tenía una calvicie incipiente y un par de lupas que le reducían los ojos

hasta convertírseles en dos pepitas de sandía.

Recuerdo haber pasado una noche de pesadilla intentando huir del acoso obsesivo de ambos. Espero no tener que volver a hacer lo mismo otra vez.

Esta boda me pone nerviosa. La idea de ver a todos mis familiares, empezando por Erika, aumenta mi desesperación y mis ganas de inventarme una excusa, pero el deseo de estar con papá, que seguramente aparecerá, ya que su relación con la familia de mamá es civilizada y le tiene afecto a Beatrice, puede más que todo lo demás.

El sábado por la tarde me maquillo bajo la atenta mirada de tres Barbies que acabo de comprar en internet, las únicas que he sido capaz de encontrar en la red en tan poco tiempo.

Mientras uso el rizador, arriesgándome a pellizcarme las pestañas hasta sangrar y a tener que ir a la boda con look de Stevie Wonder, las tres chicas me miran desde la mesita del lavabo, donde las he dejado, metidas todavía en sus cajas de color rosa.

Creo que a Barbie Flor de Melocotón no le acabo de gustar, pero estoy bastante segura de que las otras dos se ríen a grandes carcajadas a mis espaldas. Barbie Killer, vestida de negro y con machete, me observa con desprecio. Barbie Tatuada, con su hermoso pelo corto de color verde, un catálogo de tatuajes en los brazos y *leggings* de leopardo, parece querer decirme que tire el vestido de dama de honor y mande a la prima Beatrice y a toda la familia al diablo hasta dentro de siete generaciones.

—Si pudiese, si tuviese el valor...

De pronto, Luca interrumpe nuestra silenciosa conversación de chicas, pasa por delante de la puerta de mi cuarto, se apoya en el marco y me mira.

—Estás más guapa sin maquillar —me dice sonriendo sin sarcasmo, una sonrisa sincera.

Como siempre, va medio desnudo, maldito sea. Lleva los pantalones de un viejo traje azul cortados por las rodillas y caídos a la altura del abdomen, sujetos con una cuerdecita, y las manos metidas en los bolsillos tan enérgicamente, que como se descuide se le caerá todo al suelo. Si llegara a suceder, seguro que me mostraría su mercancía con total falta de pudor. Ha

quedado bien claro que para él soy el equivalente a un sofá.

—¿Decías? —murmuro, mientras finjo desinterés y una especie de culebrillas de fuego me arden en el estómago.

—El maquillaje te tapa las pecas —comenta, entrando y sentándose en mi cama.

Lo miro a través del espejo y me siento como un cubito de hielo abandonado en el alféizar durante un día de sol.

—Justamente esa era la idea: disimular mi aspecto de fresa.

—Tu aspecto de fresa está bien. Tus pecas y tu pelo son divertidos.

—Ya lo sé. Simpatiquísimos, como una vuelta en la montaña rusa. — Estoy contenta porque me habla, porque parece más tranquilo, y porque tiene la cara arrugada y cálida que se le queda después de dormir una siesta, tanto que querría lamérsela como si fuera un pastelito recubierto de azúcar glas. Y lamerle todo lo demás a continuación.

—Eres espléndida, Carlotta, te lo dice un experto.

Suspiro y me mancho la mejilla con el cepillito del rímel. Aprieto inconscientemente las piernas y me atraviesa una oleada de hervores incandescentes que dentro de poco harán que se me apelmace todo el maquillaje.

—Sí, en el país de las criaturas salvajes —le suelto, intentando bromear.

Él me observa con una atención inexplicable. Mi corazón bombea contra mis pobres costillas. Si no para, me desmayaré o me desnudaré.

—No lo digo en broma, mariposita. Te lo digo de modo fraternal, entiéndeme. Sin doble intención.

Se levanta, se me acerca y se pone a jugar con uno de mis rizos, mientras yo me intento limpiar la mancha de rímel de la cara. Observo el reflejo de su abdomen y me siento como la heroína de una novelita romántica. Me gustaría estar en la portada de uno de sus libros, medio desnuda yo también, con sus brazos poderosos sosteniéndome, las aletas de su nariz vibrando de deseo. Quisiera decir algo erótico, algo que lo induzca a quitarse los pantalones y a hacer eso que debería haber hecho y que no ha hecho nunca, a causa del amor fraternal.

En vez de eso solo digo:

—No sé si también conseguiré estar elegante con ese hábito de color

diarrea que es mi vestido de dama de honor.

Señalo el remedo de vestido de tela falsamente bonita que está tirado en una silla, tendido como un cadáver sobre su espalda.

—Hum... —murmura y guarda silencio para no ofenderme.

Sigue jugando con mi pelo y la barriga se me estremece como si me hubiera tragado una serpiente pitón entera que a su vez estuviera bailando la danza del vientre. Se inclina, me da un besito, sonrío, niega con la cabeza y luego se va a la cocina a prepararse un café. Dentro de poco tendrá que irse a la coctelería, donde lo espera su habitual jornada nocturna.

Me visto e inmediatamente me cubro con el abrigo, que es lo bastante largo como para ocultar esta abominación.

—Solo espero que Catello haya perdido el hábito de toquetear o de escupir —digo para mí misma suspirando, mientras me pongo los zapatos.

—¿Quién es Catello? —Me pregunta Luca, tomando su café sin azúcar.

—El tipo con quien mi madre quiere que me acueste —respondo, y me encojo de hombros.

Luca suspira visiblemente. Si estuviera un poco más segura de mí misma pensaría que la visión de Carlotta follando con Catello le ha molestado.

—Quiero que sepas que me expongo a esa tortura solo por salvarte a ti —le explico riéndome.

Él no se ríe en absoluto. Se bebe el último sorbo de café y se apoya en la mesa, con los brazos cruzados.

—Te he salvado de la tía Porzia, de la tía Palma y de la tía Ermellina —digo, continuando con la broma—. Catello es el peaje que pago por tu libertad.

No le digo nada del ataque que más temo, el de Erika.

Luca continúa en silencio, pero me mira de forma extraña, incómoda.

—Me voy —le digo desde la puerta—. Esta noche no volveré. Me temo que no me quedará más remedio que dormir en casa de mi madre.

—¿Con Catello? —Me pregunta. Levanta los ojos, sonrío un poco, luego amplía la sonrisa con decisión y me dice adiós con la mano, saliendo de la habitación.

Solo pensar en un epílogo de ese tipo me hace tener sudores fríos. Si Catello se acerca siquiera, lo machaco. Tendría que haberle dicho que sí a

Lara cuando quiso regalarme el spray de pimienta.

A falta de algo mejor, saco la Barbie armada de la caja. Llegado el caso, me defenderá, o quizá me transmita la energía necesaria para no sucumbir ante el desastre que me espera. Debo de ser la única dama de honor sobre la faz de la Tierra con un botín semejante metido en el bolso.

Mi familia vive a las afueras, en Camilluccia, en un aglomerado de pueblos rodeados de verdor. Hace treinta y dos años, cuando mamá conoció a papá y se mudó a la capital desde un aislado pueblo de Calabria que oprimía sus sueños de grandeza, no le bastó con disponer de un marido adinerado y quiso una casa que, con algunos cambios y mucha ambición, podría llegar a ser como la de una diva del cine.

Papá, por su parte, al cabo de unos pocos años tuvo que soportar la avalancha de todas las tías, que, siguiendo el ejemplo de su hermana, migraron como bandadas de halcones, estableciéndose en la misma zona junto con sus maridos estupefactos y sus niños pequeños.

En la práctica fue como si hubieran formado un micropueblo en la zona, una extensión de casas que no desentonarían en Los Ángeles, con amplios jardines, piscinas en forma de judía, perros microscópicos y fuentes de mal gusto.

Atravieso la verja abierta y recorro lentamente, muy lentamente, el camino de entrada de la tía Palma: disfruto durante unos segundos más del silencio que se respira entre los árboles, porque sé que en poco más de doscientos metros se desatará el caos. Llevo un maletín con la ropa necesaria para pasar la noche en la prisión para dementes que regenta mi mamaíta querida.

Frente a la casa hay un montón de gente y un montón de luces. En el jardín han instalado una carpa. Nunca había visto tal profusión de tulipanes, deben de haber invadido los Países Bajos para llenar de esta forma el césped, las terrazas, la fuente en forma de Afrodita, la escalera y la glorieta.

Veo a mi madre junto a la tía Porzia y me camuflé tras un cactus gigante, pero ella me avista inmediatamente y se reúne conmigo arrastrando a la tía del brazo, para que no se pierda la visión de su hermosa hija vestida de

boñiga.

—¡Estás sola! —Me dice, sin siquiera saludarme—. Bueno, entonces voy a llamar a Catello.

Y desaparece, mientras la tía me escruta desde detrás de sus lentes con montura adornada con cristales de Swarovski. Es pequeña, más baja que yo, pero cuando me abraza me aplasta. Lleva un turbante ridículo y está tan bronceada que se debe de haber pasado un mes bajo la lámpara de rayos UVA. La saludo y le pregunto cómo está. Ella me toca, me estira de la piel de la cara, frunce el cejo y finalmente comenta con voz estentórea:

—Estás muy delgada, ¿es que no ganas bastante para alimentarte?

—Voy a la beneficencia o me nutro de bayas y raíces. Depende del día.

—Pero ¿no has traído a tu novio? ¡No sabes retener a un hombre! Deberías hacer como tu hermana: con ese chico tan guapo, Dammler, llevan toda la vida juntos.

—No lo dudo —susurro con malicia—, Erika tiene marcha como para una vida entera.

—Si no encuentras marido, nunca tendrás niños y morirás sin herederos.

—Querrás decir que nadie se matará para repartirse mis pertenencias.

—Siempre tan ingeniosa, ¿eh, hermanita?

La voz encantadora y pérfida de Erika me pilla con la guardia baja. Decir que es bellísima sería como decir que el sol es templado. Lleva un vestido largo de color azul zafiro, con un gran escote en la espalda y ceñido en el talle por encima de sus nobles posaderas. Va maquillada como si no llevase maquillaje, lo que significa que ha estado dos horas frente al espejo, y el pelo le cae sobre la espalda desnuda como una pieza de seda, haciendo *frus frus* a cada movimiento. En las manos luce guantes de organza y una gran apertura frontal le airea la zona del pubis, con lo que, bien mirado, no se puede decir que vaya precisamente vestida.

Junto a ella hay un maromo, un simio calvo y musculoso que inspira temor. La tía Porzia la saluda, la admira y besa cariñosamente al gigante, casi obligándolo a arrodillarse para ser sujetado por sus manos enjoyadas. Lo llama Dammler, el enésimo Dammler en la vida sexual de mi hermanita.

—Deja que te vea un poco, a ver cómo te queda este vestido tan bonito — me dice Erika en un tono que un forastero ciego y sordo consideraría como

amable.

Yo, que la conozco y oigo y veo a la perfección, lo interpreto como un gesto inequívocamente provocador y burlón. Me abre un poco el abrigo, que uso como escudo, y levanta un ángulo de la boca.

—Mira qué bien te sienta, te favorece mucho, parece que estés bronceada.

Es una forma de decir que brilla tanto que se refleja en mi cara y me da la misma tonalidad que un charco de barro.

—Al menos no me arriesgo a pillar una pulmonía —comento, señalando su vestido que no es un vestido, sino una ilusión óptica—. ¿No se te congela el colon?

—Ah, no, todavía soy joven, no tengo frío. Cambiando de tema, ¿cómo es que has venido sola? —Sonríe y oscila entre el disgusto por no poder poner a prueba su sex-appeal y el triunfo de saberme desparejada, como un calcetín viejo.

En ese momento vuelve mamá con Catello redivivo. Es el Catello tocón, el que llevaba el pendiente en la nariz, solo que el pendiente ha desaparecido y junto con él también el pelo, que le daba algún interés. Todavía no está calvo, solo tiene un clamoroso retroceso capilar y la frente le brilla bajo las luces, atravesada por unas terroríficas arrugas transversales. Ha engordado un poco, pero no ha perdido el vicio de fumar y chupa con fruición un cigarrillo consumido como un cabo de lápiz. Lleva una chaqueta roja sobre unos vaqueros negros con raya.

Me da la mano y chupa la punta del cigarrillo: es su manera de advertirme que estaré en peligro toda la velada.

Afortunadamente, la futura esposa reclama a sus damas de honor y me alejo a toda prisa, hacia la casa, decorada para la fiesta. Me libero del abrigo y del maletín y emerjo en toda mi belleza.

Beatrice está terminando de vestirse. La habitación está llena, entro y tengo la impresión de haberme equivocado de lugar. Me veo en medio de un caos de ultracuarentonas, y lo único que me convence de que estoy en el sitio apropiado es la presencia de otros vestidos de color marrón: Beatrice ha elegido como damas de honor a todas sus primas y amigas solteras. No hay una sola que no esté en el umbral de la menopausia: yo soy la más joven en medio de este ejército de carcamales.

No veo a Beatrice, pero enseguida recuerdo que no debo buscar a una monja bigotuda, sino a una joven novia, depilada y encinta, probablemente vestida de blanco, a pesar del bombo. Y por fin la veo. Efectivamente va de blanco, un blanco deslumbrante, con una lancha hinchable en lugar de labios, una nariz nueva que la hace parecer una graciosa cerdita toda orificios nasales, pelo rubio y cejas a juego. Nos saludamos, nos conmovemos, o al menos ella se conmueve, porque a mí me lloran los ojos del resplandor del vestido.

La tía Palma me estruja, y todas las hermanas de mi madre hacen lo mismo.

Me avergüenzo como una ladrona, mientras el cortejo de solteronas se pone en marcha. Me parece estar en una película de tipo *Planes de boda*, que es precisamente el efecto deseado por Beatrice: un matrimonio de estilo romántico/paleto americano. Bajamos la escalera llevando ramos de extrañas flores espinosas que parecen cardos.

Qué honor, soy la vanguardia, la primera de esta comitiva de perdedoras. Vamos hacia la glorieta, entre bancos de madera tan envueltos en tul que parecen nubes. El cielo está ceniciento y amenaza nieve, pero la mayoría de las personas llevan ropa ligera, a excepción de alguno menos valiente que se esconde dentro de hinchados abrigos de piel. Los fotógrafos y operadores saltan a nuestro alrededor como caballitos, se oye llorar un bebé en algún sitio y un organista empieza a tocar la marcha nupcial.

El cortejo avanza, la glorieta está cerca, el novio está esperando y sonrío. Debo admitir que es atractivo, con el cabello largo sujeto en una coleta, rasgos marcados y una expresión sensual. ¿Dónde lo habrá conocido? No parece alguien que frecuente conventos. Las damas nos disponemos a un lado y el que oficia habla de amor eterno, mientras un tenor, flaco como una sardina, canta de fondo el *Ave María* de Schubert, esforzándose hasta ponerse violeta. Finalmente se oye una lluvia de aplausos ensordecedores.

Cuando llegamos a la carpa de los refrigerios, después de que nos hagan ochocientas fotografías, todas más o menos iguales, cojo una copa de champán e intento evitar a Catello. Me agacho y camino junto al muro, como una espía tratando de huir, y cuando ya creía que estaba a salvo, del fondo de la carpa, semioculto tras un ánfora, sale mi perseguidor.

—¡Aquí estás, mi bellísima compañera!

—Ehm... —murmuro, manteniendo los brazos firmemente cruzados sobre el pecho, como un cadáver apenas compuesto, todo con tal de evitar que Catello encuentre una rendija por la que meter los dedos.

—¿Quieres tarta? ¿Quieres bailar? Dime, ¡soy todo tuyo!

—Gracias, pero...

—¿Quieres que demos un paseo los dos solos?

Le brillan los ojos y la calva. Me estremezco y pienso que es mejor permanecer en medio de la civilización. Si nos quedáramos los dos solos, estoy segura de que me haría alguna proposición obscena y tendría que terminar pateándole las pelotas.

—No me disgustaría un poco de tarta —comento, y confío en que se aleje.

Pero lo he infravalorado. Le grita a un camarero y en un periquete aparece una bandeja entera para nosotros, repleta de adorables pasteles marrones, a juego con mi vestido.

Mientras Catello habla, yo me voy moviendo muy lentamente, con la esperanza de encontrar a mi padre entre la multitud, a mi heroico progenitor, el único que podría salvarme de este brutote de manos invasoras y modales untuosos.

—Eres muy hermosa —me dice Catello con amabilidad.

—Tú no —respondo yo sin pensar, haciendo gala de un tacto ejemplar.

—He perdido un poco de pelo, ¿verdad?

—No, pero ¿qué dices?

Veo a mi madre: está exultante y se relaciona con todo el mundo con la actitud benevolente de un Papa. A cualquiera que aún no la conozca, presenta a su hija, bellísima y casi desnuda. Yo no, Erika. En mitad del caos, finalmente localizo también a papá. Levanto una mano para llamarlo, para que me vea, y Catello lo aprovecha: en dos segundos me encuentro su brazo alrededor de la cintura y sus dedos agarrando mi seno izquierdo.

¡Feo, maníaco, calvo! ¡Lo capo, juro que lo capo, le voy a convertir las pelotas en pulpa, se las reduciré a puré! Estoy a punto de hacerlo y ya estoy disfrutando al imaginarme sus alaridos de dolor, cuando de repente alguien se me adelanta y me salva.

No cabe duda, me he desmayado y estoy soñando. No puede ser verdad, porque si fuese verdad, mi vida no sería el asco que es, sino que sería una película, una historia romántica.

Pero ¡es cierto, es totalmente cierto! Es una verdad increíble y absurda, si no, los pellizcos que me estoy dando en el brazo no me harían daño. Luca se cierne sobre Catello y le aparta la mano. Puede que le haya retorcido un poco la muñeca, porque el sobón suelta un quejido.

—Si la vuelves a tocar te rompo los dientes —le dice con una sonrisa cortés, como si estuviese dándole un consejo afectuoso.

Miro a Luca atontada, como esperando que se disuelva de un segundo a otro y me encuentre otra vez la mano de Catello sobre el pezón. En lugar de eso, Luca permanece aquí, me coge de la mano y me invita a bailar. ¿Esta soy yo? ¿O es una Cenicienta que dentro de poco se convertirá de nuevo en criada?

—Eh —me dice—, como no cierres la boca, vas a terminar tragándote una mosca.

—¿Qué haces aquí? ¿No tendrías que estar trabajando?

—He pedido permiso para esta noche.

—¿Y cómo has podido llegar? ¿Cómo has sabido la dirección?

—Estaba encima de tu cama. Pero bueno, Carlotta, me estás haciendo un interrogatorio. ¿Es que no te alegras de verme? ¿Quieres que te siga masajando ese maromo?

—¡Nooooo! —grito—. Es que estoy atónita... de que una persona pueda permitirse eludir a mi extravagante familia y aun así se meta voluntariamente en la boca del lobo.

—¿Has sido una buena dama de honor? —Me pregunta mientras me abraza, no mucho, lo justo para que pueda sentir su cuerpo sólido y envolvente.

—¡Buenísima, magnífica, diría yo! Pero... ejem... ¿cómo es que has venido?

—Para hacerte compañía. Las familias pueden ser crueles a veces y es necesario tomarles un poco el pelo. Yo les diré que te amo con locura, que pronto nos casaremos con una ceremonia parecida a esta, que dentro de un año te quiero dejar preñada y otras pequeñas trolas a la salud de tus tías. ¿Te

parece bien?

—... mmmparecemuybien —consigo apenas susurrar, confusa y un poquito excitada.

Seguimos bailando, hasta que el gritito de mamá rompe el hechizo.

—¡Lucaaa! —grita, tan fuerte que los únicos que no la oyen deben de ser un par de tribus de esquimales.

De improvviso, se siente de nuevo orgullosa de su primogénita y no hay que descartar que me haga un tour de presentaciones como el que ha hecho con Erika. No puedo reprochárselo, Luca es una novedad muy apetitosa y tiembla de ganas de contárselo a los demás, de informarles de que Carlotta ha conseguido finalmente hacer algo a derechas.

Luca va muy elegante. No sé de dónde habrá sacado el esmoquin, pero le sienta como un guante y resalta su espalda, sus rasgos viriles pero refinados y sus manos de pianista, aunque no creo que conozca ni tres de las siete notas.

Las tías se le arriman, parecen cabras apretujadas en un único palmo de hierba fresca. Él sonrío, saludando de forma excelente, fingiendo admiración por lo que le enseñan y, sobre todo, dejándolas hablar, escuchando sus chorradas con paciencia, y yo lo amo más todavía, porque sé que está mintiendo por afecto.

Mientras tanto, afortunadamente, Catello ha desaparecido, tal vez ha vuelto al congelador, o está acosando a alguna otra dama de honor. Espero no volver a verlo nunca más.

Me tomo otra copa de champán y un pastelito de una bandeja que pasa. Veo a mi padre de nuevo y lo llamo, esta vez sin riesgos. Junto a él está la señora *matrioska* que conocí en su casa. Me la presenta, se llama Coretta. Es tímida y delicada y sonrío con la boca cerrada.

—Menudo barullo está armando tu madre —me dice papá al rato, mientras mamá ulula como un búho a pocos metros de distancia—. Está tan agitada que primero ha tenido la gentileza de presentarme a tu hermana y hace un minuto casi me tritura una muñeca para que mirase a ese joven guapo que te ha invitado a bailar.

—Mamá exagera siempre, ya lo sabes, exagera hasta en los funerales. ¿Te acuerdas de cuando murió la tía Prisca?

—Sí... se reía tanto que daban ganas de darle una bofetada.

—Te veo bien, papá.

—Yo también a ti, ricitos.

Mientras charlamos de cosas diversas, Coretta participa con discreción, es una persona que no solo escucha, sino que sabe escuchar. Qué raro, aunque es la segunda vez que la veo, es como si la conociera de siempre, me hace sentir cómoda.

Mientras tanto, a nuestro alrededor se baila, la primita Lisa tiene un noviete y la tía con turbante también lo llama Dammler. Papá me invita a bailar, mientras su silenciosa acompañante se come un pastelillo, protegida detrás de una planta como una castaña en su vaina.

Papá es más bajo que yo y baila como un niño. Me pregunta por mi vida, quiere saber si tengo novio, pero en su lenguaje ese tema no equivale a un interés por mis contorsiones sexuales, sino a una esperanza de que mi vida sea completa. Me habla un poco de Coretta, me dice que es viuda, que tiene su misma edad y su misma pasión por la jardinería y que cocina de maravilla. Es una mujer reservada, sencilla, atenta. Habla de ella con afecto, con los ojos chispeantes.

Al final de la canción vuelve a su lado y se alejan de la mano como dos adolescentes. Los miro y una sonrisa me aflora de forma espontánea a los labios, pero desaparece inmediatamente, borrada por un atroz y súbito pensamiento: me doy cuenta de que he perdido de vista a Luca. Escruto a través de la multitud de bailarines, de los famélicos que acuden a coger pedazos de tarta, de los beodos y de la mayoría absoluta de aburridos que bostezan, y finalmente lo localizo.

Mamá le está presentando a Erika, pero los deja solos enseguida para ir a salvar el cisne de hielo, al ver que un grupo de niños está jugando a ver quién le da más bocados. ¡Maldita sea! Ahí está Erika, recta y estirada, y, mientras su acompañante se abalanza sobre cada plato con el apetito de quien ha decidido abandonar una huelga de hambre, ella ya se dispone a reemplazarlo.

Quisiera correr, alcanzarlos, quisiera tener ojos incendiarios, en cambio me quedo aquí, junto a la fuente, con Afrodita. Ya sé cómo acabará el asunto y para mí es una trama demasiado vista.

Mientras pienso tácticas que me permitan evitar la compasión de mamá, las tías y las tías abuelas, me doy cuenta demasiado tarde de que el novio está

a mi lado. Se ha soltado los largos cabellos y se ha quitado la chaqueta.

—Tengo permiso de mi amada esposa para bailar un tango con usted —dice en español.

Lo miro aterrorizada.

—¿Cómo? ¿Bailar el tango? Me parece que no, mejor pregúntale a otra que...

Pero ignorando mi resistencia, el flamante esposo, que se llama Pablo, me arrastra hasta la pista. Los invitados se apartan, forman un corro de espectadores prestos al aplauso o, más probablemente, al linchamiento. Pablo se me acerca, pega la mejilla a la mía y adopta una expresión eróticoapasionada de tanguero. Una música atormentada nos rodea. Pablo se muerde los labios, me suelta, me coge, me tumba hacia atrás sobre su brazo. Yo estoy tan conmocionada que parezco una muñeca de goma que rebota un poco aquí y allá. Finalmente el público aplaude y Beatrice parece extasiada; yo solo quiero alejarme de puntillas. Lo hago, huyo con las pocas fuerzas que me quedan, antes de que a alguien se le ocurra la mala idea de pedir un bis.

El champán que he bebido me hace olas en el estómago, e intenta salirse por la boca. Si vomito nadie lo notará, ya que mi vestido tiene un color que asegura un buen mimetismo. Mientras me aparto, sujetándome la frente, Luca emerge por la derecha de la glorieta.

—Siempre en el centro de atención, ¿eh? —dice, con evidente ironía.

—Tú tampoco te defiendes mal —replico—. Finalmente has conocido a mi hermana.

—Tienes una hermanita que no está nada mal, ¿sabes?

No le respondo, pero lo detesto por el comentario. Mi madre interrumpe el breve silencio apareciendo a nuestras espaldas como una leona al acecho.

—Os quedaréis en mi casa esta noche, ¿no? —pregunta.

—En realidad nosotros no... —empiezo.

—¡Naturalmente! —Me interrumpe Luca con una gran sonrisa.

Me guiña un ojo y me da un levísimo toque en la espalda; yo lo miro maravillada, una mirada entre la de un pez muerto y la de la loca del pueblo.

—¿Has visto a la nueva amiguita de tu padre? —pregunta entonces mamá con voz venenosa—. Beatrice ha insistido tanto en invitarlo y él se ha traído a esa momia. ¡Qué tipa tan insípida! ¡Siempre callada, siempre seria! No se ríe

nunca, no soporto a los antipáticos. ¿No te parece, Luca?

—La sonrisa hace que la cara de una bella señora se torne extraordinaria —dice él, citando una máxima descubierta quizá en una chocolatina caducada, con cara de pillo, la boca carnosa y una risa descarada. No puedo resistirme a darle un puntapié.

Comemos tarta y Erika se comporta como si de repente recordara que tiene una hermana: me ronda, siempre está a mi alrededor, o mejor dicho, alrededor de Luca, que se encuentra a mi lado. Se muestra lánguida, sensual, se insinúa de forma vaga, toda ocasión es buena para revolotear por la vecindad. Se estremece, luego parece que tiene calor. Luca bromea, me estrecha la mano, pero no deja de mirarla y eso es suficiente para que ella se sienta victoriosa. La detesto, odio este juegucito, odio que todas mis tías vean ya sobre mi cabeza una corona de cuernos.

De golpe me siento demasiado cansada, demasiado acalorada y demasiado mortificada. Me voy. Cojo el abrigo y el bolso y dejo la fiesta plantada. Es tarde, hace frío y la nieve me toma el pelo: espera a que esté al descubierto para comenzar a caer.

La casa de mi madre, mi casa de cuando era pequeña, no está lejos. Recorro el breve tramo de calle acompañada de copos que bailan a mi alrededor, absorbidos por las volutas espinosas de mi cabello. Me siento triste y pienso que hay reacciones inevitables, casi químicas, como por ejemplo el hecho de que Luca y Erika acabarán yéndose a la cama juntos. No sé si debo sentirme aliviada, porque al menos no está pensando en la desconocida con la que fue tan dulce, o si debo sentir rabia, dado que, en cualquier caso, se acostará con una que no soy yo; con el agravante de que se trata de mi hermana.

Podría llorar, ahora, ahora que ya no existe el riesgo de que alguna de mis tías haga su aparición con cara compasiva, ahora que el rímel se me puede correr libremente.

Teresa me abre la puerta; es una prima lejanísima de mamá, que le mantiene la casa en orden a cambio de comida y alojamiento, como tiempo atrás ocurría con los parientes pobres y feos. Me abraza, sorprendida de que ya esté de vuelta. Descubro que algunos primos lejanos dormirán aquí esta noche y que las habitaciones ya están listas para acogerlos. En casa todo es

diferente, han tenido lugar muchos cambios. Por ejemplo, mi cuarto ya no existe. En su lugar hay una habitación para huéspedes con una gran chimenea cuyo fuego ilumina la cama y el techo. Mamá ha querido chimeneas en todas las habitaciones, para que también esto sea muy chic, muy Aspen. Dejo el abrigo y el bolso en la cama y me acurruco frente al fuego. Mientras tanto, Teresa me consigue un pijama, dado que he tenido la inteligencia de dejarme el maletín en casa de Beatrice.

Veo la nieve que danza al otro lado de la ventana: como si estuviera a las órdenes de un coreógrafo hecho de viento. Por la mañana, seguramente se habrá derretido, pero esta noche parece eterna.

De repente, aumenta el ruido y comprendo que la tribu acaba de llegar. Oigo la voz de mamá que pregunta por mí. Me acerco a la escalera y, a escondidas, miro hacia abajo sin que me vean, como una niña que espía a los mayores. Cuando veo a Luca doy un respingo. También está Erika, que ha improvisado una pernoctación en casa de su querida mamá. Conociendo las dotes cantoras de ambos, sé que esta noche nadie dormirá por culpa del ruido.

Quizá aún esté a tiempo de llamar un taxi para que me lleve a casa. El teléfono se encuentra en la habitación de mi madre y me muevo hacia allá, pero los huéspedes ya están subiendo la escalera. Me encierro en la habitación, asustada como una tonta, y en cuanto Luca entra, lo miro como si fuera un extraño.

—¿Has visto un fantasma? —Me pregunta. Su sonrisa inicial se tuerce, me escruta con ternura, cambia de tono y me dice—: Carlotta, estás pálida... ¿no te encuentras bien?

—Al contrario, estoy muy bien. ¿Qué quieres?

—¿Cómo que qué quiero? —Niega con la cabeza, se sienta en la cama, y prueba lo blanda que es y el leve balanceo de los muelles—. Somos novios, ¿no? ¡Desnúdate, amor mío! —añade en voz alta como para que lo oigan.

Me sonrío, me da un besito divertido y luego se tumba en la cama y se ríe tranquilamente, con las manos sobre el abdomen.

—¡No digas tonterías! —replico en voz baja—. Todo el mundo ha comprendido que te gusta mi hermana. La escenificación no funcionaría.

Se levanta, sin perder su embarazosa alegría, se quita la chaqueta y me la lanza. Luego se acerca y me susurra:

—Tu hermana es encantadora, pero mi «compañero de viaje» no siente nada por ella. Esta noche me divierte mucho más confundir a tu familia.

Me coge y me tira sobre la cama, bromea, se ríe, pero yo estoy agitada. Me invade un fuego mientras él se pone a horcajadas encima de mí y comienza a saltar sobre el colchón. Los muelles emiten un débil lamento y la cabecera de la cama produce un ligero golpeteo. Lo miro como un profeta miraría a su dios durante una aparición particularmente intensa.

De repente, siento un pinchazo agudo en el cuello. Me vuelvo un instante para ver qué me está incordiando y resulta ser la Barbie Killer, que se ha salido del bolso y ha rodado sobre el colchón junto a nosotros. Luca se detiene y la mira con una sonrisa divertida.

—¡Estás como una cabra! —exclama riendo—. ¡Las demás llevan polvos y lápices de labios, preservativos y pastillas de menta, tú en cambio llevas una muñeca psicópata!

—Qué quieres, me ha parecido la acompañante más adecuada.

—En efecto, es perfecta para la situación... tu familia es decididamente *sui generis*. Pero bueno, visto que ahora tu acompañante soy yo —coge la Barbie y la deja en el suelo— y visto que todo el mundo va a estar en el pasillo, con la oreja pegada a la puerta, ¿qué te parece si los contentamos?

—Seguro que habrá incluso apuestas. Darán una probabilidad muy baja a que nosotros dos...

—Hagamos que pierdan. Vamos a montárnoslo. —Me asusta con su sonrisa de bandido y añade—: De mentirijillas, claro.

—Claro, se entiende —contesto resignada.

—Se empieza despacio —me dice en voz baja, tocándome los labios—, con pequeños movimientos lentos... suaves besos en la boca, en el cuello, en cada centímetro de piel impregnada con tu aroma. Saboreo tu lengua, te beso hasta perder el aliento. Te toco por todas partes, te tomo por todas partes...

Mientras habla estoy paralizada, ruborizada, sin respiración.

De repente se detiene, me observa y manda toda la escena al garete exclamando:

—¡Venga, Carlotta, vas a tener que hacer algún sonido de vez en cuando, o si no pensarán que estoy teniendo sexo con un cadáver!

Hace como que boquea, vocaliza de forma dilatada, me dice una

obscenidad que me ruboriza. Él está jugando, pero yo advierto en mí un latido en un punto extraño, hermético, sepultado en un sueño secular. Me estoy excitando con este tío que me dice cosas eróticas mientras me gime en la cara, describiéndome con palabras los movimientos de un acto que he olvidado, que tal vez nunca he practicado en serio.

Me está narrando el sexo en voz baja, para mi uso y disfrute, salvo cuando se trata de jadear y ulular, momentos en los que levanta la voz, a beneficio del público. Podría tener un orgasmo con solo oírlo respirar.

Su voz me perfora la piel:

—Carlotta, muñequita, si quieres que la cosa resulte creíble, tienes que respirar, ¿sabes?

—Pero ¿cómo?

Ríe y su risa debe de sonar como un aullido en las orejas de los espías. Me guiña un ojo, me hace cosquillas en el costado, a sabiendas de que no lo soporto, y de ese modo grito, una mezcla de risa y gemido de quien intenta defenderse. Comienza una batalla en el lecho, a golpes de cosquillas recíprocos, y acabamos rodando, tocándonos, pero sin pasión. Nos damos con los cojines, mientras la cama parece sacudida por un terremoto.

Decido entrar en el juego y yo también suelto algunos lamentos, sintiéndome como una dobladora durante la secuencia más *hard* de una película para adultos. Montamos un escándalo infernal y, en medio de todo este temblor de colchón y somier, en el colmo del bochorno, despendolada y sorprendida, estoy fingiendo un encuentro amoroso que, para mí, por mi inclinación a la soledad, es paradójicamente muy real.

En todo caso estoy contenta. Contenta de este teatro, de este juego, de este placer y también de este dolor.

Finalmente, Luca se tiende junto a mí.

—Has estado fantástica, pequeña —me felicita, en voz todavía alta—. Mejor que aquella vez en el lavabo del avión, cuando se despresurizó la cabina.

Está guapo, desastrado, parece verdaderamente alguien que ha hecho el amor. Alarga una mano y me acaricia la muñeca con el pulgar. No voy a poder soportar tanto, el amor que me macera y me fragmenta no está en condiciones de aguantar otro recital. Así que lo alejo con un gesto que parece

contrariado, pero solo es tembloroso.

—Carlotta —me dice, tirándome de un rizo y soplando por debajo—, ¿algo no va bien?

Me vuelvo, me limpio la boca y le saco la lengua. Sonríe, como siempre, y me toca la punta de la nariz, pero tiene algo raro en la mirada, algo de ido, me mira como si una sensación de alarma le hiciera fruncir el cejo. Espero que no entienda que mi desaire deriva de la trepidación y el deseo, de otro modo pensaría mal de mí y se alejaría, en nombre de ese peligro del que ya me ha hablado una vez. Nosotros solo somos amigos, nada de sexo, a no ser que sea para hacer vacilar los cimientos de la casa de mamá. Y en todo caso solo de mentira.

Cierra los ojos, su mano de nuevo se cierra sobre mi muñeca. El fuego parlotea en la chimenea, gimiendo y chasqueando, y es la única luz que hay en la habitación, mientras la nieve cae, va y viene, vuela, salta, nos espía desde detrás del cristal. Aquí estoy, de vuelta de un imaginario sexual, y Luca respira con calma.

Se desliza rápidamente en el sueño y entonces puedo mirarlo sin esconderme. Ojalá tuviera mi cuaderno de dibujo y un carboncillo, para inmortalizar su verdadera belleza, su alma recogida en estas líneas relajadas, en estas cejas, en esta boca.

Mi chico, quizá sería mejor que salieras de mi vida, porque lo que es para ti una broma, para mí es la historia.

## 8



**T**ony ha llamado por teléfono no sé cuántas veces. Escucho sus palabras en el contestador automático y me pregunto si estoy dispuesta a tolerar las pinceladas de su lengua una vez más.

—¿Qué coño quiere ese pintor de brocha gorda? —Me pregunta Luca, mientras escucho el último mensaje.

Su mirada expresa un desprecio absoluto. No me extraña: en los últimos tiempos he asistido a un aumento de su mala leche. A menudo está nervioso y malhumorado y no deja de tirar dardos envenenados cada vez que hablo de Tony.

—No es pintor de brocha gorda, es artista. Está a punto de exponer sus cuadros en una galería y solo le falta una obra. Quiere hacerme un retrato, inmortalizar mi cara.

Luca suelta una carcajada sardónica.

—Lo que quiere inmortalizar es tu vagina —me espeta, dejándome con la boca abierta.

—Pero ¿qué...?

—Está claro que quiere follarte.

—¡No hace falta ser tan explícito! —exclamo—. ¡Además, ocúpate de tus asuntos! ¿Qué quieres? A lo mejor me gusta. Tony es un chico interesante.

—Y tú eres una pequeña idiota.

—¿Eh? ¿Cómo dices?

—Nada, solo que eres una idiota. Últimamente no haces más que hablar de este pintor y del otro, del rubito alemán con el que trabajas. Tíratelos de una vez por todas y acaba ya con esto.

—Probablemente lo haré. No necesito tus consejos —replico viperina.

Finalmente me decido: llamo a Tony, casi un mes después del espeluznante episodio del vómito. Quedamos para tomar un café en un bar cercano al teatro.

Llego tarde, sudada y jadeante, después de haber librado una batalla épica con un vendedor de juguetes *vintage* que quería una suma desorbitante por una Barbie Astronauta de 1965, con un aire a lo Raffaella Carrà, muy mona y con el casco bajo el brazo.

Tony ya está allí y me espera. Charlamos frente a dos cafés y me habla de su inminente exposición. Me pregunta también por mi trabajo.

—De momento me dedico a ir en busca de estas —le digo, mostrándole la graciosa viajera de las estrellas, con un orgullo casi materno.

—Supongo que a las niñas les gustan —replica, señalando la Barbie con una mirada de disgusto—. Pero si yo fuera padre, no se las compraría a mi hija.

—Oh... ¿y eso por qué?

—Porque dan una imagen equivocada de la mujer, la humillan. Alta, bellísima, como una diosa. Pero las mujeres verdaderas no son así, las mujeres verdaderas son como tú.

—Es decir, ¿con las tetas pequeñas como bolas de arroz? —pregunto, tomándome el último sorbo de café con una expresión no muy diferente de la que tendría un lince al que le han pisado la cola.

Creo que se da cuenta de su error, porque levanta las manos en señal de «me rindo» y niega con la cabeza.

—No quería decir esto. Yo te considero espléndida, ¿sabes?

Supongo que debo pagar peaje por el vómito, por lo que acepto su excusa. Pero inmediatamente me doy cuenta de que no me importa el insulto implícito dirigido hacia mí, sino el insulto explícito dirigido hacia las Barbies. Me recuerda la intransigencia de Lara. Solo que ella no la tenía con las Barbies sino con el memo de Ken.

—Creo que estas muñecas no son diferentes de los cuentos de hadas y princesas que se llevan leyendo durante generaciones. Ellas eran todas las más bellas del reino, ¿no?

—Sí, puede que tengas razón, pero yo no aprecio esta plastificación física que se convierte también en emocional. Por ejemplo, mis cuadros son retratos interiores. Me gustaría pintar también tu belleza, que no es solo interior, entiéndeme. Tú eres bella hasta la punta de tus magníficos cabellos.

Digamos que se ha salvado en el córner: mi pelo es siempre mi punto débil. Si se le hace un cumplido a esta enloquecida pelambreira, Carlotta se derrite como un helado fuera del congelador. ¿Qué mal puede haber en concederle el extraordinario privilegio de que retrate mis facciones? Así pues, acepto posar para él. ¡Al fin y al cabo, no tengo que pedirle permiso a nadie!

Algunas noches más tarde, mientras me preparo para dirigirme al estudio de Tony, Luca pasa por mi lado, fumando un cigarrillo, y luego me echa el humo en la cara y me hace toser. Tiene los ojos verdísimos, fríos como esmeraldas.

—¿Tomas la píldora? —Me pregunta de repente.

—¿Cómo?

—¿Piensas usar algún método anticonceptivo?

—¡Eso será asunto mío! Tienes la delicadeza de una apisonadora.

—Toma —me dice, deslizándome algo en el bolso.

Un preservativo.

Lo miro como si fuera una mano cortada y sanguinolenta.

—¿Sabes cómo se usa o debo explicártelo yo? Puede que ese idiota no sea muy hábil.

—¡Luca! —grito, roja de rabia y disgusto—. ¡Sé perfectamente cómo se usa y, en cualquier caso, haz el favor de parar ya! Cuando te empecinas, puedes llegar a ser realmente antipático.

—Yo no sé nada sobre ese tío, solo quiero salvarte el pellejo y evitar que te quedes embarazada.

No tengo ninguna intención de irme a la cama con Tony, pero exclamo con decisión:

—¡Ya he tomado precauciones al respecto, te repito que no necesito tus consejos!

Salgo de casa sin mirarlo, conteniendo el feroz impulso de liarme a patadas con él.

El estudio está en el Testaccio. Tony me hace entrar y veo que tiene aspecto de pintor. Lleva unos vaqueros desteñidos y un jersey dado, tan manchado de pintura que parece un cuadro en sí mismo, va sin gafas y despeinado.

Miro alrededor y observo el lugar donde me encuentro. Es un *loft* en el último piso de un edificio antiguo, con paredes de ladrillo visto, ventanas sin cortinas y decenas de lienzos apilados por todas partes, cubiertos de sábanas manchadas de rojo que parecen sudarios ensangrentados. Y también, ay, ay, ay, veo una cama enorme justo en medio de la habitación.

No debo ser suspicaz y maliciosa, seguro que solo tiene intención de ser hospitalario, y si quiere tener una cama en medio de su taller es cosa suya. Y si por casualidad la cama es la única superficie en la que me puedo sentar mientras me retrata, no debo deducir que existe algún intento lujurioso.

No quiere que mire sus cuadros y me pide que le ofrezca mi hermosa cara para así garabatear algunos bocetos.

El «garabateo de bocetos» se alarga durante dos horas y ya se ha hecho totalmente de noche cuando consiente en liberarme de la inmovilidad. Noto el cuello agarrotado como un pistón sin aceite. Sin embargo, en ningún momento ha pretendido que me desnude, se ha limitado a dar vueltas alrededor de mi cara, a modificarme la postura con toques gentiles y a llenarme de cumplidos.

—Eh —se da cuenta en cierto momento—, me he portado fatal, te he hecho estar demasiado rato quieta, ¿verdad?

—El arte comporta sacrificio, ¿no? Al menos no me has arreglado la nariz a ladrillazos.

—Ven, voy a hacerme perdonar... —Se acerca como un lobo, me pone las manos en la espalda, con la rodilla sobre la cama, y comienza a masajearme el cuello.

Es un alivio. También es artístico en esto. Mueve las manos con maestría, puede que algo manchadas de pintura, sobre mi espalda, la nuca, el pelo, y habla, habla... sin duda, habla demasiado.

Debo admitir que Tony tiene muchos méritos, pero ¡no el de saber quedarse callado de vez en cuando!

Una vez finalizado el beneficioso tránsito de sus yemas sobre mí, me pregunta si tengo hambre. Espero que la cuestión se refiera a comida y no tenga algún doble sentido eróticogastronómico misterioso, porque en ese caso mi respuesta afirmativa resultaría precipitada. Por suerte se refería al hambre hambre. Pide comida china por teléfono y media hora después un chico de cara pálida llena la habitación de cajitas de plástico y palillos.

Comemos sentados en la cama y Tony sigue hablando, me ofrece de su comida, manejando los palillos con pericia oriental; goteantes montoncitos de fideos se deslizan por sus labios como pequeñas serpientes, empanadillas al vapor deglutidas con placer casi carnal y, cuando me pregunta si quiero la galleta, tengo un leve sobresalto.

No sé qué decir, ¡soy una depravada! Mi naturaleza perversa tiende a tergiversar hasta una inocente alusión a una galletita de la fortuna. Abro la mía y leo un mensaje que me aconseja que debo estar atenta a la lluvia, porque moja. La hojita de Tony, en cambio, lo anima a comer si tiene hambre. Vista desde la óptica maníacoobsesiva con la que lo estoy interpretando todo desde que he puesto el pie aquí dentro, los dos papelitos son una clara alusión sexual.

Pero prefiero creer que la lluvia es lluvia y el hambre es hambre. Terminada la cena, Tony tira las cajas y sacude la cama. Se sienta cerca de mí y persevera aún más con su extenuante verborrea, hablándome de su exposición y del puesto de honor que reservará para el cuadro con mi retrato.

Luego, de repente, llega la primera señal de alarma: se calla.

El silencio anuncia algún desenlace inesperado. No me equivoco. Sonríe diciéndome una vez más lo bella que soy (me lo ha dicho tantas veces que ya me siento como si fuera la encarnación de Venus), me pone una mano en la mejilla y me besa. Es un hombre valiente, un audaz pintor sin miedo, que vuelve a intentar navegar por un mar del que una vez ya fue ignominiosamente despedido.

De nuevo su lengua me barniza el paladar, una lengua que sabe a empanadillas al vapor y arroz cantonés, y es tan frenético y salivoso que otra vez tengo el impulso de ofrecerle el contenido de mi estómago. Pero esta vez consigo contenerme, me violento y reprimo un conato de vómito al fondo de la garganta.

Intento contrarrestar las ligeras náuseas pensando en sugerentes helados de fruta, chocolate caliente y caramelos, pero sobre todo, pensando en Luca.

No es que me ayude a relajar la tensión, simplemente me ayuda a fingir un leve arrebató, a responder a sus embestidas con alguna finta rápida, a mover yo también la lengua como si todo el placer del universo estuviera concentrado en este húmedo ir y venir. Al mismo tiempo, Tony intenta deslizar los dedos entre mi jersey y la piel. Pero mi mano es más rápida, lo detengo y murmuro algo entre dientes, y él vuelve al ataque. Después de tres tentativas fallidas, se resigna y emprende otra estrategia, me coge la muñeca y me planta la palma en la hinchazón que tiene bajo los pantalones.

¡Caray, al parecer tenía una semiautomática del calibre veintidós escondida en los vaqueros! ¡Caray, la semiautomática ya no está escondida en los vaqueros! ¿Cuándo se la ha sacado? ¿Tiene una cremallera que se desliza hacia abajo con control mental? El hecho es que ahora estoy palpando su miembro, mientras Tony me murmura algo que no comprendo. Hacía meses que no tocaba a ningún hombre en esta zona y de repente descubro que no quiero seguir haciéndolo.

Tengo la necesidad imperiosa de marcharme. Me siento sucia, me siento sola. Con toda la saliva que estoy tragando, debería hacer gárgaras con sosa cáustica. Rechazo a Tony con más determinación, pero él finge no entenderlo o interpreta mi rechazo como una broma provocativa.

Pero ante mi resistencia, me mira a la cara y supongo que ve algo obvio. No sé, ¿una mezcla de ira y repulsión?

—¿No te gusta? —Me pregunta con voz ronca.

«¿Tú qué crees? Me estoy escurriendo como una anguila desde hace diez minutos, estoy jugando al escondite con tu mano, alejándola de mi cuerpo con un vaivén que casi parece un baile, tú te acercas, yo te alejo, tú te acercas, yo te alejo... no respondo a tus besos, he tolerado el primero por educación y para rehabilitarme después del numerito de la otra vez... mi lengua está

paralizada, mi cuerpo está paralizado, ¿no ves que tienes debajo a una muerta? ¿Qué eres, un necrófilo? ¡Apártate ya!».

No digo esto, obviamente. Solo digo:

—Tony, es un poco demasiado pronto, no te conozco tanto como para...

«Aunque te conociera desde hace tres generaciones y nuestras bisabuelas hubieran preparado gachas juntas, no te querría. Pero es necesario que te diga que soy una mujer de principios arcaicos y que, tal vez, dentro de un siglo y medio, te conceda la esperanza de tocarme un pezón».

—De acuerdo... —susurra, claramente desilusionado, con un gemido—. Carlotta, estoy más cachondo que un bisonte.

No digo nada, no sé mucho acerca de bisontes, pero sí sé a ciencia cierta que tiene la lengua de un oso hormiguero. Se cierra la cremallera, después de guardar con profundo pesar su soldadito en la garita, y nos levantamos de la cama.

Me doy cuenta de que tiene cierta prisa por librarse de mi presencia, pero me temo que no es porque no quiera volver a verme, ya que me repite que debo llamarlo, que tenemos que salir juntos, conocernos mejor: creo más bien que quiere quedarse solo para meneársela. Y como yo soy buena y no tengo la intención de privar a un buen hombre de unos pocos minutos de placer, desaparezco sin protestar.

En el autobús, hago un gesto incívico lanzando el preservativo por la ventana. No sé por qué, lo hago y basta. Solo quiero llegar a casa, meterme en la ducha y, antes que nada, cepillarme los dientes.

Subo la escalera y estoy contenta de volver, feliz de no estar ya en compañía de Tony y de sus manos desbordantes.

Pero la providencia no es clemente. Entro en casa y, aunque el horario es un poco insólito, los gemidos que me maltratan los oídos de hecho me resultan bastante familiares. Pasa muy poco de la medianoche y Luca ya está en su cuarto con una tipa. Su puerta está entreabierta, con lo que los sonidos me llegan amplificadas, gigantescos: vocales, sílabas y hasta palabras.

¡Yo conozco esta voz!

De pronto tengo frío, como si por la ventana hubiese entrado una ráfaga

de nieve. Sé que algo no va bien, sé que sufriré, sé que debería irme a mi cuarto y fingir que no pasa nada, quedarme simplemente con la duda, pero no lo resisto. Me acerco a la puerta, por cuya rendija se filtra un halo de luz. La lámpara de la mesilla proyecta una tenue claridad, pero la escena es demasiado obvia. Ahí está Luca, tumbado, obviamente desnudo, obviamente desenfrenado, sus embestidas de cadera son dignas de una odalisca. Sobre él, una amazona monta a pelo y formula peticiones lujuriosas con una perfecta dicción: es Erika.

Sus cabellos ondean sobre su columna vertebral, que se retuerce como si fuera una serpiente. Me quedo inmóvil, en medio de la espiral, en medio de esta maldita visión, con los puños cerrados y la mandíbula tan apretada que puede que haga falta un gato hidráulico para abrirmela. Y un instante de dolor recorre mi cuerpo como un calambre que me entra por un pie y se propaga hasta mi oreja.

Luca abre los ojos, por casualidad, por coincidencia, porque yo no he hecho ningún ruido, y me ve. Tiene una expresión extraña, primero de sorpresa y luego de repente pérfida, no parece él mismo. Aumenta el ritmo mientras lo miro y baja los párpados.

Me voy, mejor dicho, huyo.

Fuera llueve, una lluvia sucia, negra, que parece fango. Las calles son islas cruzadas por pocos peatones, y yo camino veloz, no sé bien hacia dónde, me pierdo bajo el agua que cae, me tambaleo con los remolinos que me arrastran. Paso mucho tiempo fuera, sin darme cuenta del rato que pasa. Me siento herida, no, me siento moribunda. A cada paso que doy es como si envejeciera un siglo.

Lo único que consigo pensar, lo único en medio del tumulto de mi corazón, que palpita peligrosamente, es «¿Por qué?».

¿Por qué lo has hecho, Erika?

¿Por qué lo has hecho, Luca?

¿Por unos pocos minutos de movimiento pélvico que al poco os hará sentir os extraños a ambos? ¿Tener la misma sangre no cuenta? A pesar de nuestro presente, yo no he podido olvidar nunca a las dos niñas que jugaban juntas y soñaban con un futuro de princesas, astronautas, bailarinas y hadas de pelo azul. Si ha ocurrido algo (y en ese caso, ¿qué ha ocurrido?), que nos

ha dejado en lados opuestos de un río siempre desbordado, ¿por qué llevar la cosa tan lejos como para querer ahogarnos la una a la otra? ¿No es suficiente con mirarnos con recelo desde lejos?

Y Luca... creía que se preocupaba por mí, creía que era mi amigo, pero la verdad es que tan solo lo domina su «socio bastardo».

Imagino también el triunfo de mamá, la conmiseración hipócrita de mis tías, y mientras me lo imagino, camino, parezco una psicópata que persiguiera a un fantasma en una noche de tormenta.

Y me muero, me muero, me muero.

Pero no me muero. Me limito a recorrer kilómetros.

Cuando tengo fuerzas para volver a casa, falta poco para el alba. Estoy cansada y empapada. Cruzo el umbral y ahí está Luca, en la cocina, fumando un cigarrillo apestoso, bebiéndose una taza de café, con la expresión trastornada de quien ha pasado la noche sin dormir. Espero al menos que Erika haya tenido la decencia de marcharse.

Entro y ni lo miro ni lo saludo, voy a mi cuarto y me siento en la cama, goteando sobre la colcha. Aún no me ha dado tiempo a bajarme la cremallera de las botas cuando Luca irrumpe.

—¿Se puede saber qué te pasa? —Me pregunta, intentando provocarme, plenamente consciente de lo que ha desencadenado mi reacción.

—Nada, solo quiero que salgas de esta habitación. —Hablo despacio, he desfogado mi rabia caminando y ahora solo me queda la desilusión. El dolor.

—¡Pues no pienso irme! ¡Maldita sea, Carlotta, te comportas como una demente! Has entrado en mi habitación. ¿Qué haces? ¿Me espías? No te habrás metido en la cabeza alguna tontería del tipo «Me debes una explicación», ¿verdad? No juegues a ese jueguito conmigo, no lo hagas. Sabes que odio sentirme controlado.

—¡Yo no tengo ninguna intención de controlarte! —le grito, exasperada por sus palabras—. ¿Quién te ha dicho nunca nada? ¡Me vuelves sorda todas las noches con tus berridos de macho cabrío, siempre hay desconocidas meando en mi retrete, rebuscando en mi nevera, robándome mis cosas y jamás te he dicho nada de nada! Pero por favor, explícamelo... con todas las mujeres que hay en el mundo, ¿por qué has tenido que acostarte con mi hermana? ¿Te era necesario exhibirte en *La cabalgada de las valquirias* con

Erika?

—Para tu información, ¡ha sido ella la que ha venido aquí a quitarme los pantalones!

—¡Pobrecito! ¡No me digas que te ha violado! ¿Acaso eres un animal que cuando llega la época de celo tiene que seguir por fuerza el instinto de su polla?

Soy vulgar, soy cargante, soy una ametralladora de palabras y emociones. Y él no se queda atrás, da vueltas por la habitación como un huracán, todavía sin camisa, fumando con ferocidad, casi como si el cigarrillo fuera una presa a la cual desmembrar.

—¿Y tú? ¿Te crees mejor? ¿De qué te sirve esa santidad hipócrita que llevas dentro? La señorita estrecha que no folla si no se demuestra algo, la señorita «Todas las demás son putas menos yo, yo soy una casta Susana que espero al principito que me la meta con nobleza», ¡y luego te basta un cumplido de mierda para irte con un tipo del que no sabes nada y que te hace vomitar cuando te besa!

Me desconcierta su dureza, el modo en que me mira, las palabras con que me perfora. Pero no me pienso dar por vencida.

—No es lo mismo, ¡yo estoy hablando de mi hermana! ¡No te digo que te hagas un nudo en la polla, solo que no se la metas a Erika! Según tus teorías invencibles, no te acuestas con gente que conoces para evitar complicaciones, ¿y ahora te acuestas con mi hermana como si tal cosa? ¿No te das cuenta del riesgo de complicaciones que acarrea esto?

»¡Toda mi familia cree que estamos juntos! ¿O es que ya te habías olvidado? ¡Y ahora pensarán que mi prometido tiene que ir por ahí buscándose rollos, porque no es feliz conmigo, porque yo soy la pobre Carlotta, la perdedora, la que lo hizo por primera vez a los veinte años y solo para librarse de la pesadilla de la virginidad, esa que no sabe conservar a ningún hombre y que morirá sin hijos porque solo un idiota Neanderthal se emparejaría con ella para procrear! ¡La que no tiene más remedio que elegir entre un Catello sobón y un Tony Boni baboso! ¿Entiendes lo que digo?

Me echa una mirada intensa, fija, con un nudo de arrugas entre las cejas. Se muerde el labio inferior y luego dispara una pregunta idiota que me exaspera.

—¿Te has acostado con Tony?

—¿Sabes, Luca?, creo que tienes razón. Es inútil que me presente como una santurróna, porque la verdad es que me gusta el sexo, y mucho. Si me apetece, me tiro a un hombre. ¿Acaso no se trata de tu viejo consejo? Me has repetido un millón de veces que salga con alguien, ¿no es así? Pues creo que ya ha llegado el momento de actuar.

—¿Eso significa que sí?

—¿El qué?

—No me has respondido, ¿significa que sí?

—¿Es que acaso estás celoso? —lo provoco.

—¡Carlotta! —Alarga los brazos, parece decepcionado e incluso asqueado por mi pregunta—. ¿Eso es lo que piensas? Quítate esa conjetura idiota de la cabeza porque no es verdad. ¡Celoso! ¿Yo? ¿De ti? Si no estuviera tan rabioso, me echaría a reír... Incluso te he dado un condón antes de irte, ¿no te acuerdas? Perdóname por preocuparme, esto quiere decir que a partir de ahora me dedicaré a mis cosas. Pero tú también intenta no meterte.

Sale de la habitación, llevándose consigo el olor a cigarrillo y también ese aire colérico. Es como si de repente sobre la casa entera hubiera una montaña. Lo oigo cerrar la puerta de su habitación y tirarse sobre la cama. No me sorprendería que decidiera marcharse y a mí tampoco me sorprendería pedirle que lo hiciera.

De momento, sin embargo, apoyo la cabeza en la almohada y me esfuerzo en dar caza al sueño. Aunque me he puesto el pijama, tengo frío y me refugio bajo las mantas. Y así, enterrada, lloro sin que nadie, ni siquiera yo misma, tenga la posibilidad de espiar. Una parte de mi alma, quizá la mejor, desaparece junto con las lágrimas.



—Dulce gatito, parece una bola de piel. El bonito gatito, bien, bien, bien...

Esta cancioncilla no me la canta Sheldon Cooper o su madre, sino Emma. No sé cómo la habrá aprendido, pero la entona con facilidad y convicción, como si fuera un hechizo que puede curar las heridas invisibles.

La mañana siguiente a esa pésima noche, salgo de casa, tomo un taxi y me voy a casa de Lara.

Necesito esta inocencia de Emma que me acaricia y canta, aunque no sabe por qué estoy mal. Necesito esta paz silenciosa.

Paz por decir algo, por supuesto. En cuanto Emma se va a la guardería, Lara y Giovanna, esta puntualmente informada, forman un consejo de guerra. Alrededor del sofá en el que estoy acurrucada, tejen planes de venganza.

—Lo de Luca es imperdonable, pero tu hermana es una puta redomada —gruñe Giovanna. Tan alta como es y con tacones de no sé cuántos centímetros, pero seguro que no son pocos, llega casi al techo e infunde algo de miedo.

—Tu hermana es una arpía de tomo y lomo, pero Luca es el cerdo de costumbre, que razona solamente con la picha —gruñe Lara.

No es alta, pero con sus ochenta kilos y pico y la rabia acumulada con la que se enfrenta a todos los hombres del planeta, ella también parece una

giganta.

—Pero ¿qué explicación tiene toda esta gilipollez? —pregunta Giovanna—. Quiero decir que puede ser que tu hermana y tú no os queráis, el hecho de ser parientes no significa que haya que quererse por necesidad, pero un comportamiento de este estilo es verdaderamente exagerado. ¿Estás segura de no haberle hecho nada?

—La obligaría ese hombre de mierda —argumenta Lara—. Ya son gilipollas redomados cuando parecen enanos centrifugados, pero si tienen un aspecto medio decente piensan que pueden hacer todo lo que quieran.

—A mí no me pareció obligada —murmuro, mientras recuerdo el movimiento de la espalda de Erika—. Y Luca no es un violador... No tengo ni idea, chicas. Me he preguntado muchas veces qué es lo que he hecho a Erika, pero todavía no he encontrado una respuesta. De pequeñas éramos uña y carne. Luego ella creció, y se volvió guapísima, y mamá comenzó a enseñarle todo lo que habría querido enseñarme a mí y no pudo por falta de argumentos: que el aspecto físico es fundamental y se puede utilizar para obtener lo que se desea. Le hizo una especie de lavado de cerebro.

»Frente a todo este esplendor, era inevitable que Carlotta, la graciosa, la rarita, la que habla con los gatos, la que tiene las uñas sucias de tizas de colores y mide poco más de dos manzanas apiladas, pudiera seguir siendo una guía digna de la niña. Después de eso, Erika entró en una escuela privada, donde comenzó a frecuentar a ciertas chicas odiosas, de esas que llevan hasta las tiritas de marca, y entonces se acabó de distanciar definitivamente de mí.

—¿Sabes lo que pienso de tu madre? Que tiene ideas terriblemente machistas. Para ella, una mujer solo tiene razón de existir si es la octava maravilla del mundo. A saber lo que le metería en la cabeza. Y, claro, también las compañeras de escuela la condicionarían con sus gilipolleces. Por eso yo a mi hija la llevo a la escuela pública, con hijos de inmigrantes como compañeros, y nada mínimamente caro hasta que pueda comprárselo con su propio dinero.

»Pero a Luca tienes que mandarlo a tomar viento —insiste Lara, que no admite rebajas de la condena cuando se trata de conflictos con hombres—. No puedes continuar haciéndote la sueca. Te estás volviendo loca. Además, si

no estuvieras enamorada de él, seguro que te parecería indecente que cada noche convierta tu casa en un burdel. Déjame leer el contrato de alquiler y te lo desmonto en dos segundos, así le puedes dar la patada en el culo.

Giovanna se muestra rápidamente de acuerdo con Lara.

—Ya hace tiempo que te lo digo. No tiene sentido, Carlotta. ¿Qué esperas, que se enamore de ti entre una puta y otra? Eso pasa solo en las películas. En la vida real continuará haciendo de califa hasta los cincuenta y después de eso solo dará pena.

—Luca no es así —me sorprendo diciendo.

—¿No es así cómo? —Lara tiene la expresión que tendría una leona a cuyos cachorros haya intentado embestir un bovino incauto.

—Él no es... malo —insisto, sabiendo que se trata de una opinión muy poco popular.

¿Cómo podría ser de otra manera? Llego aquí con el rímel corrido hasta las mejillas, el pelo hecho una pena y en los labios una petición de ayuda. No podía pretender que mis mejores amigas, que se han pedido el día libre en el trabajo para poder estar conmigo, se muestren comprensivas con quien ha producido tanto dolor. Sobre todo, en el aire flota una fastidiosa nube llena de «Te lo dije».

Y aun así, no consigo pensar mal de Luca. No en el fondo, no como ser humano. No puedo odiarlo y una parte de mí sabe que es un hombre mucho mejor de lo que demuestra este pésimo episodio.

—Os lo ruego —susurro con los ojos otra vez llenos de lágrimas—. ¿Podría estar aquí un poco, con vosotras, sin que me dierais consejos? Lo sé, me lo decís por mi propio bien, pero ¿podrías hacer como Emma durante un rato? Os juro que lo pensaré seriamente, pensaré en hacer algo con Luca, pero ¿os importa si ahora solo duermo, lloro y luego duermo un poco más?

Giovanna susurra:

—Pequeña mía, estás para el arrastre. —Se sienta junto a mí y me acaricia el pelo.

Lara se va a la cocina y me prepara una de sus famosas y benéficas tisanas que saben a papel higiénico. La tomo a sorbos lentos, no me gusta, pero me la ha preparado con amor y con el amor me basta.

Enseguida cierro los ojos, mecida por las notas repetitivas de la misma

cancioncita que antes me ha cantado Emma.

Al principio solo la entona Lara, pero pronto se le une Giovanna. A los pocos minutos, mis dos amigas gorjean tiernamente a coro:

—Dulce gatito, parece una bola de piel. El bonito gatito, duerme, gatito, bien, bien, bien...

Y me duermo.

Lo sé, debería hacer algo. Cualquier cosa con tal de desterrar a Luca de mi corazón. Invitarlo a quitarse de en medio, por ejemplo. Pero no puedo, no tengo suficiente coraje, o astucia, o estupidez. Prefiero la guerra fría al derramamiento de sangre.

Desde esa noche no nos hablamos. Nos vemos poquísimo y es mejor así. Cuando me levanto, él está fuera, corriendo, y cuando vuelvo él siempre está a punto de salir. Nos saludamos con frialdad, intercambiamos palabras sueltas, inconexas. Somos dos planetas distantes que comparten apartamento, dos líneas paralelas que se observan en la lejanía y esperan no tocarse.

La cercana primavera debería traer amor, pero a nosotros nos ha traído un principio de desapego. Lo que más me duele es que sé que tengo razón, pero a él no parece interesarle un detalle tan insignificante. No sé si ha vuelto a ver a Erika y no quiero saberlo.

Bueno, a decir verdad he tenido la tentación de llamarla, pero estoy demasiado molesta y ella lo percibiría. Mi desánimo triplicaría su triunfo. Mejor dejarlo correr. Sin embargo, me divierto imaginando las torturas medievales a las que la sometería si pudiese: aplastamiento de pulgares con una prensa, una picota bien ajustada al cuello y mezclas de vómito de buey bebidas con un embudo... Mientras imagino estas escenas de película de terror, me doy miedo.

Entretanto, mi tarea de utilera se ha revelado más compleja de lo que Franz me dijo. He investigado por internet y se han confirmado mis sospechas. La mayor parte de las piezas seleccionadas por Rocky son imposibles de encontrar, a menos que se tenga el mismo presupuesto que

Creso.

¿De dónde saco, por ejemplo, la Barbie Escarlata O'Hara, vestida con las cortinas de terciopelo del salón de Tara, la Barbie Familia Feliz, con una barriga de nueve meses, o la Barbie Parlanchina, que suelta frases de una importancia fundamental, entre las que está: «Te gusta alguien»?

«Sí, cariño, me gusta alguien, pero eso ya es otra historia», le contesto mentalmente.

Una tarde, mientras estoy saliendo del Teatro dei Cavalieri para dar una vuelta de exploración por algunas jugueterías, me llama Giovanna.

—Por favor, ¿puedo pasar a dejarte a Orso hasta esta noche? ¡Tengo un problema en el trabajo y debo volver a toda prisa al plató! Si sigue encerrado en casa, el pobrecito mío va a terminar aullando como un hombre lobo y comiéndose a bocados el sofá.

Accedo de buena gana. Orso y yo nos parecemos mucho. Estamos algo locos y llenos de pelo. No soportamos las correas y, al pasear, tendemos a avanzar a tirones. Él para perseguir a otros perros y olores invisibles, y yo porque en algún escaparate me parece ver unos vaqueros de color mandarina, un sombrero de lana con forma de cabeza de cocodrilo o unas Converse con lentejuelas. Ninguno de los dos obtiene lo que quiere (comprarlo todo o pelearse con un chihuahua antipático), pero la caza en sí ya es una diversión.

Con mi escolta peluda, me meto en una tienda antigua, con poca luz y muchas muñecas. No tiene un escaparate variopinto ni estanterías con cajas immaculadas desde las que miran encantadoras niñas de plástico. Parece una tienda de saldos más que otra cosa, llena de cajas amontonadas y de juguetes de antaño sobre repisas de madera oscura. El propietario vende juguetes antiguos o *vintage* y también los arregla. Cuando entro, una niña de cinco o seis años, junto con una mujer que probablemente sea su madre, le está entregando una muñeca con aire solemne.

—Cúrela —le dice al hombre que está tras el mostrador.

Él asiente y la coge: es una Dolly Belle Epoque, pequeña y regordeta, de ojos grandes, vestido de flores y bailarinas negras con borla. Tiene un brazo colgando y un corte evidente en una mejilla. Estoy casi tentada de preguntarle a la mujer qué ha pasado, como si estuviese en la sala de espera de un médico y le preguntase a mi vecina de silla cómo se ha hecho su hija daño en la

rodilla.

—Dentro de tres días estará lista para volver a casa —dice el hombre. Es pequeño, menudo, con el pelo blanco y un aire de duende bueno.

La niña se marcha calmada. Se siente mayor, se siente madre. Su pequeña se curará muy pronto.

Por desgracia, en cuanto le enseño al hombre la lista de piezas que necesito, niega con la cabeza tristemente.

—Lo siento. En este momento no tengo ninguna, son modelos rarísimos y cuestan un ojo de la cara. Por la primera Barbie pueden llegar a pedirle hasta siete mil euros. No son juguetes para niños, son tesoros para adultos.

—Lo sé, he buscado en internet, pero incluso ahí no se pueden encontrar o son carísimas. No sé qué hacer.

—No las encontrará en ninguna tienda, debe contactar con coleccionistas y hablar directamente con ellos.

—¿Conoce a alguno? —Lo miro con la misma expresión que la niña que le ha dejado la muñeca rota.

—Tienes suerte. Hace un tiempo vendí uno de esos modelos a unos coleccionistas. Sé que un par de ellos querían deshacerse de su colección. Me han propuesto volver a comprarla, pero es demasiado cara; ¿y si después no encuentro a quién vendérsela? Con la crisis que hay, es un riesgo tener cosas que no salen fácilmente durante quién sabe cuánto tiempo, no puedo permitírmelo. Tal vez puedas contactar tú con ellos y a ver si te mejoran el precio.

—Me temo que no pero no se pierde nada por intentarlo.

Me escribe los nombres y las direcciones en una hoja y se lo agradezco. Cuando estoy en la puerta, me doy la vuelta y le pregunto:

—¿Se curará? Me refiero a la muñeca de esa niña.

—Se curará —me responde y me sonrío como me sonreía mi padre cuando jugaba al tejo y conseguía hacer todo el recorrido a la pata coja.

Al salir de ahí, llevo a *Orso* al parque.

Nada más olisquear el olor de la tierra, tan bueno, tan diferente al del asfalto y la contaminación, *Orso* tira con más fuerza. Su cola enloquece de alegría. Ve otros perros en la lejanía y me arrastra hacia ellos. Durante varios minutos no hace más que olisquear el culo de los labradores, grandes daneses

y perros pastores, y ellos le pagan con la misma moneda. Siento tenerlo atado, porque no ve la hora de echar a correr, así que, después de hacerle jurar con la pata en el corazón que se va a portar bien, le suelto la correa.

*Orso* está feliz como solo puede estarlo un perro que sigue a otros perros en medio del césped verde esmeralda. El día es cálido, el cielo un mar agitado.

Lo observo y me conmuevo. Quisiera ser como él, una criatura simple y confiada a la que basta una carrera y oler bajo la cola para estar en paz con el universo. Me siento en el césped y lo veo disfrutar de la alegría de vivir.

»¡Corre, gigante peludo, corre!

»¡Ay, Dios, pero no corras tanto!«.

De repente lo pierdo de vista. El césped está rodeado de árboles y *Orso* desaparece más allá, siguiendo a una perrita mezclada preciosa.

Le dije a Giovanna que lo castrara para evitar que se entretuviera persiguiendo falditas y sufriendo. Siempre se ve como algo simpático cuando un perro va detrás de una hembra en celo. ¡Y un cuerno, simpático! Como mínimo se perderá, se peleará con otros machos arriesgándose a que lo muerdan y, si todo va bien, será padre de una docena de cachorros, que, si no son de pura raza, y a menudo incluso si lo son, nadie querrá.

Corro hacia los arbustos para buscarlo. Lo llamo a voces, con creciente desesperación al ver que no responde a la llamada. Me imagino escenas apocalípticas y alterno la rabia con el miedo.

Después de lo que me parecen horas, el culpable reaparece hecho un pincel. Es solo una manera de hablar, obviamente. Está lleno de barro, con una decena de espigas pegadas al pelo y en la boca la cola de una pobre lagartija que espero que haya podido escapar. Me dan ganas de gritarle, pero lo mismo interpreta mi reprimenda como un «Maldita sea, no debiste haber vuelto», así que lo acaricio a mi pesar. Le vuelvo a poner la correa y lo llevo junto a una fuente para intentar limpiarlo. Él se balancea alegremente, bien contento con su excursión.

Cerca, en una arboleda, hay una extensión con mesitas y sombrillas. El fresco es agradable; a lo lejos, un pequeño estanque brilla como papel de plata.

Entonces decido sentarme en el bar y pedir una bebida, tal vez una tila

doble, después del subidón de adrenalina. *Orso*, cansado por fin, se duerme debajo de la mesa.

Será que en este bar las ganas de trabajar escasean, será que mi belleza resplandeciente no atrae, pero el hecho es que un camarero, un tipo desgarbado que parece que venga del funeral de su abuela, pasa por mi lado y me ignora. Desgarbado, jirafudo, un zote con zancos, camina con su bandeja en la mano, una señal de que le está sirviendo a alguien tapado por las plantas, pero actúa como si yo no estuviera ahí, de modo que mi gesto de levantar la mano me hace parecer una estudiante empollona que conoce las respuestas de todas las preguntas del profesor. Poco a poco, la clientela aumenta y el joven larguirucho aprovecha para ignorarme con más insolencia si cabe.

Esto significa que voy a pasar al contraataque. No voy a pedir nada, pero este poste de telégrafos vestido de luto no puede permitirse tratarme como a un arbusto. Así pues, mientras pasa con dos pastelitos en la bandeja, alargo un poco un pie y lo hago tropezar. El tipo caracolea durante unos segundos, y los pasteles tiemblan, van de un lado a otro de la bandeja de falsa plata, rebotan, él intenta un equilibrio imposible, suelta algunas maldiciones y por último se cae, con una salpicadura de crema en la oreja.

*Orso* levanta un párpado con mirada reprobatoria, como queriendo decir: «No hagáis ruido, ¿no veis que estoy descansando?».

Yo me aguanto la risa, mientras el camarero me mira irritado.

—¡Lo ha hecho a propósito! —me acusa.

—Pero ¿qué dice? —replico ofendida—. Después de todo, yo no estoy aquí, ¿no? Está hablando con un trozo del paisaje.

Se levanta y murmura, no me ha entendido, y si lo ha hecho, finge que no. Se acerca a alguien sentado a un par de arbustos de mí y le dice que debe volver a buscar el pedido, porque una tipa loca y desagradable le ha puesto la zancadilla. Me levanto, decidida a contestar, pero me vuelvo a sentar enseguida, incrédula y cada vez más sudada: he oído la voz de Luca. Habla con el camarero y no está solo.

Protegida por los árboles, me muevo en dirección a su voz, que reconocería incluso en medio de un concierto de U2, después de haberla oído modular cualquier tipo de sonido, de la risa a carcajadas a los aullidos

orgásmicos, el grito rabioso y, en los últimos tiempos, silencios que parecen bofetadas. Atisbo desde detrás de la maleza y diviso una sombrilla que abre un agujero hexagonal en medio de la luz del sol.

Está con ella. No cabe duda de que se trata de la elegante joven del coche, que, vista de cerca, a pesar de hacerlo a través del obstáculo de un seto, es aún más guapa de lo que me había parecido antes, de una belleza sencilla, con maquillaje refinado y vestidos caros pero poco llamativos. Lleva el pelo corto, cortísimo, un peinado masculino que solo quien tenga una cara irresistible puede lucir sin parecer una bola de la bolera. Ella es guapa sin interpretaciones. Se hablan, los uno algo que me da miedo.

Desde donde estoy, esta serpiente viscosa sin sentido de los límites escucha trozos de la conversación. Él está tenso, suspira como un chiquillo, parece un adolescente enamorado que tartamudea. Hablan de algo que no entiendo, él dice a menudo «tu padre» con tono mordaz, como invitándola a no entrometerse, a dejar que, como de costumbre entre hombres, arreglen por su cuenta su horrible conflicto.

Me siento una mierda, y no solo porque me haya convertido en una improvisada agente secreta con una ramita que me atormenta la fosa nasal derecha y un pájaro escondido que se me caga en un hombro, sino porque tengo la certeza de que Luca va en serio. Quiere a esta mujer, siento que la ama.

Ella parece pertenecer a una clase que vive la riqueza como legítima tradición. Con lo que cuesta el reloj que lleva en la muñeca, yo podría pagar un anticipo para comprar mi casa y Luca habla del padre de ella con algo más que un poco de sarcasmo. No hay que excluir que el querido padre, percatándose de la fijación de su hija por un tipo como él (guapo, sensual, con un culo de mármol y un cerebro rápido como un avión a reacción, pero miembro del club de los muertos de hambre) haya decidido mantener al joven a distancia y amenace con encerrar bajo llave a la moza. Por eso se encuentran siempre de manera tan reservada.

Luca alterna instantes de nerviosismo con secuencias de rara, dilatada, peligrosísima dulzura. De repente, empiezan a hablar de su amor.

—¡Es una locura! —Le confiesa él, con los codos apoyados en las rodillas y el mentón en el dorso de las manos—. Maldita sea, Paola, me

siento tan trastornado como si me hubiera fumado un porro.

—Cariño mío —contesta ella—, me alegro. Incluso me divierte verte tan liado.

—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —La mira y le brillan los ojos, pero está perdido, un fantástico hombre perdido, un varón espectacular que ya no sabe por dónde tirar.

—No, amor mío, solo estoy aliviada. Saber que tú, el malvado, el inalcanzable Luca, el hombre que consume mujeres como si fueran granos de uva... verte tan inseguro y descubrir que...

—Eh, que no te he dicho que esté enamorado. Hay algo entre nosotros, algo insólito, fuerte, pero no sé si es oportuno ir más allá: solo digo que me siento raro y que tengo un agujero en el estómago. Podría ser un empacho o una alergia, así que frena tu entusiasmo y no te hagas ilusiones.

Ella adopta una expresión ceñuda; si yo estuviera en su lugar, le daría una patada. Hablarle de esta manera, mientras ella, joven millonaria infeliz, se enfrenta al tiránico padre para que lo acepte como yerno, me parece terriblemente cínico. Pero la cosa me concede una pequeña tregua, porque al fin y al cabo no es seguro del todo que la ame, podría tratarse de una tontería, podría ser el enésimo polvo de la historia mundial amenizado por una alucinación emocional.

Siguen hablando, pero me veo obligada a dejar de escuchar. Está acercándose alguien y no estaría bien que me vieran apostada como una mirona, por lo que me agacho y me escondo debajo de un matorral como un lagarto.

Creo que llevo un siglo en el suelo y, mientras tanto, Luca y la chica se alejan. Estoy meditando sobre si levantarme e irme yo también cuando oigo una voz que viene de arriba y no es Dios amonestándome por mi pecado de curiosidad, sino el camarero desgarbado, el tío de la cara de reprimido, que me observa como si fuera una cucaracha pegada a su coleta.

—¡Ya sabía yo que estaba usted como una regadera! —comenta trastornado—. ¡Una depravada de tres pares de cojones!

Huyo con unas zancadas de corredor de cien metros lisos y es verdad que parezco estar realmente como una regadera, tengo que darle la razón al joven camarero. Agarro la correa de Orso, que sigue durmiendo y se levanta

despacio, como un plantígrado aletargado, busco el camino, encaro el sendero y por fin dejo el bar a mis espaldas.

Cuando estamos bastante lejos, vuelvo a respirar y me echo a reír con una euforia un poco demente.

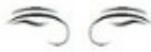
—Hacemos una buena pareja, ¿verdad, *Orso*?

Él demuestra su acuerdo haciendo pis contra un árbol y chupando la resina que chorrea a lo largo de la corteza.

Pero de repente me viene a la mente la cara de Luca, su voz turbada por sentimientos que no sabe interpretar, y la hermosa chica que estaba con él. Paola.

Imposible competir con alguien así. No se parecía a la enésima furcia de su colección. Parecía más bien una de esas que deshojan margaritas. Seguramente chapadas en oro, pero en todo caso, no una de las que se entregan por una sonrisa.

Parecía una chica destinada a ganar.



¿Le dirijo la palabra o continúo ignorándolo? Oigo cómo escribe en su PC a través de la puerta de su habitación. Sería mejor seguir con la guerra de silencio: no se merece mi confianza, no se merece ni siquiera la sombra del perdón. Sin embargo, vacilo. Extiendo la mano para coger el picaporte y luego la retiro. Otra vez la adelanto para cogerlo y de nuevo me detengo.

Estoy a punto de batirme en retirada cuando la puerta se abre de repente. Luca hace la misma mueca que yo, arrugando la frente.

«Maldición, ¿no podrías dar al menos un poco de asco? Me resultaría todo mucho más fácil».

Pero no da asco en absoluto. Lleva los mismos vaqueros cortados de cuando nos conocimos, una camiseta de algodón con cuello en V y va descalzo. Se pasa una mano por el pelo, mientras con la otra sostiene un cigarrillo del que sale un hilo de humo. Después de un momento de asombro, se lleva de vuelta el cigarrillo a la habitación.

—Creía que habías salido —murmura y tiene una mirada que no sé descifrar.

Podría llevar todo y nada escrito en esos ojos. No sé si es él que se ha hecho impenetrable o si yo ya no sé interpretarlo. Puede que ambas cosas.

—¿Puedo usar tu ordenador un momento? —le pido de repente—. Como sabes, mi portátil pasó a mejor vida hace ya un tiempo... Había pensado ir a

un cibercafé, pero ha empezado a llover.

Asiente con la cabeza y me invita a entrar. Por un momento percibo su imponente presencia, nuestros cuerpos se rozan en el umbral de la puerta. Tengo la sensación, una sensación que dura menos de un instante, de que su hombro me roza a propósito. Es obvio que estoy viendo doble.

La habitación de Luca es la habitación de un hombre. No hay nada superfluo en este cuadrado de paredes blancas: una cama, un armario y un escritorio. Nada más aparte de una pila de folios esparcidos por el suelo, una botella de Ceres vacía y una montaña de ceniza de cigarrillo en un vaso.

Pensándolo bien, desde hace varios días tampoco hay mujeres. Tras la escena erótica con Erika, no ha traído a más «huéspedes» a casa. Llega muy tarde por la noche, como siempre, pero solo. No ha echado una cana al aire durante un tiempo desproporcionadamente largo para sus hábitos y sus exigencias, a no ser que ahora se dedique al apareamiento mudo y sordo.

En otro momento me habría sentido más entusiasmada, sin embargo ahora, con el recuerdo de Paola y de la conversación robada tras los arbustos del parque, no me atrevo a darle una interpretación reconfortante a esta metamorfosis.

«No se trae a más mujeres alegres porque se está enamorando de ella y las otras ahora se le antojan invisibles», me digo.

Me trago un espasmo de dolor mientras me acerco al ordenador. En ese momento, Luca emite una especie de sonido ronco, se precipita al escritorio y toca el ratón, cerrando un fichero abierto que evidentemente no quería que leyera.

—No voy a curiosear en tu obra maestra, no temas —digo picada. Apenas me ha dado tiempo a darme cuenta de que se trataba de una carta. Un mensaje dirigido a alguien. Puede que a la Paola de dedos elegantes. Me imagino que no a Erika.

Aprieto los puños en la penumbra impregnada de tabaco y *after shave* con aroma a pomelo. Todavía siento la presencia de Luca en la espalda: no ha salido de la habitación. ¿Qué hace, me controla? ¿No se fía de mí?

«¡Hasta que se demuestre lo contrario, soy yo quien no debería fiarse de ti, jovenzuelo!».

—Puedes estar tranquilo —digo—, aunque me dejes sola, no voy a espiar

tus documentos.

—Lo sé muy bien —replica en tono áspero, pero no se mueve de ahí, está tan cerca que me llega su calor.

Apaga el cigarro en el mismo vaso rebosante de ceniza y abanica el resto de humo con una mano, como para evitar que me llegue a la nariz.

Intento ignorar su gesto de amabilidad y me meto en Google. Tengo que mirar dónde están las casas de los coleccionistas cuyo nombre me dio el vendedor de juguetes. Pero no es fácil hacer una cosa que no me sale de forma natural, con Luca vigilándome por encima del hombro como si fuera un ángel. O un diablo.

Durante varios minutos impera un silencio fastidiosamente artificial. Apunto números de teléfono, imprimo algunas imágenes y finjo navegar más, incluso cuando he terminado y tengo bien claro que para poder visitarlos a los dos tendré que dar una vuelta digna de Magallanes.

Entonces, su voz, tan imprevista que por un momento me resulta irreconocible, dice:

—No debí haberlo hecho.

Doy un respingo en la silla y me quedo con la boca abierta frente a mi imagen reflejada en el monitor. No digo nada, no me doy la vuelta, no pido explicaciones. Sé muy bien a qué se refiere.

—Con tu hermana, debí haberlo evitado —continúa en voz baja, como si no quisiera que alguien en otro cuarto pudiera oírlo, incluido su propio orgullo.

Me levanto y suspiro profundamente. Siento gratitud porque lo haya admitido, algo que, conociéndolo, equivale a una genuflexión sobre una alfombra de vidrios rotos, pero no me basta. No hace que se disipe mi dolor, no aplaca el recuerdo de sus cuerpos entrelazados, de su mirada cruel cuando me vio, de las palabras que me dijo después. No es un antídoto suficiente para neutralizar el veneno.

Me dirijo hacia la puerta todavía en silencio. Noto cómo sus ojos me siguen paso a paso. Un momento antes de que salga, me pregunta a quemarropa:

—¿Te acostaste con Tony?

Me detengo y le respondo con una frialdad fatigada:

—Continúa sin ser asunto tuyo.

Como imaginaba, he tenido que hacer un millón de transbordos en el metro y finalmente me he visto obligada a coger un taxi. Estoy nerviosísima cuando llego al destino. Estoy harta de la gente que decide irse a vivir a Marte, de Rocky y sus malditas reinterpretaciones de obras famosas, de Luca y su cara dura. ¿Qué se creía, que bastaba con admitir que cometió un error para que todo volviera a ser como antes?

El primero de los coleccionistas está muerto. Queda por descubrir cómo será el siguiente (y no presagia nada bueno).

«Debo concentrarme en el trabajo, caray. Hoy no puedo permitirme distracciones».

Observo la casa y un escalofrío de horror me recorre todo el cuerpo. Es bonita, cursi, azucarada. Diabética. Como todas las casas de este barrio. Parece que aquí vivan las princesas Disney, a juzgar por la limpieza de las calles y los colores pastel de las fachadas. Esta en particular está pintada de un color rosa asfixiante, con cortinas de encaje en las ventanas y el jardín poblado con inquietante profusión de gnomos de resina. Algunos cuelgan de las ramas de los árboles, otros se abrazan a los troncos, muchos parecen emerger directamente de la tierra, a través de falsas alcantarillas.

Aunque la intención sea embellecer y alegrar, me parecen pavorosos. Son como *gremlins* dispuestos a volverse malvados después de la medianoche, en cuanto se active el sistema de riego.

Por un momento, me vuelve a la mente un recuerdo de cuando era pequeña. Era el día de mi sexto cumpleaños, me acababa de despertar y mi madre pensó que sería buena idea emular *El Padrino* y dejarme sobre la almohada a la hermana gemela de Chucky. Abrí los ojos y allí estaba, su nariz respingona contra mi nariz de patata, mirándome fijamente con dos pupilas de vidrio turquesa y un rictus maléfico en la boca.

Recuerdo bien el grito que pegué, al tiempo que la estampaba contra el armario —haciéndole describir una trayectoria, tengo que decirlo, que habría merecido al menos una medalla de bronce olímpica en el lanzamiento de martillo—, así como el ruido sordo que hizo al caer. Incluso juraría que, al

aterrizar, el pelo se convirtió por un instante en una maraña de serpientes.

En este momento tengo que reprimir un grito parecido. Casi estoy tentada de abandonar. Después de todo, la llamada de ayer no fue en absoluto tranquilizadora.

Al primer timbrazo me respondió la voz aguda de una mujer aparentemente cordial. Tan pronto como le expliqué quién era y quién me había dado su nombre, se quedó sin habla, hasta el punto de que creí que se había cortado la línea. Inmediatamente después, me ofreció un largo y apasionado discurso en susurros, del que solo comprendí las frases «encontrar una novia» y «mover el culo de la silla», y luego empezó a gritar «¡Ah, sí, es la señorita del censo! ¡Puede venir mañana, que me encontrará en casa!».

La duda de si la propietaria de algunos de los objetos que necesito sea una esquizofrénica peligrosa es muy fuerte, pero no puedo permitirme salir corriendo o será Rocky el que se ponga peligroso, y terminaré perdiendo el trabajo.

Toco la campanilla y un pájaro trina durante medio minuto. Me tapo los oídos mientras se me hacen caries en los dientes. Atravieso la verja y, cuando llego a la puerta, en la que hay un llamador en forma de mano de niño pequeña y aterradora, aparece una mujer a juego con la casa y los gnomos. Menuda, morena, vestida de crema y fucsia, exhibiendo una sonrisa de anuncio de los años sesenta.

—¡Adelante, adelante, la esperaba! Viene por esas muñecas indecentes, ¿verdad?

Asiento vagamente y entro. Me hace sentarme en una sala de estar llena a rebosar de tapetes de ganchillo y porcelana de Limoges, e insiste en ofrecerme algo. Me veo obligada a aceptar un té que parece un purgante. Pero no me puedo permitir flaquear. Habla en voz alta de censos y encuestas, de vez en cuando sale de la habitación, observa con recelo una larga escalera con una barandilla recubierta con pasamanería de flecos, y luego regresa y me hace unos gestos frenéticos con las manos.

Estoy atónita y un parpadeo de inquietud comienza a abrirse camino en mi cara. Creo que es el momento de huir. No me gustaría que la dama se convirtiera de repente en Norman Bates. Miro las puertas entreabiertas y contemplo escabullirme por ahí. Seguro que esta tipa no colecciona Barbies,

solo gnomos, platos de porcelana y tapetes de encaje irlandés. Y, probablemente, también cabezas humanas conservadas en el congelador.

De repente, se me acerca y baja de nuevo la voz.

—Es para evitar que Michele se entere, ¿sabe?

—¿Quién es Michele?

—Mi hijo; si se entera de que quiero librarme de sus mujercitas armaría un escándalo.

La luz del entendimiento finalmente atraviesa la oscuridad en la que me muevo a tientas. La mujer no está loca... no clínicamente, al menos. Es solo una madre entrometida. Y un poco loca, vale, lo admito.

—Cuando empezó a hacer la colección, no le veía nada malo —sigue contándome, a veinte centímetros de distancia de mí—. A mí también me gustan las colecciones.

—Sí, me he dado cuenta.

—Pero luego empezó a exagerar. Una cosa es coleccionar tazas de té, sellos, monedas, duendes de jardín. Por cierto, ¿los ha visto?

—Sí. Deliciosos.

—¿Verdad? Pues como le decía, otra muy distinta es comprar continuamente muñecas semidesnudas. Así que he decidido deshacerme de ellas.

—¿Y su hijo está de acuerdo?

—No sabe que quiero deshacerme de ellas y no debe sospechar nada. Está siempre encerrado en su habitación, frente al ordenador, o durmiendo, o mirando revistillas llenas de mujeres con todas las cosas al aire —explica con expresión de sorpresa—. Tiene diecisiete años, me gustaría que saliera, que conociera a una chica de verdad. Como Rosanna, la hija de mi prima, que es una chica muy buena, pero Michele no quiere saber nada de ella.

Quisiera recordarle que de las uniones entre parientes pueden nacer criaturas con siete dedos en una mano, y que quizá sería mejor que le dejara a Michele sus trastos virtuales, pero su decisión me conviene. Le muestro las imágenes que he impreso.

—Sí, de estas me parece que tiene tres o cuatro. No son las más desvergonzadas, pero llevan la falda muy corta, ¿ve? Pero ¿usted para qué las quiere? —Me pregunta, con una mirada repentinamente atenta.

—Las usaré para una exposición que condena la decadencia de la sociedad contemporánea.

—Ah, bien, si es para eso, entonces cójalas. He temido que usted fuera también coleccionista. Venga conmigo.

—Pero antes dígame por favor cuánto cuestan.

—¿Costar? No, no las vendo. Se las voy a regalar.

—¿Me las regala?

La observo con una expresión a medio camino entre la alegría y la imbecilidad. Pero la felicidad me dura poco. No puedo quedármelas sin hacerle saber que son muy caras y que si las vendiese podría comprarse un quintal de tapetes de ganchillo. Me sentiría una ladrona y una aprovechada de mamis maduras y ansiosas, que buscan emparejar a sus hijos con sus primas hermanas.

Pero he infravalorado a la señora.

—Lo sé perfectamente; ¿quién cree que le ha dado el dinero a Michele para comprarlas? Lo tuve cuando yo ya era mayor y tras la muerte de su padre he intentado darle gusto en todo, pero no pensaba que se volvería tan vicioso. ¡Al fin y al cabo, no es normal que un chico colecciona muñecas Barbie!

»Al principio pensé venderlas, pero luego hice un voto: si las regalo y no gano nada, san Pancracio hará que se case con Rosanna y, dentro de un par de años tendré un hermoso nietecito de rizos dorados.

¿Qué puedo decir? Lo tiene todo pensado.

La mujer me invita a seguirla. Entramos en una habitación de la planta baja y, en cuanto lo hacemos, me siento como un claustrofóbico encerrado en un ascensor.

La estancia es la apoteosis del coleccionismo patológico. Está llena de figuras de porcelana, todas en la misma tonalidad melocotón, y, sobre todo, de flamencos. Cuadros de flamencos, cojines con flamencos, cortinas del color rosa de los flamencos, y también algún gnomo huido del parque zoológico que hay fuera.

La colección de Michele se distingue de las otras. No veo solamente Barbies, sino también figuras de series de anime japonés prohibidas para menores, que seguramente turban muchísimo a su madre.

En medio de esa babel de objetos, localizo rápidamente una Barbie Malibú, con un vestido amarillo cedro, una Barbie vestida de conejita Playboy, con las clásicas orejas en la cabeza, y una Barbie Drag Queen, con una sugerente minifalda de lentejuelas y unos rasgos faciales más duros de lo normal.

Estoy a punto de darle las gracias a la señora y salir de este museo de los horrores, reprimiendo la tentación de sugerirle un buen terapeuta, o bien aconsejarle que participe en la serie de televisión «Yo y mi obsesión», cuando una voz masculina me hace temblar.

—Mamá, ¿qué haces?

En la puerta está Michele, o al menos creo que se trata de él. Es un jovencito lleno de granos, despeinado, con aire de usar bastante el autoservicio sexual. No parece nada contento con lo que está ocurriendo a sus espaldas.

—¡Son mías! —exclama casi gritando.

La madre, a pesar de ser bajita, se yergue como una santa dispuesta al martirio para proteger aquello en lo que cree.

—Te equivocas, hijo mío, las has comprado con mi dinero. —Entonces se vuelve hacia mí y me dice con voz perentoria—: Váyase, que ya me encargo yo. —Su tono es el de un domador que se resigna a afrontar él solo la furia de un león.

De lo que sucede después, tengo un recuerdo confuso. Corro con mis zapatos de cuña, Michele me persigue gritando palabras que son tal vez insultos, en un idioma extranjero, y su madre intenta atraparlo.

La persecución dura unos pocos minutos a lo largo de la carreterita periférica que rodea las casas del barrio, sin que nadie se dé cuenta de lo que ocurre fuera de estas casitas alineadas como un Lego.

Yo corro y corro con las muñecas en la bolsa y el corazón en la garganta, corro con zancadas poderosas, incluso cuando nadie me persigue ya, porque la mujer ha conseguido agarrar al hijo por una pierna y lo ha tirado al suelo de la acera, con una llave que no tendría nada que envidiar al jiu-jitsu.

Corro sin aliento, completamente sudada, y río, río como hacía un siglo que no me reía, río en medio de una lluvia de estúpidas lágrimas. Río hasta que llego a la parada de taxis. Me río y jadeo, con una punzada lacerante en el

costado, mientras le doy instrucciones al taxista, que me mira receloso por el espejo retrovisor.

Qué extraña sensación. Me siento viva. Es como si la huida, la carrera y las carcajadas me hubieran lavado. Un poco del dolor de las últimas semanas se convierte en un flamenco rosa y alza el vuelo, ligero y ágil, sobre el techo del taxi hacia el cielo de este barrio alienígena.



Mamá vuelve a atormentarme con sus llamadas telefónicas, preguntándome qué quiero para mi cumpleaños. Cumpliré treinta años el primero de junio y, cuanto menos quiero pensar en ello, más se esfuerza ella en recordármelo.

—Ya sé que todavía queda mucho, pero para organizar una buena fiesta hace falta tiempo. Dime qué te gustaría: ¿joyas, zapatos, cremas para la cara? ¿O quizá una serie de sesiones en un centro de salud?

—Por favor, sé que tienes pensado regalarme un conjunto de vasitos de vodka o paños de cocina con los días de la semana estampados. No me hagas creer que me vas a comprar un colgante de Tiffany para luego gritar «¡Sorpresa!», mientras me das una esponja de baño. Y nada de fiestas sorpresa, te lo suplico. Estoy harta de fingir todos los años que no sé nada.

—Te preparo una tarta de coco, ¿te parece bien?

—No, no me parece bien, no me gusta el coco.

—¿Y desde cuándo no te gusta?

—Desde que nací. La tarta de coco es la preferida de Erika.

—Qué raro, me parece que te equivocas.

—¿Qué dices, crees que no sé las cosas que me gustan? En cualquier caso, no quiero tarta.

—¿Prefieres unas *cupcakes*?

—¡Que no quiero dulces ni quiero fiestas, joder!

—Cariño, has de intentar ser más refinada.

—¿Refinada? Pero ¿no eras tú la que quería que me convirtiera en una pelandusca profesional, porque el sexo ayuda a mantener el cuello liso?

Como siempre, en cuanto digo algo que no le conviene comprender, cambia de tema.

—Verás qué regalo tan bonito te hace Oreste.

—¿Oreste? ¿Y quién es ese? ¡No me traigas a otro Catello porque le pego fuego!

—Oreste es mi nuevo amigo.

Pronuncia la palabra «amigo» con una complacencia evidente. Como si no significase «amigo» en absoluto. Alucino. ¿Mamá tiene un nuevo compañero?

—Es un chico estupendo —continúa mientras suelta una carcajada insoportablemente gallinácea.

—¿Chico?

—Tiene veinte años menos que yo —exclama en un tono victorioso—. Y vende ropa interior de señora.

—¿Es vendedor de bragas?

—Vende lencería íntima, tiene una cadena de tiendas y me ha regalado un corsé que...

—¡No quiero saberlo! —grito, mientras me alejo instintivamente el auricular de la oreja—. ¡Y no quiero regalos de Oreste! No quiero regalos de nadie, ni fiestas, ni bombones, ni parientes que me someten a un tercer grado sobre cuánto gano y cuánto follo. Olvídate hasta de que he nacido.

—¿Cómo podría, tesoro? Por tu culpa tengo el vientre lleno de estrías. Cada vez que las miro, me acuerdo de ti.

Cuelgo el teléfono y lo tiro. Qué buenas noticias. Mi madre tiene un nuevo novio que podría ser su hijo, solo se acuerda de mí porque le llené el vientre de estrías y para mi cumpleaños me tendré que comer una maldita tarta de coco.

Cuando acepto la invitación de Tony para ir a la inauguración de su

muestra, no tengo ninguna intención de dar ni un paso adelante en nuestra amistad. De hecho, la terminaría ahora mismo, en caso de que él esperara que fuésemos por otro camino. La verdad es que le he soltado tres «No» acompañados de las excusas más fantasiosas antes de aceptar.

Aprovecharé su alegría por la exposición para hacerle saber de manera inequívoca que me deje en paz. Le diré, como es necesario en estos casos, que no estoy dispuesta a montármelo con él en lo que me queda de vida. Ni en la próxima.

Giovanna y su nuevo amor pasan a recogerme. Tommaso, su novio actual, no es un tipo celoso, de hecho, es una especie de proxeneta que la anima a hacer el ganso con toda la mitad masculina del planeta y, previo uso del bidé, prefiere las relaciones sexuales en grupo.

No sé si a Giovanna le cuadra la cosa, no hay que descartar que en un principio le puede parecer emocionante, pero dentro de quince días lo dejará por crueldad mental.

Mientras me preparo para salir, Luca me hace un saludo vago, acompañado de una de esas miradas recientes tuyas a las cuales todavía no me he acostumbrado. Desde aquel día en que se disculpó a su modo, las cosas entre nosotros han mejorado. Hemos conseguido hablar sin parecer incómodos y llenos de resentimiento.

Ya no lo odio, la rabia se ha hecho pequeña y domesticable. Pero no estoy como antes. Y él tampoco lo está. Ya no me pide consejo sobre sus absurdos personajes femeninos, por ejemplo. Y seguro que todavía se ve con la tal Paola. No descarto que estén quedando en casa de ella, porque por aquí no pasa ninguna fémina, ni desnuda ni vestida, ni teñida ni natural, ni calva ni melenuda. Dudo que Luca haya hecho voto de castidad, por lo que me parece obvio que se lo está montando en otro lado.

A veces tengo la sensación de que está a punto de decírmelo. No que folla fuera de casa, claro, sino que ha perdido la cabeza por una mujer. En algunos momentos me mira y entreaire los labios casi como si le faltase solo una sílaba para lanzarse a una confidencia, y esos son precisamente los momentos en los que me escabullo con la agilidad de un gato.

No quiero saber nada, todavía no.

«Dímelo luego, luego, cuando sea más fuerte.

»No me lo digas ahora, te lo ruego».

Sea como sea, esta noche salgo con Tony, y tengo intención de divertirme. Me parece que estoy bastante guapa, con un vestido nuevo de seda azul, una chaqueta de punto rosa antiguo anudada a la cintura, y zapatos de tacón redondo del mismo color acaramelado. He intentado domar mis cabellos con una serie de clips decorados con brillantitos, lo que me da un aspecto aún más cómico de lo habitual.

En la galería hay un montón de gente y se entra únicamente si se tiene invitación. La gente tiene un aire arrogante, como es normal en este tipo de eventos, y la sala está iluminada con sobriedad, mediante pequeños focos hábilmente orientados hacia los grandes lienzos que ocupan paredes enteras. Entre las luces y los invitados desfilan camareros con bandejas rebosantes de largas copas de champán y canapés en formato microbio.

Las pinturas de Tony me dejan fría. Será una de mis limitaciones culturales, pero nunca me ha gustado el arte abstracto. Simplemente, no puedo apasionarme con estos finos trazos neuróticos, cuatro intersecciones de líneas flanqueadas por algunos cortes.

¡Si pienso en todas las horas en que tuve que permanecer inmóvil y en todas sus teorías sobre interpretación de las emociones! ¡Lo mismo daba que me hubiera retratado como a una Barbie! Pero aquí estoy, un grumo confuso de colores y, a la altura de una hipotética boca, un desgarró circular, quizá fruto de algún golpe asestado con un destornillador.

No siento nada mirándome. Eso admitiendo que sea realmente yo la que está en algún lugar de esta barahúnda de colores brillantes. Intuyo que es mi retrato solo por el título: *Carlotta en la cama*. Bien, ahora todo el mundo pensará que hemos follado. A decir la verdad, los que me conocen ya lo piensan. Lo piensa Luca, lo piensa Giovanna, creo que hasta lo piensa Tommaso. Mientras admiro la obra, Tony me abraza por detrás.

—¡Fémina despampanante! —Me susurra—. Estás magnífica. Me alegra que hayas venido. Y bien: ¿qué te parece?

Junto algunas palabras sobre la habilidad de las pinceladas y el mensaje profundamente atormentado que transmiten los agujeros. Él es feliz de que yo haya captado la esencia de sus creaciones. Va muy elegante y tengo la impresión de que también se ha cambiado el color del pelo, del que surgen

reflejos de color ciruela que nunca le había notado.

Me da un beso en la mejilla y luego, como buen anfitrión, se aleja para engatusar a sus invitados y solicitar a la gente más adinerada que compre alguno de estos cuadros sibilinos. Paseo por la sala acompañada de una copa de champán y me fijo en un lienzo colosal. Reproduce una serie de trazos que, con un poco de imaginación, representarían un órgano masculino erecto, y cuyo enigmático título es *Pescador con ancla*. Y frente a ese cuadro me encuentro con Erika.

Casi chocamos; ella va perfecta como siempre, impecable e insolente, pero extrañamente sola.

¿Erika sola en un evento social? Es una circunstancia no solo excepcional, sino casi catastrófica.

Me escruta desde lo alto de sus tacones de dieciséis centímetros.

—Carlotta, tú también por aquí —murmura—. Últimamente nos vemos muy a menudo. Es un placer.

—También es un placer para mí —replico—. ¿Estabas pensando en comprarte este cuadro? Se adapta perfectamente a tu estilo.

—Qué simpática eres —contesta ella secamente—. Me he enterado de que eres amiga del pintor. En el cuadro en que te retrata te ha sacado muy parecida. Por supuesto, me imagino que la alusión a la cama es solo alegórica.

—Pues te equivocas —digo con una voz aguda, que sale de mi boca como una cuchilla de afeitar—. No hay nada alegórico.

—Está bien, no te enfades. Me alegro que de vez en cuando tú también te entretengas. De hecho, hay una cosa de la que tengo que hablar contigo, es una confidencia que me atormenta desde hace semanas.

—Algo que te atormenta tanto que si no nos hubiéramos encontrado por casualidad ni siquiera te habrías dignado contarme...

—No, quería llamarte, es solo que... he tenido muchos compromisos. Espero de todo corazón que Luca y tú no sigáis juntos.

Parpadea, haciendo bailar las pestañas.

—¿Y cuál es la razón de esta esperanza? —pregunto, intentando no hervir de rabia al recordar sus nalgas sobre el vientre de Luca.

—Se acostó conmigo. Una noche me acerqué a tu casa para verte. Y él...

él me hizo entrar y prácticamente me saltó encima. Créeme, fue una cosa atroz.

—Si fue tan atroz, seguro que le abofetearías.

—Bueno, qué quieres, yo no soy una santa. Traté de resistirme, pero Luca sabe lo que hace, ya lo conoces. Y también nos hemos visto después, ¿me ha estado siguiendo a casi cualquier sitio que iba!

»Naturalmente, le he dicho que no... ¿cómo habría podido? He pensado que confesártelo era lo mejor. Para que sepas que no deberías confiar mucho en él.

—Tu delicadeza me conmueve —le susurro con una amabilidad que la pillaba un poco desprevenida—. Gracias por tus palabras, pero no tienes por qué preocuparte. Luca no me convence, ni nunca me ha importado mucho. Como tú misma has reconocido, sabe lo que se hace... pero no es mi tipo.

—Ah, bien...

No añade nada más. Y yo tampoco. Me alejo con la sonrisa en los labios.

Está decepcionada porque no sabe seguro si me ha hecho daño. No sé cómo serán vuestras hermanas, pero la mía es una verdadera perra. Me sigue con la mirada mientras me cojo del brazo de Tony, ostentando una desenvoltura nada propia de mí y que es solo para su exclusivo uso y disfrute. De una cosa estoy segura: con Luca, fue Erika quien empezó. Probablemente se lo puso en la cara. La posibilidad de molestarme debió de añadir sabor a la conquista.

Mientras llego a esta conclusión, bebiendo otra copa de champán, se me acerca Giovanna. Parece que a Tommaso le ha gustado mucho un cuadro llamado *Orgía en la sala de estar*, un lienzo pintado en varios tonos de amarillo, agrupados de forma caótica, y convergiendo hacia un agujero central con muchos significados simbólicos posibles. Probablemente lo comprará, quedará bien en su dormitorio.

De repente, Giovanna exclama:

—¿Esa de ahí no es tu hermana?

—Sí —respondo seca, sin mirar—. Ya nos hemos cruzado antes.

—Yo que tú estaría atenta. Sé que no haces más que repetir que entre Tony y tú no hay nada, pero no creo que te guste saber que está intentando montárselo con él, de un modo, digamos, bastante descarado.

Me doy la vuelta y no tengo ninguna duda. Erika ya se le está frotando. Entiendo que quiere volver a ganar. Ella cree que entre Tony y yo hay algo, la ha irritado que un cuadro con mi nombre haya sido expuesto en una muestra, y está rabiosa por el modo plácido en que he reaccionado a su hipócrita admisión de culpa.

Tony no me importa nada, podría pasarse por la piedra a todo un equipo de fútbol femenino y yo continuaría limándome las uñas como si nada, pero que Erika planease asestarme el enésimo golpe bajo me pone furiosa. Si sospechase que le tengo simpatía a Franz, se plantaría en el teatro y se le ofrecería despatarrada tras el telón. Creo que se trajinaría a mi cartero si tuviese la más mínima sospecha de que me considera simpática.

Me estremezco de cólera, destrozada por la insensibilidad de una persona que tiene mis mismos genes. Avanzo pues hacia ellos y Erika y yo pronto nos enfrentamos para luchar por un tipo que no nos importa nada, solo para molestarnos mutuamente. Lo inundamos de halagos y lo tocamos un poco, por turnos, parecemos dos viejas cerdas hambrientas.

Esta no soy yo, estoy emulando a mi hermana, me veo obligada a combatir con sus mismas armas para vencer. La odio; disculpadme, no debería decirlo, porque es mi hermana, pero la odio.

La noche continúa y Tony está muy intrigado por todo el asunto, no entiende bien qué está pasando, pero no me cabe duda de que esta situación lo excita. Sé que Erika va a ganar, porque ella está dispuesta a jugar sucio. Siento leves aguijonazos de humillación y la miro de un modo que la hace feliz: mi rabia vale todos sus esfuerzos.

Hacia el final de la noche, Giovanna y Tommaso se van y yo me obstino en quedarme. Cuando intuyo que Erika, haciéndole creer a Tony que ha venido a pie, ha impuesto su presencia en el coche de este, que ya se había ofrecido a llevarme a mí a casa, comprendo que ha ganado. Tony me dejará a mí y continuará con ella. Erika fingirá despedirse de mí afectuosamente, me iré a casa sola y ella podrá añadir a uno más a su lista de aperitivos nocturnos.

Mientras recorremos la ciudad con un cuarto pasajero, el agente de Tony, que comenta el resultado de la noche sin darse cuenta de la atmósfera belicosa que se respira en el coche, un pensamiento peligroso se abre paso en mi mente.

Todavía estoy enfadada, estoy triste y toda la rabia que he domesticado en las últimas semanas, desde que vi a Luca y a Erika juntos, toma posesión de mí, de mi alma, y le da una patada a la prudencia. Me gustaría ser lo bastante fuerte como para no planear lo que estúpidamente estoy planeando hacer... pero no soy fuerte.

Tengo el corazón destrozado, deseo a un hombre al que no tendré nunca, anhelo una existencia alternativa que el destino no me quiere conceder, y así, cuando Tony sale del coche para despedirse de mí, permito que el sufrimiento hable en mi lugar. No es mi voz, sino la de una clandestina que me empuja, oculta en las profundidades de mi alma. Lo invito a subir y en esta invitación también va incluida una promesa. Tony me mira, sonrío y acepta. Su cara, mientras le pide al agente que acompañe a Erika a casa, es la cara de alguien que se está preparando para comerme.

Este es mi momento de placer, el único de toda la noche: Erika se ha quedado de piedra, lívida, con los ojos echando chispas, como devorada por un incendio.

Subimos la escalera y Tony, con gran caballerosidad, me planta firmemente una mano en el culo, riendo y haciendo alusión a lo que me va a hacer.

Entramos y no sé si esperar que Luca esté. Me gustaría que estuviera en casa, me gustaría que me oyera mientras finalmente practico sexo, y al mismo tiempo me gustaría que me ayudara a salir del callejón sin salida en el que yo misma me he metido.

Se trata en cualquier caso de una incógnita ya resuelta, puesto que él no está en casa.

Tony me besa y no puedo permitirme el lujo de hacerme la tiquismiquis, así que dejo que me ensalive. Mientras batalla con el nudo de mi jersey, pienso que la vida es una mierda. Pero no me echaré atrás: tengo casi treinta años, y a estas alturas debería haber comprendido que esa historia de los sentimientos es una leyenda para taradas. También lo dijo Luca, ¿no? Se folla por sudar, por hacer un poco de ejercicio, por experimentar ese hormigueo de placer y luego se olvida todo.

Tony me pregunta dónde está mi habitación y yo se lo indico con los ojos. Nos movemos como un cangrejo ermitaño, abrazados, y poco a poco él va

perdiendo piezas, como un juguete mal montado. Se quita la chaqueta, la camisa, se desprende de los zapatos con un hábil movimiento de los talones, mientras su lengua continúa su rotación en el interior de mi boca.

Entramos en la habitación, él se sube a la cama y yo, muy a mi pesar, cierro la puerta. Me quedo inmóvil delante de ella, con el vestido de seda levemente arrugado, sin un zapato e inclinada hacia un lado, como una torre de Pisa.

El gesto con el que Tony me invita a que me acerque (un chasquido de dedos que me tendría que haber parecido erótico, seguido de una inclinación de cuello) me recuerda vagamente a una vieja tortuga marina. Avanzo, me siento en el borde de la cama y él me agarra una pierna, me tumba sobre el colchón, me convierte en su propiedad personal.

En tres segundos está desnudo. Estoy cada vez más convencida de que usa algún sistema automático en los pantalones: tal vez sean pantalones de *stripper*, esos que llevan velcro y se quitan con un leve tirón, en plan «*Voilà*, señoras y señores, aquí están mis preciosos ornamentos, listos para usar». Trata de desnudarme con entusiasmo, pero yo no quiero que se me estropee el vestido nuevo, así que lo hago sola. Dejo que mi fruslería de seda caiga al suelo sin mucho esfuerzo, y que Tony se pelee con los ganchos del sujetador. Finalmente, permito que se me ponga encima, mientras su soldadito me mira con su atenta pupila, cubierta por un oscuro párpado.

Trajina con el condón. No tengo ni idea de dónde lo tenía y por suerte lo hace él mismo: yo no habría tenido valor para llevar adelante tal empresa. Dice algo que no oigo, en la cabeza tengo un rumor de lágrimas. De repente, comienza a murmurar. Está salmodiando, parece que rece en turco. Se catapulta sobre mis bragas, casi me arranca las piernas para quitármelas en un tiempo récord, y, mientras tanto, sigue con esa especie de gimoteo repetitivo, siempre las mismas letras, siempre en la misma secuencia. Parece que diga «ergh ergh uurg uurg ans ans». Luego, con la delicadeza de un tanque, me abre las piernas ayudándose de una rodilla.

Estoy tensa y me siento como una puta. Soy peor que Erika, porque a mí también me falta el placer. Estoy aquí, dejándome follar por un hombre al que no amo, que no me gusta y que me hace daño. Si fuera agradable, al menos podría disfrutar, pero así, con este zumbido monótono en las orejas, el

crujido de cama y sus bocanadas orgásmicas, solo tengo ganas de que acabe de una vez.

Me quedo inerte, de vez en cuando emito un gritito por espíritu de solidaridad, pero no me muevo, me limito a apoyarme para facilitarle el acceso al interior de mi cuerpo.

Tony me mira y, finalmente, tras un largo «uurg», me comunica oficialmente que se está corriendo. Mientras explota, con un larguísimo «ans», oigo un ruido fuera de la habitación. Estoy segura de que es Luca, que ha vuelto, recibido por el monólogo de mi caballero. Cierra la puerta de entrada y camina por casa como si llevase zapatos de piedra.

Tony se derrumba, me hunde en el colchón, me siento engullida entre la sábana y su estómago. Sonríe y me pregunta que qué tal.

—Muy bien —susurro. «Muy bien porque hemos terminado y ahora tú te marcharás», se sobreentiende.

—Yo también —dice y se tiende a mi lado.

El gurrño gomoso de su amigo en retirada con su exterior embadurnado me tocan un muslo. Tony alarga una mano y me pellizca con complicidad un costado. Debería estarle agradecida, ¿no? Acaba de follarme, aunque, considerando el dolor que siento, sería más adecuado decir que acaba de rastrillarme, y ahora se tumba a mi lado, me da uno de sus besos llenos de saliva en la mejilla y parece dispuesto a quedarse dormido.

¡Por favor, no! Esto no, por favor: el pacto no era para un encuentro tan largo. ¿Qué debo hacer, decírselo? «Por favor, Tonino querido, ¿te puedes marchar de mi cama?». ¿Hay alguna fórmula amable para alejarlo para siempre de mi vista sin ofenderlo? No sé qué hacer, teniendo en cuenta que está roncando. ¡¿Ya se ha dormido?! ¡¿Es que también tiene un mecanismo automático para el sueño?! ¿Qué hago, le doy un empujón?

De momento lo mejor es que me levante para volver a vestirme. Me sacudo y me libero finalmente de su peso sudoroso. Cojo una camiseta y me la pongo. Él sigue roncando, con un «crrr» muy sensual. El preservativo se ha caído al suelo y parece el cadáver de un gusano aplastado.

Me doy cuenta del silencio que hay en casa y, convencida de que Luca se ha ido de nuevo, salgo de la habitación. En el cuarto de baño me lavo y me vuelvo a sentir como una puta. ¿No es eso lo que hacen las señoritas de la

noche? ¿Acaso no se dejan usar por desconocidos jadeantes, sin pasión, sin placer, por motivos probablemente más válidos que el mío?

Me siento en el sofá, me hundo en él y me vienen ganas de llorar. En ese momento, se abre la puerta de la habitación de Luca y su cara aparece en la penumbra. Me mira largo rato sin parpadear. Creo que está solo, todavía lleva puesta la chaqueta. Lo observo a mi vez, sostengo el peso de su mirada con una audacia inesperada.

—Has vuelto pronto —le digo, pero no cuela.

Cuando una está llorando después del sexo y no se trata de lágrimas de emoción ni de alivio, las frases banales no funcionan.

—¿Qué te pasa? —Me pregunta con seriedad.

—Nada... —replico, pero es un «nada» que oculta un sollozo.

Luca se sienta en el sofá y lanza una mirada elocuente al cuarto del que provienen los ronquidos de Tony.

—¿Por qué lloras? ¿Ese cabrón te ha forzado? Porque como sea así... —dice, poniéndose en pie, con los puños duros como piedras.

—¡No, en absoluto!

—¿Se va a quedar mucho?

—No lo sé.

—¿Cómo que «no lo sé»? ¿Es que vas a dejar que se quede?

—Chis... Luca, te va a oír.

—Eh, al menos yo tengo la decencia de no hacer que tengas que aguantar a extrañas toda la noche.

—No sé cómo actuar —susurro, en voz bajísima.

—¿En qué sentido?

—No sé cómo hacer que se vaya sin ofenderlo.

—¿Y qué cojones te importa que se ofenda? ¡Dile que se vaya a tomar por el culo y basta! No hace falta mucho, son solo unas pocas palabras.

—No puedo, así no...

—¿Así no? Pues díselo en verso, cántaselo, pero que se marche de esta casa. A no ser que... No quieres que se quede, eso está claro.

—No quiero que se quede, pero quiero que se marche sin ofenderlo.

—Qué delicada eres, Carlotta —dice sarcástico—, eres como una pluma. Cuántas cosas te dejas hacer con tal de no herir los sentimientos de los

demás. Si quieres se lo digo yo.

—¡De ninguna manera! Te he dicho que no quiero ofenderlo. Tú no serías amable.

—Te puedo jurar que no sería amable. Entonces ¿qué piensas hacer?

—No lo sé, déjame pensar.

—Pues piensa rápido o intervendré yo.

—Calla... ¡escucha! —digo, asustada al oír un ruido.

—Espérame aquí —me ordena, luego se levanta, sale de casa y cierra la puerta.

Aún no me ha dado tiempo a preguntarle adónde va cuando aparece Tony con la picha bamboleándose. Me llama, me coge por la espalda y empieza a meterme una mano por debajo de la camiseta.

—Tony... quizá deberías...

Mientras manoteo, Luca vuelve a aparecer, con el aire de alguien que acaba de regresar a casa del trabajo. Se detiene, abre mucho los ojos, me mira, mira a Tony fijamente y luego suelta un sonoro:

—¡Serás puta!

Tony da un respingo y se cubre rápidamente el artilugio con la mano. Yo estoy paralizada por la sorpresa, con la boca abierta en una «O» gigantesca que me hace parecer un rape.

—¡Mira que eres guarra! —insiste Luca—. ¡Me habías jurado que no volverías a hacer! No puedes mantener las piernas cerradas, ¿eh? Y tú, sucio piojoso, ¿cómo te atreves a tocar a mi mujer? Esta vez no te vas a ir de rositas, esta vez te mato a ti y luego la mato a ella.

—Oye —exclama Tony, sinceramente asustado—. Carlotta, no me habías dicho que...

—No te puedes fiar de una zorra, ¿o es que no lo sabías? —replica Luca. Se acerca a Tony y, aunque al principio de la escena del tipo «¡Oh, cielos, mi marido!» he reprimido una carcajada, ahora Luca parece enfadado de verdad y le tiemblan los labios. Una vena le palpita en la sien como una serpiente azul. Está actuando a lo grande y a mí misma me cuesta creer que esté fingiendo—. Si la tocas de nuevo, si osas acercarte a ella, si te permites siquiera volver a pensar en ella, te juro que te parto las piernas.

Le pone un dedo en el pecho, lo empuja y luego le da un puñetazo en la

nariz. La representación está adquiriendo tintes de realismo dramático. Luca vuelve a coger a Tony y le hace crujir la mandíbula. Tony intenta contraatacar, pero temiendo una agresión en sus partes pudendas, se inclina para protegerse de forma instintiva.

Total, que en dos minutos el recibidor de mi casa se convierte en un ring. ¡Se están peleando de verdad! En un momento dado, me entrometo, en un valiente intento de separar a un hombre desnudo de un hombre vestido peleándose, y me llevo un puñetazo por parte de Luca. Este error precipita el final del combate. Tony se viste con rapidez y se marcha corriendo sin decir ni pío. Tengo la clara sensación de que no se dejará ver más.

Si esta era la manera de Luca de no hacerme sentir culpable, se ha equivocado de pleno. Me siento peor que antes, si tenemos en cuenta que ahora, además de la total falta de autoestima y el dolor entre las piernas, la cabeza me tiembla como un gong y me llora un ojo. Ni siquiera puedo mantenerlo abierto. Él está trastornado. Se preocupa, pone hielo en un paño, me hace sentarme, murmura algo acerca de lo idiota que es, y yo estoy tentada de darle la razón.

Pero me gusta que cuide de mí, después de haberme hecho retumbar el cerebro, me gusta que me pregunte cómo estoy y que me deje estar tan cerca de él que puedo oír su respiración.

No sé cómo, no sé cuándo, se me va la cabeza, pero de repente me encuentro acostada en el sofá, con la mejilla sobre sus piernas y una de sus manos, húmeda por el hielo derretido, acariciándome el pelo. Soy feliz. Soy una puta, pero soy feliz.

—Luca —digo de repente—, me voy a hacer monja.

—Pero ¿qué dices? —Resopla incrédulo.

—Está decidido. Voy a entrar en un convento.

—Será por el golpe que te has llevado, pero me parece que hoy estás más estúpida que de costumbre.

—No, el golpe me ha hecho abrir los ojos. No quiero tener nada más que ver con el sexo. Me dedicaré a cultivar un huerto y bordaré y rezaré por mis hermanas más desafortunadas, las que aún permiten que los machos les hagan daño.

—¿Te refieres al puñetazo? Ya te he dicho que lo siento, quería

estampárselo en la cara a él, no a ti.

—No, pensaba en Tony, en esta noche, en lo que ha sucedido. El sexo es una asquerosidad. No me interesa. ¡Estoy mucho mejor sola! ¿Para qué sirve tanto ir y venir... tanto pim pam, para luego obtener qué?

—Estás loca... —Me levanta, me observa y frunce el cejo—. ¿Qué demonios has hecho para llegar a una conclusión tan drástica?

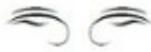
—No, yo no he hecho nada. Solo he permitido que un desconocido que ni siquiera me gusta me toque, me babea, me meta dentro su cosa, y ahora me siento como una caca inmundada y caminaré despatarrada durante los dos próximos meses.

—Carlotta...

«Qué ojos tienes, Luca. No me mires así. No dejes que tiemblen esas candelas que tienes en las pupilas, mantenlas firmes, mantén firme también la leve sonrisa que te está aflorando a los labios. No me debilites con tu ternura. Cállate, deja que mi nombre quede suspendido en el aire, como un soplo de brisa».

Se levanta, se aleja de mi contacto y de mi miedo. Yo me quedo tumbada en el sofá, con hielo que me chorrea por la cara. Vuelve un momento más tarde trayendo una manta. Ha entendido que no voy a volver a mi habitación, esta noche no. Aún no quiero ofender a mis fosas nasales con el olor a sexo que me ha abierto sin atraparme. No por culpa de Tony, él solo ha sido un instrumento en manos de mi desesperación.

Bajo los párpados, Luca se retira a su habitación sin cerrar la puerta. El sonido cercano de su respiración me hace sentirme como en casa.



He limpiado la habitación como si hubiera alojado a una víctima de ébola, frenándome a un paso de llamar a un desratizador.

Más o menos hago lo mismo conmigo misma: me doy una ducha de tres cuartos de hora y gasto una botella entera de gel de baño. Lo sé, también con esta reacción estoy demostrando que no soy normal. Después de todo, Tony no me forzó, y al fin y al cabo no es un hombre despreciable y estuvo bastante cariñoso. Pero aunque técnicamente no se trata de una violación, me siento como si hubiera sobrevivido al ataque de un maníaco.

La idea del convento todavía me ronda por la cabeza, ya que al menos tendría la ventaja de apartar de mi vista los falos masculinos sin ser considerada una perdedora. Y no estaría obligada a depilarme tan a menudo... y, por encima de todo, podría estar lejos de Luca y de la espantosa certeza de que quiere decirme algo acerca de su joven enamorada. A veces empieza a hablar con la respiración contenida, siento cómo sus ojos me siguen por la casa y está neurótico como un soldadito mecánico al que le han dado demasiada cuerda. Yo lo evito y tengo la impresión de que se nota.

Esta noche está a punto de irse al bar y, mientras yo sigo frotando el suelo de mi habitación con un cepillo, entra de repente, apoya un hombro en el marco de la puerta y me mira.

—Tengo que decirte una cosa —empieza, tras treinta segundos de

silencio. Un sentimiento de alarma me palpita dentro como una libélula. No respondo enseguida, permanezco arrodillada, pensando un millón de cosas en un segundo. Luego me armo de valor y, con los puños cerrados, pregunto con brusquedad:

—¿Es necesario hacerlo ahora? Como puedes ver, estoy ocupada.

—¿Y cuándo podré hablar contigo? ¡Dime! Nunca estás disponible. — Suena molesto, ronco, tamborilea con dos dedos en el borde de la puerta y respira acelerado—. Ya sé que todavía te sientes molesta conmigo por lo de Erika, lo entiendo, estás en tu derecho. A pesar de que te pedí disculpas, cuando me miras, en tus ojos veo un tomo de mil páginas sobre los defectos de los hombres.

Estoy tentada de decirle que mil páginas son pocas, pero prefiero pasarlo por alto.

—Sea como sea, quería saber tu opinión sobre la posibilidad de... que me vaya...

—¿Te vas de viaje? —pregunto con fingida imperturbabilidad.

—No lo has entendido, me refiero a irme de la casa. Para siempre.

—¿Co...? —Se trata de una sílaba espuria, la parte inicial de cualquier palabra desesperada que no me atrevo a completar.

—No estamos en muy buena sintonía, eso es obvio. Algo se ha estropeado. He comprendido muy bien que te molesto. Has cambiado, o al menos ha cambiado tu tolerancia hacia mí. Está claro que tienes tus razones y no quiero imponerte más aún mi presencia.

Mientras habla, pienso que no soy la única que ha cambiado, él también lo ha hecho. Lo que más pesa en nuestra inusual rutina, lo que nos convierte en dos extraños es sobre todo el hecho de que él es diferente. Su actuación con Erika sin duda contribuyó a hacer que me encerrase más en mí misma, pero cuando percibí su interés por Paola, mi corazón se llenó de grietas.

—No... —lo interrumpo—, no es a ti a quien no tolero. Y ya me he olvidado de la cuestión de Erika, de verdad. Al fin y al cabo, eres libre de follarte a quien quieras. Es solo que... la nueva versión de Luca me asusta un poco.

—¿En qué sentido?

—El de tu lado B, tu faceta imprevisible, el Luca sin la sonrisa en la boca,

el Luca que da vueltas por la casa como un fantasma que arrastra sus cadenas y que ya no trae a sus putitas alegres. Eres tú quien ha cambiado, y sé por qué.

—¿Lo sabes?

—¡Sí, lo sé! —Hablo a ráfagas, con el corazón lleno de tristeza—. Estás tan raro, tan distraído, suspiras como un cordero y algunas noches no vienes a casa y eso es algo que no habías hecho nunca. Se nota que te altera alguna cosa, que no estás a gusto... tienes todos los síntomas del enamoramiento. Pero tal vez estés equivocado, tal vez no sea tan grave como parece.

Me aferro a sus propias palabras, a sus mismas dudas, las que le robé en el parque. Dijo que no estaba seguro de que fuera amor, ¿verdad? Así pues, puedo darme el lujo de ser franca.

—De hecho —continúo—, estoy segura de que te equivocas... muy segura. No tengo ninguna duda de que se trata de una tontería. En definitiva, Luca, no cuadra contigo. Me avergüenza tu rendición... no hacías más que repetir que los sentimientos son una entelequia. ¿Y sabes qué? Tenías razón. Y tú eres demasiado inteligente para dejarte atrapar por una complicación como esa. Además, ¿has pensado en las consecuencias? Tener que hacer el amor siempre con la misma persona. ¿No te horroriza solamente pensarlo? ¿No se te arruga para los dos próximos siglos? ¡La variedad es la sal de la vida! Por eso —digo, terminando mi atormentada arenga—, Luca, piensa en esto: sí, quizá probar algo... un poco de cariño. Pero cielo, ¿estás seguro de saber qué es?

Me mira, osaría decir que me taladra, hasta me parece sentir el chillido mecánico de las brocas que tiene dentro de los ojos.

—Bien, Carlotta —comenta al fin, gélido—, me parece que has sido jodidamente clara.

—¡Por supuesto que he sido clara! Veo las cosas con lucidez, ¿por qué deberías irte? ¡No hay motivo! ¡Venga, estamos bien los dos juntos! ¿Dónde vas a encontrar a otra amiga tan fantástica como yo? ¡Por tanto, te prohíbo marcharte, te prohíbo que te enamores y te invito a que me llenes la casa de todas las guarrillas que creas oportuno para tu satisfacción!

—De acuerdo —replica glacial y se marcha con un ahogado «Hasta luego».

He sido malvada. Quería hacerme confianzas, hablarme de todos sus sufrimientos, y se lo he impedido. Pero no lo he engañado. A fin de cuentas, no creo que esté verdaderamente enamorado de su elegante dama. La quiere mucho... pero también me quiere mucho a mí, ¿no? Si la atención y la ternura tuviesen que significar amor por fuerza, entonces ¡diría que Luca está enamorado de mí desde hace meses! Por tanto a esa otra no la ama, punto final. Tal vez se siente atraído por su refinamiento, quizá solo quiere cambiar de estilo de hacer el amor. Es eso, tiene que ser eso. Me ha hecho sufrir, pero ¡no quiero que se vaya! Si intenta hacerlo, lo encadenaré a la cama con un par de esposas y solo lo soltaré para que vaya al baño.

Si Lara y Giovanna lo supieran, me atarían a mí a la cama y no me liberarían ni siquiera para hacer pis. Pero no puedo evitarlo: el miedo a perderlo es más fuerte que el instinto de supervivencia.

No entiendo cómo lo hacían las mujeres de siglos atrás —las que no trabajaban y se quedaban todo el día en casa, con todo el tiempo del mundo para pensar— para no volverse locas.

¿Cómo lo hacía Jane Austen? Cuando se enamoraba y no podía ver siquiera un estúpido programa en la televisión o hartarse de chocolatinas... ¿cómo lo hacía para concebir a protagonistas ingeniosas y sabias como Elizabeth Bennet y Anne Elliot, en lugar de hacerlas deprimidas crónicas y locas furiosas?

Yo, sin trabajo, sin telebasura y sin encurtidos en formato familiar me convertiría en un cruce entre Giacomo Leopardi y *American Psycho*. Y luego además tengo a Rocky que me distrae, es tan absolutamente molesto, que cuando está me veo obligada a ponerme a mascar.

Esta mañana, por ejemplo, se enfada con la actriz que interpreta el papel de Laura. La pobre ha engordado un par de kilos y eso al parecer constituye un delito de lesa majestad.

La chica, en lugar de enviarlo al infierno y amenazar con denunciarlo a los sindicatos, y a pesar de ser dos veces más alta que él, se encoge bajo el peso de su voz.

Iriza y yo estamos en el escenario para estudiar un sistema que hace que

los decorados puedan plegarse sobre sí mismos sin dañar la escenografía, y nos encontramos en medio de la explosión. Franz intenta calmar a Rocky. Iriza mira a Franz y el amor le rebosa de los ojos. Yo miro a Rocky y quisiera engancharlo por las pelotas y mandarlo en vuelo panorámico hasta el vestíbulo.

Cuando Iriza se da cuenta, trata de distraerme preguntándome cómo va la búsqueda de accesorios para la escenografía.

—Muy bien, y no estoy superando el presupuesto. Dentro de una hora tengo cita con unos chicos que me van a vender unas cuantas piezas más de colección.

—¿Te importa si voy contigo? El ambiente se ha puesto muy cargado. Cuando Rocky se lo propone, puede llegar a ser insoportable. Hará llorar a Romina, la obligará a ponerse a dieta y estará nervioso con todo el mundo. Mejor si desaparecemos de la vista durante un rato.

La casa no tiene gnomos ni flamencos. De hecho, se trata de una villa elegante, algo que no me sorprende: no se pueden coleccionar objetos completamente superfluos viviendo en un vecindario humilde. Espero que las personas que la habitan sean seres normales.

La puerta se abre y aparece una madre sin singularidades extrañas, con pantalones vaqueros y jersey, juvenil y graciosa, con un libro en la mano. *La Guía del autoestopista galáctico*. Muy bien.

—Jay y sus amigos están en el garaje. Los encontraréis allí, solo tenéis que doblar la esquina. Espero que hayáis traído tapones para los oídos.

—¿Tapones para los oídos? —preguntamos Iriza y yo a coro.

La mujer nos dedica una sonrisa fulgurante y nos cierra la puerta en las narices, después de indicarnos la dirección a seguir.

Pronto entendemos el significado de su comentario. A medida que nos acercamos al garaje, efectivamente, oímos una música rítmica. No, no es correcto llamarla rítmica. Es música satánica. Baterías atronadoras, guitarras eléctricas que gimen y una voz masculina que de vez en cuando entre el ruido intercala algunas frases en inglés.

En calidad de líder de la expedición, sigo adelante y me coloco cautelosamente cerca de la entrada del garaje. La puerta es basculante, está levantada y a mis fosas nasales llega un inequívoco aroma de marihuana.

Cuatro chicos tocan sin descanso, suponiendo que lo que hacen sea tocar... más que nada parece un grito coral de padecimiento por parte de los instrumentos.

Si no me saco algo de la manga, esta tarde voy a terminar sorda. Urge algún tipo de intervención oportuna que induzca a estos cuatro gaznápiros al silencio. Por tanto, me dirijo hacia el centro del garaje, justo frente a una batería que debe de haberse portado muy mal, porque veo cómo un adolescente de dieciséis años con un *piercing* en la ceja la está masacrando a golpes, y agito los brazos como si fuera un náufrago pidiendo socorro.

Nadie me hace caso inmediatamente. Primero el guitarrista le da un empujón al bajista, que le da una patada al batería, que le lanza un palillo al teclista, que termina masajeándose la cabeza, maldiciendo. Han pasado casi cinco minutos.

Y entonces, dejan de tocar todos a la vez. Coordinación no se puede decir que no tengan.

—Ejem, hola. —Hago un saludo circular con la mano, mientras Iriza se adelanta y dice simplemente:

—Eh.

El líder, además de cantante, amo de la casa e hijo de la señora que leía a Douglas Adams debe de ser el guitarrista. Es un chico guapo, de cabellos largos y rubios, puede que con demasiada gomina, puede que sin lavar desde finales del primer milenio.

—¿Y tú qué quieres? —Me pregunta con fastidio.

Noto enseguida que el bajista, un adolescente con aire de empollón, de los que esperarías que te hicieran la demostración del teorema de Gauss en dos patadas y no que se dedique a fumar hierba, se afana en apagar el porro que tenía en los dedos, escondiéndolo bajo su zapato.

El teclista me mira mal. Sobre su instrumento tiene una lata de Sprite y una chocolatina Mars a medio comer.

Explico quién soy y al líder de la banda se le enciende la bombilla.

—¡Ah, sí, hemos hablado por teléfono! —exclama—. Massimo, coge la caja de cartón que hay a la derecha de los discos de mi hermana.

Massimo, el batería fumeta, busca entre una pila de vinilos polvorientos y saca una caja grande sellada con cinta adhesiva. El hermano de la hermana,

sin demostrar ninguna preocupación por mantener la privacidad de su familia, explica sin el menor pudor:

—La muy gilipollas se ha ido a la universidad y no sé en qué movida se ha metido, total, que le hace falta la pasta. Así que se ve obligada a vender su mierda. Le está bien empleado, las gilipolleces se pagan.

—Claro, claro —digo siguiéndole el rollo por pura diversión—, cuando uno es gilipollas no hay modo de evitar la gilipollez. Sea como sea, ¿me quieres mostrar sus gilipolleces?

El chico asiente con la cabeza, complacido, y me da permiso para abrir la caja. Cuando compruebo el contenido, Iriza y yo intercambiamos una mirada cómplice, suspendida entre el deseo de gritar de alegría y la necesidad de mostrarnos impasibles. Ahí dentro se halla casi todo lo que estamos buscando, incluida la Barbie Marilyn, vestida como en la película *La tentación vive arriba*. ¿Cómo habrá conseguido comprarlas la muy gilipollas?

—¿Cuánto queréis por estas? —pregunto con indiferencia, intentando esconder la emoción.

—La pava de mi hermana nos ha hablado de un precio que cualquiera diría que las muñecas son de oro y diamantes —dice el chico con sarcasmo—. Puede dar gracias de que le haga este favor. No sabéis lo tocapelotas que es.

—Creo que me hago una idea.

—Os propongo una cosa. Os lo doy todo a mitad de precio, doscientos cincuenta euros en vez de quinientos, si me hacéis un favor.

Arrugo la frente, temiendo que nos proponga hacerle alguna entrega de cannabis o que me pida que les enseñe las tetas. Será mejor que se lo pida a Iriza, que está mejor provista que yo. Mi delantera no compensa el descuento.

Pero él se limita a declarar, sin signos de interrogación:

—Hemos escrito un temazo. Ahora lo escucháis.

Me siento como cuando era muy pequeña y algunos domingos lluviosos de invierno me obligaban a escuchar a la tía Porzia cantando *Addio tabarin*, *Come pioveva* y *Balocchi e profumi*. En el bis, solicitado entre aplausos, me dormía en brazos de papá y soñaba con niñas que se morían de dolor por culpa de madres que solo pensaban en ponerse guapas.

El batería da un golpe a la caja. El teclista tira el último trozo de Mars,

bebe un sorbo de refresco y suelta un eructo. El bajista recupera el canuto y se lo mete detrás de una oreja. El rubito de la guitarra coge un micrófono, se da un golpe en el muslo estilo rock duro, levanta un brazo, pone cara de estar oliendo caca de gato y grita:

—¡Vamos!

El nombre del grupo, que leo estampado en la batería, es Fuck & Fuck. La canción es muy diferente a *Addio tabarin*, aunque la voz del chico, en algunos momentos, me recuerda a la de la tía Porzia en la parte de «*Si scende, oibò!*».

El texto es muy chic... una sabia repetición de las dos palabras que forman el nombre del grupo. Han sido atrevidos al repetir siempre el mismo final, dándole cada vez un toque imperceptiblemente distinto. Hay arte en su capacidad para modular un «*Fuck you*» perentorio, como si estuviera dirigido a una novia un poco guarrilla, un «*Fuck you*» lleno de melancolía, tal vez destinado a un suicida inminente, un «*Fuck you*» severo, como el de un padre cabreado, y otros muchos «*Fuck you*», algunos de los cuales seguramente estarán dirigidos a la hermana. Qué canción tan halagadora. Sin embargo es dura. Demasiado para un texto de solo dos palabras.

En cuanto terminan de cantar, tengo ganas de fumarme un canuto. Iriza tiene una expresión que no sé descifrar: o está a punto de potar o se está aguantando una carcajada colosal. Yo, en cambio, estoy por los suelos. A uno no lo mandan a tomar por culo durante tres minutos cincuenta, excluidos los solos de varios instrumentos, y se queda como si nada. Son experiencias que dan que pensar.

—¿Y bien? —pregunta el cantante con fiereza.

—Maravillosa —respondo yo—. Vais a arrasar. Entrad en el circuito de los regalos de Navidad para padres estrictos y os haréis ricos. Es más, si tenéis un CD os lo compro para el cumpleaños de mi hermana, que es una gilipollas como la tuya.

No tienen un CD, pero están contentísimos con mi comentario. Tomo posesión de las Barbies, me despojo de doscientos cincuenta euros y nos piramos con cierta prisa, no vaya a ser que se les ocurra tocar cualquier otro tema fantasmagórico.

Sin embargo, un segundo antes de desaparecer de su vista, me vuelvo

hacia los chicos y, con una sonrisa inspirada, grito:

—¡A propósito, que os jodan, ¿vale?!

Los cuatro levantan el pulgar dando su aprobación, casi orgullosos.

Cuando estamos lo bastante lejos, Iriza estalla en carcajadas de tal forma que parece presa de las convulsiones.

—Franz tiene razón —exclama al fin.

—¿En qué sentido?

—Habla a menudo de ti, le caes superbién. Dice que eres un fenómeno.

—De feria, tal vez.

—No, dice que con solo leer tu *curriculum* se pone de buen humor. Eres divertida de verdad. No se me habría ocurrido nunca un absurdo como este.

—Si nos hacemos amigas, prepárate: atraigo a la locura del mundo.

—Por eso le gustas. Porque a tu alrededor hay como... como un halo de sonrisa eterno.

—¿Le... gusto? —pregunto incrédula.

—Sí, mucho, aunque nunca ha dicho nada al respecto. Pero yo lo sé. Veo cómo te mira. En cuanto llegas tú, sale el sol.

Vaya, ahora sí que me siento fatal. Iriza tiene una mirada triste, aunque sonría. Seguro que lo ha entendido mal, ha interpretado las cosas del revés. Trato de disipar el equívoco con un encogimiento de hombros:

—Cuando yo llego, entra una estúpida de primera que siempre se mete en situaciones ridículas y tiene pinta de payaso de casi mediana edad. Mírame, ni siquiera me hacen falta la peluca ni la nariz falsa. Franz ve en mí a un payaso, por eso se ríe. Para nada el sol.

Al volver a casa, me doy cuenta con terror de que Luca ha seguido adelante con su idea. Se marcha. Hay una maleta en el suelo de la entrada y él está en la cocina, escribiendo una nota. Por poco no se me caen los brazos al suelo junto con la bolsa, con el riesgo de romper las muñecas.

—Eh —me dice—, te estaba dejando unas líneas. Me marcho.

—¿Adónde vas? —le pregunto, con una voz entre la súplica y el temblor. Una voz de dama de hierro, ni qué decir tiene; las feministas se pondrán como locas con mi intención de agarrarlo de una pantorrilla para impedirle

que se vaya en cuanto intente dar un paso.

—A casa, mi madre está enferma.

Se lo ve serio, preocupado; mis ganas de secuestrarlo son egoístas.

—Lo siento —susurro—. Nada grave, espero.

—Ojalá que no, de todas formas, ahora está en el hospital, en observación.

—Confío en que todo vaya bien. —Soy sincera: deseo que la querida señora, madre de semejante hijo, se cure, borrando de la cara de Luca esta expresión espasmódica.

—Mmm, me voy ya. No sé cuándo volveré, pero pórtate bien.

Estoy destrozada, ya me siento sola. No se ha alejado ni un metro y la casa se ha vuelto una tumba. Y sobre todo estoy preocupada por él.

—¡Luca! —lo llamo, en cuanto cierra la puerta. La vuelvo a abrir deprisa, parezco una niña abandonada a la entrada de una iglesia—. ¿Puedo ir contigo?

¡Qué pregunta tan idiota! ¿Cómo se me ha podido ocurrir? ¿Cuál de mis células cerebrales puede haber formulado una petición tan rara? ¿Las exhalaciones del garaje lleno de humo de marihuana me han hecho papilla las neuronas? Quisiera tragarme mis palabras, temo la mirada alucinada de Luca, un vistazo del tipo «Te agradezco la generosidad pero es asunto mío».

—De acuerdo —es sin embargo su inesperada respuesta.

—¿Qué? ¿Has dicho... «de acuerdo»?

—Sí, vale —contesta—. Pero date prisa, coge pocas cosas, quiero irme ya.

No se puede decir que no haya sido rápida: en una bolsa de plástico he metido un par de mudas limpias, un cepillo de dientes y unos vaqueros. El viejo cacharro de Luca, un coche que sigue vivo de milagro y se mantiene con algún escupitajo y mucha esperanza, ha arrancado después de tres intentos.

No sé adónde vamos, me doy cuenta de que no sé nada de su familia. Él ha respondido siempre con reticencia a mis preguntas al respecto. Ahora descubro que viven en Forte dei Marmi. Nos espera un viaje bastante largo, pero no importa, con tal de estar a su lado, me iría hasta Perú andando descalza.

Luca está más nervioso a medida que nos acercamos, se va poniendo el sol y se respira el olor a mar. Intento bromear, le hablo de los Fuck & Fuck y cuando de repente suelta una carcajada, lo adoro. Hacemos una parada para llenar el depósito del coche y vaciar los nuestros, nos comemos un bocadillo mientras retomamos el viaje y de nuevo se ríe mientras me vuelvo hacia el asiento de atrás en busca de una maldita galleta salada que juega conmigo al escondite y le aplasto un brazo con el trasero.

Estoy bien, contenta, por fin hablamos de forma relajada después de unas semanas difíciles. Es como si la vida estuviese contenida en este habitáculo, dentro de esta caja anticuada que nos da una incómoda hospitalidad.

Ya es de noche cuando llegamos. El coche hierve y tose como una abuela asmática, ha estado a punto de extinguirse durante el último tramo y la luz del radiador está de color púrpura.

Forte dei Marmi tiene una temperatura suave y en el aire hay un olor salobre. Es un pueblo señorial; árboles y casitas salpican el perfil de la playa, un malecón largo corta en dos el litoral, la luna en el cielo parece una oblea.

De repente entreveo una cancela y dentro me parece distinguir a un hombre que nos mira de reojo. Lleva uniforme, tal vez sea un policía, nos escruta sin benevolencia durante un segundo, pero rápidamente exclama algo, casi se deshace en excusas y nos deja pasar. Recorremos un sendero, Luca aprieta el volante con un vigor nervioso. Poco después, llegamos ante un castillo: o sea, no exactamente una construcción con torrecillas y bastiones y un foso lleno de cocodrilos, sino algo parecido a una villa gigante, con metros y metros de fachada de piedra, decenas de ventanas, siluetas infinitas de árboles y una fuente sin Afroditas ni angelitos desnudos.

—Tú... vives... ¿aquí? —pregunto muy despacio.

—Por lo que yo recuerdo diría que no, que vivo contigo en Roma.

—Sí, claro, pero yo pensaba... ¿esta casa es de tu familia?

—Desgraciadamente, sí —replica misteriosamente.

Bajamos, nos recibe un chirrido de gravilla, la luz circular de una farola, setos podados como esculturas y esta mansión que no acaba nunca. Luca coge su maleta y yo me muero de vergüenza al pensar que mi mísero equipaje está metido en una bolsita de supermercado.

En la puerta de la casa aparece una figura a contraluz. Es una mujer, pero

no creo que se trate de su madre. ¡Ánimo, Carlotta, que no eres la novieta convocada para conocer a la familia! ¡Deja ya de sentirte incómoda! En el fondo, ¿qué puede pasar? ¡No te van a preguntar las tablas del ocho y del nueve, ni los nombres de todos los reyes de Roma o cómo se calcula el área del triángulo rectángulo!

Puede pasar cualquier cosa. Por ejemplo, que dicha figura sea la de Paola. Aquella Paola. Y precisamente es ella, reconozco sus rasgos delicados, el pelo corto, las maneras agradables. Siento un escalofrío, casi estoy a punto de desmayarme. Luca se detiene, le da un beso en la mejilla y después se vuelve hacia mí.

—Paola, esta es Carlotta. —La joven me mira fijamente, me estudia, tiene los ojos oscuros, atentos pero buenos. Extiende los labios, esboza una sonrisa —. Carlotta, esta es Paola, mi hermana.

¿Qué? ¿Hermana? ¡¿Hermana?! Repito mentalmente el mismo sustantivo una decena de veces. ¿Cómo es posible? Me he estado atormentando noche y día por... ¿su hermana?

No lo acabo de entender, le tiendo una mano con expresión obtusa y me vienen a la cabeza algunos detalles que no logro reconstruir.

Luca habla con ella, le pregunta por su madre. Sigue en el hospital, pero está mejor. Le pregunta también por el padre, llamándolo irónicamente «tu padre». Está en el extranjero, por trabajo, volverá mañana. Paola me pregunta si estoy cansada y si quiero refrescarme antes de cenar. Me guía hasta el piso de arriba y le da órdenes a un ama de llaves con cara de mastín de que me proporcione todo lo que necesite. Me llevan a una habitación enorme, principesca, escoltada por la caradeporro, que mira con disgusto la bolsa de plástico que contiene mis escasas pertenencias. La habitación, lujosa hasta en el papel higiénico del cuarto de baño adyacente, no pega ni con cola con mi indumentaria de una jornada laboral.

Me aseo lo mejor que puedo y miro fijamente mi cara pálida en el espejo bordeado de rositas de cristal. Me doy cuenta de que Luca nunca me ha hablado de verdad de sí mismo. Siempre he creído que era un camarero y escritor pobre en busca de fortuna, sin un techo, y ahora descubro que es un heredero al trono que no quiere el trono. Es más, odia este trono, el hecho de que exista lo mata.

En la cena estamos solo nosotros tres: comemos en la cocina, alrededor de una isleta de mármol tan grande como mi casa. No sé bien por qué, pero estoy cohibida. A pesar de mi tendencia a decir estupideces con toda desenvoltura, esta vez estoy taciturna.

Los escucho. Hay afecto entre ellos, el que une a dos personas que han nacido de la misma madre, que han compartido la infancia, los descubrimientos, la sorpresa de crecer. Lo que nos falta a Erika y a mí. Pero no me da envidia, experimento una sensación delicada, una mezcla de felicidad y nostalgia.

De repente, Paola se va unos momentos y regresa con un álbum de fotografías. En la cubierta de seda azul resalta la inscripción: «Mi hermano».

—¡Llévate ese horror, te lo ordeno! —exclama Luca, sonriendo, mientras da un mordisco a una rebanada de pan.

—No, Carlotta tiene que ver lo feo que eras de niño.

—Cuidado —les advierto—, si me quedo demasiado conmovida podría contraatacar con las fotos de mi tía Ermellina después de hacerse la permanente.

En realidad no me quedo conmovida en absoluto. Luca también era un esplendor de niño. Ojeo el álbum como si fuera un cofre lleno de recuerdos. Ahí está toda su historia.

Luca de niño en brazos de su madre, una mujer menuda, de ojos azules y pelo largo de un pelirrojo anaranjado, como una venus de Botticelli. Luca con unos seis años, en un poni moteado, con el torso inclinado hacia adelante y los brazos alrededor del cuello del caballito. Tiene un aire ingenuo, extasiado, y también el poni parece sonreír. Luca de adolescente, ya tan alto que sobrepasaba a los compañeros en la foto de la clase. Debió de ir a un colegio privado o un internado, porque todos llevan uniformes austeros contra el telón de fondo de una escalera monumental. En esta foto ya no se ríe, en la cara tiene la expresión de quien ha experimentado la decepción.

Me quedo sorprendida al encontrarme ante unas imágenes que parecen de estudio fotográfico. Luca tiene unos veinte años, lleva unos vaqueros de diseño y una camisa abierta. Tiene una de esas poses un poco maliciosas y un poco extenuadas que se les pide a los modelos para anunciar cualquier cosa, desde un champú hasta unos mocasines. Con una mano en el bolsillo y la otra

en el pelo, serio, las fosas nasales ligeramente dilatadas, un enfurruñamiento que provoca pensamientos impuros.

—¿Has hecho de modelo? —pregunto sorprendida. Este descubrimiento me irrita un poco, porque de alguna manera lo acerca a Erika.

Luca hace un gesto con dos dedos, como para metérselos en la boca para vomitar.

—Una vez, una sola vez, lo juro. Probé cuando tenía diecinueve años. Incluso estuve a punto de firmar un contrato con Elite. Pero me bastaron tres meses en aquel ambiente, entre Milán y Londres, para decidir irme a trabajar de albañil a los Abruzos para desintoxicarme.

Quisiera abrazarlo, pero me contengo porque Paola nos mira fijamente. A decir verdad, me mira a mí. No es que no me quite los ojos de encima, pero de repente me doy cuenta de que me observa. Con una sonrisa en la boca. ¿La hago reír? Es mi cruz, hago reír a la gente y nadie me toma nunca en serio.

Entrar de lleno en el pasado de Luca, averiguar de dónde viene, dónde estaba antes de que llegara a mí, hace que se me derrita el corazón. Es como descubrir que él es aún más él y que yo... no sé cómo voy a dejarlo ir.

Pasamos una noche tranquila de historias y recuerdos.

Pero cuando nos vamos a dormir, en la puerta de la habitación, Luca me acaricia la frente con los labios. Por un instante me abraza, me encuentro pegada a él, con un campo minado en lugar de corazón. Pero enseguida se aparta y me mira. Tiene los mismos ojos que en la foto del internado, la misma expresión de mármol.

—Descansa —me dice, y se aleja, llevándose pegada una sombra de color alquitrán.



Luca y Paola se quedan en el hospital hasta el final de la tarde. Como sola, con los ojos del ama de llaves fijos en mi inseguridad respecto a las reglas de etiqueta en la mesa. Paso mucho rato en el jardín. Oigo el sonido del mar, no está lejos, pero aquí solo hay hierba cortada, interminables rosales y bancos de piedra que te congelan el trasero.

Espero que la madre de Luca esté bien, espero que él esté bien. He descubierto una cosa: me gustaría protegerlo. No sé bien qué significa eso, pero creo que el sentimiento que tengo se ha enriquecido con otra faceta: ya no es solo pasión, no es solo complicidad, me siento inundada por una ternura para la que no estaba preparada. ¡El amor es realmente un buen lío! Crees que está completo y en cambio no termina nunca, es un maldito pozo sin fondo.

El sol se está poniendo, vuelvo a casa con fatiga en medio de la penumbra.

Paola me dice que su madre ha vuelto.

—¿Quieres conocerla antes de la cena? Ella no va a bajar, todavía se siente débil, pero le hemos hablado de ti y le gustaría verte.

Admito que me siento cohibida, aunque no sé por qué. En el fondo soy solo una amiga de Luca, me lo repito por enésima vez, y conocer a su madre es cuestión de educación, nada más. No es mi futura suegra, ¿verdad?

—Por supuesto, será un placer.

—Mi padre vendrá a cenar —añade luego con voz aguda—. Entre él y Luca no hay exactamente una buena relación. Así que si te parece que va a estallar una bomba atómica, te ruego que no hagas caso.

—No te preocupes, entiendo algo de eso. —Pienso en mi madre y Erika y en su capacidad innata para hacerme sentir como una mierda.

—Habrán también algún amigo de la familia. Es que Luca viene tan poco que cuando han sabido que estaba por aquí han insistido en venir a verlo.

—Oh... —susurro—. Espero no haceros quedar mal... Ya sabes, fue todo tan precipitado que solo tengo el vestido que suelo ponerme para trabajar. En casa de mis padres, invitar a algunos amigos de la familia significa reunir a unas sesenta personas, la mitad de las cuales se presentarán con plumas y lentejuelas, se emborracharán y tratarán de enredar a la mitad de los sobrios para hacer alguna cosa absurda, como competiciones para ver quién dura más haciendo gárgaras.

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Me ha abandonado el cerebro? Es así, por supuesto, pero ¿era indispensable que lo supieran?

—No hay problema. Pero si quieres, si eso te hace sentir más tranquila, te puedo prestar un vestido.

—Si tu simpática ama de llaves lo puede estrechar, tal vez aceptaré.

Ella sonrío y yo me siento como una idiota.

Elegimos un sencillito vestido tubo, turquesa, y Paola me ayuda a tomar las medidas para estrecharlo y acortarlo un poco, en definitiva: para transformarlo en un vestido para la emperatriz de los pitufos. Es simpática y el hecho de que tolere mis tonterías es signo de su gran indulgencia.

No veo a Luca hasta la noche y no puedo negar que estoy nerviosa. Tengo la clara sensación de que su padre no me gustará.

La madre, en cambio, me encanta. Cuando subo a verla, mi corazón late como si yo fuera una niña de trece años entrando en el despacho del director.

No hay nadie más en la habitación, solo ella y yo. La estancia está tapizada en delicada seda de color lila. Enseguida se nota que no es una habitación de matrimonio, en ella no hay nada masculino; evidentemente la mujer y su marido duermen en habitaciones separadas.

Está tumbada en un sofá a los pies de la cama, con una bata quimono de color aguamarina, que combina de modo sublime con su piel pálida y su pelo

largo. No lo lleva teñido, en las sienes aflora alguna ráfaga de acero que no parece interesada en cubrir. Tan pronto como me ve se pone de pie y se acerca a mí.

—Oh, no, siéntese, por favor, ya me acerco yo —le digo suavemente.

Parece una bailarina de ballet, de pasos suaves y muñecas delgadas; no va maquillada.

Le pregunto cómo está, y ella contesta tranquilizándome:

—Nada serio, soy propensa a estos malestares, pero tengo dos hijos tan aprensivos...

—Luca la quiere mucho.

—Tuteémonos, ¿quieres? Me llamo Lorenza.

—Bueno, yo... lo intentaré.

Me mira un momento, y luego exclama:

—Y tú quieres mucho a Luca.

—Ah, bueno, sí, claro...

—Es la primera vez que trae a una chica a casa.

—Pero nosotros... quiero decir... solo somos amigos, eso es todo.

Ella no hace caso a mi comentario, como si el tipo de vínculo que nos une no fuera relevante, y de repente también me parece irrelevante a mí. La amistad es aún más rara que el amor y basta para hacer especial mi presencia en esta casa. Con una sonrisa de hada fatigada, Lorenza continúa:

—No, ahora que lo pienso, traje a una chica un poco rara una vez... pero fue solo para fastidiar a su padre. Tenía dieciocho años y ni siquiera se acordaba del nombre de la joven. El tuyo lo recuerda muy bien, me ha hablado mucho de ti en el hospital.

—¿En serio? —pregunto y me pongo roja a mi pesar.

Me maldigo a mí y mi actitud de adolescente vergonzosa.

—Sí, querida. ¿Vas a ser paciente y comprensiva con él? Puede convertirse en un verdadero príncipe azul, solo debe enterarse de que el amor existe. No ha tenido un buen ejemplo, por eso a veces parece tan reacio a los sentimientos.

Debería reafirmar mi posición de amiga y hacerle notar que sus conjeturas son fruto de un malentendido, pero en vez de eso, me encuentro susurrando:

—Lo seré. Seré paciente, comprensiva y lo amaré hasta la muerte.

Lorenza me coge la mano con la suya, de tacto aterciopelado, y me mira con complicidad y de forma maternal. En ese momento, Luca entra en la habitación. ¡Espero de todo corazón que la señora no repita mi discurso delante de él! Si dijese algo como: «He conocido a tu novia, que realmente es una chica simpática, y me ha dicho que te ama con locura», yo terminaría tirada en el suelo, a modo de alfombra de piel de oso. Me pongo de pie como si el sofá estuviese recubierto de espinas de rosal y, con un poco de agitación, doy por terminada la charla:

—Tengo que terminar de arreglarme; ¿nos vemos en la cena?

—No, yo cenaré en la habitación, todavía no me siento con bastante fuerza.

—Oh, entonces, buenas noches.

Me inclino un momento, la beso en la mejilla y me marcho, dejándola con su hijo. En el pasillo, frente a un espejo antiguo que hay al lado de una consola de Wright, veo el amor impreso en mi cara y me pregunto cómo es que no lo ve todo el mundo, cómo es que no lo ve Luca. Me parece ser un libro, más que abierto, con las páginas sueltas y la cubierta arrancada.

«Tendría que haberme quedado en casa, no debí haber venido. Este viaje me ha dado el golpe de gracia», pienso.

—¿Todo va bien? —Me pregunta Luca de repente.

Me sobresalto y lo veo a mi lado, reflejado en el espejo. Solo ahora observo que no va afeitado y que lleva una camisa blanca por encima de unos sencillos vaqueros desteñidos. Estoy segura de que ha elegido deliberadamente esta indumentaria tan informal, y estoy igualmente segura de que a su padre no le gustará.

—Todo va muy bien, tu madre es una maravilla.

—¿Le has contado algo gracioso? Porque se reía para sí y no ha querido explicarme qué la divertía tanto.

«Muchas gracias, Lorenza, ¡has guardado nuestro pequeño secreto!».

—¿Es que no lo sabes? La gente se ríe solo con mirarme. Debo de ser simpática.

—Lo eres, muchísimo.

—¿Y tú cómo estás?

—De fábula.

—La idea de la cena no te hace muy feliz, ¿verdad?

—¿Se nota mucho?

—Un poco sí. Pero una cena no es la vida, Luca. Además, arrancado el diente, pasado el dolor. Y por último...

—¿Por último?

—Por último... estoy aquí contigo esta vez, y estaré todas las veces que quieras. Dame la mano, niño. Considérame tu madre esta noche.

Luca sonríe y me mira entre el pelo que le cae sobre los ojos, más alborotado de lo habitual. Me precede por la escalera, con una media sonrisa extraña.

—No pienso considerarte mi madre, ni esta noche ni nunca.

Las cenas familiares en casa de los Morli no son como las de los Lieti, no se sirve un ejército de bogavantes, no hay tías gorditas preguntando quejumbrosamente por qué la sobrina las visita tan poco, y los hombres jóvenes no llevan chaquetas de color langosta y corbatas con personajes de dibujos animados. Todo es mucho más tranquilo, mucho más chic. Pero el sentimiento de incomodidad que provocan es el mismo.

El padre de Luca es un hombre austero, muy guapo, un Luca Morli dentro de treinta años, pero sin la sensibilidad de su hijo. Me saluda seco, me mira con recelo. Sentados con nosotros hay otras tres personas. Una señora de mediana edad con aire severo, alta, delgada, con solo un collar de perlas negras como adorno. Su marido es un anciano de aspecto militar, gafas de carey, perilla y una tos crónica. Y por último su hija treintañera, de aspecto exótico, morena, hermosa, con ojos que parecen almendras y muy poco maquillaje, le basta con el dorado natural de su piel.

¡Alarma, alarma! La niña, de nombre Yolanda, quiere zamparse a Luca.

Y la alarma aún más alarmante, desea hacerlo con la bendición de todos. Su madre la saca siempre a colación, habla de lo que su querida niña está a punto de hacer, de esto y lo otro con una habilidad superior a la de todas las demás mujeres del planeta Tierra.

Lo sé, puedo sentir que al padre de Luca no le desagradaría esa unión.

Luca, por su parte, no dice nada, nunca lo he visto tan callado y distante. Permanece en silencio durante toda la cena, incluso cuando su padre lo riñe por su forma de vestir. Mientras tanto, Yolanda me escruta entre las pestañas, me evalúa, intenta calibrar si debe considerarme un peligro.

—No he entendido bien a qué te dedicas —dice de repente—. ¿Buscas ropa usada? ¿Eres una especie de traperera?

La madre interviene con un tono no mucho más amable:

—Conocí a una mujer búlgara que se dedicaba a algo parecido: recogía cosas usadas y luego los vendedores ambulantes se las compraban.

Un principio de ruborizada mortificación me sube a la cara. No porque haya nada indecoroso en recoger chatarra o vender cosas usadas en mercadillos, sino porque es evidente que lo dicen con intención de ofender. Me gustaría contestarles algo a estas señoras asquerosas, no me falta agudeza, pero no estoy en mi casa y no quiero comportarme mal. El señor Morli está furioso, no con ellas, no por tanta impertinencia, sino conmigo, me fulmina con la mirada. Es evidente que me considera tan bienvenida como a una pordiosera con lepra: en esta mesa y en la vida de Luca.

Paola está a punto de decir algo, pero Luca se le adelanta. Son las primeras palabras que pronuncia. Se dirige a Yolanda y, con una sonrisa encantadora, pregunta:

—¿Y qué me cuentas de ti? ¿Todavía follas con tus caballerizos? —Toma un sorbo de vino y aprovecha el silencio que paraliza el comedor para volver al ataque—: O aquel jovencito con el que te lo montabas, uno con dinero, ¿te acuerdas? ¿Cómo es que te dejó? ¿Descubrió que eres de enésima mano? Lo siento, querida, pero yo no te querría ni aunque estuvieras untada de Nutella.

Yolanda tartamudea, sonrojada, mientras su madre abre los ojos y se balancea como si estuviera borracha. Su marido, tal vez un poco sordo, sigue con una sonrisa vacilante en los labios, tosiendo más que nunca, pero la verdadera amenaza es el padre de Luca.

—¡Pide inmediatamente disculpas a nuestros invitados! —le ordena.

—Ni hablar —responde Luca, cada vez menos tranquilo—, porque, además, tu concepto de la hospitalidad es bastante limitado. Estás demasiado pendiente de los invitados equivocados, te lo aseguro. Pero después de todo, ¿por qué sigo sorprendiéndome? Tu esposa acaba de salir del hospital y tú te

interesas solo por tus negocios y por organizar cenitas.

»¿Te has preocupado, no digo ya de subir a ver cómo está, pero al menos de preguntar si está viva? ¡Qué va! A ti te preocupa solo cierto tipo de apariencia, la que tiene que ver con el dinero. ¿Y ahora sabes qué te digo? Que me voy, que estoy hasta los huevos de esta reunión.

Se levanta, me coge de la mano y me lleva consigo como si fuese de su propiedad. El público que nos observa no está verde solo por un pelo. Nos vamos, acompañados por un cuchicheo de fondo. Paola se levanta, nos sigue y nos alcanza en la entrada.

—Luca, por favor... —suplica.

—No puedo, Paola. Excúsame con mamá, por favor, pero... me tengo que ir.

Ella no responde, solo tiene dos grandes lágrimas entre las pestañas. Levantamos el campo sin detenernos. Yo todavía llevo el vestido de Paola mientras el coche arranca, derrapando en la grava. Estoy confusa, tengo frío, la ventana cierra mal y una pequeña corriente de aire me congela la oreja. Luca mira hacia adelante y es como si estuviera solo. Piensa en algo, lo sé por cómo le tiemblan los párpados. Corre, a pesar de los límites impuestos por las precarias condiciones de la chatarra que nos transporta. La noche palpita, transporta consigo la sal que viene del agua y Luca corta el aire como si eso bastase para devolverle su libertad.

No sé cuánto tiempo dura este silencio, esta huida, no sé cuántas curvas recorre haciendo chirriar las ruedas y cuántas veces siento las náuseas que se me mueven dentro como una marea. De repente me mira y se da cuenta de que no está solo.

—Disculpa —murmura—. Es que...

—Sé cómo te sientes. Lo vivo en mis propias carnes desde hace casi treinta años. Sé cómo las familias a veces muerden el corazón. Cuánto duele darse cuenta de que se tiene un vínculo de sangre con alguien que no nos acepta como somos. Sé que, a pesar de querer a tu padre, tu odio hacia él es el lado oxidado de la misma moneda. Desearías que respetara tu edad, tu identidad, tu independencia. Pero no siempre pasa, las familias perfectas solo existen en la publicidad de las galletas y en algunas series de televisión de los años setenta. En la vida real solo hay un montón de personas desagradables.

Tenemos que llegar a un pacto con esta simple verdad: no podemos pedirles a los demás lo que no nos pueden dar por naturaleza, por educación y por elección. A su manera nos quieren, creo, pero es inútil destrozarse el alma, porque no son como Charles y Caroline Ingalls, felices en su casa de la pradera.

Luca se da la vuelta por un momento y, aunque es de noche y está oscuro, me dirige una sonrisa en la que resplandece todo el sol de la Tierra.

—Eres una mariposita muy sabia, ¿sabes? Por desgracia, en los últimos tiempos mi padre y Paola han vivido en Roma y él no ha parado de estresarme. Pretende que trabaje en la empresa de la familia. Nunca ha soportado que me marchara de casa al cumplir los veinte, que me haya mantenido por mi cuenta, que haya hecho un millón de trabajos que él considera vergonzosos y que sueñe con convertirme en escritor. Para él es una absoluta estupidez.

»Lo siento por mi hermana, que siempre intenta encajar todas las piezas y nunca se da por vencida, aunque algunas no encajarán nunca. Yo debería contenerme, debería vivir mi vida sin decir o hacer por fuerza algo para provocarlo, pero a veces no puedo resistir la tentación.

—¿Cómo has hecho esta noche vistiéndote de esta manera, o cuando tenías dieciocho años y llevaste a casa a una chica un poco rara?

—¿Y tú cómo lo sabes? —Me pregunta. Está más sereno, ya no conduce como si en cada curva quisiera lanzarse al vacío.

—Me lo ha contado tu madre. —Y finalmente encuentro el valor para preguntarle—: ¿Accediste a que yo te acompañara por la misma razón? ¿Sabías que no le iba a caer bien?

Lo veo fruncir el cejo y contesta en tono firme:

—No lo digas ni en broma. Tú eres especial. Eres mi mejor amiga. De hecho, te ruego que me perdones por lo que ha sucedido esta noche y las maneras de estas palurdas que se creen superiores.

La frase «Eres mi mejor amiga», me parte como si yo fuera un tronco herido por un leñador. Pero ya es algo.

Lo tranquilizo con voz alegre:

—No te preocupes. En el fondo no andaban del todo equivocadas. En mi trabajo he visto cosas que los humanos... como cuando, para el anuncio de

una mozzarella, encargué a un artesano unas enormes mamas de vaca de gomaespuma. Por no hablar de otra vez que tenía que llevar hasta el teatro, en el metro, una reproducción en cartón de las figuras de bronce de Riace a tamaño natural. ¿Crees que Yolanda habría apreciado eso? Lástima que nos hayamos ido tan pronto, habría podido hablarles de los Fuck & Fuck. Por cierto, ¿es verdad lo que has dicho de ella?

—Me he limitado a las cosas más suaves. No quería que su madre se desmayara —dice riendo.

Hablamos largo rato, de nosotros, de nuestra infancia, de su foto con el poni, tomada por su madre un día que fueron al circo. De mi foto, también en el circo, solo que mi madre me obligó a posar junto a un contorsionista. En la foto lloro desesperadamente cerca de una chica doblada como un nudo marinero. Desde entonces, odio el circo.

Hablamos de muchas cosas, luego nos quedamos en silencio y durante algunos minutos Luca me coge la mano y la aprieta, no me la deja ni siquiera cuando tiene que cambiar de marcha. Me gustaría que el tiempo se detuviera en este instante.

Al cabo de dos horas de viaje, pienso que debe de estar cansado.

—Tal vez es mejor que paremos —le sugiero.

En la A11 encontramos un motel, un aglomerado de bungalows en un bosque sin un solo árbol. No hay demasiada concurrencia y cogemos dos habitaciones contiguas. Es tarde y nos despedimos con un beso suave, sus labios rozan mi mejilla. La habitación es lo bastante sórdida como para hacerme desear que mañana llegue pronto.

Tengo frío, me envuelvo en la manta y mientras pienso que no me será fácil dormir, mientras mi cabeza comienza un meticuloso montaje de los fotogramas más emocionantes de las últimas veinticuatro horas y mientras el sonido de los coches en la carretera cercana parecen aullidos y las luces de los faros llenan de rayas amarillas y raudas la habitación, oigo un golpe en la puerta.

Es Luca, que lleva una botella en la mano.

—¿Quieres beber un poco? —pregunta—. La he cogido del bar. Creo que

es un vino pésimo, hecho con algún polvo venenoso. No está descartado que muramos intoxicados.

—También cabe la posibilidad de que en vez de eso nos dé un ataque de diarrea. ¡Guau! Vamos allá. Siempre he tenido la esperanza de retorcerme de dolor de vientre en un motel.

Entra, se sienta en la cama, destapa la botella de dos centavos y se ofrece como voluntario para el primer sorbo.

—Si me quedo seco de golpe, no bebas.

—Si te quedas seco de golpe, beberé más.

Bebe directamente de la botella y el vino, de un improbable color morado intenso, gotea en su barbilla y le ensucia la camiseta, dejándole una mancha rosada en el escote. Me la pasa y se limpia los labios con el dorso de la mano.

—Para decirlo con lenguaje de sumiller, ¡es una verdadera mierda! — exclamo riendo, después de probarlo. Recuerda vagamente un insecticida para las cucarachas.

Nos bebemos hasta la última gota, sin dejar de reírnos como dos idiotas. No estamos tan borrachos, solo alegres, pero no se nos escapa el significado de las cosas. De repente, Luca se pone de lado, mirándome con una sonrisa y el codo apoyado sobre una almohada.

No sé bien cómo empieza. Justo antes bromeaba acerca de la suavidad del colchón de piedra lávica y del edredón de papel de lija, y un momento después me acaricia el brazo despacio, con dos dedos, como si estuviera escribiendo algo. Sube desde la muñeca hasta el codo y luego hasta el hombro. Un escalofrío me recorre la espalda, tal vez debería decirle que se detuviera. Pero me quedo en silencio, con la boca cerrada. Tiro la llave de cualquier posible protesta por la alcantarilla.

Y sucede. No es más que un beso cariñoso al principio. Pero luego el beso se detiene, se para, pegado a mis labios, dentro de ellos, con su lengua que tiembla. Primero tengo los ojos cerrados, pero los abro para estar segura de que es realmente él, para sentirme bien... Sí, es Luca quien me abraza, quien está sobre mí. Ya no es una broma, mi madre no se encuentra en el pasillo, escuchando. Solo somos nosotros, la carretera a un lado, el resplandor intermitente de los faros y un encargado pálido que no se acordará de nuestras caras. Todo es cierto, sus manos me tocan, me aprietan, sus manos

son mil millones de manos. Me besa, me desnuda, me besa, me sonrío, me besa de nuevo. Se desnuda a su vez y yo miro incrédula el hermoso cuerpo que emerge.

¿Es así con todas? Cuando hace el amor, ¿sus ojos tienen siempre esta misma luz, albergan esta tormenta verde? ¿Es su boca tan cálida e impaciente? ¿Y soy yo esta mujer?

Sí, soy yo, y lo amo. Amo todo lo suyo. Mi mente se ha quedado en blanco, no hay espacio para nada más allá de este milagro de carne y labios y lengua y dedos y latido de corazón.

No sé si alguien, fuera, conseguirá no oírnos, yo solo sé que soy feliz. Sé que a medida que me aprieta, mientras se corre con un grito ahogado por mi pelo, mientras una ola me sepulta y me hace temblar, sé que podría vivir para siempre, incluso si me muriese ahora. Nunca antes había hecho el amor.

Y a pesar de todo lo que está pasando, me siento casta. Luca me mira, se pega a mi piel sudada, sonrío y recuerda mi nombre.

—Carlotta. —Dice solo eso.

Pero la felicidad es fugaz, la felicidad es un arrebató.

Enseguida noto algo, algo que me destroza. Él mira al techo, incómodo, traga. Tengo miedo de que me deteste, que el momento ya haya pasado y que ahora esté empezando el «después». Permanecemos en silencio unos minutos. Sé que yo también pertenezco a las que no podemos quedarnos dormidas sobre su pecho, y me duele el corazón, probablemente porque estoy a punto de que me dé un infarto.

Luca se mueve un poco, noto un hielo polar que nos separa. Salta de la cama y hace algo que no quisiera que hiciese: se viste, se pone los pantalones de cualquier manera, sin mirarme. Me tapo con un trozo de la manta, como si estar desnuda fuese mucho más que estar desnuda, como si significara estar herida, sangrante, moribunda. No debo llorar, sabía que esto iba a pasar. Se da la vuelta y me dirige una mirada culpable.

—¡Maldita sea, Carlotta, he sido un idiota!

No es exactamente lo que yo esperaba. Por supuesto, no esperaba que me pidiera que me casase con él, pero esta frase es un latigazo.

—Quiero decir que lo hemos hecho sin condón, ¿te das cuenta? —pregunta. Se mueve por la habitación, se frota las manos, como si tuviera frío

—. ¿Entiendes lo que digo? En cuanto a las enfermedades no debes tener miedo, me hago pruebas continuamente y de todas formas siempre he sido prudente, y estoy seguro de que tú no tienes ningún problema.

Asiento y me mareo. Entiendo su reacción, tiene sentido, pero me hace sentir náuseas. Él continúa dando vueltas, parece que lo mueva el viento.

—Y qué me dices de... en fin, ¿es uno de esos momentos del mes en los que...?

—No, no, no te preocupes.

—Te lo juro, Carlotta, estoy mortificado.

—Vamos, Luca, estoy segura de que no hay nada de lo que preocuparse.

—Sí, lo sé... pero ¡mierda, no debería haber ocurrido! No solo el cómo, no debería haber sucedido en absoluto. Ha sido un error, hemos bebido un poco, me sentía triste, y cuando se está borracho y triste se hacen gilipollices.

«Luca, vete, por favor, vete. No digas nada más o me voy a romper como una figurita de porcelana tratada a patadas».

—Carlotta, yo... será mejor que vuelva a mi habitación, ¿no? —Me observa, espera como un condenado, quizá teme que lo invite a quedarse.

—Sí, diría que sí. Vete, está todo bien. Ninguna enfermedad, ni tampoco niños. —Sonrío, hago una mueca graciosa, trato de ser chistosa, volver a ser yo misma, para echarlo sin demasiado dramatismo.

Se detiene en medio de la habitación, me mira, se muerde el labio. No dice nada, estamos lejos, antes estaba dentro de mí y ahora no nos conocemos. Lo amo a pesar de que lo odio. Me siento en la cama, con la manta subida hasta el pecho.

—Luca, no tienes que verlo trágicamente. ¡No pasa nada! ¡Ha sido solo sexo! Buen sexo, pero nada más que eso. —Una sonrisa mentirosa y forzada me estira la boca, siento la piel que se extiende.

—Yo... claro, estoy de acuerdo. ¿Sabes?, había pensado que...

—¿Querría algo más? Pero ¿cómo se te puede ocurrir?

—Porque eres tú, porque te quiero mucho, porque somos amigos y...

—Todo está bien. Además, tengo sueño. Vuelve a tu madriguera. Aquí me molestarás, estoy acostumbrada a dormir sola. Nos vemos mañana por la mañana.

Asiente con la cabeza y se aleja sin decir nada más. Las luces de los

coches vibran, se desparraman, se apagan en un segundo. Agarro la almohada y la aprieto con fuerza. Lloro, sollozo, grito, pero despacito, en sincronía con los ruidos de la calle. Desearía que alguien me honrase con un telón. Pero solo tengo esta manta áspera, y tendrá que bastarme.



No sé si alguna vez os habéis sentido como un coche usado, traqueteante y pasado de moda, en el que una bandada de aves han descargado un montón de caca de forma simultánea. Así me siento durante el viaje de regreso.

Apenas nos miramos y no hablamos casi nada, prefiriendo con mucho la contemplación del campo, de la carretera, de las señales. Creo que cerca del Círculo Polar Ártico, en medio de una familia de morsas mojadas, se alcanza una temperatura más alta que la que hay ahora dentro del coche. No puedo negarlo, me siento mal. Luca me ignora, obviamente no soporta estar a lado de la tipa con la que se acostó y tener que preocuparse de hacer las paradas necesarias para que ella pueda orinar. Piensa, a veces respira tan hondo que se le levanta el pecho, se muerde la mejilla por dentro y mastica.

En cuanto llegamos, sin equipaje y sin afecto, él se va a la coctelería con tres horas de antelación. Estamos en una nueva Guerra Fría. Hemos construido un muro de Berlín invisible.

Esta distancia, estos intentos de eludirnos, duran algunos días. Una tarde llega con los resultados de su prueba del VIH, exclamando con tono triunfante que es negativo. Ni siquiera lo miro, pero mientras lo hace ondear como si fuese una bandera, pienso que no tiene sentido seguir así, de morros como niños y al mismo tiempo fingiendo que no pasa nada. Hay que afrontar la situación, darle un nombre, sea el que sea. Yo sé lo que piensa, ya me

ofreció un adelanto aquella noche.

«Un error debido al alcohol, a la falta de atención, una equivocación».

Dentro de mí pasa un tren en marcha, de esos con vagones llenos de ganado camino del matadero, que gritan con el dolor salvaje de los que deben morir.

—Sé por qué no me has dicho ni una palabra durante días —murmuro.

—Bueno, tú tampoco has estado muy locuaz.

—Tienes razón, el silencio me ha ayudado a pensar. Estaba muy confusa, lo reconozco. Pero ahora por fin tengo una certeza: fue un error. Ocurrió y no ocurrirá más. Así que puedes estar tranquilo, tengo la sensación de que estás a disgusto, que temes haberme engañado o decepcionado o algo así. No hay ninguna desilusión o engaño. Somos adultos, no somos jovencitos que se montan un millón de películas después de echar un polvo. Démosle carpetazo y no hablemos más del tema, ¿de acuerdo?

Él me mira fijamente unos momentos, como si me quisiera leer la mente. Se pasa los dedos de una mano entre el pelo. Emite un corta tos seca. Finalmente declara con convicción:

—Está bien. Démosle carpetazo. He sido un idiota. Pero de los errores se aprende y no volverá a pasar, puedes estar segura.

Querría molerlo a palos en lugar de sonreír. Me duelen las mandíbulas. Ahora pasa un ángel y dice amén y yo seguiré toda la vida con esta mueca en la cara. He salvado el orgullo y la dignidad, he fingido ser alguien que no descarta, de vez en cuando, echar un polvo con un amigo, he impedido que fuera él quien pronunciara un detallado discurso final. Sin embargo, me siento más triste que antes.

No les cuento nada a Lara y a Giovanna: ya sé lo que dirían. Arremeterían contra Luca y me culparían a mí por mi irreflexión. ¿Cómo iba a rebatírsele? ¿Les digo que no fue imprudencia, sino amor? ¿Que lo hice y que lo haría otras mil veces incluso sabiendo cómo termina? Si les dijera que, a pesar de tener el corazón pulverizado, me vienen a la mente frases bíblicas extraídas de un cajón en la memoria como «Tu ternura es más dulce que el vino», o incluso «Antes de que termine la brisa del día y se alarguen las sombras, regresa, amado mío», me pedirían una cita urgente con el psiquiatra. O quizá llorasen conmigo, no lo sé.

De hecho, no quiero ni enfado ni compasión. Quiero silencio.

Afortunadamente, el trabajo me saca a menudo de casa. Voy detrás del mobiliario para la obra, buscando desesperadamente el último elemento de la colección y dándome cuenta de que es imposible de encontrar, y en el teatro ayudo a Iriza a pintar el telón de fondo.

Trabajamos como locas, nos ensuciamos de pintura hasta el cuello. Me doy cuenta de que no estoy muy habladora, pero, como siempre, el cansancio físico, la concentración y la voz cacofónica de Rocky me hacen sentir bien. Iriza prueba a preguntarme si todo está OK y yo contesto esbozando una sonrisa.

Pero de repente, mientras pinto el retrato del padre de Laura (el marido de Amanda, que abandonó a su esposa y a sus hijos de la noche a la mañana, dejando tan solo un lacónico mensaje que decía «Adiós»), me fallan las fuerzas.

Los hombres lo hacen siempre así, en las obras de teatro y en la vida. Te atrapan, te utilizan, te engañan durante el tiempo necesario para dejarte dentro unos brotes de niños y desaparecen. Y tú sigues con su foto encima de la chimenea, tienes dos hijos que han crecido de un modo extraño, y también tú eres rara, tienes la manía del control, pero no eres mala, eres solo una mujer que no ha conseguido conservar a su marido y busca por lo menos mantener junto todo el resto.

Nunca he sido una persona triste. Y aún menos una que llora en público, especialmente si entre el público hay un grano en el culo tan solemne como Rocky, pero me cuesta contenerme. Siento las lágrimas que caen. Pero no lo permitiré, ya he llorado bastante.

—Me voy a fumar un cigarrillo —le digo a Iriza, que me mira asombrada.

—Pero ¿tú fumas?

—No, pero siempre puedo empezar.

Salgo al vestíbulo y desde allí a la calle. Hace frío, un viento impúdico que levanta las cosas. ¿Por qué cuando estoy triste siempre hace un tiempo de perros? ¿Por qué, a pesar de que es primavera, parece que sea el dos de noviembre en Transilvania? ¿Es la naturaleza la que se muestra solidaria con el invierno de mi corazón o es el invierno de mi corazón el que deprime a la naturaleza? ¿Puede ser que el sol brille, los pájaros canten y las flores

florezcan, pero sea yo la que ve el mundo en blanco y negro?

Me apoyo en una pared y en cuanto pasa un tío fumando, le pido sin rodeos si me da un cigarrillo. Lo hace mecánicamente, como si estuviera acostumbrado al gorroneo. Incluso me lo enciende y permanezco allí, con el cigarrillo entre los dedos, sin saber qué hacer. Le doy las gracias mientras se aleja con el gesto de quien va al encuentro de algo desagradable.

Le doy una calada al cigarrillo y, como era de esperar, me ahogo y comienzo a toser.

En ese momento, una mano me golpea suavemente la espalda y la voz de Iriza pregunta:

—¿Estás bien?

En lugar de meterle cualquier trola, le pregunto:

—¿Alguna vez, pensando en un hombre, te ha ocurrido que repetías enteros los versos del «Cantar de los Cantares»?

Iriza sonrío y niega con la cabeza.

—Entonces me parece que se me ha ido la olla por completo —murmuro—, porque no hago más que pensar en mi amado con las piernas como pilares de alabastro y el pecho encastrado de zafiros.

—¿Y este amado no piensa en ti de la misma manera?

—¿Como si yo fuera el sol, la luna, un diente de granada y una paloma? Oh, no, como máximo, pensará en mí como en un gran error. ¿Recuerdas mi teoría acerca de Penélope y Circe? Pues he tratado de hacer un poco de Circe, ya te digo, y no creas que se me dio del todo mal, pero sé que no ha funcionado.

Antes de que Iriza diga nada, otra voz se superpone. Ortensia, la gigante de papel maché, se me acerca, me quita el cigarrillo de la mano y empieza a fumárselo con voluptuosidad.

—¿Qué hacéis, chicas? ¿Fumáis a escondidas de mamá? ¡Qué caritas de colgadas! ¿Habláis de chicos?

Entonces, no sé muy bien por qué, le pregunto impulsivamente:

—¿Tú te has enamorado alguna vez?

Por un momento, Ortensia parece exactamente lo que es: una anciana con un fuerte bagaje de recuerdos y miedo a la muerte. Da una larga calada, lo que convierte su cara arrugada en un acordeón, y luego responde en medio

del humo que se filtra a través de su nariz y su boca:

—Sí, una vez. Yo era diseñadora de vestuario para un gran teatro en Bari y había un actor guapísimo que interpretaba a Yago. Recitaba la parte del traidor a la perfección. Tardé demasiado en darme cuenta de que no estaba actuando en absoluto.

—¿Te engañó?

—Más que nada me vendió las promesas habituales que se hacen antes de quitarle las bragas a una mujer. Sed astutas, chicas, vosotras habéis estudiado más de lo que había estudiado yo a vuestra edad. No os fieis de Yago. No os enamoréis de él. Mejor no os enamoréis de nadie.

—Pero ¿no te dejó nada bueno?

—Ah, sí, Rocky, mi nietecito, mi pequeño pajarillo.

Y tras estas palabras, tira el cigarrillo al suelo, lo aplasta con la punta de su zapato ortopédico y vuelve a entrar en el teatro. Iriza y yo nos miramos y permanecemos en silencio durante un rato. El amor nos engaña a todos, en cualquier época y bajo todos los cielos. Ya seas una costurera que vive en la posguerra de la segunda guerra mundial o un graduado de treinta años que transita por el siglo veintiuno, el amor está destinado a dejarte heridas y cicatrices. Hay a quien le sale bien, pero ¿cuántos son? ¿Y cuánto tiempo dura la apariencia de felicidad? ¿Cuánto tiempo duró la mía, justo el instante de experimentar el orgasmo más intenso de mi vida?

—Franz te pedirá que salgas con él —dice Iriza de repente, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Qué?

—Él no es un Yago, confía en mí.

—¿Salir? ¿A qué te refieres?

—Le gustas, te lo dije, ¿verdad?

—Pero... pero...

Me quedo sin palabras. Iriza parece sonreír sin problema y me pregunto si me habré equivocado al pensar que está enamorada de Franz. ¿Acaso mi estado de mujer con dos lonchas de jamón sobre los ojos, incapaz de ver lo que es bueno para mí misma, me ha hecho también ciega respecto al resto del mundo? ¿Ya no soy capaz de distinguir una luciérnaga de una vela?

En cualquier caso, no quiero gustarle a Franz. No en el sentido romántico.

No solo por mí, no solo por Iriza. También por Franz. Porque mi corazón está sellado.

—Cada vez estoy más segura de que estás equivocada. Y si tienes razón, espero que no lo haga. No puedo afrontar más de una cosa a la vez y tal vez incluso ninguna. Espero que mire a su alrededor y le pida salir a una chica que lo merezca más que yo.

—Yo espero que lo haga y tú aceptes.

—¿Hablas en serio? Pero ¡yo no soy la mujer adecuada para él!

Iriza esboza una leve sonrisa y sacude su pelo rojo, largo y suelto. Sus mejillas pecosas parecen amapolas.

—Lo sé muy bien, pero él también debe comprenderlo.

—¿Así que deseas que salga con él para que se dé cuenta de que no tiene sentido estar conmigo?

—Sí, algo así. Tú te distraerás un poco y él entenderá que no os entendéis. No hay nada más difícil que contrarrestar un amor nunca florecido y nunca vivido. Tenemos tendencia a idealizar a los que no han tenido tiempo de decepcionarnos. Así que si te invita, ¿por qué no aceptar? Contáis con mi bendición.

Si pudiera cerrar los ojos, apretar una tecla mental, *resetear* a Luca y hacer espacio para Franz, sería la persona más feliz del mundo. Pero no puedo, no es posible.

No es posible tampoco por otra razón. Se me retrasa la regla: mi menstruación, generalmente puntual como una reina, se ha saltado el turno. Cuando Luca me preguntó si estaba en una época peligrosa del mes, le dije que no, pero mentí. De hecho, lo estaba. Entendámonos, no lo hice a propósito, no me encontraba en condiciones de hacer la cuenta. Pero de hecho tengo un clamoroso retraso de tres días.

Compro un test de embarazo, pero lo dejo en el bolso, envuelto en el papel de la farmacia. No sé por qué. Quizá no quiera saber tan pronto que no estoy embarazada.

Lo sé, necesito que me ingresen en el manicomio: estoy a punto de cumplir los treinta, tengo un trabajo mal pagado, no tengo pareja, me folló a

lo grande un hombre que se piró a los seis minutos exactos tras el orgasmo y desde entonces ni siquiera me habla; mi deseo de estar embarazada es inadmisibile.

Lo sé, debería esperar que la prueba sea negativa y brindar por haber evitado el peligro. Una mujer normal querría eso. Pero yo no soy normal. Hay algo loco en mi ADN y la idea de que tal vez, dentro de mí, exista una célula nueva, me embriaga de una manera extraña. Será el instinto maternal, el temor de que pueda ser la última ocasión antes de la menopausia (porque, tal como me siento en este momento, no creo que sea capaz de querer a un hombre hasta el descanso eterno), será que se trata de Luca, pero en cualquier caso me siento eufórica y quiero estar embarazada. Él me detesta y yo quiero tener un hijo suyo. Soy una imbécil total.

Con este espíritu, voy a la fiesta de cumpleaños de Emma. Giovanna no ha podido venir debido a unos compromisos de trabajo, aunque sospecho que se habrá inventado una excusa, porque los niños pequeños le dan miedo. Es una mujer llena de determinación, valiente como pocas, pero no sabe manejarse con seres humanos de menos de doce años, en especial si hay muchos. Hay quien les tiene miedo a las arañas, otros a las serpientes o al vacío: a Giovanna la aterrorizan los mocosos.

Cuando llego a la casa de Lara, me da la bienvenida una banda de miniladrones que me manchan la falda de chocolate. Emma me abraza, obligándome a agacharme al nivel de una mocosita besucona de cinco años, que, a decir la verdad, no es mucho más bajo que el mío.

La casa de Lara está llena de madres secuestradas por niños que gritan y corren. Mi regalo es un nuevo libro de cuentos y un neceser lleno de barras de labios de frambuesa, y Emma está entusiasmada. Ayudo a Lara a cuidar a los más pequeños e impido que lancen trozos de tarta contra un cuadro, usando servilletas de papel como tirachinas. En medio de todo esto, oigo a Lara quejarse de la crueldad mental de su ex marido.

—¡Ni siquiera ha llamado para felicitarla! —comenta, delante de las otras madres, que la escuchan atentas.

—Qué hijo de puta, se estará tirando a alguna nueva zorra de tetas puntiagudas.

—Los hombres son todos idiotas, sin excepción —se hace eco otra

madre, una mujer delgada, con el pelo de color yema de huevo y cara enfurruñada—. Si distribuyeran patentes a todos los cerdos del mundo, mi ex tendría una colección. Después de ocho años de matrimonio, ha descubierto que prefiere a las chicas con el culo a la brasileña. Entonces ¿por qué se casó conmigo? ¡Yo nunca he tenido el culo a la brasileña!

—No es un problema de culos —objeta otra madre, una mujercita pequeña, que parece un gnomo—, yo la llamo la teoría de los opuestos. Si tú eres alta, tu marido se follará una bajita, si eres bajita, lo pillarás tirándose a una jirafa. Si tienes una talla grande de sujetador, le encantarán los pechos que caben en una copa de champán, si las tienes pequeñas, lo verás tumbado con la nariz entre dos sandías. Si eres ama de casa, adorará a las mujeres de carrera, si trabajas, le comerá la boca a una maruja. A los hombres siempre les gusta exactamente lo contrario de lo que tienen al lado. Así se sienten cómodos y pueden decir que no correspondemos a sus expectativas.

—Si creéis que a vosotras os ha ido mal por tan poca cosa, entonces tenéis que escucharme —exclama una mujer guapita, con el aire de quien va a dar una exclusiva picante—. Después de tres años de compromiso, dos de convivencia y cuatro de matrimonio, ¡mi marido ha descubierto de repente que prefiere a los hombres!

Me pregunto si Lara ha conseguido reunir a todas las perdedoras del globo, limitando la invitación a mujeres abandonadas por sinvergüenzas.

Mientras escucho a estas legiones de ex esposas quejumbrosas e insatisfechas, que critican los vicios de los hombres, cuentan terribles historias de soledad, de encuentros esporádicos con tipos de paso y de niños que aún se orinan en la cama, me imagino a mí misma, una joven madre con un par de gemelos chillones y pelos en las piernas, porque ni siquiera tendré tiempo de depilarme.

¡Maldita sea, estoy metida en un lío! ¡Estoy embarazada! Daré a luz en un ascensor atascado, con la ayuda de un representante de comercio con manchas de sudor bajo las axilas. Tendré que dejar el trabajo, o peor aún, dejarle mis hijos a mi madre, que se esforzará en transformar a las chicas en putas y a los chicos en puteros. Me quedará un vientre tan descolgado como una alforja y no podré ni atarme los zapatos.

La situación es desesperada. Desesperadísima. Me levanto, la cabeza me

da vueltas, tal vez ha llegado el momento de poner fin a esta tortura. Cojo el bolso, que había dejado encima de la nevera para apartarlo de la vista de los niños. Me encierro en el baño, saco el artefacto —un palito de plástico azul y blanco, que me dirá si los próximos años voy a poder depilarme las piernas o no— y sigo las instrucciones.

Me pregunto por qué en el folleto, tan preciso y detallado (sentarse en el inodoro, empapar de pis el palito durante al menos tres minutos, ponerlo encima de una base y esperar la respuesta), no hay ningún mensaje que diga si hay que alegrarse o tirarse de los pelos según el caso. Total, que aquí estoy, esperando. No quiero mirar y paseo por el baño contemplando las estanterías de Lara para descubrir que tiene una pasión desenfrenada por el talco con mentol.

Finalmente miro. Me quedo inmóvil ante el rectángulo y leo el nítido mensaje que se ha materializado como si fuera tinta mágica al calor de una vela. No estoy embarazada. No hay ningún pajarito sin plumas en mi vientre.

No sé qué sentir. ¿Alivio? ¿Pena?

Me siento en el inodoro y Lara llama a la puerta.

—Carlotta, ¿estás bien? ¡Llevas ahí metida un siglo! ¿Te has caído por el retrete?

Me escondo en el bolso la prueba usada y salgo, consciente de que no voy a poder oír más las quejas de las madres del salón con el sentimiento de hermandad que he sentido antes. Todavía puedo entender su malestar de mujeres sin pareja, pero no la dificultad de criar a los hijos. Debo de estar rara, mucho más de lo habitual, porque Lara me mira con aprensión. Le sonrío, la vida es bella, no estoy embarazada, mi vientre seguirá plano, no tendré que untarme aceite en las estrías y comprarme ropa interior talla hipopótamo. No vomitaré el alma en el inodoro y no iré a hacer pis siete veces por minuto.

Todo va bien.

Me siento libre, libre de la felicidad de tener dentro de mí algo de Luca.

Me quedo un rato más y mientras abrazo un poquito a Emma, que se retuerce como una potranca para perseguir a un muchacho travieso, estoy tentada de decirle que no hay que perseguir a los hombres. No tan abiertamente al menos... Se puede sufrir ante la idea de perderlos, es posible

desear que una sola noche de sexo haya creado una pareja de herederos, se puede hacer un surco en forma de círculo en el suelo de casa dando vueltas mientras se espera a que regresen de madrugada, se los puede mirar detrás de la cortina de la ducha y oler los jerséis que dejan tirados por los sillones, pero perseguirlos... no es lo más apropiado.

También en la humillación hace falta un poco de disciplina. Como la que tengo yo, que pretendo ser una mujer fuerte, a la que no importa que se la follen y luego la tiren como una toallita húmeda. Soy toda una mujer. Yo no persigo: me limito a morir esperando.

Saludo a las damas y me voy, maldiciendo por no haberme decidido todavía a comprar un coche.

Camino mucho rato, la noche es suave. Llevo mi abrigo ligero, una falda al vies, botines, una boina de algodón encima del pelo rizado y no estoy embarazada. Esto hay que celebrarlo. Entro en un bar, uno cualquiera, el primero cuya luz me llama la atención. Es pequeño y está lleno de humo, pero no tengo hijos a los que cuidar y puedo beber cuanto me parezca. La mayoría de los clientes llevan seis pendientes en cada lóbulo y camisetas sin mangas que dejan ver sus bíceps de culturistas. Alrededor del billar, las únicas mujeres presentes visten shorts y chalecos llenos de tachuelas. Pero no me importa demasiado y le pido una copa a un camarero de cejas espesísimas que, sospecho, tenderán a caerse dentro de las bebidas.

Mientras estoy aquí, sentada a la barra, mirando un pelo que nada como un delfín en la superficie de mi supercopa, un tipo se me acerca. Tiene la apariencia coriácea de un roble y el texto de su camiseta es la apoteosis de la finura estilística: «Yo soy bueno y tú estás buena». Estoy impresionada por el hábil juego de adjetivos. Este muchachote me dice algo, un cumplido novedoso, una de esas frases que jamás se han utilizado para hacer chapas.

Me pregunta qué hace una chica como yo en un sitio como este. Y yo le digo la verdad.

—Verás, guapo, estoy celebrando el hecho de no estar embarazada. El hombre al que amo me folló maravillosamente hace unas noches, pero ahora me odia. No hay que descartar que al salir de aquí vaya a cortarme las venas.

Lloro, mientras se lo confío todo a este guapo desconocido. El tipo me mira, quizá sea un poeta disfrazado de árbol. Finalmente contesta, con cara de

camionero cantautor:

—*Baby*, ese hombre no es para ti. Tienes que deshacerte de él. De lo contrario, serás su prisionera para siempre.

No excluyo que el poeta pretenda aludir a la posibilidad de sustituirlo, echándome un polvo bestial sobre la mesa de billar, pero su consejo me sugiere que me largue de allí. Me subo a un autobús en marcha, con el aliento apestando a ginebra y la cabeza dándome vueltas. Llego a casa y pienso que dormiré un poco antes de poner en práctica mi decisión. Sin embargo, cuando entro me doy cuenta de que el sueño tendrá que posponerse.

Luca está en casa y no está solo. Me lo dice su abrigo en el suelo y, sobre todo, me lo dice un vestido de mujer sin la mujer. Me quedo inmóvil, mientras unas voces salen de su habitación. ¿Qué, qué, qué? ¿Está follando? ¿A espaldas de la que casi se convierte en madre de sus gemelos?

Me gustaría matarlo. Trato de contar hasta diez, pero en el tres ya me doy por vencida. Abro la puerta de su habitación con gesto de rabia. Él está acostado boca arriba, ella de lado, y parece que hablan. ¡Incluso se permite el lujo de tener una conversación! Entro con tal furia que ambos se vuelven. Tengo cuatro ojos fijos en mí, la tipa sufre un sobresalto y Luca todavía parece abotargado por la languidez del sexo. La señorita salta de la cama, desconcertada. Luca se cubre, no sé para qué, ya que ambas mujeres presentes en la estancia conocen a su pajarito. Entonces exclamo, con una pérfida calma:

—Solo quería comunicarte que no estoy embarazada.

Salgo, dejando la puerta abierta a propósito. Luca se levanta de la cama, se pone los bóxers y se precipita fuera con la intención, me temo, de hacerme papilla. Está despeinado y furioso. También la tipa se le une, desnuda, cubriéndose los pezones con las manos.

—¡Carlotta! Pero ¿de qué estás hablando? ¿Has bebido? —me pregunta él.

—Puede ser, pero no es asunto tuyo. La pregunta justa es: ¿quién coño es esta?

Él me mira desdeñoso.

—Pues ahora es mi turno de decir que no es asunto tuyo. No necesito que me des tu permiso.

—No lo necesitas, ¡claro que no! Estoy harta de tus putillas, harta de no tener mi casa para mí, estoy harta, hartísima. Tienes que irte, pero no mañana, sino ahora mismo. Coge tus cosas, tu ropa, tu colección de condones de sabores, tus calzoncillos y desaparece de mi vista.

—¡Oye, gilipollas! —Me grita—. ¡Tú no me echas, soy yo el que se va! ¿Crees que es agradable vivir con una histérica? Pero ¿se puede saber qué quieres? ¡A ver si te haces revisar el cerebro! ¡Un día sales con un «Tráete a todas las putillas que quieras, no estamos juntos, somos adultos que no se montan películas», ¿y ahora me sales con un interrogatorio?! Pero ¿tú qué eres, una esquizofrénica en fase terminal? ¿No será que sin querer o queriendo te has montado tú la película y solo porque nos acostamos una vez esperabas una propuesta de matrimonio?

—¿De matrimonio? ¡Antes me follo al camarero cejijunto! ¡Preferiría tener un hijo con un banano del Ecuador! ¿Crees en serio que llevo todo este tiempo pensando en ti? ¿Crees que llevo semanas pensando nada más que en Luca y su culo bonito? ¡Pues mira, cariño, a ver si te enteras, eres bueno en la cama, pero tampoco nada que me vaya a dejar marcada de por vida!

—¿Y cómo podría hacerlo si eres fría como un témpano de hielo? ¡Si después de Tony el baboso te querías meter a monja! —Se ríe a carcajadas, nunca había sido tan cruel—. ¡Me parece incluso que aquella noche tuviste el primer orgasmo de tu vida!

—¡Pues mira, ya no me voy a meter a monja, ahora me voy a hacer puta, como esta de aquí!

—¡Oye, ¿a quién llamas puta?! —exclama con rabia la tía del traje de playa nudista.

—Tú a callar, estúpida fulana —le ordeno—. Esta conversación se ha terminado, Luca. Quiero que te marches.

—¡Por supuesto que me voy! ¡Vaya si me voy! ¡Me tienes hasta las pelotas con todas tus gilipolleces de mujer frustrada! ¿Sabes qué te digo? ¡Que en la cama das pena, has sido el peor polvo de mi vida!

No puedo hablar más, creo que mis cuerdas vocales han estallado. Luca me mira fijamente, con los puños apretados. La señorita recoge su vestido y desaparece en el cuarto de baño. No digo más, no agrego ni una sílaba más a este silencio final. Me doy la vuelta y me dirijo a mi habitación. Me noto las

piernas raras, como si las tuviera de jabón, se me resbalan, me tengo que agarrar a la puerta para no caerme. Me encierro dentro. Me quedo de pie con el picaporte sujeto a mi espalda durante un tiempo infinito, que dilata todos los ruidos exteriores.

Luca se viste, abre violentamente su armario, lanza todas sus cosas en una bolsa de tela. No sé cuánto dura esta escena que preludia el adiós. Sé que de repente se oye un portazo.

Se ha ido. Ya no está. Ahora ya es después. Pierdo el equilibrio, todavía con la boina puesta, me caigo como una flor marchita y es tal mi desesperación que ni siquiera lloro.



**A**quí estoy, un fascinante orinal roto con dos ojos que parecen berenjenas maduras. Llevo una semana encerrada en casa, con un torrente de lágrimas que no quieren aprender a secarse. Ni siquiera sé qué día es. He inventado mil excusas en el trabajo. Me he comido todas las aceitunas sin hueso y las alcaparras. Tengo una sed de camello y bebo del cartón una leche de soja que sabe vagamente a moho, con mi corazón como pasado por una trituradora. Desde que Luca se marchó, también mis sentidos emprendieron el camino sin retorno. Chapoteo en la dignidad, no cabe duda, animándome cada vez que suena el teléfono, con la vana esperanza de que sea él. Lo echo de menos y echo de menos su olor. He dormido en su habitación y no he abierto en ningún momento las ventanas, para dejarlo aprisionado en el aire.

Ha llamado mi madre para preguntarme si prefiero diamantes naturales o sintéticos, pregunta que, lo sé, augura un regalo de cumpleaños en forma de maquinilla para los callos de los pies. Ha llamado Lara, alarmada porque, ordenando el baño, ha encontrado en la papelera la caja de una prueba de embarazo. También ha llamado Franz, muchas veces, para saber cómo estoy e invitándome a volver al trabajo. Lo sé, el estreno del espectáculo se acerca y mi ausencia es imperdonable, pero realmente no puedo levantarme del sofá. Ha llamado un montón de gente, a excepción de Luca.

Debería sentirme honrada y, en homenaje a mi importancia, debería

darme una ducha, depilarme, perfumarme y volver a la vida normal. Pero la humillación me tiene sometida. He sido el peor polvo de su vida...

Me arrastro al váter y vomito. Me enjuago la cara, a tiempo para oír el interfono que suena. Es Giovanna, pero no tengo ganas de verla. Finjo no estar en casa y me hago pasar por la chacha china (que yo no tengo):

—La *señolita* no se *encuentla* en casa *ahola* mismo, ha salido a *dal* la vuelta al mundo en *tlen, glacias*.

Giovanna responde con una carcajada y me pide que no sea pedorra:

—Si no abres inmediatamente, llamo al manicomio y hago que te encierren en un hospital para locas furiosas.

Como siempre, la fuerza vence a la debilidad. Así que abro la puerta. No está sola, viene con el perro atado con correa. En cuanto me ve, *Orso* me salta a los brazos y me tira al suelo: me encuentro bajo una montaña de pelo que mueve la cola y me lame la cara. Giovanna tira de él y *Orso* decide finalmente que mejor que chuparme a mí es chupar una bolsa vacía de patatas fritas.

—Carlotta, ¿qué está pasando? Tienes razones para estar conmocionada, pero ¡hay remedios! ¡No se consigue nada convirtiéndose en un montón de estiércol! —exclama, mientras el perro se vuelve loco de alegría al encontrar una pequeña galleta salada que ha sobrevivido a mi hambre nerviosa.

—¿Y qué remedios puede haber? ¿Un cabrestante para atraparlo y hacerlo volver? ¿Un imán gigante para dejarlo pegado a la puerta de la nevera? Dime, ¿qué remedios? Tal como yo lo veo, la única solución satisfactoria es quedarme aquí, tragar basura hasta convertirme en un pistacho salado, morirme y hacer que me entierren en un ataúd con forma de barril.

—¿Sabes que estás en el umbral de la demencia? —Giovanna me sonrío, observando mi descomposición desde lo alto con su peinado, siempre reciente de peluquería. Se inclina sobre mi cadáver despatarrado y me acaricia una pantorrilla—. Es más, ¿se puede saber de qué estás hablando? Si no te va bien tener el niño, siempre hay un modo de resolver el asunto.

—¿Niño? ¿Qué niño? —Estoy confusa, entre esta mierda de casa y de vida no soy capaz de seguir el hilo de sus razonamientos.

—¿El niño, Carlotta! ¿Acaso no era tuya la prueba de embarazo que Lara dijo que había encontrado en el baño?

—Ah, sí, ya entiendo, te refieres a los gemelos... —Adopto una expresión de desagrado ante el recuerdo de esos pobres gorriones imaginarios.

—¿Qué? ¿Son gemelos?

Se cae sentada al sofá. Una bolsa de patatas fritas, que ha hecho estallar después de hincharla con su contenido dentro, se desparrama bajo su culo, como el cadáver untuoso de un canario. Se levanta de repente, dice una palabrota y se apresura a tirarlo todo a la basura antes de que se lo coma Orso.

—Gio, los niños ya no están, no tengas miedo.

—¿Quieres decir que has abortado? —La posibilidad la descoloca, tal vez esperaba poder convencerme de tenerlos.

—Quiero decir que nunca han estado, me refiero a que no estoy embarazada, no lo estaba y nunca lo estaré.

—Comprendo —responde con un gesto de ternura—. ¿Se puede saber de quién habrían sido esos gemelos si, digamos, hubieran estado? ¿De Tony? Me enteré de que ya no te llama, pero no me explicó lo que había pasado.

—Es mejor respetar su demanda de privacidad —le susurro—. Sin embargo, el casi padre de mis casi hijos era Luca.

—¿Qué? —Giovanna me lisonjea con su incredulidad—. ¿Tú y Luca os acostasteis?

—Sí.

Echo de menos su voz, no quiero recordarlo. Lo he recordado tres mil seiscientos veces en los últimos días y creo que tengo derecho a disfrutar de un poco de publicidad entre una reposición y otra.

—¿Estás tan sorprendida porque te preguntas cómo es posible que me haya deseado a pesar de estar tan bueno?

—No, tonta, para ser honesta, me extrañaba que no hubiera sucedido todavía. Estaba segura de que no aceptarías nuestros consejos, que no lo habrías echado. No te culpo: hay momentos en la vida en que tenemos que cometer errores, darle un bocado a un yunque y hacernos daño, entender y aprender. Yo lo he hecho un montón de veces. Pero tú eres diferente, tú vives las emociones con una intensidad tal que podrías matarte, por eso yo habría preferido que evitaras el yunque y que nos hubieras escuchado. Ahora te lo

puedo decir con conocimiento de causa: Luca no es el tipo ideal para hacerse ilusiones, tú mereces a alguien que tenga el coraje de quedarse.

—No nos hemos puesto de acuerdo en el tiempo... —murmuro—. Él quería follar una vez y yo quería follar siempre. No, yo quería hacer el amor siempre. Para mí nunca ha sido solo sexo. Pero no importa, estoy bien. Se ha ido con la tetuda, pero estoy bien.

—Claro, ya se ve. Apeistas, tu casa es un basurero y tendrías que ponerte una mascarilla en esa zarza de espinos que una vez fueron tus hermosos rizos. Y además...

Se calla, está rumiando algo y presiento que no me va a gustar.

Bueno, este es el momento adecuado para que me asesten el golpe final. «Toma, coge este maldito cuchillo y clávamelo en la espalda, pero ten cuidado de no romperme el frasco de los pepinillos».

—No te conté que lo vi con tu hermana.

—¿Qué? —Esta revelación me despierta, me levanto del sofá, disparada como una bala—. ¿Erika? ¿Cuándo?

—La vi en el local donde trabaja Luca y se fueron juntos cuando cerraron. Y otra vez los vi andando por la calle, un día por la tarde. No te lo he dicho antes porque temía que te sentara mal.

—¿Mal? No, pero qué dices, ¡estoy en éxtasis! —grito; parezco una bruja bailando alrededor del caldero durante un aquelarre.

Bajo la vista y veo los desechos que salpican la alfombra. Algo zumba en mi interior, una sirena de alarma. Luca y Erika. Yo creía que estaba enamorado de Paola hasta que descubrí que era su hermana. Y entonces ¿de quién hablaba aquel día en el parque, cuando lo oí mencionar un sentimiento nuevo que lo hacía estar raro? ¿Es posible que la causa de su imprevisto enamoramiento sea Erika?

Tengo frío, noto un horrible sabor de boca y creo que estoy a punto de vomitar de nuevo. Corro al baño y me miro en el espejo: «Carlotta, tienes que parar. No puedes seguir viviendo en la oscuridad, respirando el olor de sus sábanas. No tienes quince años, no eres una adolescente que sufre las repercusiones de su primera emoción».

No sé si es del todo cierto. Soy una adulta, pero nunca me ha pasado algo así. Sin embargo, debo encontrar una salida, si no por convicción, al menos

por orgullo. La vida continúa incluso sin Luca, incluso sin un hombre que, al tiempo que dice que me quiere mucho, me utiliza como a una cualquiera. De acuerdo, no podía pretender que me amase, pero sí al menos que me tratara con respeto. No puedo dejarlo ganar, que me vea reducida a una ameba mohosa y sin hogar.

Dejo correr el agua de la ducha, mientras Giovanna recoge los escombros de mi semana de reclusión, con el aire disgustado de quien está recogiendo un cadáver, y *Orso* se mete por medio tratando de arrebatarme de las manos cualquier resto de patatas fritas. La oigo dar órdenes en alemán, con un tono a lo señorita Rottenmeier, pero creo que el perro no conoce ese idioma, ya que pasa totalmente de lo que le están mandando y continúa con su caza de asquerosidades. Me ducho y me depilo rápidamente con la maquinilla, mientras el sonido del agua me ensordece.

Vuelvo a ser humana.

Cuando salgo ya me esperan cosas nuevas. La primera novedad es la casa: no se puede decir que esté limpia, pero al menos no hay rastro de migas. La segunda es Franz, en medio de mi recibidor, conversando con Giovanna mientras yo salgo con el albornoz abierto y *Orso* le olfatea persistentemente los zapatos. «¡Caramba, Giovanna, ya me podrías haber avisado!». Me cubro, la fulmino con la mirada y ella me guiña un ojo.

—Me voy antes de que el perro se coma alguna otra porquería —comenta—. En cualquier caso, te quedas en buenas manos.

—¿Cómo estás? —me pregunta Franz con premura, en cuanto nos quedamos a solas.

Y yo, de forma inesperada, se lo cuento todo. Franz transmite un sentimiento de tranquilidad, me produce la misma impresión que un lago surcado por patitos alegres, barcas guiadas por remeros con trajes a rayas y sombreros de paja, y cisnes que con sus cuellos entrelazados forman un corazón. Me causa el efecto de quince gotas de tranquilizante, un masaje con piedras calientes y un largo cepillado de cabello.

Estamos sentados en el mismo sofá y nuestras rodillas se tocan, no llevo nada más que un albornoz, pero no me siento turbada. ¿Por qué no podría ser así con Luca? ¿Por qué, sin embargo, fue suficiente para mí verlo en la puerta aquel día de verano, para sentir la fuerza de un tsunami?

Hablo y Franz me escucha con una afectuosa atención. Luego me cuenta algo sobre sí mismo.

—También para mí este último año ha sido doloroso —dice—. Me he separado de mi esposa, que ha vuelto a Alemania con la niña. Echo mucho de menos a mi pequeña Annika.

Sentados en el sofá, nos sumergimos en nuestras respectivas desgracias. Franz es dulce, tiene ojos celestiales y una historia de amor que terminó mal escondida tras una sonrisa infinita.

Mientras hablamos nos sobresalta un ruido.

Ahí está, la indiscreción personificada: mi madre. Pero ¿no me había devuelto las llaves? ¿Qué hace aquí, de nuevo por sorpresa en mi apartamento, de nuevo extasiada al encontrarme medio desnuda entreteniéndome a un guapo joven? Me temo que voy a tener que cambiar la cerradura: es posible que en un cajón en casa guarde treinta copias de las mismas llaves, listas para su siguiente sorpresa.

—¡Mi tesoro! —exclama, bamboleándose sobre unos inmensos tacones—. Llevo días llamándote, creía que estabas muerta. Pero... ¿qué es este olor? ¡¿Tienes un cadáver en el armario?! ¿Y qué te has hecho en el pelo? Pareces un puercoespín.

—Estoy viva, mamá, la casa huele a mi nuevo ambientador. ¿No sabes que está de moda el olor a cadáver?

Me veo obligada a presentarle a Franz, al menos por educación. Ella le sacude el brazo al darle la mano, lo escruta, lo evalúa mentalmente. Él, compasivo, sensible, consciente de mi macroscópica vergüenza, desaparece al poco rato, con la esperanza de verme mañana en el trabajo. Mi madre, sin aguardar ni un instante, sin darle al joven recién salido la oportunidad de llegar a la planta baja, dice en voz alta:

—Prefería al primero, era más masculino. Este me parece un poco aburrido; es guapo, sí, pero no tiene ese aspecto de cabronazo.

—Eso podría ser una ventaja, ¿no crees?

—¡Ay, no! ¡Qué tontería! —replica como si hubiera dicho una auténtica chorrada—. ¿A quién le gustan los chicos buenos? ¡A ninguna! Las mujeres prefieren a los hombres crueles, que por lo general en la cama rinden mucho mejor.

—Me gustaría que hablásemos de otra cosa. ¿Se puede saber qué quieres?

—He venido a ver si estabas muerta y en caso contrario a informarte sobre tu fiesta de cumpleaños. Ya he invitado a todos los familiares, incluida esa pequeña e insípida mujer que está siempre pegada a tu padre.

—A mí Coretta me cae bien.

—Al menos podría buscarse una con un nombre menos ridículo, vamos... ¡qué rima con al menos una docena de palabras picantonas! —Se ríe, pero tiene la bondad de no someterme a una demostración de sus audaces artes versificadoras.

—Te he dicho que no quiero ninguna fiesta. Después de la del año pasado, con el músico del ukulele que se emborrachó y comenzó a zapatear encima del piano de cola, no confío en tus habilidades como organizadora de eventos. Prepárate para celebrarla sin la invitada de honor, porque no iré. Es la última vez que te lo digo.

—¡Qué drástica eres! De acuerdo, no tienes casi nada que celebrar: al fin y al cabo envejeces, no tienes marido, por no hablar de niños, y tienes un trabajo demasiado absurdo incluso para explicárselo a los amigos. Pero encerrarse no sirve de nada. De hecho, hace que te salgan más arrugas. ¿Has probado esa nueva crema de baba de caracol? Dicen que hace milagros.

—Podrías comprármela para mi cumpleaños y dármela en la fiesta en la que no participaré ni muerta. Ahora, por favor vete, antes de que se me pasen las ganas de llegar a los treinta.

—Eres una ingrata y una maleducada. Me voy o harás que me salgan arrugas a mí también.

—Por lo que yo sé, no son contagiosas; sin embargo, aprecio tu decisión de marcharte.

Un momento antes de que se marche, casi estoy tentada de preguntarle por Erika, para tratar de descubrir en sus palabras algún rastro de la presencia de Luca, pero me contengo. Después de todo, si supiera algo ya me habría informado de las novedades.

Cuando se va, por fin puedo tomarme tiempo para mirar alrededor y ser consciente de la derrota. Luca no volverá. Tengo que vivir sin él. Tengo que enterrarlo en el fondo de un cajón. Tengo que convertirlo en un recuerdo, igual que Ortensia hizo con su Yago. Pero primero tengo que encontrar una

manera de matarlo. En sentido figurado, se entiende.

Entonces, me asalta una idea loca y febril. Saco del armario los pinceles y colores. Entro en la habitación de Luca y me subo a la cama. La pared de detrás de la cabecera es grande, blanca, lisa. Un lienzo perfecto.

Me quito el albornoz y pinto. No sé a qué corriente pictórica pertenece mi arte, tal vez a la del nudista cabreado, pero el caso es que trabajo durante horas, con los pinceles, con las manos, con la rabia.

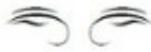
Al final, es casi de noche, estoy sudada, sucia de pintura y tengo frío. Es como si todo el frenesí creativo hubiera atenuado la ira de mi corazón. Ya no es un águila que me picotea el hígado, ahora es un sentimiento que se ha alejado de mí: está encerrado en esta imagen salvaje, prisionera de los colores fuertes que saturan la pared.

Caravaggio no lo aprobaría, pero mi Judit tiene el pelo rizado, pantalones vaqueros azules y dos ojos como dos brasas. Mi Holofernes tiene un ojo verde y otro negro y se parece a Luca. Está tumbado sobre una cama, con una espada en el pecho, encima del corazón.

«No quiero que te mueras de verdad. Solo quiero darte de baja en mi vida. Esto no significa que esté curada, pero al menos tengo intención de estarlo».

Por último, realizo el último acto de esta revuelta. Lavo sus sábanas. Las recojo, las arrugo y me las llevo con un gesto casi ritual hasta la lavadora.

«Adiós, adiós, Luca Morli, aquí estás, dando vueltas junto a la espuma, te elevas y descienes, miras desde detrás de la puerta, y yo, arrodillada, observo tu viaje y pienso que el mío, el que me llevará a recordarte sin rencores, solo acaba de empezar».



He vuelto al trabajo y la proximidad de Franz me tranquiliza mucho. No como hombre, sino como un lago azul con patitos. Iriza no parece preocupada por nuestra amistad y si a ella no le importa, no veo por qué debería preocuparme a mí.

La escenografía cobra cada vez más vida, las pruebas se suceden una tras otra con precisión marcial. Me encuentro a menudo ayudando, desde la parte posterior del teatro y, a pesar de la nueva versión, la obra me sigue encantando. Laura me provoca una ternura infinita.

Desafortunadamente, Jim se revela como el enésimo charlatán en la historia del mundo. Lanza el señuelo y luego le dice que está comprometido. Casi me pongo a gritar un ciclópeo «*Fuck!*».

El tiempo pasa, pero cuánto tarda... cada mañana tacho un día en el calendario y cada mañana espero que sea el siguiente el que me borre a Luca de la memoria. Lo conseguiré, cueste lo que cueste. No importa que en medio de la calle me paralice al ver pasar un coche idéntico al suyo, o un hombre que, desde lejos, me parece que es él, o que simplemente oír su nombre, aunque sea en versión extranjera y en referencia a Luke Skywalker durante la enésima noche de *Star Wars* y palomitas, sea suficiente para dejarme lánguida como una trucha recién pescada. Pero no creo que sucesos tan marginales puedan demoler mi fuerza de voluntad.

Tengo que concentrarme en las cosas importantes.

Por ejemplo en esto: se acerca la noche del estreno y aún no he logrado encontrar la última pieza de la colección. No sé dónde buscar: la Barbie número uno es más difícil de localizar que un fugitivo.

Mientras estoy sentada en la última fila, Franz se me acerca.

—Tal vez tenga buenas noticias para ti —me susurra al oído.

—¿Rocky tiene dolor de garganta y va a estar callado un rato?

—Incluso mejor. He encontrado a alguien que tal vez tiene la última Barbie que necesitamos.

—¿Hablas en serio?

—Sí, he hecho una investigación exhaustiva en internet. Te veo tan triste que he pensado ayudarte a resolver al menos esto.

Por poco no digo: «Gracias, Franz, gracias, mi dulce estanque con patitos en fila».

—¿Cómo lo has conseguido?

—He encontrado un foro para coleccionistas de objetos rarísimos, donde se habla de un anciano caballero que vive en Pesaro y que tal vez tenga esta mítica muñeca.

—¿Tal vez? Pero ¿la vende?

—No lo sé. Quizá ni siquiera exista. Pero no tenemos nada que perder. ¿Qué dices, nos vamos?

—¿Nos vamos?

—A Pesaro. Yo te acompaño. ¿El domingo estás libre?

Reflexiono un momento: ¿Puede esto considerarse una invitación del tipo previsto por Iriza? No creo, esto es trabajo. Por lo menos eso espero. Así que asiento.

—El domingo estoy libre. Vamos.

Lo sé, no debo compararlo siempre todo y a todos con Luca, pero no puedo dejar de pensar que viajar con Franz es muy diferente a viajar con él. Más allá del hecho de que Franz tiene un coche digno de ese nombre, con aire acondicionado, reproductor de CD y asientos cómodos, y no un cacharro que casi funciona a manivela y lleno de corrientes de aire, es como si acabara

de aterrizar en otro planeta. Franz es educado, considerado, a menudo me pregunta cómo estoy, si necesito algo y, aunque es tan guapo como Thor, me parece que estoy con Mickey Mouse.

El trayecto dura poco más de tres horas, durante las cuales tenemos una conversación agradable, escuchamos música y estamos en silencio sin sentirnos incómodos. Nos detenemos en un Autogrill para almorzar y poco después de salir de la autopista nos encontramos con un vendedor de frutas que vende fresas silvestres. No son las fresas cultivadas habituales de invernadero, sino las salvajes, pequeñas, jugosas, que hacen cantar al paladar y la lengua. Franz compra una cestita para cada uno y nos las comemos al lado de una fuente, mirando al mar.

Luego empezamos a buscar la casa del escurridizo poseedor de la muñeca. La encontramos. Es un encanto de casa de piedra en medio de un jardín de girasoles, en la zona de la ciudad más cercana a las colinas. Pero parece deshabitada, todo está cerrado, las persianas echadas, a pesar de que hace sol. Llamamos, aunque nadie responde, y luego nos sentamos en un banco junto a la puerta, a la sombra de una pérgola.

—Me parece que no hay nadie, puede que se haya mudado —dice Franz con pesar.

—O tal vez ni siquiera exista, alguien lo ha visto pero nadie tiene pruebas, como el monstruo del Lago Ness, los cocodrilos gigantes de las alcantarillas de Nueva York y los ovnis.

—Es una lástima, esa Barbie es más difícil de encontrar de lo que pensaba.

—Es más que eso. Es el primer paso de un hechizo que dura ya más de medio siglo. Se trata de un primer amor. Y, como cualquier primer amor, está destinado a convertirse en un espejismo. Quizá pase lo mismo con la muñeca.

Franz se queda en silencio un momento y luego añade:

—En cualquier caso, ha sido un viaje bonito.

—Muy bonito, hacía una eternidad que no me relajaba tanto. De hecho, para ser honesta, nunca había estado tan relajada.

—¿Ni siquiera en los viajes que hacías cuando eras niña?

—Ay, no, ¿cómo puede uno relajarse con una horda de parientes que hablan todos a la vez y tu madre gritándote todo el rato?

—¿Tu madre era muy estricta?

—Estricta no es la palabra correcta: hace pensar en una madre del siglo diecinueve obsesionada con los modales, los codos fuera de la mesa y diciendo que no se habla con la boca llena. No, no es así. Tiene sus obsesiones, pero son diferentes a las de las madres normales. Ella quería una hija mucho más hollywoodiense. Luego se tomó la revancha con Erika, mi hermana.

—¿Hollywoodiense?

—Sí, una niña de concurso de pequeña Miss, que a los doce años fuera la más cortejada de la escuela, que andara por ahí vestida a la última moda para hacer palidecer de envidia a las otras chicas y a las madres de las otras chicas, y que de adulta encontrara un trabajo fácil de explicar a sus amigas. O tal vez ni siquiera necesitara un trabajo, porque sería capaz de pescar a un marido rico. Todo eso antes de los veintinueve años como máximo.

»Más allá de esta edad, se empieza a entrar en la categoría de las chicas desvirgadas sin esperanza.

—A su manera sí es muy del siglo diecinueve.

—De hecho, a su manera sí... pero solo en algunos aspectos. Afortunadamente, estaba mi padre: él me hizo de madre. No se ha de ser necesariamente una mujer para hacer de madre. Pero basta de hablar de mí. ¿Qué tipo de niño eras tú? ¿Un principito de ojos azules a la espera de llevar un manto del mismo color?

Franz se ríe y niega con la cabeza.

—No, cuando era niño, yo era un verdadero terremoto. Me fui convirtiendo en príncipe a medida que crecí.

Me río a mi vez, apoyando la espalda contra la pared de la casa. Se está muy bien aquí, el viento en los girasoles es hipnótico. Una abeja que zumba alrededor me pasa cerca de la cara. Y se desliza en mi pelo.

Lo sabía, incluso un momento idílico tiene que transformarse en una situación extraña. ¡Es mi maldición!

La abeja, aprisionada entre mis rizos, zumba desesperadamente y yo empiezo a inquietarme. Soy alérgica a su picadura y si me pica me hincharé como un calamar gigante. Moriré convertida en la mujer elefante y Franz me enterrará entre los girasoles. Menudo consuelo.

Pero Franz no es un príncipe azul solo de boquilla. En pocos movimientos viene a socorrerme y me aconseja que me quede quieta, que él se encargará, y yo me fío. Cierro los ojos, siento sus dedos en mi pelo y la abeja escapa rauda. Pero la mano de Franz no se aparta, se desliza por mi mejilla.

Abro los ojos y me lo encuentro muy cerca. Parece realmente un dios germánico, sus ojos son turquesa y su boca está claro que quiere besarme.

«Vale, vamos a hacerlo. A Iriza no le importa, a Luca no le importa. Y el tipo no está nada mal. Huele bien. Y estoy segura de que sabe besar. ¡Adelante, Carlotta!».

Justo en el momento en que nuestros labios están a punto de tocarse, la puerta de la casa se abre con estrépito. Franz y yo nos sobresaltamos, como si nos despertara el sonido repentino de un despertador.

Un anciano caballero con vaqueros nos mira con el cejo fruncido y después nos ordena:

—Entrad.

Por unos momentos me siento como la protagonista de una película de terror, tipo *La matanza de Texas*. Espero que en la casa no esté Cara de cuero. Pero pronto descubrimos que el hombre que ha impedido nuestro beso es justamente la persona que estábamos buscando. Tiene la piel quemada por el sol y los ojos tan grises como la pizarra.

Nos hace entrar en una casa que hace mucho tiempo debió de haber sido hermosa, pero que ahora parece abandonada y llena de polvo hasta el punto de que en las superficies de los muebles se podría escribir un poema homérico con los dedos.

Aparte de presentarse, no dice nada. Nos invita a seguirlo hasta la puerta de una habitación y Franz y yo miramos con expresión de desconcierto. No parece peligroso, no tiene hachas ni escopetas y Franz podría dejarlo fuera de combate en un instante si finalmente resultara ser un psicópata.

Cuando se abre la puerta de la habitación, mi corazón se detiene.

Es el cuarto de una niña pequeña, ordenado, limpio, una bombonera perfecta y un poco pasada de moda, como recién salida de un telefilme ochentero. Todo es de color rosa, desde el cubrecama y la pantalla de la lámpara hasta las puertas del armario. Desde los estantes, forrados con tela, la mesilla de noche, el suelo cubierto con una alfombra de color chicle, el

escritorio con espejo, el mundo de Barbie se desborda como un prado florido. La casa de Barbie, el caballo de Barbie, el perro de Barbie, decenas de vestidos colocados en pequeñas perchas tamaño muñeca, por supuesto de color rosa, y otros lugares como el salón de té y la bañera con burbujas de jabón.

Sin embargo, extrañamente no hay muchas muñecas. Veo alguna, no demasiado rara, muy gastada y masticada en las extremidades. Luego, sobre la cama, la distingo a ella. La mítica, la quimérica, la número uno. En perfectas condiciones, como si acabara de salir de su hermosa caja. Está sentada sobre un cojín y lo mira todo con esos ojos orgullosos, capaces de formular pensamientos y visiones, de guardar secretos que solo a una persona especial se le permite conocer y revelar. Parece una muñeca antigua que hubiese acabado aquí, en este mundo paralelo, se la ve desconcertada e incrédula. Casi me dan ganas de llorar, tengo miedo de tocarla, de romperla.

El viejo me mira y susurra:

—Ella también adoraba a esa muñeca. Jugaba con ella con respeto, con delicadeza, como si fuera de cristal.

Pronto nos revela el extraño y conmovedor misterio. La nieta tenía trece años hace treinta. Era una niña con retraso mental: su cuerpo creció pero sus deseos, sus expresiones, sus facultades se quedaron detenidas en la edad de la inocencia. Sus padres, desesperados e incapacitados para educar a una hija problemática, quisieron encerrarla en una institución, pero el abuelo insistió en ocuparse de ella. La acogió en esa casa rodeada de vegetación y le dio una vida a su medida y semejanza.

Aire puro, amor sin reservas y un mundo mágico de castillos, establos, coches descapotables, trajes de princesa y sueños.

Años después, la chica se puso gravemente enferma y el médico dijo que no había ninguna esperanza. Entonces el abuelo quiso cumplir su mayor deseo: tener la primera Barbie que se había fabricado. Consiguió un ordenador, se hizo instalar una línea ADSL y comenzó a buscar. Buscó muchísimo. Finalmente encontró un coleccionista francés que tenía esa muñeca tan especial. Vendió la poca tierra que poseía, a excepción del jardín con girasoles, y la compró. La nieta murió un año después.

Es la historia más triste que jamás he oído. Mientras la escucho, lloro.

Miro al buen hombre y creo que se parece a mi padre. Y entonces lloro más fuerte, sollozando ruidosamente.

—Disculpe —digo de repente, y me seco las lágrimas.

—No se preocupe —responde—. He oído lo que hablaban. Y usted ha hecho un comentario que me ha impresionado. «No es necesario ser mujer para hacer de madre». Es verdad, yo también lo creo. Y sé que Laura también lo creía.

Al oír el nombre de su nieta, pienso que el destino es un niño al que le gusta entrelazar la vida de los hombres. ¡Se llamaba Laura, como la protagonista de la obra! Se lo digo, le explico honestamente la razón por la que estamos ahí.

—Puede llevársela —murmura él finalmente—. Se la regalo. A condición de que después se la quede usted. Usted tiene un padre que le ha hecho de madre y lo puede entender.

Lo puedo entender, sí, lo puedo entender. Quisiera pedirle que viniera con nosotros. Que no se quede aquí, solo, entre el polvo que blanquea todas las cosas, excepto esta habitación.

Pero guardo silencio, porque también comprendo que no conoce otra manera de vivir que no sea en el pasado.

Lo dejamos ahí, frente a la entrada, enmarcado por los girasoles que nos sonrían por un instante. Nos despide a nosotros y a la Barbie con la mano, como si estuviera en un transatlántico que nunca lo traerá de vuelta.

Bajo del coche de Franz, frente al portal de mi casa, ya de noche. Barbie ha dormido en mis brazos durante todo el viaje. Yo también he dormido un poco, después de llorar un poco más. Franz ya no pensará que soy el sol, ni tampoco un payaso divertido. Tengo más nubes por dentro de las que muestra mi cara relajada.

—He decidido una cosa —me informa—. Haré que la obra esté dedicada a la nieta de ese hombre. Diré que lo escriban en el cartel. ¿Qué te parece?

—Es una idea espléndida.

—Le guardaré una entrada para el estreno y una invitación para venir a Roma a cargo de la producción... aunque no sé si lo hará.

—No, no lo haré. Pero lo conservaré todo y se lo contará luego a Laura cuando la vea.

Franz me mira y me sonrío con dulzura.

—Antes de que él abriera la puerta, estábamos...

—Sí —le digo sin necesidad de concretar, porque ambos sabemos de qué estamos hablando.

Estábamos a punto de besarnos.

—Tal vez aún no fuera el momento —le susurro—. Está bien como está.

—Entonces ¿puede que haya otro momento, en otro momento?

—Tal vez, no lo sé. —Sonrío y soy sincera.

—¿Quieres que suba contigo para comprobar que no haya intrusos en la casa?

—No, gracias, los intrusos saben que no hay ni una sola baratija que valga la pena robar dentro de mis cuatro paredes.

—Como quieras; descansa, entonces. Nos vemos en el teatro.

Se acerca a mí y me besa en la mejilla. Espera a que abra el portal y lo cierra tras de mí, después se sube al coche y se aleja. Un perfecto caballero.

Subo la escalera perezosamente. Tengo los ojos hinchados y el corazón acribillado por todas las emociones de este extraño día. Abro la puerta y entro en casa.

Y entonces me quedo paralizada de terror. Después de todo, habría sido mejor dejar que Franz subiera. La luz del recibidor está encendida y estoy segura de que la he apagado antes de salir esta mañana. Y se oyen ruidos en la habitación de Luca.

Y enseguida sale Luca de ella.

Aparece por la puerta, con su portátil bajo un brazo. Lleva pantalones vaqueros, una chaqueta de cuero y unas Doctor Martens sin cordones. Tiene el pelo más largo y un poco de barba. Y una mirada como poco hostil.

De repente me siento igual que esos drogadictos que, después de un número de días limpios, creen estar en la senda de la liberación, pero en realidad están a un instante de ver de qué forma su buena voluntad se derrumba como un castillo de naipes.

¿Cómo se mata el amor? ¿Hay algún dolor lo bastante potente para anular cada latido? Si existe, ¿alguien me puede decir cuál es? Porque parece que yo

no tengo bastante con los golpes. Los que me he dado hasta ahora no han sido suficientes.

Me basta con volver a verlo para que se me expandan los pulmones, como si no hubiera respirado desde que él se fue.

—Muy bonito el fresco —dice, refiriéndose al dibujo de la pared de su antigua habitación—. Expresa muy bien lo que piensas de mí, de nosotros. Mejor que mil palabras.

Mientras habla, con esa voz enemiga, la rabia resurge sobre la espuma de mi mar atormentado.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunto, sin decir nada del dibujo. Es mi casa y pinto lo que me parece.

—He venido a recoger el ordenador. Lo había olvidado aquí. He llamado, pero no estabas en casa. ¿Estabas paseando?

—Estaba donde demonios me apeteciera estar. Dame las llaves.

Luca se ríe y viene hacia mí. La suela de las botas chirría sobre el suelo de cerámica, como si le hiciera cosquillas. Yo retrocedo sin saber por qué.

—Te he visto con el rubio. ¿Te lo estás follando?

Odio cuando se expresa de forma tan burda. Ahora lo ataco yo a mi vez:

—¿Lo tienes todo? Espero que sí, porque voy a cambiar la cerradura y si intentas volver llamo a la policía.

Por toda respuesta, sigue avanzando. Pronto me convierto en una hoja entre su cuerpo y la pared. Entre nosotros solo está la Barbie, todavía acurrucada en mis brazos.

—¿Te lo follas? —me pregunta Luca de nuevo.

Me siento rara, líquida como cera caliente. Él está tan cerca que, si nos vieran desde lejos, pareceríamos llenos de amor, de besos y de intimidad en lugar de odio y resentimiento. Estiro el brazo y lo aparto con fuerza.

—Vete —le ordeno, en el tono más categórico que consigo sacarles a mis cuerdas vocales.

Niega con la cabeza, y hace un sonido de desprecio, una especie de «Puaj» entre la nariz y la garganta, se pasa una mano por el pelo y retrocede. Saca sus llaves del bolsillo, las deja caer en la consola de entrada con gesto despectivo, abre la puerta y se va, cerrándola con tal fuerza que hace vibrar el marco.

En cuanto me quedo sola, echo la llave y paso el pestillo. Me doy cuenta de que estoy temblando. Me deslizo hasta el suelo y me acurruco como dicen que hay que hacer en los aviones en caso de emergencia.

¿Qué le decía el viejecito a Candy, en el muelle del puerto, mientras el barco que transportaba lejos a Terrence se convertía en un punto en el horizonte?

—No llores, niña, porque mientras estemos vivos, siempre podremos reunirnos de nuevo.

Pues bien, espero que se equivocara. Espero poder seguir con vida y no volver a verlo. Si lo hago, me veré reducida a fragmentos todas y cada una de las veces. No pido mucho, solo esto: que nuestros caminos se separen y yo pueda recuperar a mi antigua yo.

«Por favor, Carlotta, vuelve a casa, que ya no sé qué hacer con este molusco llorón».



Los últimos días, Franz y yo no hemos tenido mucho tiempo para hablar en privado, y menos mal, porque no sé qué decirle. A mi modo de ver, la aparición del abuelo de Laura, interrumpiendo nuestro beso, fue providencial.

Las fuerzas cósmicas no quieren que estemos juntos.

Y yo tampoco.

Tampoco Iriza, aunque continúe fingiendo que la cosa no va con ella. Pregunta cómo nos fue en el viaje y le soy completamente sincera. Al oír que estuvimos a punto de besarnos, se encoge de hombros.

—¿No estás enfadada? —le pregunto sorprendida—. ¿Con uno de los dos? ¿No tienes ganas de pasarme por encima con un tanque?

Ella esboza una sonrisa triste y me da una respuesta lógica:

—En primer lugar, no os habéis besado, si queremos ser precisas. En segundo lugar, él y yo no estamos juntos. Además... no le puedes obligar a nadie a que te quiera.

—Lo sé, pero...

—No puedo pretender que me prefiera a mí, solo puedo esperar que ocurra con el tiempo. Pero ordenarle a la vida que vaya de cierta manera solo porque es la mejor manera para mí... es absurdo. Voy a dejar que las cosas sigan su curso y sucederá lo que esté escrito en el destino. Ya te dije que soy una mujer Penélope. La vida me ha enseñado que hay cosas que es inevitable

aceptar, y debes prepararte para soportarlas si no quieres morir junto con ellas.

La observo y entiendo que lo suyo no es resignación. Ella, con esa sabiduría aparentemente fría y de modales suaves, es una guerrera mucho más preparada que yo, que siento poder en las manos, pero me ahogo en un vaso de agua. La admiro.

—Tienes razón y quiero que sepas que entre Franz y yo nunca sucederá nada. Así que podemos considerar salvado este obstáculo.

Entre una conversación y otra todos trabajamos mucho y finalmente llega el día del espectáculo.

La noche del estreno el teatro está lleno. No es que hiciera falta mucho para llenarlo, pero no esperaba esta afluencia de público. También están Lara y Giovanna, y el nuevo novio de esta última, Roberto, un representante de cosméticos que yo creo que es gay, pero Giovanna aún está convencida de que no se la lleva a la cama porque la respeta.

Las muñecas se encuentran bellamente expuestas en una vitrina. Los actores están tan blancos, con el maquillaje y el vestuario, que parecen fantasmas errantes. Rocky lleva el foulard habitual y siete capas de *kohl* negro. Ortensia, al pasar, trata de tocarle el culo a Franz, quien, acostumbrado, se mueve hacia adelante y envía al vacío el intento de su gran mano. Nada nuevo. Me he aficionado a este manicomio. Cuando todo termine, me temo que lo voy a extrañar.

El público está atento, interesado, parece apreciar la revisión del texto hecha por Rocky. Yo voy detrás del escenario y anticipo los parlamentos de los actores, que ya me sé de memoria.

Pero de repente, durante el entreacto, noto algo raro en el ambiente. Rocky está nervioso y no para de dar vueltas. No tengo ninguna intención de preguntarle qué le molesta, así que trato de evitarlo y me alejo hacia los vestuarios. Y allí, a mi pesar, soy testigo de un giro inesperado.

Romina, la actriz que interpreta a Laura, está llorando, y Ortensia intenta consolarla. Junto a ellos hay una chica nueva que hace el papel de costurera y que obedece a Ortensia como si fuera un soldado. Cuando esta le dice que

vaya y llame al director, la joven sale rauda y veloz en busca de Rocky, que llega un momento después.

¡No era mi intención escuchar, pero una vez se empieza, es difícil darse la vuelta! Expulsan a la costurera del camerino y, tras la puerta cerrada, oigo la potente voz de Ortensia que se dirige a su nieto. Nunca le había hablado así, con tanta amargura. Era su gorrión y ahora en cambio lo trata como si fuera el lobo feroz que quiere devorar a Caperucita Roja.

—Vas a aceptar tu responsabilidad, lo juro por mi honor. No vas a abandonar a esta chica a una vida de escarnio. Te vas a casar con ella y nuestra familia finalmente tendrá un hijo legítimo, después de tantos años. Así lo he decidido y así se hará.

Rocky intenta protestar, oigo un ligero tartamudeo, pero su abuela es inflexible. Romina emite un lamento y luego, de repente, abre la puerta y me la encuentro de frente. Está muy agitada y ni siquiera se fija en mí. Se apresura en dirección al baño con una mano en la boca y vomita toda el alma en el retrete.

Resumiendo, Romina está embarazada. De Rocky. Me sorprende que su esperma haya sido lo bastante veloz como para procrear. De hecho, me sorprende que tenga espermatozoides. O que sepa cómo usar un pene. O que tenga un pene. No me cuadra, no tiene aspecto de alguien a quien le gustan los abrazos: de Rocky se podría decir de todo, pero no parecía un cerdo. Entre las muchas críticas que le he dedicado mentalmente, por lo menos en una cosa se salvaba. No parecía el típico director aprovechado que se acuesta con las actrices... pero finalmente solo era fachada. Es un cerdo camuflado.

Ahora comprendo que los kilos de más de Romina no se debían al pecado de la gula, sino a pecados de otro tipo. Y encima el muy cabrón le echaba la bronca. La pobrecilla está en el servicio, llorando todas sus lágrimas. Me siento obligada a apoyarla, después de todo yo también casi he sido madre, y sin una abuela Ortensia que obligase al canalla a casarse conmigo.

—Qué náuseas —susurra, mientras sigue sujetando el váter como si fuera una puerta flotante después del hundimiento del *Titanic*.

»Durante el primer acto he intentado resistir, pero ahora no puedo hacerlo.

—¿No puedes hacer qué? —inquiero, vagamente alarmada.

—¡Interpretar! ¡No puedo vomitar en el escenario!

—Tienes razón, pero ¿qué hacemos? —pregunto, más a mí que a ella—. No tenemos una sustituta. Habrá que suspender la representación.

—Pobre tesoro —murmura Romina entre dos arcadas—, ha invertido tanto en esto.

Tardo un momento en darme cuenta de que el pobre tesoro en cuestión es Rocky. Ya sabéis cómo es, me resulta difícil imaginarlo con la apariencia de algo dulce y precioso. El amor es un misterio, lo afirmo y lo confirmo.

En ese momento, Ortensia entra en el baño, seguida de Rocky, que tiene una expresión de disgusto tan acentuada, que convierte su cara en algo parecido al culo de un pollo.

—No te preocupes, querida —dice la anciana—, Carlotta actuará en tu lugar.

Por un momento, trato de entender quién es esa chica que sustituirá a Romina en el escenario. Cuando me doy cuenta de que se refieren a mí, suelto un grito digno de Tarzán en la jungla, en los momentos en que reunía a la tropa para salir en busca de algún cazador furtivo.

—¡Supongo que es una broma! —exclamo.

—¡Supongo que es una broma! —grita también Rocky.

—No hay otra alternativa, de lo contrario, tendremos que suspender la función y devolver el dinero de las entradas. Tú, querida, te sabes el texto de memoria, y con ese vestido de muerto viviente nadie se dará cuenta de que no ha salido la misma actriz.

—¡Por si no os habíais dado cuenta —vocifero— yo no soy actriz! ¿Y el pelo? ¿Qué hacemos con el pelo? ¡El de Romina es suave como la seda y el mío parece de madera!

—Menudencias, pensaremos algún truco —insiste Ortensia—. Con todas las chorradas que Rocky ha metido en la obra, una más o una menos no...

Rocky se muestra ofendido por el comentario hecho a su arte y casi se olvida de la propuesta de su abuela.

—¡Yo me niego! —digo—. Mi contrato no dice nada sobre que tenga que actuar.

Pero la abuelita no suelta la presa.

—No te lo pedimos por contrato. Te lo pedimos como amigos, como

personas con las que has estrechado sólidos lazos en los últimos meses, te lo pide una futura madre que no se encuentra bien, te lo pide una pobre anciana y te lo pedirá también Franz en cuanto lo sepa, porque verá tan mal como nosotros la idea de tener que reembolsar las entradas.

Me quedo con la boca abierta ante su astuta oratoria.

—No —dice Rocky, a quien ya no le importa enfrentarse con la abuela en este punto. Enterarse de que próximamente contraerá matrimonio y tolerarme a mí como actriz en una misma noche es demasiado incluso para su tendencia a no llevarle la contraria a la anciana—. A esta zoqueta no la quiero. Es fea, es estúpida, tiene un pelo que me pone enfermo solo con mirarlo y no posee ninguna dicción. ¡No arruinarás mi obra! ¡Vais a tener que pasar sobre mi cadáver antes que permitir que semejante nulidad interprete el papel de mi Laura!

Inmediatamente después de esta serie de elogios, oigo una voz que dice con vehemencia:

—Pues entonces, prepárate a estirar la pata, cara de culo, porque va a haber otra Laura en la segunda parte, y será todo un portento de maestría. — Y casi me desmayo al darme cuenta de que esa voz que escucho es la mía.

Vale, estoy lista. El maquillaje y la peluca están en su sitio. En cuanto a la peluca, mejor no decir nada. El vestido me sienta como un guante. Las líneas me las sé, creo. Debería, porque en este momento no sé ni siquiera mi nombre. Franz me ha dicho y repetido que no me preocupe, que no estoy obligada, que el espectáculo se puede aplazar a una fecha por concretar, pero no quiero que Rocky se salga con la suya, tengo que demostrarle que no soy tan inútil como piensa.

Tan pronto como se abre el telón de nuevo, me maldigo por haber cedido a mi orgullo. Maldita sea, ¿no podía dejar que me insultaran y amén?

Pero no quiero estropear a Laura, me encanta este personaje. Y no quiero que la otra Laura, la que duerme en las camas del cielo y cuyo nombre aparece en el cartel, salga perjudicada. Así que decido esforzarme, porque para mí Laura es como todas las mujeres insignificantes que se han enamorado de un hombre llamativo, que las deslumbra, y que luego se casa

con otra.

Así que aquí estoy, muerta de miedo, pero aquí estoy.

Laura, obligada por su madre a vestirse de forma elegante para recibir al nuevo huésped. Laura, que tiembla ante la idea de ser inadecuada.

Laura, acurrucada en el sofá delante de su único amigo, un ordenador portátil.

Me sale con naturalidad, porque soy yo. No actúo, soy yo misma en el escenario.

Toda la escena con Jim me haría reír si no me imaginara a Luca en su lugar. Entonces todo adquiere sentido.

Ella lo admiraba en la escuela.

Él ni siquiera la miraba.

Ella no tiene confianza en sí misma.

Él la invita a bailar.

Ella le muestra su colección.

Él rompe la pieza principal. Sin querer, pero la rompe.

—Las personas diferentes a los demás no son como los demás, pero no tienen por qué avergonzarse de ello. Porque los demás no son tan extraordinarios. Hay miles de miles de millones. Ella es una. Ellos se agitan arriba y abajo por el mundo. Ella está aquí. Los demás son comunes como las malas hierbas. Ella es una rosa. Una rosa pálida. Una hermosa rosa.

Casi lloro mientras bailo con Jim, no, con Luca. Lloro mientras me besa. Y cuando me revela que está prometido y a punto de casarse, las lágrimas caen como ríos por mis mejillas. No estaba previsto. Romina no lloraba. Parecía turbada, triste, desolada, pero no lloraba. Yo parezco una huérfana perdida en el bosque. Pero ¿cómo puedo oírle decir «El amor me ha renovado, el amor es una fuerza tremenda», sin pensar en lo mucho que yo he cambiado y sin preguntarme qué pasará? ¿Adónde voy a ir, qué voy a hacer?

Al final todo se derrumba, y no solo en sentido figurado.

Me quedo sola, mirando hacia el público, mientras Tom me pide que apague la luz. Debo hacer el gesto de pulsar un interruptor y salir lentamente de la escena. El decorado se pliega en dos, como un naipe, en el escenario desierto.

Pero algo me llama la atención. Al fondo, en la platea, está Luca. A pesar

de mi obsesión con él las últimas semanas, cosa que me lleva a verlo en todas partes, sobre todo donde no está, esta vez estoy segura de que es él. Pero eso no es lo más desconcertante. La presencia de Erika a su lado es el descubrimiento más devastador.

¿Qué están haciendo aquí? ¿Qué están haciendo aquí juntos?

Mis pensamientos se convierten en jeroglíficos, mientras desde detrás del escenario, con gestos de película muda, me invitan a moverme, a marcharme. Tengo que salir, lo sé, poniendo un pie delante del otro, hasta abandonar el escenario, pero algo dentro de mí se ha detenido, al verlos allí, en la fila de atrás, sentados juntos. Se ha paralizado todo mi cuerpo y no puedo hacer otra cosa que seguir mirándolos, allí al fondo, muy juntos.

El decorado se termina de plegar y me golpea en la cabeza.

Me caigo al suelo con un estrépito y ya no veo nada más.

Abro los ojos y me encuentro en uno de los camerinos. Cerca de mí están Lara, Giovanna e Iriza. Me duele la cabeza y levanto el brazo con dificultad, como si me lo hubiera prestado otra persona y no acabara de encajar correctamente en mi cuerpo. Hundo los dedos en mis rizos y me palpo un chichón que mañana por la mañana será tan grande como una sandía. Un latido de dolor irradia hasta mis dientes.

Oigo a Iriza decir:

—Afortunadamente, la parte superior del decorado de madera contrachapada era hueca por dentro.

—¿Cómo estás? —me pregunta Giovanna y me pone en la cabeza una bolsa de hielo seco.

—Vamos a urgencias, rápido —comenta Lara.

—¿Por qué no te has movido? —Quiere saber Iriza.

Me doy cuenta de que Lara y Giovanna se observan, haciendo la misma mueca. Se están diciendo algo con los ojos.

—No habléis en lenguaje de signos —me quejo—. Yo también los he visto.

Lara adopta una expresión furiosa.

—Nosotros también los hemos visto. Qué cara más dura. Piensa que

querían venir a ver cómo estabas. Pero no he llegado casi a los ochenta y cinco kilos para nada. Le he dicho a tu hermana que si se acercaba la iba a hacer rodar bajo mi peso desde aquí hasta la entrada. No veas lo que ha tardado en salir por piernas. El muy cabrón, en cambio, está ahí fuera.

—¿Luca está...?

—Insiste en que tiene que hablar contigo. Pero si me dejas convencerte, yo...

—No tengo ninguna intención de verlo, ni ahora ni nunca —digo con decisión.

Me da miedo mi propia voz. Suena dura y afilada. Exactamente igual que mi estado de ánimo.

Ya estoy bastante mal. No voy a permitir que juegue más conmigo. ¿Está preocupado? Que se ahorque con el pelo de Erika.

Quizá el golpe que me he llevado ha hecho que se me encienda una bombilla en la cabeza, la que Laura tendría que haber apagado antes de abandonar la escena. Por mucho que me duela, me enfrento a un dilema: solo hay un camino a seguir y es un camino que no lo incluye a él.

—Lo has hecho muy bien —dice Iriza, que puede que no lo entienda todo, pero sabe que soy infeliz, y no solo por el golpe que me he llevado en el cráneo—. Una actuación muy espontánea. Rocky incluso ha admitido que ha sido tolerable. Y yo he oído a alguien del público decir que la escena final, cuando te has desmayado, ha sido tan realista que parecías inconsciente de verdad. Si quisieras, podrías cambiar de trabajo.

—Ah, no lo creo, la verdad... A mí las que me preocupan son las Barbies; ¿cómo están? ¿No se habrán estropeado?

—No, no te preocupes, todo está bien.

Suelto un suspiro de alivio antes de proseguir:

—Dile a Rocky que no tengo intención de repetir la experiencia de esta noche, o sea que o le suministra a Romina una garrafa de sal de fruta o le encuentra una sustituta. Y si Luca todavía está cerca, Lara, te autorizo a hacerlo rodar hasta la acera. Pero ten cuidado, que sabe mucho y podría hacerte abandonar la idea de convertirte en lesbiana. Y ahora, por favor, ¿me lleváis al hospital? Porque, os lo juro, no estoy bien, amigas. Pero vamos por la parte de atrás, no quiero encontrarme con nadie.

La doctora de urgencias me mira como si me hubiera escapado de un manicomio. No puedo culparla, todavía llevo el maquillaje de teatro y las lágrimas me han dejado surcos en la cara blanca. Me siento mareada, borracha, a pesar de que solo he bebido agua y un sorbo de zumo de melocotón que Lara me ha obligado a tragar con una pajita. Me hacen unas radiografías que revelan que no tengo nada grave. Franz e Iriza insisten en acompañarme, lo que me hace sentirme conmovida por su cariño. Estoy rodeada de atenciones por los cuatro costados. ¿Qué más puedo pedir?

Pues por ejemplo no acordarme de Luca y Erika. ¿A cuál de los dos se deberá la espléndida idea de ir juntos al teatro? No dejo de hacerme esa pregunta, mientras la doctora quiere saber cómo me encuentro, me ilumina los ojos con una linterna, me palpa la cabeza y se muestra curiosa respecto al espectáculo para el que aún voy vestida.

Respondo de manera mecánica: «Bien, ¿puede apartar la luz por favor?, si me toca ahí veo las estrellas, es un espectáculo maravilloso, aunque el director es un imbécil, la diseñadora de vestuario le toca el culo al productor ejecutivo, la actriz protagonista vomita en el baño y yo me he llevado un golpe en la cabeza».

Giovanna quiere pasar la noche conmigo, pero me niego e imploro un poco de soledad. Estoy bien, soy una flor, una flor con moretones, pero una flor. Una rosa pálida y hermosa.

Franz insiste en acompañarme y esta vez se obstina en subir conmigo hasta la casa. Me sostiene por un brazo, comprendiendo que dentro de poco caeré como un tallo cortado.

—¿Era él? —me pregunta, mientras busco las llaves en el bolso.

—¿Qué?

—Digo que si era él el hombre del que estás enamorada, el que quería entrar en el camerino. He tenido que apartarlo con decisión. Por un momento he pensado que me iba a dar un puñetazo.

—Sí, era él, y, por si no te habías dado cuenta, iba con una chica espectacular, que, solo para echar más sal en la herida, es mi hermana.

—Hum... eso complica las cosas, supongo.

—No, no las complica tanto, yo diría más bien que las simplifica. Mejor

así, ¿no? Es inútil hacerse más daño en el alma, ¡ha salido como ha salido! ¿Ella lo quiere? ¡Que se lo quede! —digo riéndome, aunque me sale una carcajada neurótica.

—Pues, a decir verdad, él no parecía tan indiferente. Estaba realmente preocupado, quería saber cómo estabas.

—No tengo ninguna duda de que estaba preocupado por mi salud, a su manera me quiere mucho. Pero también hay otras cosas que cuentan. Cómo trata el corazón de los demás, por ejemplo.

Mientras hablo, intento meter la llave en la cerradura y entonces me doy cuenta de una cosa muy seria. Hice cambiar la cerradura, justamente para evitar nuevas sorpresas por parte de Luca, ¿y por qué no?, también por parte de la entrometida de mi madre, solo que no he tirado la llave vieja. Y me parece que la he cogido por error al salir corriendo para ir al teatro, con lo que ahora me he quedado exiliada fuera de casa. Se lo explico a Franz, angustiada, pero él se encoge de hombros como si no fuera un gran problema.

—No es tan grave. Esta noche te vienes a dormir a mi casa y mañana buscamos un cerrajero.

—¿Qué?

—Sabes que conmigo estás a salvo, ¿verdad? Tranquila, solo quiero ofrecerte un techo y una aspirina.

—Me gustaría dejar claro que...

—No es necesario, Carlotta.

Con estas premisas alcanzamos el acuerdo con celeridad. Franz vive cerca, en una casita encantadora. Ordenada, cómoda, con unos pocos muebles de madera clara. Insiste en cederme su habitación, pero yo me empeño en dormir en el sofá. Gano porque estoy enfadada, cansada y me duele la cabeza, deforme como la de Quasimodo, el jorobado de Notre Dame: contradecir a una persona en este estado podría ser grosero, aunque se haga por amabilidad.

Tras enjabonarme la cara en el baño, me miro al espejo. Soy una rosa realmente pálida. Franz prepara algo de comer y rápidamente nos reencontramos, como una pareja estable, para comer una pasta riquísima en la cocina, condimentada con un delicioso pesto a la almendra hecho por él. Un hombre como para llevárselo al altar.

Hablamos un poco del espectáculo. Ha ido bien y la gente se ha creído que el cambio de la actriz en la segunda parte e incluso el golpe final en la cabeza, formaban parte del experimento de Rocky, que no es ajeno a inventos de este tipo. En cualquier caso, será necesario encontrar de inmediato una sustituta para el papel de Laura.

—No es que quiera forzarte, pero ¿estás segura de que no deseas interpretarlo tú? Lo has hecho mejor de lo esperado y la versión de Rocky no pretende una recitación *shakespeariana*. Solo serán unos días, el tiempo necesario para contratar a otra actriz, visto que Romina está bastante mal.

Se ríe al pensar en Rocky obligado a casarse. La abuela ya ha fijado la fecha, que debe ser rigurosamente antes del parto: quiere que su bisnieto nazca con un apellido y sin vergüenza.

Aunque en el teatro he sido muy drástica, ahora, tal vez por efecto de los analgésicos, o quizá por la voz de lago azul de Franz, todo me parece posible y bien. Volver a actuar, sentirme de nuevo abandonada como Laura, podría ser una especie de terapia, una forma de succionar el veneno, escupirlo e intentar curarme. Para superar el dolor no hay que agitarlo, porque si no vuelve de improviso, cuando creías haberlo engañado, y te traga. Debes guardarlo dentro, evitar mancharte, herirte, y llegar nadando a la otra parte.

—De acuerdo, pero solo unos días. Y solo porque me lo has pedido tú. Pero nada de golpes en la cabeza.

Me sonrío, me estrecha la mano un instante y me ofrece fruta fresca. Mientras engullo un trozo de manzana que Franz ha pelado con paciencia paternal, exclama:

—¡Cómo odio a ese tipo!

—¿A quién?

—A ese hombre, el que te hace estar tan triste.

—Qué se puede hacer, así es la vida.

—Tienes razón, así es la vida. No siempre tenemos lo que queremos.

Me mira y tengo la sensación de que debería entender algo, pero prefiero parecer tonta, o, mejor dicho, parecer *más* tonta, puesto que de hecho un poco lo soy.

Respondo con un comentario impulsivo:

—¿Sabes una cosa de Iriza? Ella tampoco consigue lo que quiere.

Franz me pregunta distraído:

—¿Qué quiere?

Quién sabe, si ella supiera lo que estoy haciendo quizá se convertiría en su homónima de pelo rojo y sonrisa de demonio. Sin embargo, no puedo dejar de responder:

—Te quiere a ti.

Por poco la manzana se le va por el otro lado.

—No es que ella me haya dicho nada concreto, pero... me parece que le gustas mucho. Si es así, sean cuales sean tus intenciones, procura no hacerle daño. Al menos no le hables de tus simpatías por otras de las que no estás seguro.

Espero que entienda que cualquier referencia a personas reales no es pura coincidencia.

Le confieso que estoy cansada, que necesito dormir. Franz asiente lentamente y me trae una manta. Me enciende el televisor, deja el mando a distancia cerca, apaga las luces, me da las buenas noches y se va.

—Gracias por todo —susurro, un momento antes de que desaparezca por la puerta.

Y aquí estoy, tapada con una mantita de felpa, viendo *Atormentada* con el volumen muy bajo, con una sensación de precariedad que me asusta. No cabe duda, me convertiré en una solterona amargada, de las que se quejan del ruido de las pisadas del vecino de arriba y de los perros que ladran. No sé si alguna vez volveré a recibir mensajes de jóvenes apetecibles, solo porque una vez tuve la desgracia de amar a uno de manera irrepetible y devastadora. Me saldrán dos canas y después doscientas. Y a los ochenta años, como la abuela de Rocky, intentaré recuperar la juventud convirtiéndome en una anciana que trata de ocultar los recuerdos tristes con unos modales demasiado desenvueltos.

Mientras tanto, al tiempo que Ingrid Bergman tropieza con su pasado y se convierte en una alcohólica deprimida, pienso en Luca y en la cantidad de agua que tendrá que discurrir bajo mi puente antes de que pueda olvidarlo.



**D**urante dos tardes más, soy Laura y beso a Jim. Rocky está cada vez más serio y no creo que sea por el espectáculo. Creo que es más bien a causa de Romina, que vomita por todos lados con su criatura en las entrañas. Lleva los párpados sin pintar con su habitual capa de *kohl*, lo que demuestra de modo empírico hasta qué punto está turbado. Ortensia, en cambio, sonrío como nunca y falta poco para que se ponga a repartir bombones. Se olvida incluso del bonito culo de Franz.

Este está repentinamente cohibido con Iriza, me doy cuenta, incluso aunque intente comportarse de manera normal. Me pregunto cómo es posible tener delante de los ojos unos sentimientos tan explícitos —por mucho que se oculten tras una fachada de amistad— y no verlos. Yo los vería, no sería tan ciega.

Una noche, papá me invita a cenar fuera. Nada más entrar en el restaurante, un lugar sencillo y tranquilo, me doy cuenta de que no soy la única invitada. También están Coretta y Erika.

Al verlos sentados a una mesa conversando, estoy tentada de llamar e inventarme una excusa. Pero papá no se lo merece. Al teléfono estaba muy emocionado, como cuando, de niña, me leía la carta que Papá Noel había dejado en el árbol, y que él mismo había escrito en secreto. Al teléfono tenía la misma voz que entonces, el mismo entusiasmo un poco pueril y un poco

vergonzoso. Imposible resistirse a una voz de veinticinco de diciembre.

Así que me armo de valor y entro con una sonrisa que le dedico solo a él.

—Tesoro —me dice, levantándose y abrazándome. Coretta me da la mano, pequeña y regordeta, mientras Erika simplemente se limita a hacer un movimiento de cabeza.

Hablamos un rato de todo y de nada. De mi trabajo, que despierta tanta curiosidad en Coretta, de las flores que tiene mi padre en el invernadero, de un nuevo injerto que cuida como un bebé prematuro, del viento que rompió una palmera centenaria, de Coretta, que adoptó una gatita que encontró en la carretera bajo la lluvia. La ha llamado *Anémona*.

Pedimos y noto que Erika nunca habla conmigo. No habla mucho con nadie, pero a mí evita incluso mirarme a los ojos. Come a pequeños bocaditos, sentada como si tuviera dos libros bajo las axilas y un palo de escoba en otro sitio, y no parece muy atenta a su pasatiempo favorito: provocarme. Resulta sospechoso, muy sospechoso.

De repente, papá me pregunta:

—¿Y aquel chico tan guapo que te acompañó a la boda de Beatrice?

Erika y yo nos ruborizamos a la vez. Su reacción me reconforta, tal vez le quede una pizca de vergüenza. Parece nerviosa, molesta, absurdamente incómoda. Quién sabe, quizá incluso en el reino de las princesas cabronas que caminan sobre una alfombra roja, liarse con el ex novio de tu hermana después de habérselo robado no sea algo de lo que presumir en voz alta. Bueno, no éramos novios, pero ella no lo sabe... al menos eso espero. Puede que Luca se lo haya contado y que hasta se hayan estado riendo juntos.

—Esa historia se terminó hace tiempo —explico—, pero no era nada importante. —Y entonces me convierto yo en la provocadora:

»¿Y tú, Erika, estás saliendo con alguien?

Mi hermana me lanza la primera mirada de la noche. Entorna los ojos un momento, como un pistolero a punto de desenfundar un Colt y dispararme en una pierna. No la entenderé nunca, comprender los mecanismos de su cerebro está fuera de mi alcance. Me roba el novio, me humilla exhibiéndolo en público y ¿además se permite odiarme? Debería estar contrita, abatida, con la cabeza espolvoreada de ceniza, y ¿en lugar de eso me fulmina con la mirada?

La tentación de agarrarla por el cuello de su blusa de seda es grande, pero

papá no se merece esto. No se merece dos hijas peleándose tiradas en el suelo de un restaurante, porque me temo que acabaría así, y que debería separarnos utilizando un extintor.

Finalmente me responde:

—Sí, estoy saliendo con un hombre. Estamos muy bien juntos.

—Pero ¡qué maravilla! —dice papá—. ¡Estoy tan contento! Y a propósito de eso, Coretta y yo tenemos una buena noticia que comunicaros.

Se miran y se sonríen con complicidad. Son tan cariñosos, parecen los novios de Peynet, solo que más viejos y más conscientes de lo que los une.

—Nos vamos a casar —susurra Coretta, con su voz aterciopelada—. Vuestro padre y yo nos vamos a casar.

Y al decir esto, levanta la mano izquierda, que tenía educadamente debajo de la mesa, y nos muestra un anillo de oro rosa en forma de flor, con un aro de pequeños diamantes.

Es hermosísimo, elegante y lujoso al mismo tiempo, pero sobre todo son hermosos ellos dos. Las mejillas de Coretta se han vuelto rojas como el coral. La alegría es demasiada como para pensar en la rabia. Me levanto, los abrazo, nos emocionamos, incluso Erika parece contenta. Los felicita y admira el anillo, haciendo preguntas acerca de cómo, cuándo, dónde. Papá me susurra:

—Tú también encontrarás el amor, cariño, no te preocupes. Esperaba que fuera aquel joven, porque me parecía que te quería por cómo te miraba... la próxima vez será la buena, ya lo verás, no pierdas la fe en tu corazón. Y recuerda que todas las experiencias, incluso las malas, te dejan regalos. El matrimonio con tu madre me dio a vosotras y lo haría de nuevo solo para teneros. Vosotras sois y seréis mi amor más grande.

Apoyo la cabeza en su hombro y por un momento me siento pequeña, insegura como un pájaro que no sabe volar. Si pudiese se lo contaría todo... pero no, no puedo.

Llega un momento en que tus padres se hacen mayores, se ve en sus mejillas, pierden la frescura, su pelo ya es de color gris, su paso más inseguro, la memoria más frágil. Y entonces te conviertes tú en padre y madre. Quieres protegerlos del dolor, de pensamientos tristes, estás casi tentado de explicarles cómo cruzar la calle, llevándolos de la mano, como hicieron ellos una vez.

Quiero que papá sea feliz, sobre todo ahora que la vida le ha dado un verdadero amor. Deseo que permanezca en su mundo de pétalos y aromas, hojas y raíces, con tierra bajo las uñas y brotes que surgen con timidez. Él ya ha tenido su dosis de dura realidad gracias a mamá. Ahora se merece disfrutar un poco de los sueños y de mi silencio.

Después de los postres y de otros comentarios sobre el matrimonio, nos despedimos. Yo me voy primero y, a pesar de que papá insiste en acompañarme, yo insisto a mi vez en ir a pie. Vivo cerca, la noche es agradable. Me pongo mi chaqueta vaquera y salgo del restaurante.

Pero cuando estoy a punto de echar a andar, oigo la voz de Erika detrás de mí.

—¿Cómo es que no vas nunca con el rubito guapo que tanto se preocupaba por ti en el teatro? —me pregunta irónica.

Vuelve al ataque: hasta ahora se había mostrado como una buena hermanita porque estaban papá y Coretta, pero ahora vuelve a ser totalmente ella misma.

—Podría hacerte la misma pregunta a propósito de ese chico atractivo que tanto se interesa por ti —le digo en un susurro venenoso.

—¿Te refieres a Luca? —replica con un descaro que me hace tener ganas de darle una bofetada.

—No sé, tú me dirás.

Ella me observa con una mirada tan afilada que casi me corta la piel. Tiene una expresión feroz y la punta de la lengua le toca por un segundo el labio inferior.

—Está loco por mí, ¿sabes?

Aprieto los puños dentro de las mangas de la chaqueta y murmuro:

—Esta es la noche de las alegrías. Cuántas buenas noticias.

—¿Y tú, alguna buena noticia también?

Podría decirle la verdad, que las buenas noticias me esquivan, que al imaginarlos juntos quisiera lanzarme al Tíber con una piedra al cuello, que el dolor me destroza como si fuera una flor de cristal, pero una voz interior (la necesidad de demostrarle a ella, y también a Luca, que no pienso en ellos, que para mí no existen, que no me perturba ni me molesta que estén juntos) me induce a mentir.

—De hecho podría tener una. Franz y yo estamos juntos, pero no he querido decirlo antes para no desviar la atención de Coretta y papá.

Erika me mira de reojo.

—¿Estáis juntos?

—Sí, es el hombre perfecto para mí, siempre tan atento y bueno.

—¿Estás enamorada de él?

Aprieto el cinturón alrededor de la cintura de mi chaqueta y pregunto con despreocupación:

—¿Desde cuándo te importa si estoy o no enamorada? Por lo general, te resbala. ¿O es que también tienes intención de robarme a Franz y primero quieres cerciorarte de que me gusta de verdad, para estar segura de que me va a hacer el suficiente daño?

Y casi sin acabar de hablar, me alejo deprisa, dejándola atrás. Camino con la espalda recta, es una espalda que expresa orgullo y felicidad. Mi cara en cambio es un abanico de arrugas. Nunca me he sentido tan sola.

Una tarde, Franz me pide que lo acompañe a la Rinascente. Quiere comprar un regalo para su hija, porque dentro de un mes va a ir a Alemania y la verá. Está tan contento que parece un cachorro.

Deambulamos mucho rato por ese universo brillante y lleno de objetos, por este laberinto de escaleras, esa apoteosis de la nada, y me parece que Franz pertenece al reducido número de hombres que nunca pierden la paciencia mientras dan vueltas por una tienda. Cuando hace cola en la caja para pagar una pequeña y maravillosa casa de muñecas que me encantaría hasta a mí, yo lo espero fuera, junto al escaparate.

De pronto, delante de una zapatería donde venden zapatos de tacones vertiginosos, veo una silueta reflejada en el cristal. Detrás de mí, de pie frente a un quiosco de flores que expone las tradicionales «Rosas para la persona amada, dos docenas al precio de veinte», está Luca.

Un incendio se propaga entre mi corazón y mi vientre. (¿Cómo puede ser tan pequeña esta ciudad a veces?). No me vuelvo, continuo espionando su reflejo. Está comprando algo... está comprando rosas. Lo veo mientras escribe la dirección de la destinataria en una tarjeta que adjunta al encargo

para la entrega. Parece impaciente, como alguien que nunca ha regalado flores.

En ese momento levanta la cabeza y me ve. Y ahora me desmayo. Ahora me deshago en el suelo. Pero no, me vuelvo hacia él orgullosa, serena, sin una pizca de emoción... Entendámonos, ¡estoy fingiendo! En realidad, los escaparates dan vueltas a mi alrededor y me siento como Dorothy antes de que su casa salga girando hacia el mundo de Oz, aunque parezco anclada al suelo, tan tranquila.

Debería ignorarlo, se lo merecería, ni siquiera el más bondadoso de los clérigos me consideraría una villana. Pero así le demostraría que sigo herida, que de alguna forma aún me hace daño. Sin embargo, quiero darle a entender que estoy bien, que lo he superado todo.

—¡Hola! —lo saludo pues, con un entusiasmo afectado y exuberante que hace que parezca una alegre oca.

—Hola —replica él seco.

¿Y ya está? ¿Los cumplidos de rigor y ahora yo por aquí, tú por allá y ya nos veremos quién sabe dentro de cuánto tiempo más? Diría que sí, visto el silencio sideral que se ha hecho. Luca está turbado. Tal vez siente un poco de culpa, solo un poquitín, por haberme tratado como me trató y, sobre todo, por haber elegido a mi hermana. Está más delgado, tiene los rasgos más duros, el pelo más largo y un vacío profundo en los ojos.

Dios mío, ¿qué tiene este hombre que me da deseos de consolarlo? No, tengo que resistir, ¡él no es la víctima!

Así que, para disimular hábilmente mi tormento, dejo que la sonrisa me aflore a los labios y finjo una desenvoltura mundana. Incluso me atrevo a preguntarle cómo está.

—Yo muy bien —responde en tono casi fúnebre—. ¿Y tú? ¿Te has recuperado del incidente en el teatro?

—Sí, no fue nada, estoy de maravilla.

—Se nota, tienes un aire de... tranquilidad.

—Qué quieres, tengo mis satisfacciones.

—Lo hiciste muy bien en la obra. No sabía que fueras a actuar.

—Ni yo, pero no volverá a pasar. Nunca me nominarán para los premios Tony. ¿Y tú qué haces? ¿Todavía trabajas en el bar?

—Sí, todas las noches.

—¿Y el libro?

—Lo terminé y encontré un agente. Figúrate, cree que es una obra maestra.

—¡Qué bien!

Esta vez mi entusiasmo es sincero. Quizá porque por un segundo intuyo que él también ha perdido su rigidez. Es como si el sol hubiera abierto una brecha entre los edificios. Me faltaba esa sonrisa que le llega a los ojos, me faltaba su boca carnosa y ondulada. Sonrío más, mi corazón corre por todas partes como si fuera un PacMan y añado:

—Me alegro mucho por ti. Estoy segura de que encontrarás una editorial.

Dios cómo lo amo, no he avanzado ni una coma. No sé qué hacer, estoy perdida. Lo amo, tengo una manada de caballos en el estómago. ¡Es tan guapo! Se toca el pelo y luego no sabe qué hacer con las manos, se las mete en los bolsillos, rebusca algo en ellos, las saca, se las frota y luego se las vuelve a pasar por la melena despeinada.

—Así que todo va bien —continúo.

—Sí, va bien. Jauja.

—¿Cómo está tu madre? —pregunto.

—Mejor, mucho mejor.

—Muy bien.

—Muy bien.

—Has elegido bien: rosas amarillas. ¡Bonitas flores! —Le suelto, tratando de insuflar nueva vida a la conversación.

—¿Eh? Ah, sí, claro, las flores. —Parece incómodo de nuevo.

«Tranquilo, Luca, sé que son para Erika. No te aflijas así, no sufras, pasará... Pasará, ya lo verás. Tal vez mañana podamos ser amigos de nuevo. Quién sabe».

—Me voy. Franz se estará preguntando dónde me he metido.

Luca tiene un leve sobresalto y luego me sonrío con brusquedad.

—Entonces ya nos veremos, cuídate, Luca.

—Sí, de acuerdo, cuídate tú también, Carlotta.

Me marchó. Tengo la sensación de ver su figura inmóvil detrás de mí, que se queda quieto un momento antes de confundirse con la multitud. Cierro los

ojos y camino varios metros sin mirar. El corazón me late incluso bajo los párpados. Franz se reúne conmigo con un paquete demasiado pequeño bajo el brazo. Inmediatamente nota mi expresión, ve a Luca que se aleja, y me pregunta:

—¿Todo bien?

—Sí, todo bien. ¿Dónde está el regalo de Annika?

—Me lo mandarán a casa. Por suerte, iré en coche a Alemania, sino no sabría cómo llevarlo.

—Le va a gustar a rabiarse, ya lo verás. Cualquier niña de seis años querría una maravilla como esa. Entran ganas de hacerse pequeña y vivir ahí dentro. Entonces ¿nos vamos?

En el coche se nota mi silencio. Franz me mira de reojo. Intenta empezar una conversación, pero le contesto con monosílabos. De repente, murmura:

—Me habría gustado que vinieras conmigo a Frankfurt.

—A mí también me habría gustado, ya lo sabes. Un hermoso viaje por la ciudad de Clara Sesemann. Cuando era niña, tenía muchas ganas de ir allí y seguir los pasos de Heidi. Pero ya no soy una niña. No sería justo.

—¿No sería justo para quién?

—Para nadie, Franz. Para ti, porque te considero un amigo, pero nada más. Para mí, porque no soy el tipo de persona al que le gusta hacer experimentos y meterse en un berenjenal. E incluso para Iriza. Ya es suficiente que haya aceptado acompañarte a elegir el regalo.

—Pero ella y yo no...

—Lo sé, no sois pareja, no estáis juntos, pero eso da igual. Lo que cuenta es que la aprecio de verdad, a pesar de que nos conocemos hace poco tiempo, y cuenta que cuando te mira parece Charlie Bucket en la fábrica de chocolate de Willy Wonka.

—Te equivocas, no es en absoluto como dices.

—Los hombres sois tan ciegos.

—Me parece que vosotras las mujeres también —observa enigmáticamente.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás.

—¿Qué?

No me contesta, me deja con la duda. ¿Puede que quiera decir que él también siente algo por Iriza? Lo deseo de todo corazón. En cualquier caso, espero que para ellos valgan las palabras pronunciadas por el anciano en el puerto de Southampton.

En el portal de mi casa, cuando estoy a punto de salir del coche, me sujeta un momento por el brazo:

—No estaré aquí el día de tu cumpleaños, así que te he comprado una cosa.

Se inclina hacia la parte trasera del coche y coge el paquete. Sonríe. Estábamos en el departamento de juguetes. ¿Me ha comprado una muñeca?

Rompo entusiasmada el envoltorio de dibujos de osos de peluche y quito la cinta de color naranja. Y veo una bolsa en forma de fresa, con unas correas verdes y un pequeño candado. Es adorable, brillante, espaciosa, colorida. Me hace pensar en un comentario de Luca sobre mi aspecto, pero Franz no se merece esta distracción. Y tampoco Luca.

—¡Gracias! —exclamo, con la misma expresión extasiada que estoy segura que tendrá Annika cuando vea la casa de muñecas en Frankfurt. Lo abrazo. Un abrazo de amigos. Ya lo extraño. Me ha hecho tanta compañía en los últimos tiempos, que una parte de mí partirá con él, aunque sé, lo sé muy bien, que no es justo.

Bajo del coche y le digo adiós con la mano, con la bolsafresa apretada contra el pecho y en los ojos un brillo emocionado.

«No veo la hora de volver a verte, quizá a través de Iriza o de cualquier otra chica que te guste de verdad. Hasta pronto y gracias por todo, mi dulce lago azul con patitos».

Esta noche no salgo. Aunque es sábado y el verano se acaba, me quedaré en casa. He desconectado el contestador automático, algo que últimamente hago muy a menudo, porque no quiero hablar con nadie. Mamá ha intentado contarme su idea para la fiesta de cumpleaños, pero no le he hecho caso. Si, a pesar de mis protestas, me organiza una, tendrá que hacerla sin mí. Podrá disfrutar a solas de las esculturas de hielo, el pastel de coco y los bollos con crema de anchoa que suele preparar la tía Porzia.

Decir a solas es una manera de hablar, porque para estos entretenimientos mundanos siempre está presente toda la familia. Beatrice ha dado a luz hace poco a dos niños gemelos, así que supongo que llegará hinchada como la madre Tierra, con los pequeños en un cochecito doble, atrayendo toda la atención.

En mi familia, para ser admirado, debes tener cierta facilidad para la apertura de piernas, tanto en sentido de entrada como de salida. Y Beatrice, que ha realizado ambas tareas, es digna del máximo respeto. Yo, que no soy experta en ninguno de los dos sentidos, acabaré pronto olvidada.

En vez de fiesta de cumpleaños el evento se convertirá en un largo y detallado relato del parto de Beatrice, con la simulación de los gritos y aplauso final. Cada año pasa lo mismo por razones diferentes: llega un momento en que me encuentro en un rincón, trasegando *limoncello* y emborrachándome a lo bestia, mientras mis parientes bailan samba y rumba, los pavos reales de hielo se derriten y a mi lado tengo una altísima torre de regalos insulsos: tapetes, posavasos, esponjas ásperas para masajearse los talones, libros sobre el arte del bonsái, teteras decoradas con partituras y delantales estampados con figuras de mujeres desnudas a tamaño natural.

Así que nada de fiesta de cumpleaños. Llegar a los treinta es en sí mismo una caminata, un viaje a través de un pasaje en penumbra. Un rito de iniciación. No necesito que la fiesta de mi madre lo haga todo aún más difícil. Puede hablar con el contestador todo el tiempo que quiera. Puede intentar irrumpir de nuevo en mi casa, porque he cambiado la cerradura. Gracias a Dios, a mi ineptitud y a mi prudencia, no tengo teléfono móvil. Solo quiero que me dejen en paz.

Así que estoy sentada en el sofá, zampándome un vaso entero de Nutella, para descubrir después que había caducado hacía dos meses. Si me pongo mala nadie se dará cuenta... moriré en el olvido. Me encontrarán al cabo de unos días, seca como una momia, con mi elegantísima bata con el dibujo de un hipopótamo en la espalda.

De repente me levanto y voy a la antigua habitación de Luca. Hace semanas que no entro aquí. El aire huele a humedad. Me siento en el colchón y miro el fresco de la pared que separa mi habitación de la suya. Impresiona. Es enorme, llena la mitad de la pared, pinté hasta el techo, subida a la cama.

Me pongo en la piel de Luca cuando lo vio la noche en que vino a buscar el portátil.

Judith tiene pinta de loca, Holofernes parece un cordero sacrificado. ¿Por qué me retraté de esta manera, con esos ojos crueles? ¿Por qué el asesinato de Luca, en lugar de hacer pensar en la justicia, parece un holocausto? ¿Qué me cogió?

No me había dado cuenta de que lo había representado como una víctima. Y, sin embargo, lo pinté odiándolo. ¿O tal vez no? ¿Tal vez, a pesar de todo el empeño del mundo, me resulta imposible odiarlo? Y ahora he aquí este Holofernes inocente, que se muerde el labio mientras Judith hunde la espada en su pecho, sujetándola con ambas manos.

Me doy cuenta de que el problema más grave no es que lo ame. El amor puede pasar, les sucede todos los días a millones de personas. Me sucederá a mí tarde o temprano, espero. El problema es que lo quiero mucho y el afecto es más resistente al tiempo. El amor es un vestido de moda, un año después puede parecer viejo. El afecto en cambio es un traje clásico, que no provoca picos de estupor, pero soporta indemne el paso de los años. El afecto me impide olvidar. Y me llevó a dibujar al canalla de Holofernes con mirada de mártir.

Cuando me levanto para irme de ahí, me doy cuenta de que uno de los cajones del escritorio está medio abierto y de él sobresale la esquina de una hoja de papel blanco. Lo abro para meterlo y me quedo inmóvil unos segundos. Es toda una montaña de papel impreso: la novela de Luca. Se ha llevado el PC, pero ha dejado aquí la copia. ¿Fue un descuido o lo hizo con intención?

No lo sé, solo sé que quiero leerla. Me tiemblan las manos de emoción. Me acuesto boca abajo sobre el colchón desnudo y me sumerjo en las páginas. Lo hago durante horas seguidas, sin descanso. Al final los ojos se me cansan. Cruzo los brazos y me dejo caer encima de la cama.

Pensaba que la protagonista era una medio loca, pero descubro que es una mujer con un pasado trágico. Lloro mientras leo acerca de su juventud, de su amor perdido. Me reconozco en ciertas frases, en la sensación de sentirme sola y pequeña, en mi lentitud para abrir el corazón. El incidente que la aleja del hombre de su vida la transforma: parece un ángel caído, un demonio

rebelde, pero me provoca ternura. A pesar de que esta mujer se convierte en un asesina despiadada en busca de venganza, me gustaría tenerla como amiga.

Quisiera abrazarla y llevarla de vuelta a cuando su alma era inocente, a cuando amaba con sinceridad. Las escenas de pasión son densas, detalladas, exhalan suspiros y gemidos, son veraces, sucias, sudorosas, eróticas... e increíblemente inocentes. En cambio, el sexo puro y crudo que se describe más tarde, después de que el destino destruya los sueños de la heroína desesperada, es diferente. Es inquieto e inquietante. Me quedo sin aliento al leerlo.

Luca conoce la diferencia. Luca sabe qué es el amor.

Entonces lo ha descubierto. Ha descubierto que dos cuerpos que se unen pueden destilar pureza, aunque los gestos sean similares, aunque las respiraciones se parezcan y el epílogo tenga el mismo sonido.

«¿Por qué me haces enamorarme todavía más de ti? No debiste dejármelo y hacerme descubrir todo lo que hay de extraordinario en ti que aún no había visto. Porque así es muy difícil...

»Maldita sea, Luca, dejar de quererte es como querer abarcar el océano con los brazos».



**E**l espectáculo cumple las diez actuaciones previstas. No ha ido mal, ha venido mucho público, la prensa ha hablado, especialmente después de la primera interpretación, con un auténtico desvanecimiento en el escenario. Parece que el próximo año está prevista una gira por toda Italia. Rocky ha sido entrevistado por una cadena local. A pesar del calor que hacía ese día, en la entrevista llevaba foulard.

Hoy, sin embargo, no hace calor. El cielo está plomizo y no parece que sea junio. El aire está cargado de humedad y a lo lejos se oye el avance de los truenos. A pesar del mal tiempo, quedo en el teatro con la compañía para vernos y rememorar nuestra aventura. Estamos casi todos, a excepción de Franz, que se marchó a Alemania hace varios días. También está Romina, que finalmente ha dejado de vomitar y se le empieza a notar barriga. Ortensia la cuida como si fuera una miniatura preciosa, la lleva del brazo, la escolta a todas partes.

—Se casarán en julio —me informa— ¡y por la Iglesia! Nada de funcionarios del Estado simpáticos, ¡un verdadero sacerdote serio e intolerante! ¡Qué maravilla! ¡No sabéis el tiempo que hace que no se casa un miembro de nuestra familia y mucho menos en una iglesia! Rocky está contentísimo.

Miro a Rocky y, francamente, me parece que está a punto de salir

corriendo y montarse una vida secreta en otra parte. Él también ha engordado: puede que el estrés le esté haciendo ingerir comida de verdad, en vez de sobrevivir de aire y arte. Explica que tiene en mente un nuevo proyecto: una revisión de la obra *Descalzos por el parque*, ambientada en un futuro de ciencia ficción. No me puedo imaginar qué saldrá de ahí.

Está describiendo el búnker subterráneo donde viven los recién casados después de una hecatombe, cuando de repente se calla y me mira.

—Vas a tener que ponerte a trabajar para buscar todo lo necesario — murmura.

Ortensia interviene riendo ruidosa:

—Venga, hombre, admite que ha hecho un buen trabajo. La otra noche me dijiste que con un presupuesto de nada te había conseguido una colección inmejorable. Nuestra Carlotta es una joya.

Rocky me mira igual que un boxeador flacucho y vestido de negro observaría al árbitro que acaba de declarar KO técnico.

—Mmm... —concede fatigosamente—. Para ser de origen calabrés es menos perezosa que la media.

Supongo que no puedo pedir más.

Mientras charlamos, entre el escenario y la platea, de repente se apagan las luces. Un trueno sacude los cimientos del teatro. Estoy sentada en una sillita junto a Iriza y estoy pensando en un fallo eléctrico, o tal vez en que alguien se retrasó en pagar la factura, cuando al ruido de la lluvia se une un coro de voces. Poco después, por el corredor central, aparece una luz como de candil. Me pongo de pie y lo entiendo.

Hoy es el día infame. Hoy cumpla treinta años. Tengo el número tres delante de mi edad. Esta mañana, Lara y Giovanna me han felicitado rápidamente por teléfono, excusándose por no poder pasar a decírmelo en persona, pero ahora me doy cuenta de que todo era un truco para que no sospechara nada de esta fiesta sorpresa. Ahora las dos están empujando un carro con un pastel de tres pisos, cubierto con un glaseado de color lavanda y decorado con pequeñas flores de azúcar. En la parte superior chisporrotean dos millones de velas, o al menos a mí me lo parecen.

No es una tragedia, como las fiestas organizadas por mi madre, pero admito que esperaba que ocurriera en silencio. La luz se vuelve a encender,

estalla un animado aplauso y me encuentro en el centro de un torbellino de besos, abrazos, felicitaciones, palmaditas en la espalda, tirones de las orejas como si fueran cordones y paquetes de regalo.

Bueno, en realidad estoy agradecida. Siempre es agradable descubrir que eres importante para alguien, que no eres la figura del fondo de una fotografía desenfocada. Por supuesto, la protagonista indiscutible del día continúa siendo Romina, parece que estoy condenada a permanecer siempre un paso por detrás de una mujer embarazada, pero estoy contenta. Por lo menos no tengo que fingir ser quien no soy y nadie me pregunta a qué me dedico o si estoy prometida.

Apago las velas y pido un deseo. Un instante después, Giovanna se acerca y me susurra:

—Lo siento, debo advertírtelo, me ha bombardeado a llamadas telefónicas.

Tengo el tiempo justo de intentar entender a qué se refiere, cuando oigo la voz de mi madre.

Hace su real aparición, dejando a más de una persona con la boca abierta. Se estarán preguntando cómo es posible que esta mujer alta, bien formada, elegante y hermosa haya dado a luz a semejante macaco. Luego mirarán a la tía Porzia, que avanza detrás de ella, una mesita de noche con turbante, y encontrarán indudables similitudes. Junto a ellas hay un hombre al que no he visto en mi vida, un tipo de unos cuarenta años, larguirucho y con un bigote rizado. Espero que no sea un regalo de cumpleaños al estilo Catello.

—¡Tesoro! —dice mi madre, abrazándome y besándome sin besarme, como hace siempre. Nunca se estropea el maquillaje o el peinado. Mi tía me agarra, me pellizca mejillas y muñecas, me toca como si fuera la bruja de Hansel y Gretel comprobando si estoy lo bastante jugosa como para meterme en el horno. El hombre me estrecha la mano con tanta energía que casi me la aplasta.

—Te presento a Oreste —me dice mi madre con voz azucarada.

¡Oreste, el vendedor de bragas! Me había olvidado de su existencia. Ya me cae más simpático, al menos no está aquí como el pretendiente de la homenajead.

El caballero me coge la mano previamente triturada y me la besa con

gesto galante. Entonces me entrega un paquete envuelto en un papel estampado y atado con una cinta negra.

—¡Es un regalito para ti! —dice mi madre muy contenta.

Lo abro delante de los ojos de todos los demás, que parece que no tienen nada mejor que hacer que sentarse en círculo. Saco un tanga estilo sadomaso que haría sonrojar a una puta.

—Pero ¡qué cosa más refinada! —dice Ortensia con convicción.

—Un regalo machista y sexista —objeta Lara—, además de ser de mal gusto. Ni siquiera Cicciolina en sus mejores tiempos...

Mi madre no parece en absoluto turbada por el comentario.

—Para conservar a un hombre, hay que ofrecerle algo para que se deleite la vista. No puedes ir por ahí vestida de hombre y esperar fidelidad. De ese modo, los maridos luego se van con las secretarias —exclama fingiendo inocencia y enmascarando su intención explícita de provocar a Lara, cuyo ex marido, todo el mundo lo sabe, se ha tirado a más de una secretaria.

En ese momento, justo mientras Lara y mi madre se enzarzan en un debate, yo sostengo el tanga con inserciones de cuero y plumas y una cadena de oro sobre el pubis e Iriza intenta calmar los ánimos ofreciendo trozos de pastel, la cortina que separa el vestíbulo del teatro se abre con un susurro. Levanto los ojos y maldigo el momento en que lo he hecho.

Ahí, en la puerta, están Erika y Luca. Llegan juntos, un poco mojados, y el pelo de Luca parece cubierto de perlas. Se lo sacude y le caen sobre los hombros. Erika entra, voraz, despectiva, dice algo sobre el mal tiempo, lo hace con expresión dura y voz áspera. Luca no dice nada, pero su presencia levanta un clamor.

Mamá deja de discutir con Lara, se dirige hacia él, lo llena de lisonjas insoportables, lanzando miradas de admiración a su hija favorita. Yo sigo con las bragas en la mano y me siento asqueada. ¡Basta ya! ¡Puedo soportar la idea de que se acuesten juntos, pero tenerlos cerca el día de mi cumpleaños realmente es demasiado! ¿Qué hacen aquí? ¿Quién los ha invitado?

Me levanto, me deshago de todos los regalos y me siento como si hubiera bebido treinta cafés seguidos, me empiezan a temblar las manos y los párpados. No quiero que los recién llegados tengan la amabilidad de felicitar me. Voy hasta la butaca donde he dejado mi chaqueta y el bolso, los

cojo, me alejo sin decirle adiós a nadie y me dirijo a la salida del teatro.

Pero ¿cómo puede estar pasando esto? Acabo de soplar las velas pidiendo el deseo de volver a estar tranquila, de curar mi dolor, ¿y esta es la forma en que el dios de los cumpleaños me recompensa?

Fuera diluvia, el agua golpea los cristales. No va a ser posible encontrar un taxi libre. Mejor irme a casa a pie, prefiero coger una bronconeumonía que el dolor de quedarme aquí y ver a la pareja del año recibiendo felicitaciones. Me pregunto si Iriza me podría llevar a casa. Pero cuando regreso para pedirselo, en la puerta está mi tierna hermanita, mirándome con expresión irónica.

—¿Te vas? —me pregunta.

«Me robas al hombre que quiero, lo traes aquí para reírte de mí, ¿y aún te atreves a bromear?».

Asiento con la cabeza, pero no digo nada más.

—¿Sabes, Carlotta?, tienes cara de funeral. ¿No se supone que es tu cumpleaños?

Sigo callada, parezco una esfinge furiosa.

—¡Aquí tenemos a Carlotta Lieti, la imposible de contentar! —suelta de improviso—. ¿Qué haces? ¿Huyes? ¿Qué pasa, no puedes soportar la idea de que Erika, la hermana malvada e ignorante, pueda tener algo que tú quieres? ¿Pues sabes lo que te digo? Que te está bien empleado. Después de veinticinco años queriendo ser tú en cada instante de mi vida, ahora me vas a envidiar tú. ¡Me alegro de que se te retuerzan las tripas!

—¿Qué? —exclamo—. ¿De qué estás hablando? ¿Se te ha licuado el cerebro?

—¿Qué es lo que te deja tan pasmada, a ver si lo entiendo: que ese tío tan bueno haya venido conmigo o que te haya dicho que quería ser como tú?

—La segunda cosa, obviamente. Pero te conozco, es típico de ti querer hacerme daño y atacarme fingiendo que me estás haciendo un cumplido.

—¡Pues claro que sí! Además de puta y analfabeta, también soy una cabrona. Erika Lieti, la guapa sin cerebro, la que con catorce años se dejaba follar por deporte. ¿Alguna vez, durante tu vida de sabihonda, se te ha pasado por la cabeza que a lo mejor eras tú la hermana mala, la que siempre me ha mirado con desprecio, la que siempre ha acaparado el cariño de papá? ¿Se te

ha ocurrido alguna vez que tener siempre solo a mamá al lado, solo a ella y a las tías, puede haber sido un tormento para mí?

—Pero...

—¡Toda la vida has estado encerrada en ti misma, tú y tus libros, papá, tu maldito sarcasmo, tanto que nunca te has dado cuenta de que irme de casa a los veinte años para mí fue solo una forma de dejar de sentirme inferior a ti, con tus títulos, tu fingida timidez, incluso con tu aversión al sexo contrario! Me habría gustado, aunque solo fuera por un momento, que papá me hubiera dedicado la misma atención que te ha dedicado a ti.

»Querría haber hablado contigo antes de que me desvirgara sin muchas ceremonias un ligón de dieciocho años, pero me mirabas como si yo fuera una estúpida y una depravada... ¿y ahora te atreves a criticarme por lo de Luca? ¿No soportas que me pueda amar a mí en vez de a ti? ¿Qué tiene de raro? ¿Crees que no me merezco tener esa suerte?

Estoy confusa. De todas las cosas extrañas de este día, no me esperaba una revolución así. Me duele ver a Erika tan alterada, tan enfadada, con una furia que sabe a pasión y afán, a recuerdos y venganza. Ver a Erika, mi hermana la sirena, diciendo que me envidiaba a mí, a la hermana rana, sin hombres y sin dinero es mucho más que una sorpresa. ¡Es una hecatombe!

¿Está siendo sincera? ¿O es su manera de intentar que no la odie más mientras se lleva a Luca? No lo entiendo, estoy desconcertada y siento emociones contradictorias. Incredulidad, rabia, emoción, turbación...

El deseo de irme y poner fin a esta escena que no sé descifrar queda en segundo plano ante los albores de una nueva tentación. La de quedarme y abrazarla. Las palabras se me atascan en la garganta y juro que por un momento, entre dos parpadeos, me ha parecido volver a verla de niña. Vestida con la ropa de mamá y una gran mancha de carmín alrededor de los labios. La misma niña que corría detrás de mí farfullando mi nombre.

Luego vuelve a ser mayor, nota mi silencio alucinado y se ríe con desdén.

—¿Te has quedado sin palabras? ¿No encuentras una frasecita burlona? ¿Cómo es posible?

Me entran ganas de llorar, maldita sea, me entran ganas de llorar. Las emociones de hoy, de ayer, de hace treinta años, se amontonan y se encadenan. Instintivamente doy un paso en su dirección para hacer las paces,

para continuar la guerra, para irme hacia la puerta y salir corriendo, no lo sé. Erika se echa hacia atrás, como si fuera a darle una bofetada. Un tigre hambriento me parecería más receptivo.

—No te atrevas a convertir esto en una farsa patética —me advierte—. Y no te engañes, la guerra solo está aplazada.

Con estas enigmáticas palabras sale del teatro, zambulléndose en la lluvia. La miro con la boca abierta. Suspiro y muevo los hombros. Bueno, el día ha terminado a la perfección. Me acabo de enterar de que mi hermana pequeña me tiene una antipatía mucho mayor de lo que yo pensaba. Pero sobre todo, me acabo de dar cuenta de que mi antipatía por ella es mucho menor de lo que pensaba.

Por supuesto, queda el problema de Luca. Si siguen juntos no será fácil, no será cómodo. Será como cruzar el Gran Cañón por un puente de cuerda. Pero ahora no debo pensar en eso, no quiero hacerlo: ahora me voy a casa a comer Pringles a dos carrillos y tal vez hasta descongele la nevera.

Pero desaparecer no es tan fácil. Por lo visto ya ha sonado el gong del segundo asalto, porque en el lugar exacto donde antes estaba Erika, ahora está Luca.

—Si estás buscando a tu adorada, se acaba de ir —le digo, echándome la bolsafresa al hombro e intentando alcanzar la puerta.

—Te estoy buscando a ti —contesta con voz plana y neutra, sujetándose por el hombro.

—No sé qué os ha dado, pero estoy cansada, hoy soy más vieja y necesito un poco de reposo. Así que ahora me voy a casa a tratar de olvidar este terrible cumpleaños.

—Antes tenemos que hablar.

—¿De qué? ¿No nos lo hemos dicho ya todo? ¿Qué otra gentileza le quieres dedicar al peor polvo de tu vida?

Intento soltarme, pero Luca no parece dispuesto a dejarme ir. Tiene los ojos encendidos de ira.

—¡Oye, idiota! ¿Qué es esto, un sermón? ¿Desde lo alto de tu comportamiento ejemplar? Tal vez te has olvidado de que en aquel motel sórdido, tú fuiste la primera en decir «Querido Luca, me gustaría que sacaras tu culo de aquí a toda prisa». ¿Y luego no dijiste que solo había sido una

«experiencia que no había estado mal» y nada más? ¿Acaso no fuiste tú quien, de un modo que no admitía réplica, dijo que diéramos carpetazo a lo que había ocurrido?

»Yo quería hablar contigo, estúpida taruga, que eso es lo que eres, comentar lo que había pasado entre nosotros, pero no hiciste más que silenciarme, derribar puentes, alejarme y hacerme sentir como una mierda.

—¿Tú te has sentido como una mierda? ¿Y eso por qué? ¿Acaso no soy yo tu enésima puta del año en curso?

Luca me agarra de nuevo y me sacude, mordiéndose el labio.

—¡Eres la cabrona más cabrona que he conocido! Creía que sabía algo de ti, pero no sé nada.

Sin responder a sus palabras, por fin cruzo la puerta. La lluvia sigue cayendo, una auténtica cortina de agua. Rebota en el pavimento, en la acera. En tres segundos y medio ya estoy empapada. Pero no me importa, mejor convertirme en un sauce llorón, o robar un coche, o hacer autoestop y celebrar el cumpleaños dejando que me asesine un maníaco de ojos porcinos, que permanecer ahí ni un instante más. Camino bajo la lluvia, pero de repente algo me frena. Me sobresalto al ver a Luca detrás de mí, él también empapado, cogiéndome de la mano.

—Hace dos meses que no follo —me informa sombrío, en voz alta.

—¡Oh, cuánto lo siento! —chillo en tono mordaz—. Pero los problemas de tu polla son cosa tuya, si se me permite la expresión. Y ahora, ¿quieres dejarme ir?

—¿Adónde? Vas a pie. Yo he venido con tu hermana, que ya se ha ido. Y no encontraremos un taxi aunque lo pagáramos a precio de oro.

—Tengo planeado robar un coche y si sale mal, hay un maníaco al acecho ahí abajo que me llevará.

¿Qué hace, sonrías? ¡No hay ningún motivo para sonreír! Estamos aquí, empapados hasta la ropa interior, hasta las pestañas se me han doblado hacia abajo, y él me mira con una sonrisita inoportuna.

—¿De qué coño te ríes?

—Me río de ti, tonta.

—¿Y por qué no te ríes mirándote al espejo? ¿Qué pasa, la impotencia te ha vuelto idiota?

—Podría ser... sí, de hecho ya no rijo mucho de un tiempo a esta parte.

«Luca, por favor, no me mires como si yo fuera una pluma, con esa delicadeza que me deja sin aliento. Deja de acariciarme la muñeca con el pulgar, deja de comportarte como si no hubiera pasado nada».

Pero no me suelta. Me arrastra como si yo fuera una maletita y me lleva debajo de un balcón. El agua nos golpea con menos fuerza, cayendo igual que lágrimas menudas como alfileres.

—Luca... no entiendo lo que quieres. ¿Estás enamorado de mi hermana? Bien, no necesitas mi permiso.

—No estoy enamorado de Erika.

—No mientas. Estáis siempre juntos como enamorados. ¿Y las flores? Tú nunca le has regalado flores a nadie. Comprendí enseguida que eran para ella.

—¡Ahora escúchame, estúpida cabezota! Punto primero, ha sido Erika la que ha estado acosándome estas últimas semanas. Me la he encontrado en el trabajo y en cualquier parte adonde fuese. He intentado ser amable con ella solo porque es tu hermana. Segundo punto, Erika no me gusta. Y no solo como posible relación romántica, no me gusta tampoco en la cama.

»Parece que siempre pose, la luz adecuada, la inclinación de la cara, la posición de las tetas, el tono de la voz... está siempre demasiado concentrada en sí misma y no es generosa. En pocas palabras, es como una estatua. Muy bonita sin duda, pero gélida. ¡Solo me fui a la cama con ella una vez, tú debes de saberlo porque estabas detrás de la puerta! Tercer punto, las flores no eran para ella, eran para... bueno, no es importante.

—¿No es importante? ¡Pues a mí en cambio me parece importantísimo!

—Cállate y escucha. Voy a llegar al cuarto punto. ¡Traté de verte, llamé para saber si podíamos vernos, si todavía sentías algo por mí, pero nunca estabas en casa! ¡Siempre saltaba el maldito contestador automático! He descubierto que prefiero destrozar el auricular antes que hablar con una voz grabada.

»También vine al teatro, pero no hubo manera de poder decirte una palabra. Y, para que te enteres, Erika y yo nos encontramos por casualidad, te lo creas o no, no vinimos juntos a la función, solo nos sentamos juntos. Para ser más precisos: ella se sentó conmigo. Ahora estoy aquí con la esperanza de poder hablar contigo finalmente sin interferencias. Erika lo sabía todo, fue

ella la que me habló de la fiesta sorpresa. Y también fue cosa de ella preguntarte sobre Franz, tratando de averiguar si estabais juntos. Luego me lo contó todo.

—Ah... —No consigo decir más.

Tales iniciativas de mi hermana me descolocan definitivamente. Es como si perdiera una certeza, como si me faltara un pilar, la seguridad reconfortante de saber que era una cabrona. ¿Vino al teatro a verme, aunque no sabía que iba a estar Luca? ¿En el restaurante me preguntó por Franz para contárselo a él?

—Quería hablar contigo a solas, ¿entiendes? Sin ese espárrago hervido en medio, tocando los cojones —añade tras unos momentos de silencio.

—¿Qué?

—El rubito. ¡No ha habido un momento en que no os haya visto juntos! ¿Te has acostado con él? —me pregunta.

Los ojos se le ven muy oscuros, sin rastro de verde, unos ojos que parecen monedas de hierro, y que me miran con una intensidad que me desconcierta. No lo entiendo, no lo entiendo. El estómago me hace una pirueta y no lo entiendo.

—No es asunto tuyo —le respondo sin mucha convicción. La voz me sale temblorosa y yo tiemblo más que la voz.

—¡Sí es asunto mío! Y me lo vas a decir. ¿Es cierto que estáis juntos? ¿Estás enamorada? Si es cierto, dímelo mirándome a la cara. Si lo amas, entonces... entonces... te dejaré en paz.

Se interrumpe y yo me quedo ahí, en silencio, sorprendida, abatida, como todo lo demás aquí fuera, en medio de la tormenta. No sé qué decir, solo oigo mi corazón que late hasta casi explotar. Luca tiene los ojos brillantes mientras espera mi respuesta, como si de ella dependiera algo importante para su vida. Ante mi silenciosa parálisis, continúa:

—¡Yo no follo desde hace casi dos meses, no follo desde aquella noche en el motel, y tú... tú, sin embargo, no paras!

—¡A lo mejor te olvidas de la amazona que trajiste a casa! ¡Qué mala memoria tienes!

—No hice nada con ella. ¡Es verdad que lo intenté! Me fui con la primera que... ¡al fin y al cabo, soy un hombre! ¿Cómo podía permitir que me

humillaras tanto? Pero luego no... no pude terminar nada. Estaba confuso, asqueado y desesperado. Desesperado, ¿entiendes? ¡Maldita castradora de las narices! ¿Por qué no completamos la ópera y me la cortas con un cuchillo?

Lo miro lívida. Sin respirar. Y él continúa:

—¡No me mires de esa manera, como si estuviera loco! Llevo dos meses en los que cada vez que trato de montármelo con una, solo te veo a ti ante mis ojos... dos meses intentando hablar contigo, y cuando fui a casa y vi ese fresco espantoso, que decía claramente lo que piensas de mí...

—¿Qu-qué? —tartamudeo, mi voz suena como el cloqueo de una gallina.

Sigo sin entender, es decir, entiendo, y no entiendo lo que entiendo.

—¿Estás contenta de haberme convertido en un idiota? Porque eso es lo que soy, un ex hombre convertido en molusco, alguien que piensa sin parar en el sonido de tu respiración mientras haces el amor, un maldito acosador que te sigue para ver qué haces, que te sigue por los centros comerciales, fingiendo comprar flores para quién sabe quién ¡Ni siquiera sé a quién se las envié! Escribí una dirección inventada. Dime la verdad, ¿esto te divierte!

—No, yo no...

—Carlotta, ¿quieres decir algo en lugar de balbucear? No siempre me he portado bien, pero no merezco quedarme así, colgado de la incertidumbre.

Me agarra de nuevo, me abraza, estamos muy cerca, bajo la lluvia.

—No lo entiendo...

—¿Qué es lo que no entiendes? Veamos... ¿que estoy enamorado de ti? ¿Que era fácil creer que solo éramos amigos, hasta que empezaste a salir con otros, hasta que los putos celos me dejaron el hígado como un paño escurrido? ¿Que en el motel estaba tan entregado que me olvidé de mi famosa prudencia? ¿Crees que haberlo hecho sin condón era un signo de desprecio?

»No, Carlotta, yo estaba completamente perdido, me involucré como nunca me había sucedido en toda mi vida y tuve miedo de ti, de lo que me hacías, de lo que me haces, de esta languidez que no me deja ni un momento, y tuve miedo de que, después, tú pudieses tener problemas porque yo me había comportado como un niño idiota. No es verdad que hayas sido mi peor polvo, no es cierto... Solo te lo dije para herirte, para hacerte daño... Te lo dije para no decirte cuánto te quiero. Carlotta... ¿quieres tener al menos la decencia de hablar?

No es fácil de formular un concepto que se parezca a una palabra y que no suene como un aullido bestial de alegría. Estoy desconcertada, feliz, pero creo que parezco aterrorizada.

—¿Estás enamorada de Franz? —me pregunta.

No le respondo, me siento como si me hubieran anudado la lengua. Él me abraza, me temo que está pensando en una especie de despedida. Me temo que toma mi silencio por una prudencia exagerada.

—Carlotta, solo tú en todo el planeta no entendías lo que sentía... Me acosté con Erika por rabia, porque pensaba que tú lo estabas haciendo con Tony. No follé con ella, follé contra ti, me sentía despechado, celoso y me equivoqué, ¡lo sé! Incluso traté de escribirte una carta para excusarme, pero la borré, no podía encontrar las palabras justas y odiaba tener que justificarme. Pero si me das una oportunidad... si me dejas que te demuestre...

¡¿Qué?! ¿Yo, la chica con cara de fresa, macaco con pecas, mujercita sin pechos y con pelo de puercoespín debería darle una oportunidad a este macho furioso y triste que me abraza? Me pongo de puntillas, con un dedo le surco una mejilla húmeda y susurro:

—Franz y yo solo somos amigos, nunca ha pasado nada. Y yo... te amo, idiota. Te amo con locura. Desde hace mucho más de lo que imaginas.

Él sonrío, mientras su mirada transita rápidamente del estupor a la alegría. Por toda respuesta, me abraza más fuerte y me besa. Su boca sabe a agua de lluvia, la lengua parece chocolate fundido. No sé cuánto dura el beso, no lo sé, solo sé que cuando habla, un segundo o un siglo después, sigue lloviendo.

—Eh, mariposita, tengo una propuesta. ¿Qué tal si vamos a casa y hacemos el amor durante días hasta quedarnos sin aliento?

—Sí, no es mala idea —susurro—. Pero tendremos que dejar que nos lleve el maníaco del que te he hablado, porque los dos estamos sin coche.

Nos reímos, tragamos agua, me abre los labios con la lengua. Y en ese momento, justo en medio de este gesto, de ese beso que nos une, oímos un ruido detrás de nosotros. Nos volvemos y, bajo la tormenta, con un paraguas de un improbable color rosa caramelo y una sonrisa que le divide la cara en dos, vemos a mamá, alegre como una oca que chapotea. En la mano tiene unas llaves.

Debe de llevar aquí un rato y me temo que no se ha perdido ni una

palabra de nuestra conversación. Detrás de ella, contra la pared de vidrio del teatro, toda la compañía está reunida como si acabara de asistir a un espectáculo. Veo a Ortensia, que aplaude y levanta el pulgar, a Iriza, que me sonrío, a Romina, que llora secándose los ojos con un pañuelo, a Lara, que mira a Luca como si al más mínimo error estuviera lista para despellejarlo, y a Rocky, que parece a punto de vomitar, en lugar de su futura esposa.

—Queridos —trina mi madre—, ¿necesitáis transporte si no me equivoco? ¿Por qué no aprovecháis ahora las ventajas del coche de Oreste? Está allí. —Y señala un enorme Mercedes azul, brillante como un ópalo, aparcado junto a la acera.

Luca coge las llaves y hace una reverencia divertida bajo el agua. Pero ella no está satisfecha. Se me acerca y, con un gesto inesperado, se saca del bolsillo algo que al principio no reconozco. Luego exclama con tono pícaro:

—¡Te has olvidado el regalo de Oreste, tesoro, estoy segura de que le vas a dar buen uso!

Roja y avergonzada, estoy a punto de decir algo, pero Luca lo agarra en mi lugar y se lo mete en el bolsillo rápidamente.

—Muy amable —dice—. Tenga la seguridad de que voy a hacer que se lo ponga y luego se lo arrancaré a mordiscos.

Me siento caliente como si tuviera fiebre. Incluso mi madre, que no conoce la palabra vergüenza, manifiesta un destello de sorpresa. En ese momento, Luca se inclina hacia adelante, hacia su mejilla enrojecida, y le dice en voz baja:

—Por esta vez, pase, ya que probablemente vamos a follar dentro de su coche y se lo vamos a devolver en muy malas condiciones, pero si Oreste vuelve a hacerle este tipo de regalos a Carlotta, la emprendo a patadas con sus pelotas.

Nadie nunca había dejado sin habla a mi madre, pero él lo ha conseguido. Me lleva de la mano hasta el Mercedes, ahora ya tan empapados que no tiene sentido protegernos del agua. Abrimos la puerta riendo, subimos al coche y las últimas palabras que oímos antes de alejarnos son las de mi madre.

Se ha despertado de su momento de confusión y grita, agitando el paraguas:

—¡Te lo ruego, no seas pánfila! ¡Ya te dije que los tíos crueles rinden

mejor en la cama!

## *Epílogo*



Mi entrada oficial en la treintena ha sido, por decir algo, memorable, si tenemos en cuenta todo lo que ha sucedido durante la noche anterior y la madrugada de hoy. Un único y continuado festival de fuegos artificiales, con breves escapadas para recuperar el aliento y luego regresar a la apnea.

Ahora, mientras duerme, Luca me parece prodigiosamente indefenso. Está boca arriba, con las sábanas enredadas alrededor de las caderas. Si no estuviera segura de que está durmiendo, casi diría que está posando para un cuadro: un brazo detrás de la cabeza, el otro abandonado a un lado del cuerpo, el pecho desnudo, el pelo en un artístico desorden. Pero está durmiendo, lo sé por su respiración, por la suavidad de las facciones, de los músculos.

Me levanto para ir al baño. Me pongo rápidamente unas bragas con un dibujo de la rana Gustavo en la parte de atrás y salgo de la habitación. Luca sigue durmiendo y no se inmuta. Mi querido guerrero se ha ganado un poco de descanso después de tanto ejercicio.

Frente al espejo, me veo diferente. Me molesta admitirlo, pero mi madre tenía razón. Tengo la piel suave, fresca y radiante. Si seguimos así, dentro de dos semanas rejuveneceré diez años. El sexo es bueno para la cara, pero sospecho que el amor es mejor aún. El amor de Luca, por Luca, y el que siento por mí misma, por la pequeña y extraña mujer que me mira bajo una corona de rizos. Me siento más fuerte que ayer y mañana seré más fuerte que

hoy.

El paso del tiempo no es nada, estoy cada vez más convencida, es un escudo para tímidos y cobardes. Treinta años, cuarenta, o incluso el doble, son solo envoltorios: por sí mismos no tienen sustancia ni valor, lo que importa es cómo se llenen. Lo importante es verse cuando se está así, como ahora, desnuda frente a un espejo.

En estos últimos meses he aprendido mucho de todos. Incluso de mi madre, que a su manera me enseñó algo. A no rendirme. Quien consigue resistir sus ataques, desarrolla una armadura de titanio natural. Tal vez hace como una mamá golondrina cuando quiere enseñar a sus hijos a volar. Los arroja de cabeza desde el nido. O aprendes o aprendes. Mi madre es así: patada en el culo y salto al vacío, pero antes de caer al suelo, procura batir las alas con primor.

Por un momento pienso de nuevo en Erika, en las cosas que me dijo. Estaba furiosa y triste. Escupió palabras llenas de lava, pero me abrió los ojos. Paso el dedo por mis ojos en el espejo y pienso que quiero intentar conocerla otra vez. Siempre he dado por sentado que nuestra relación era conflictiva por su culpa, por su actitud, pero tal vez yo tampoco he dado lo mejor de mí misma.

He hecho como con Luca cuando intentaba hablarme, abrirme su corazón: di por sentado que me quería insultar y le cosí los labios con mi desaprobación. El sarcasmo puede ser una barrera infranqueable. Es muy útil para defenderse, pero a veces es como algunos perros, que gruñen porque tienen miedo.

Tenemos que sentarnos con paciencia, mostrarnos vulnerables, sin armas, sin huesos, corriendo el riesgo de recibir un mordisco, para disfrutar de la alegría de una caricia. Además, una hermana mayor tiene responsabilidades, pasos que dar en primer lugar, sapos de tragar: me esforzaré para encontrar algo de aquellas dos niñas que soñaban con ser princesas. Tal vez todavía puedan hacer algo para convertirse en mujeres normales.

Mientras sonrío en el espejo, me viene un recuerdo que me hace sentir incómoda. En un momento me encuentro en la antigua habitación de Luca, de pie sobre el colchón, con una lata de pintura blanca. Sin siquiera ponerme una camiseta o unos pantalones, la extiendo por toda la pared. Judith y

Holofernes desaparecen gradualmente bajo capas de pintura fresca y poco a poco, mientras esto sucede y los ojos desesperados y acusadores se disuelven bajo los brochazos, me parece librarme de un peso, volverme más ligera. Observo el resultado y me siento orgullosa.

Hay un tiempo para cada cosa. El dolor me ha servido, pero ahora quiero ser feliz. Voy a dibujar algo nuevo, tal vez un campo de girasoles, orgullosos de ser girasoles.

Cuando voy a la cocina, tengo un poco de pintura en el pelo y en las manos, y un hambre canina. Abro la nevera y me encuentro con la desolación de costumbre. Aparte de un frasco de mayonesa y una piel de plátano, ni siquiera hay un fantasma.

—Creo que tenemos que ir a hacer la compra —me susurra una voz detrás, abrazándome.

Los labios de Luca me tocan la oreja, resbalan por mi cuello, me muerden un hombro, mientras sus manos entran en la casa de la rana Gustavo. La bandada de mariposas que tengo en el estómago agitan las alas. Emito un gemido que es un suspiro.

—Leí tu novela, ¿sabes? —le digo, mientras me besa y me explora así, por la espalda.

—La dejé allí a propósito. ¿Te gustó?

—Me gusta todo lo que haces.

—Entonces vamos a volver, que te lo hago otra vez.

Me coge en brazos y me lleva de vuelta a la cama. Sus ojos me miran como dulces proyectiles.

No sé lo que va a pasar mañana, sé que ahora tengo todo lo que quiero, en esta cama, en estos brazos. Él y Carlotta. Son mis mejores amigos.

Para el futuro que construiremos viviendo.

# *Agradecimientos*



En esta aventura he conocido a mucha gente maravillosa, sin la cual sería un girasol vuelto hacia la luna.

Gracias a Laura Ceccacci, eres mucho más que una agente, eres un ángel custodio, una amiga con la sonrisa en los ojos. Mi gratitud sale del corazón y aterriza en el paisaje de tus rizos. Te quiero mucho y de veras, niña.

Gracias a Cristina Caboni, nunca olvidaré tus ánimos y la confianza que siempre has tenido en mí. Tú fuiste la primera que me sirvió de guía en medio de la tormenta.

Gracias a Giulia Ichino por haber aceptado a esta pequeña autora trotamundos. Tan pronto como oí tu voz, supe que íbamos a hacer un gran viaje juntas.

Gracias a Laura Cerutti, estos últimos meses has sido mi casa construida sobre roca. Gracias por tus consejos, por tu amable sabiduría, por tu risa cristalina.

Gracias a Elisabetta Baldan, ¡la cubierta que has hecho transmite buen humor y deseos de arco iris!

Gracias a mi familia y a los amigos que han estado cerca de mí. Entre todos, un agradecimiento especial a Patrisha Mar: es mérito tuyo que las Barbies hayan entrado en la vida de Carlotta. También es mérito tuyo que nunca me sintiera sola, incluso en los momentos menos luminosos.

Gracias a los muchos lectores de la primera versión de esta historia,

lentos de entusiasmo y afecto: sin vuestro apoyo, ahora no estaría aquí para dar las gracias.

Por último, gracias a todas las Carlottas del mundo, a nosotras, viejas muchachas que caminamos, corremos, bailamos y a veces temblamos abrazando flores y alabardas espaciales. Esta historia loca y romántica es para vosotras, para soñar y confiar en besar a la menor cantidad de sapos posible antes de encontrar un príncipe resplandeciente.



AMABILE GIUSTI (Calabria, Italia) es una escritora calabresa conocida por sus novelas dedicadas tanto a la literatura juvenil como al romance paranormal. También se ha adentrado en la narrativa *chick-lit* desde un punto de vista muy mediterráneo.

Asistió al «Liceo Clásico», la escuela de secundaria más antigua y de las más respetadas de Italia. Se licenció en Derecho y aunque trabaja como abogada, su verdadera vida está entregada a la escritura.

Otras novelas publicadas por Amabile son: *Non c'è niente che fa male così* (2009), *Cuore Nero* (2011), *Odyssea* (2013) y *La donna perfetta* (2015).